

Universidad Finis Terrae  
Facultad de Ciencias Sociales  
Escuela de Historia

**TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE LICENCIADO EN HISTORIA**

**Sobre la construcción  
de la identidad cultural chilena decimonónica**  
*Tradicición y ruptura, plagio y síntesis, pasión y odio*

Los Anales históricos, filosófico-educacionales y literarios de la  
Universidad de Chile; discurso y proyección  
1843-1863

Alumna: Magdalena Díaz Le-Fort  
Profesor Guía: Luis G. de Mussy  
Septiembre 2005

### **Agradecimientos**

Las instituciones que más apoyaron esta investigación fueron la Universidad Finis Terrae y el Archivo Andrés Bello de la Universidad de Chile, en donde constantemente revisé, analicé e indagué los Anales de la Universidad y distintos ejemplares que por su antigüedad eran difíciles de conseguir y manipular. Gracias a todos los funcionarios por su disposición y paciencia. Desde luego gracias también a mi director de tesis, Luis G. de Mussy, quien a través de sus exigencias y ojos críticos me permitió llevar a cabo esta ardua labor. Gracias a mi familia y su incondicional apoyo. Tampoco está demás dar las gracias a aquellos “viejos intelectuales San Dieguinos” que me permitieron participar en acaloradas discusiones acerca de la identidad cultural, nuestro pasado histórico y el acontecer nacional.

Sobre la construcción  
de la identidad cultural chilena decimonónica  
*Tradicición y ruptura, plagio y síntesis, pasión y odio*

Los Anales históricos, filosófico-educacionales y literarios de la  
Universidad de Chile; discurso y proyección  
1843-1863

## Índice

- **Introducción..... 6**
- **I Capítulo: Sobre el concepto de identidad individual y nacional.....14**
  - ° Sobre la identidad individual..... 15
  - ° Identidad nacional..... 25
  - ° Bibliografía I Capítulo..... 31
- **II Capítulo: Las tres esferas de la cultura decimonónica..... 33**
  - ° Andrés Bello y la Universidad de Chile; la exaltación del orden y la gradualidad. Lastarria y Bilbao; la férrea persistencia de una ideología liberal..... 43
  - ° Bibliografía II Capítulo..... 85
- **III Capítulo: Los Anales históricos, filosóficos-educacionales y literarios de la Universidad de Chile; discurso y proyección (1843-1863)..... 88**
  - ° Anales históricos: Surgimiento de una visión historiográfica contrapuesta: Cosmovisión del pasado, presente y futuro..... 93
  - ° Anales filosóficos-educacionales: Una muestra del conflicto entre fe y razón, dogma cristiano y saber científico, verdad revelada y demostrable, tradición y reforma..... 157
  - ° Anales literarios: El intento por forjar una identidad literaria nacional y americana..... 200
  - ° Bibliografía III Capítulo..... 229
- **Conclusión: La conflictiva construcción de la identidad cultural chilena..... 231**
- Bibliografía General..... 241
- Índice de autores y personajes..... 245
- Anexo: Anales de la Universidad de Chile utilizados en la investigación..... 249

*“Los historiadores son el banco de la memoria de la experiencia. En teoría, el pasado –todo el pasado, desde el hecho más insignificante hasta la totalidad de lo ocurrido hasta la fecha- constituye la materia prima de la historia. Una gran parte de lo mismo no es competencia de los historiadores, pero otra buena parte sí lo es. Y mientras sean ellos los encargados de recopilar y dar forma a la memoria colectiva del pasado, todos aquellos que integran la sociedad contemporánea tendrán que depositar en ellos su confianza”.*

Eric Hobsbawm

*“Que desde su creación, en 1843, hasta fines del siglo XIX, los ‘Anales de la Universidad de Chile’ fue una publicación de gran importancia, es un aserto que no merece dudas. Muchos son los factores que se conjugaron para este resultado. Ellos canalizaron toda la producción universitaria hasta 1932”.*

Antonia Rebolledo

## Introducción

La historia nunca está hecha ni acabada, siempre se pueden volver a replantar nuevas visiones, dilemas, énfasis y estructuras. Es el deber del historiador –como dice Hobsbawm- *dar forma a la memoria colectiva del pasado*, radicándose en él la responsabilidad por el conocimiento general del pretérito y los distintos enfoques históricos. En el caso de Chile, esta responsabilidad –en su mayoría- ha estado en manos de la historiografía oficial y/o tradicional. Esta historia de tipo más bien conservador entregó uno de los primeros rasgos de identidad historiográfica chilena. Se trata de una historia que enaltece el orden y las autoridades fuertes para lograrlo. Los exponentes más importantes de la historiografía conservadora a comienzos y mediados del siglo XX fueron Alberto Edwards y Francisco Antonio Encina; ambos grandes admiradores de la figura de Portales y detractores del desorden y las acciones de la denominada “fronda aristocrática”. Más tarde se sumaron a esta fila intelectuales como Jaime Eyzaguirre, Mario Góngora y Gonzalo Vial, entre otros<sup>1</sup>.

Si bien la corriente conservadora ha sido la más influyente en el país, dotando de una poderosa identidad historiográfica de corte tradicional; en las últimas décadas se instala una “nueva forma de hacer historia”, o más bien una historiografía que ha planteado nuevas perspectivas de aprehender el conocimiento del pasado. Esta nueva línea historiográfica se encarga de replantear, criticar, juzgar y analizar el pasado con el fin de otorgar nuevas visiones y enfoques. Los exponentes más destacados de este revisionismo historiográfico son Gabriel Salazar, María Angélica Illanes, José Bengoa, Julio Pinto, Nelly Richard, Alfredo Jocelyn-Holt y los sociólogos Tomás Moulian y Jorge Larraín, entre otros;

---

<sup>1</sup> Para Cristián Gazmuri los autores de la denominada historiografía conservadora poseen una poderosa nostalgia respecto a tiempos pretéritos en donde reinaba el orden y la autoridad, especialmente en aquellos historiadores que vivieron durante la República Parlamentaria y observaron el caos generalizado de la época a diferencia del orden existente en la República Portaliana. Para Gazmuri uno de los autores europeos más importantes en influenciar a los historiadores chilenos de esta corriente fue Oswald Spengler. “En Chile la influencia de Oswald Spengler y su libro *La Decadencia de Occidente* fue enorme y ha durado por décadas. Los intelectuales chilenos y, en particular, los historiadores chilenos de pensamiento conservador, hacia comienzos del siglo XX - ahogados por la abulia de la República Parlamentaria- recogieron con entusiasmo la visión del pensador alemán, que les venía a entregar categorías universales que les explicaban por qué el Chile de su momento era decadente y por qué el Chile del pasado y en especial de la República Portaliana o Autoritaria, (predominio de hombres fuertes, guerreros, señores, etc., un "estado en forma", ideas que Spengler había tomado de Nietzsche) era un pasado deseable al cual se había de retornar. Vale decir, Spengler creaba un "paradigma pretérito", lo que es una de las vetas centrales - y lugares comunes- del pensamiento conservador: la añoranza de un pasado idealizado. Gazmuri, Cristián, “Historiografía conservadora chilena. La influencia de Oswald Spengler”, artículo publicado en el diario “El Mercurio”, 12/11/2000.

quienes se encargan de repasar y de rediseñar la historia ya escrita, dándole nuevas facetas y contracaras.

En el presente ensayo investigativo seguiremos de cerca al revisionismo historiográfico. Intentaremos repensar y replantear la cultura de mediados del siglo XIX y su frágil construcción identitaria. Analizaremos y cuestionaremos el supuesto “orden portaliano” y el discurso oficialista, pues “no podemos seguir pensando que en Chile impera históricamente el orden y que dicho orden no tiene costos”<sup>2</sup>. Se deben estudiar cuáles fueron estos costos y, a su vez, cuáles fueron las irrupciones al interior del “orden”. Un elemento especialmente importante de la “nueva historia” es la preocupación por las discontinuidades, las irrupciones y los pequeños o medianos quiebres al interior de la “historia total” o de “larga duración” legada por los Annales. Michel Foucault hace un llamado a los científicos sociales para que descubran e investiguen las irrupciones que se encuentran bajo las historias de extensa duración; pues estos “quiebres” muchas veces no son meros detalles y pueden haber cambiado parte del devenir histórico<sup>3</sup>. En el caso de Chile la historia oficial se vanagloria del largo orden imperante en el país luego de su fundación por Portales, pero le restan importancias a diversas coyunturas que amenazaron este orden; que en fin, provocaron un desorden protagonizado por la cultura liberal. Este “desorden” se trató de un fenómeno de ruptura frente al discurso oficialista y al haber pugna, debate, conflicto, se hace difícil hablar de orden y homogeneidad político-cultural.

---

<sup>2</sup> “Es evidente que el propósito general de este libro es revisionista. Lo es porque, a la luz de la historia reciente de Chile (pienso sobre todo en el 11 de septiembre de 1973 y en una que otra sorpresa que nos ha deparado la llamada “transición”), ya no podemos seguir pensando que en Chile impera históricamente el orden, que este orden es eminentemente institucional, o bien estatal, y que supuestamente dicho orden no tiene costos, o por decirlo de otra forma, no nos ha significado costos”. Jocelyn-Holt, Alfredo, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica* (Santiago:Editorial Planeta, 1999), p.16

<sup>3</sup> En palabras de Foucault, por trivial que sean las rupturas de lineamientos históricos, son dignas de estudiarse y rescatarse. “De hecho, la anulación sistemática de las unidades dadas permite en primer lugar restituir al enunciado, su singularidad de acontecimiento, y mostrar que la discontinuidad no es tan sólo uno de esos grandes accidentes que son como una falla en la geología de la historia, sino ya en el hecho simple del enunciado. Se le hace surgir en una irrupción histórica, y lo que se trata de poner ante los ojos es esa incisión que constituye, esa irreductible –y muy a menudo minúscula- emergencia. Por trivial que sea, por poco importante que nos lo imaginemos en sus consecuencias, por rápidamente olvidado que pueda ser tras de su aparición, por poco entendido o mal descifrado que lo supongamos, un enunciado es siempre un acontecimiento que ni la lengua ni el sentido pueden agotar por completo”. Foucault, Michel, *La arqueología del saber* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2001), p.45-46

“Si entiendo bien esta línea de argumentación (pienso en Gabriel Salazar, José Bengoa, María Angélica Illanes, Julio Pinto), hay una suerte de *historia de la libertad* que dice relación con todo este mundo no plenamente integrado y paralelo al *orden en forma* y a sus concepciones de libertad formuladas en sentido institucional. Dicho de otra forma, hay dos espacios de libertad que corren por cauces distintos y no logran amalgamarse. Aunque, y esto hay que subrayarlo, colindan uno con otro, se rozan, y ciertamente –lo que no es de extrañar- chocan. ¿Cabe hablar, por tanto, de una historia fundada en el orden propiamente tal en circunstancias de que hay propuestas antagónicas de libertad que difícilmente o nunca se concilian? **¿Hay orden cuando existen profundas desconfianzas mutuas en el seno mismo de la sociedad?** (...). Insisto, el desorden es la otra cara, la cara oculta, del orden en forma que supuestamente ha prevalecido. Ambos forman parte del mismo cuento, del mismo argumento, de una misma trama”<sup>4</sup>.

La *desconfianza* dentro de la elite intelectual y gobernante se basó en la dicotomía entre tradición y reforma, entre catolicismo y secularización, entre fe y razón. En definitiva, entre mayores libertades o férreas restricciones. Diferencias que se tradujeron en numerosas pugnas, discusiones y hasta en violencia política. Se trata de una historia inmersa en diversas rupturas, una historia heterogénea y es justamente en esta heterogeneidad donde “radica la riqueza de la historia como pugna y debate permanente”<sup>5</sup>.

Esta investigación seguirá los márgenes de una historia revisionista analítica que se encargará de repensar y hacer una relectura de la historia cultural del Chile de mediados del siglo XIX. Nuestra primera hipótesis se centra en que la cultura liberal emergente amenazó poderosamente los consensos en los que se basaba el gobierno y la sociedad tradicional de la época: profundo catolicismo, autoritarismo y conservadurismo. Estas irrupciones culturales protagonizadas por el pequeño grupo liberal alteraron la homogeneidad de conocimientos que intentó estructurar la cultura oficial. Este período se caracteriza no sólo por la lucha política y cultural; es un conflicto entre cosmovisiones de mundo, entre miradas disímiles del pasado, presente y futuro, lucha en cuanto a las maneras diferentes de proponer la construcción de una nación recientemente constituida. Los reclamos, argumentaciones,

---

<sup>4</sup> Jocelyn-Holt, Alfredo, Op.Cit., p.192-193. El subrayado es nuestro

<sup>5</sup> “La historia evidentemente no puede ser uniforme ni homogénea, como tampoco puede ni debe serlo la historiografía, que es la mirada que los historiadores proyectan sobre esa historia. La riqueza de la historia está justamente en que sea una confrontación y un debate permanente”. Pinto, Julio, “El dilema de la identidad nacional: Entre los discursos unificadores y los vectores de la acción histórica”, en Sonia Montecinos (compiladora), *Revisitando Chile. Identidades, mitos e historia* (Santiago: Publicaciones del Bicentenario, 2003), p.571



discursos y acciones del foco liberal provocaron el “desorden” político-cultural del “orden en forma”, al interior de la elite tradicional. Esta investigación busca repensar las dos corrientes, cómo se contrapusieron, a veces conjugaron y otras se alejaron radicalmente. Busca adentrarse en las irrupciones y refutar la tesis de la continuidad del orden, de la homogeneización cultural resaltada por la historiografía oficial. Observaremos como esta serie de debates y pugnas entre diferentes cosmovisiones de mundo formaron parte de las primeras directrices de la identidad cultural chilena, al menos en el marco de una elite intelectual.

El ensayo –dentro de sus objetivos más importantes- busca trazar las líneas identitarias culturales propuestas por la elite decimonónica. Es por lo tanto, una historia mirada “desde arriba”, pero a la luz del revisionismo y de un análisis crítico de la cultura del período en cuestión. Se intenta dar una relectura a la fragilidad de la identidad cultural chilena y sus fluctuaciones entre tradición y reforma, fe y razón, cambio gradual y transformación radical, plagio y creación y, porqué no, entre la pasión y el odio. Este tipo de discusiones se dieron en Chile, pues una vez independizado políticamente no tuvo claro qué camino seguir, cuáles serían los pasos que llevarían a la construcción de una identidad nacional. Algunos reclamaban cambios graduales y rescataban ciertas tradiciones del pasado; otros, en cambio, abogaban por una total desespañolización y una radical innovación. Se trata simplemente de la dicotomía entre tradición y reforma. La problemática de este último grupo –reformadores liberales- fue cómo legitimar los cambios, cómo fundamentar nuevas estructuras mentales para así incorporar las ideas liberales. En definitiva, tanto conservadores como liberales pretendían fundar un modelo nuevo de sociedad, pero la diferencia radicaba en cuánto énfasis se le ponía a la innovación y a los cambios radicales o cuánta gradualidad debía incorporar la evolución hacia un país más progresista<sup>6</sup>.

Los debates acerca de cómo forjar un nuevo país moderno, civilizado y culturalmente elevado fue la lucha y discusión contante durante toda la centuria decimonónica. Se planteron numerosos ensayos, se

---

<sup>6</sup> Hobsbawm explica que el rechazo sistemático del pasado se da cuando el modelo de sociedad anterior ya no puede proporcionar los esquemas que se pretenden trazar en el presente. En el caso de Chile la herencia española y sus tradiciones ya no satisfacían la formación política, económica, social y cultural del nuevo país independiente. Se debían buscar nuevas formas y los modos de hacerlo sostuvieron un sinnúmero de luchas, debates y discusiones. “El problema del rechazo sistemático del pasado sólo surge cuando se admite que la innovación es a un tiempo inevitable y aconsejable desde un punto de vista social: es decir, cuando es sinónimo de “progreso”. Esto plantea dos cuestiones distintas: cómo se llega a reconocer y legitimar la innovación como tal innovación, y qué forma asume la situación derivada de ella (es decir, cómo se formula un modelo de sociedad cuando el pasado ya no puede proporcionarlo)”. Hobsbawm, Eric, *Sobre la historia* (Barcelona: Editorial Crítica, 2002), p.8

tranzaron múltiples visiones con el fin de hacer de Chile un país no sólo independiente en el ámbito político, sino destacado en el círculo cultural. En definitiva, la elite político-intelectual pretendió formar o más bien impulsar una identidad de país; construcción simbólico-cultural imbuida de pugnas, progresos y fracasos.

Una de las fuentes primarias que reflejan con mayor claridad esta construcción identitaria cultural, sus proyecciones y discusiones son los Anales de la Universidad de Chile. En ellos están consignados los anhelos y los impulsos que se pretendieron dar para forjar un país culturalmente distinto; a su vez se describen las problemáticas que surgieron para la edificación de “un nuevo Chile”. Se relatan los debates y discusiones político-culturales que afectaron a un país que vivía una transición entre la tradición y las nuevas luces. Esta revista refleja claramanete la atmósfera cultural del período, por esto es una fuente de inmenso valor. En ella escribieron intelectuales ya sean liberales o conservadores; extranjeros o chilenos, quienes se encargaron de discutir el camino que debiera seguir la nación reientemente descolonizada. Los Anales, a pesar de ser una revista editada por una institución perteneciente a la cultura oficial, estuvo abierta –en muchos casos- para aquellos que proponían una cultura paralela a la Universidad y al Estado. Por otra parte, justamente al ser una producción cultural “oficialista” da a conocer los lineamientos con que se pretendía dar una homogeneidad cultural educacional y cultural. Se perciben claramente los temores del grupo más conservador hacia las ideas liberales, por lo tanto encontramos las dos visiones contrapuestas que sería más difícil observar en una revista netamente liberal o conservadora. Finalmente –como opinión personal- creemos que la historiografía no le ha dado el real valor que se merece y no hay ninguna investigación que se aboque especialmente al estudio de esta revista que prolonga su edición hasta el día de hoy. Nuestra segunda hipótesis, por lo tanto, es que haciendo una relectura profunda de esta revista podemos descifrar los lineamientos básicos de la identidad cultural chilena decimonónica durante sus inicios. En los Anales se encuentran los debates de fondo y las discusiones que dotaron al país de los primeros rasgos identitarios culturales al interior de la elite político-cultural. Son un fiel reflejo del debate de fondo: tradición y reforma. Demuestran el largo proceso recorrido por nuestro país para que se pudieran legitimar saberes y conocimientos más radicales. Refleja el miedo de la Iglesia a que sus fieles le restaran importancia a la fe en pos de la razón, y el temor del Estado por las ideas igualitarias que ya se comenzaban a percibir, sobre todo temor con aquellos que aspiraban a educar al pueblo con el fin de que éste conociera sus derechos. Por lo tanto, la metodología de análisis se basa en la exposición de diversos discursos con el

fin de formar un diálogo entre pregunta y respuesta, o más bien entre diferentes afirmaciones, preceptos y concepciones.

El marco temporal está dado porque es durante este período (1843-1863) donde hacen explosión las primeras discusiones culturales y las pugnas educacionales acerca de qué conocimientos entregar tanto en los colegios como en la Universidad con el fin de lograr una uniformidad de saberes. Al ser Chile un país profundamente centralizado, nuestro marco territorial será la capital, puesto que Santiago fue el foco de las discusiones intelectuales, lugar de fundación de la Universidad, la ciudad de los intelectuales estudiados y el escenario de los hechos que se presentan durante la investigación.

En definitiva, la investigación se basa en los discursos de los intelectuales de mediados del siglo XIX, especialmente aquellos editados en los Anales, pero hay algunos que también se rescatan de la prensa y obras de diversos autores, fundamentalmente de Andrés Bello, José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao. Estos tres intelectuales se utilizan como un marco teórico o más bien como un marco de referencia con el fin de deslindar las ideas presentes en el bando cultural conservador (Bello) y liberal (Lastarria, Bilbao).

Recurriremos especialmente al discurso (modo de escritura principal en los Anales); sea éste llevado a la práctica o no, puesto que “los discursos también son importantes en la medida en que mueven a la acción”<sup>7</sup>. A través del relato oral y los textos a modo de ensayo la elite intelectual pretendió inculcar en los ciudadanos chilenos el gusto por la cultura y los saberes. Intentaron impulsar una suerte de identificación con los pares y un imaginario de país autónomo, independiente y culturalmente distinto y valioso. A través del discurso se potenciaron numerosos anhelos, especialmente la creación de una cultura propia y única, que finalmente se traduce en una identidad de país. Los conservadores ensalzaron una retórica más gradualista, de cambios moderados y de respeto al legado hispano. Por otra parte, los liberales pretendieron entregar palabras más radicales y de cambios profundos, abogaban –casi en su totalidad- por la despañolización. A pesar que muchas veces su discurso fue opacado, silenciado y hasta a veces apagado con violencia; los mensajes continuaron flotando en la atmósfera decimonónica. El imaginario social liberal, sus símbolos y propuestas de cambio siguieron empapando la mente de los diversos intelectuales y políticos; el legado quedó. En suma, la cultura

---

<sup>7</sup> Pinto, Op.Cit., p. 173

chilena, sobretodo la liberal, antes de institucionalizarse como tal se proyectó en el discurso y este a su vez intentó movilizar la acción. Muchos de estos ensayos que apelan a una mayor gradualidad o por el contrario a cambios más radicales y mayor apertura a los saberes ilustrados, están consignados en los Anales de la Universidad de Chile; razón por la cual es una fuente de inmenso valor historiográfico.

En el primer capítulo se definirá teóricamente el concepto de identidad nacional-cultural y se hará una breve evolución sobre las transformaciones que ha sufrido a lo largo del tiempo. Se definirá identidad individual y luego nacional, exponiendo las diferencias entre ambas. Las directrices para la definición de identidad nacional-cultural que utilizaremos a lo largo de la investigación está dada a la luz de dos sociólogos, uno sueco y otro chileno: Goran Therborn y Jorge Larraín. Sobre la base de sus conceptos se hará la investigación de la cultura decimonónica de mediados de siglo.

En el segundo capítulo se analizará las dos de las tres esferas de la cultura chilena decimonónica: cultura oficial y cultura opositora. La cultura del bajo pueblo se exime de nuestra investigación, puesto que el estudio trata de analizar la identidad cultural entregada por la elite intelectual. Dentro de este capítulo estudiaremos especialmente las figuras de Bello; como emblema de la cultura oficial, y las de Lastarria y Bilbao; como característicos de la cultura liberal-radical. Haremos una revisión de sus preceptos e ideas más importantes con el fin de entregar de antemano las directrices de la cultura chilena de mediados del siglo XIX, para así entender con mayor profundidad los debates y discusiones presentes en los Anales de la Universidad de Chile.

En el último capítulo se estudiarán exhaustivamente los Anales históricos, filosófico-educacionales y literarios de la Universidad de Chile; entre los años 1843 y 1863. Se representarán a través de esta fuente las numerosas pugnas y problemáticas de la construcción identitaria decimonónica. Se indagará, especialmente, en la dicotomía entre tradición y reforma, entre fe y razón. La gran cantidad de citas de estos artículos discursivos se debe a la necesidad de entregar el mayor conocimiento posible sobre esta revista y que, desde luego, el lector forme una opinión personal al respecto. En el Anexo N°1 están detallados todos los artículos de los Anales utilizados en el ensayo, en conjunto con su ubicación y una pequeña referencia del tema central del discurso. Cada artículo está clasificado en histórico (H), filosófico-educacional (FE) y literario (L); siglas expuestas en las notas al pie con el fin de facilitar la

lectura de los diversos artículos. Los artículos históricos (H) son aquellos en donde su idea principal y objetivo fundamental es un relato o investigación histórica. También se encuentran dentro de esta clasificación los artículos que exponen, debaten y cuestionan métodos historiográficos, especialmente aquellos que hacen referencia al método narrativo y filosófico. La temática principal de los artículos filosófico-educacionales (FE) es el análisis filosófico, sea este el “de las nuevas luces” o el derivado de la escolástica. Al interior de esta clasificación caben principalmente aquellos discursos escritos por estudiantes de teología y sacerdotes; grupo crítico a las filosofías modernas y las nuevas cosmovisiones de mundo. También están dentro de esta categorización los artículos que hacen referencia a los métodos y desarrollo de la educación en Chile. Dentro del campo de los artículos literarios (L) se encuentran todos aquellos discursos que se refieren a la literatura ya sea chilena o americana. Al interior de esta tipificación están también los discursos acerca de la unión político-cultural continental, con el fin de rescatar el americanismo en boga.

En definitiva, este ensayo analítico intentará profundizar en los discursos y debates culturales presentes a mediados del siglo XIX –especialmente basándose en los Anales de la Universidad de Chile-, sus proyecciones y afanes con el fin de construir una identidad cultural de país.

# I Capítulo

## Sobre el concepto de identidad individual y nacional

## Sobre el concepto de identidad individual y nacional

### Sobre la identidad individual

*“La esencia es la simple inmediatez como inmediatez superada. Su negatividad es su ser; ella es igual a sí misma en su absoluta negatividad, por cuyo medio el ser otro y la relación con otro han desaparecido en absoluto en sí mismos, en su pura igualdad consigo misma. La esencia es, por ende, simple identidad consigo misma”.*

Hegel

El concepto de identidad individual ha variado a través del tiempo. Comenzó definiéndose en la antigua Grecia (S.IV-V), luego en la escolástica medieval (S.X-XV), y más tarde los filósofos modernos hicieron su aporte (S.XVII-XVIII); eso sí, muchas veces contradiciéndose entre ellos. A partir de fines del siglo XIX, con la aparición de la psicología y psiquiatría como ciencias de estudio de la mente humana, este concepto continuó redefiniéndose basándose en la importancia de la adquisición de una propia identidad en cada ser humano. Más tarde, a principios siglo XX, la sociología se sumó a la tarea de descubrir los elementos que reflejan el término de identidad para extrapolarlo al estudio de los rasgos identitarios de colectividades, etnias y naciones. A su vez, la historia no podía quedar atrás, y a mediados del siglo XX ha tomado parte de la visión sociológica con el fin de construir una historiografía que entienda las características y valores particulares de cada nación. Los Estudios Culturales, nacidos en Inglaterra en 1977, han intentado reemplazar el estudio de la totalidad y de las grandes estructuras impuesta por la Escuela de los Anales por el trabajo que implican las minorías colectivas y los grupos subordinados a la cultura oficial, etc. Dichos estudios se centran en las irrupciones y discontinuidades de las macroestructuras<sup>8</sup>. Bajo este esquema se abocan al estudio de las minorías identitarias y a la mayoría de aquellos aspectos que no han sido tomados en cuenta por la historiografía tradicional. En definitiva, el concepto de identidad ha sufrido múltiples cambios, es necesario referirnos a estas variaciones con el fin de llegar a un primer acuerdo acerca del

---

<sup>8</sup> Para profundizar en el tema de las grandes estructuras y sus irrupciones y/o discontinuidades, véase Foucault, Michel, Op.Cit., Introducción, p.3-33. Foucault critica la historia totalizadora y de grandes períodos impuesta por la Escuela de los Annales; con el fin de resaltar las microhistorias y las irrupciones presentes –pero poco estudiadas- en las macroestructuras.

significado de identidad individual y, principalmente, nacional que utilizaremos a lo largo de la investigación.

Intentaremos hacer un pequeño recorrido histórico-filosófico del concepto de identidad individual. Para esto utilizaremos a los autores que nos parecieron más representativos para definir este concepto en cada época histórica. Las directrices de elección de los intelectuales presentados son la variación de la identidad individual desde un componente de mismidad, como esencia de su definición; hacia la importancia que juega el concepto de identidad individual al interior del espacio social y la interacción con el resto de la sociedad. A continuación, expondremos cómo el concepto de identidad individual se entrecruza y relaciona con el de identidad colectiva y/o nacional, pues una no puede existir sin la otra, ya que hay una constante interacción entre ambas. Al mismo tiempo, definiremos sus diferencias y similitudes. Luego, pasaremos a entregar una definición de identidad nacional-cultural que usaremos a lo largo de la investigación. Esta definición será enfocada desde la sociología y sus principales exponentes serán Jorge Larraín<sup>9</sup> y Göran Therbon<sup>10</sup>. Ambos explican que la identidad nacional es un complejo proceso de construcción y reconstrucción histórica, determinada por ciertos elementos fundamentales como la diferenciación con el “otro” y la propia historia de cada nación en conjunto con su desarrollo económico, político y cultural.

Es importante recordar que, desde el punto de vista antropológico, tenemos una identidad propia como seres humanos diferentes al resto de los seres vivos. La principal diferencia entre el hombre, las plantas y los animales es nuestra capacidad de razonar y articular tanto un lenguaje como una escritura. Es decir, desde el campo biológico, observamos características comunes para todos los seres humanos desde su nacimiento, desarrollo y muerte. Sin embargo, desde la perspectiva psicológica los hombres son diferentes entre ellos, pues cada uno posee una individualidad común que difiere al de otro ser humano, producto de los genes que contienen un ADN propio, de la cultura, del entorno social, experiencias de vida, etc.

---

<sup>9</sup> Jorge Larraín; Sociólogo de la Universidad Católica de Santiago, Doctor de la Universidad de Sussex, Inglaterra. Ha sido profesor en la Universidad Católica de Chile, Universidad de Birmingham y el primer Director del Departamento de Estudios Culturales entre 1988 y 1993. Actualmente es el Director del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Alberto Hurtado.

<sup>10</sup> Göran Therborn; Sociólogo sueco, autor de *The Ideology of Power and de Power of Ideology, Sociology as a Discipline as Disagreements and as a Paradigm of Competing Explanation* y *European Modernity and Beyond*, entre otros. Actualmente es profesor de la Universidad de Göteborg en Suecia.



Uno de los primeros filósofos en entregar una noción clarificada del término identidad fue Aristóteles en su tratado *Metafísica*. Para él existen dos tipos de identidades: la identidad accidental y la identidad esencial, ésta última es la base para la construcción de la identidad individual tanto en los seres humanos como en los objetos. La identidad accidental se refiere cuando un objeto u hombre se relaciona con otro aspecto. Usando el mismo ejemplo de Aristóteles, con el fin de aclarar el concepto; al decir que un determinado hombre es músico es lo mismo que decir “el músico”, pues nos estamos refiriendo a ese hombre, pero no todos los hombres son músicos, por esto es una identidad accidental y que no se aplica a los parámetros universales<sup>11</sup>. La identidad esencial, en cambio, se aplica universalmente para todos los seres humanos y objetos; es justamente la que nos interesa, pues da un principio de no contradicción, ya que una cosa es igual a si misma. Es decir, posee la primicia de mismidad.

“Se ve, pues, que la identidad es una especie de unidad de ser, unidad de muchos objetos, o de uno solo tomado como muchos; ejemplo: cuando se dice: **una cosa es idéntica a sí misma, la misma cosa es considerada como dos**”<sup>12</sup>.

Esta ley lógica del pensamiento en la cual *una misma cosa es considerada como dos*, se aplicó de igual manera durante los siglos en donde primó el razonamiento escolástico medieval (S.X-XV), por esto no haremos mayores referencias. Sin embargo, con el advenimiento de la Ilustración (S.XVII-XVIII) en donde la razón pasó a ser un referente fundamental, el concepto de identidad comenzó a sufrir modificaciones. El principio de mismidad continuó siendo un elemento fundamental, pero se agregó la capacidad de autorreflexión del ser humano y autorreconocimiento, producto de la particularidad de la razón que distingue al hombre del resto de los seres vivos. Uno de los filósofos modernos más esclarecedores cuando se trata de entregar una definición acerca del concepto de identidad individual fue Hegel. Este pensador siguió los principios de Aristóteles acerca de la “no contradicción”. “Todo es igual a sí mismo,  $A=A$ . O bien en forma negativa:  $A$  no puede al mismo tiempo ser  $A$  y no- $A$ ”<sup>13</sup>.

---

<sup>11</sup> Véase Aristóteles, *Metafísica* (Madrid: Editorial Espasa, 2000), Libro Quinto, parte IX, p.144

<sup>12</sup> Aristóteles, Op. Cit., p.145. El subrayado es nuestro.

<sup>13</sup> Hegel, *Ciencia de la Lógica* (Buenos Aires: Ediciones Solar 1968), p.359

Hegel, continuando con su reflexión, afirma que la esencia es identidad consigo misma y la identidad es la *inmediación de la reflexión*. Esta reflexión se refiere a la capacidad del ser humano para reconocerse como tal, como ser pensante y auto consciente de sus decisiones, actos y pensamientos.

“Esta identidad consigo misma, es la **inmediación de la reflexión**. No es aquella igualdad consigo misma que es el ser, o también la nada, si no la igualdad consigo misma, que por estar reconstituyéndose en la unidad, no es una reintegración que parta de otro, **sino la reconstitución surgida de sí misma y en sí misma, es decir, la identidad esencial**”<sup>14</sup>.

La identidad esencial es, entonces, la igualdad *consigo misma y surgida de sí misma*, por lo tanto, Hegel continúa con el principio de mismidad entregado antiguamente por Aristóteles; incluyendo la autorreflexión como un elemento vital del ser humano para la construcción de la propia identidad. Más tarde, Heidegger prosiguió con las ideas de ambos filósofos, pero enfatizó aún más la sustancia de la mismidad y el principio de no contradicción. Explica -haciendo alusión al pensamiento de Hegel- que *A es consigo mismo lo mismo*, una unidad indivisible. Para Heidegger “este es el motivo por el que la identidad aparece a lo largo de la historia del pensamiento occidental con el carácter de unidad”<sup>15</sup>.

La concepción de identidad, por lo tanto, para los filósofos modernos se encierra en un problema de mismidad, identidad, esencia, y el principio de no contradicción. No incluyen la importancia que juega el rol social, la pertenencia a una determinada cultura o nación, la interacción con los otros y la diferenciación entre los mismos individuos. Estos elementos que forman una parte fundamental para la construcción tanto de una identidad individual como colectiva, fueron abordados en su primer momento por el psicoanálisis. En un comienzo y, de un modo incipiente, Tausk (1919) y luego Freud (1926), demostraron la importancia de la sociedad para la formación de una identidad individual, pues el hombre no es un ente aislado y recibe estímulos exteriores que, en mayor o menor medida, permiten

---

<sup>14</sup> Hegel, Op. Cit., p.361. El subrayado es nuestro.

<sup>15</sup> Heidegger, Martin, “El principio de identidad”, Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS, 2004, p.2. Traducción de Helena Cortés y Arturo Leyte, en Heidegger, *Identidad y Diferencia* (Barcelona: Antrhopos, 1990). “Así, la fórmula más adecuada del *principio* de identidad, A es A, no dice sólo que todo A es él mismo lo mismo, sino, más bien, que cada A mismo es consigo mismo lo mismo. En la mismidad yace la relación del ‘con’, esto es, una mediación, una vinculación, una síntesis: la unión en una unidad. Este es el motivo por el que la identidad aparece a lo largo de la historia del pensamiento occidental con el carácter de unidad (...). En realidad, éste reza: A es A ¿Qué escuchamos? Con este ‘es’, el principio dice cómo es todo ente, a saber: el mismo consigo mismo lo mismo. El principio de identidad habla del ser de lo ente. El principio vale sólo como ley del pensar en la medida en que es una ley del ser que dice que a cada ente en cuanto tal le pertenece la identidad, la unidad consigo mismo”.

la construcción de una propia identidad. Freud caracterizó la identidad del individuo en cuanto a las relaciones sexuales y/o estímulos sexuales que recibe del resto de la sociedad. Uno de los personajes más importantes en enfatizar la importancia del juego social fue Erick Erikson<sup>16</sup> durante los años 50'. Para este psiquiatra la identidad puede tener varias connotaciones, pero destaca dos direcciones fundamentales en la construcción de la identidad: una que enfatiza los orígenes socio-culturales, elemento omitido por los filósofos modernos, y la otra que enfatiza los orígenes únicos personales en la infancia. Erikson enfatizó que la identidad puede tener múltiples connotaciones y puede referirse en un momento "a conscious sense of individual identity; at another to an unconscious striving for a continuity of personal character; at a third, as a criterion for the silent doings of ego synthesis; and finally, as a maintenance of fan solidarity with group's ideals and identity"<sup>17</sup>.

Greenacre (1958)<sup>18</sup>, años más tarde, incluyó a la teoría de Erikson la importancia de la diferenciación con "el otro" dentro del juego social. Para el psicoanalista es fundamental la apreciación del sí mismo, pero a su vez la apreciación que tengan otras personas sobre el sí mismo. Explica que la diferenciación con otros individuos y las similitudes con otros hombres tienen gran importancia para la construcción de la identidad. Esta dicotomía de diferenciación/similitud con "los otros" es una característica esencial para sociólogos modernos en la construcción de identidad. Es el caso de Larraín y Therborn a quienes estudiaremos posteriormente.

"Greenacre pointed out that the sense of identity always involves some relation to others. This is because identity includes self-observation by the person himself and through another person.

---

<sup>16</sup> Erick Erikson (1901-1980). Psiquiatra norteamericano preocupado especialmente del desarrollo psicológico sufrido desde la niñez hasta la adolescencia. Sus investigaciones también se centran en el campo de la hipnosis, llegando a fundar en 1957 la *Sociedad Americana de Hipnosis Clínica*, junto a E. Aston, S. Hershman, W. Kroger, I. Selter, y otros.

<sup>17</sup> Citado por Akhtar, Salman, *Broken Structures, Severe Personality Disorders and Their Treatment* (United States: Library of Congress), p. 7. Traducción libre del autor: "a un sentido consciente de la identidad individual; en otro momento, a un esfuerzo inconsciente por una continuidad en el carácter personal; en un tercer momento, como un criterio para el silencioso trabajo del ego síntesis; y finalmente, como una mantención de una solidaridad interna con ideales de grupo e identidad".

<sup>18</sup> Lacan Greenacre. Psicoalista que enfatizó la relación madre-hijo a través de un "molde", el cual corresponde a la "experiencia especular" sin comprometerse a la idea de un aprendizaje primordialmente visual. Ese "molde", más bien, debido a su corporalidad, correspondería a la "primera sexualidad", en el clásico sentido psicoanalítico: placer derivado de órganos específicos, no necesariamente relacionado con los genitales o la procreación. Investigó profundamente la formación de la identidad individual desde la niñez hasta la adultez.

Knowing and assimilating ‘I am different’ with ‘I am similar’ are thus essential for cohesive identity. He saw a continuum of development from body image through self-image to identity”<sup>19</sup>.

Los temas acerca de la diferenciación con “el otro” y la importancia del rol social fueron acuñados también por las Ciencias Sociales, en un principio por la sociología. A mediados del siglo XX y las décadas inmediatamente posteriores, los estudios estaban más interesados en las investigaciones sobre las ideologías, sus causas y efectos, como también de los metarrelatos y de las políticas de clases; producto de la polarización del mundo durante ese período. Sin embargo, a partir de los años 80’ y especialmente con el surgimiento de los Estudios Culturales en los 70’, la atracción sobre las minorías identitarias, tanto nacionales, étnicas como sexuales, pasaron a formar un referente fundamental de la investigación y el conocimiento. Se comenzó articular una definición de identidad individual con el fin de extrapolarla y diferenciarla con el concepto de identidad nacional y cultural. La primicia descansaba en denunciar los componentes heterogéneos de determinadas sociedades o países que habían sido ocultados por la historia político-social, el Estado y las elites gobernantes; con el fin de crear naciones homogéneas y libres de diferencias. En definitiva, los Estudios Culturales evidenciaron que tras el discurso hegemónico oficial de cada Estado, existía una subordinación de distintos grupos minoritarios que también forman parte de la identidad nacional, aunque el discurso oficial se negase a reconocerlo.

**“(…) el proceso discursivo de construir una identidad cultural puede fácilmente convertirse en ideológico si oculta la diversidad real y los antagonismos de la sociedad. Todas las tentativas de fijar de una vez por todas los contenidos de una identidad cultural y todas las pretensiones de haber descubierto la ‘verdadera’ identidad de un pueblo pueden probablemente convertirse en formas ideológicas que son utilizadas por ciertos grupos o clases para su propio beneficio. Sin embargo, también es verdad que ciertas versiones de la identidad cultural, especialmente aquellas desarrolladas por los grupos oprimidos y discriminados en la sociedad, realizan el papel de ser medios de la resistencia frente a la**

---

<sup>19</sup> Akhtar, Op.Cit., p.13. Traducción libre del autor. “Greenacre señaló que el sentido de identidad siempre involucra alguna relación con otros. Esto es porque la identidad incluye la auto-observación por la propia persona y a través de otra persona. El saber y asimilar ‘yo soy diferente’ con un ‘yo soy similar’ son por lo tanto esenciales para la identidad cohesiva. Él veía un continuo desde el desarrollo de la imagen corporal a través de la auto-imagen y hacia la identidad”.

**dominación y exclusión y no pueden por tanto ser consideradas ideológicas. A diferencia de las versiones dominantes, no oculta sino que subrayan las contradicciones”<sup>20</sup>.**

Por lo tanto, al introducirnos en este campo, las identidades individuales necesariamente se entrecruzan con las nacionales y culturales por la importancia que adquiere el medio social. Sin embargo, como expresa Larraín, las identidades culturales de una determinada nación no son homogéneas, pues *el proceso discursivo de construir una identidad cultural puede fácilmente convertirse en ideológico si oculta la diversidad real y los antagonismos de la sociedad*. Algo de lo anterior ocurrió en nuestro país durante el siglo XIX. En este período se conformó una elite “liberal moderada”, que se encargó de ocultar la diversidad y las contradicciones al interior de la sociedad, que por lo demás fueron múltiples<sup>21</sup>. El Estado pretendió fijar una identidad homogénea utilizando ciertos rasgos “ideológicos” para su propio beneficio y la construcción del nuevo país. Es el caso del autoritario orden portaliano que se convirtió en una especie de “ideología” para los gobiernos conservadores. Sin embargo, en Chile se desarrolló un grupo heterogéneo que creó una *resistencia frente a la dominación y exclusión*; se trató especialmente de una colectividad cultural liberal-radical (aún no sistemática ni organizada como tal) que no comulgaba con las ideas del Estado frente al autoritarismo, la excesiva centralización, religiosidad y exclusión de ciertos sectores que sí estaban capacitados para participar en política. Hablamos solamente de un pequeño grupo cultural e ilustrado como foco de resistencia, pues las sublevaciones del proletariado y de las clases más bajas no van a llegar sino hasta principios del siglo XX. La mayoría de los integrantes de la “resistencia”, pertenecían también a la elite, pero a su vez fueron parte de una minoría identitaria más bien excluida, pues promulgaban ideas distintas a las propuestas por el discurso oficial. En el próximo capítulo ahondaremos sobre este tema.

---

<sup>20</sup> Larraín, Jorge, citado por Antonio Ariño, *Sociología de la cultura. La constitución simbólica de la sociedad*, (Barcelona: Editorial Ariel, 2000), p.145. El subrayado es nuestro.

<sup>21</sup> Es el caso del discurso oficial chileno decimonónico que hablaba de una sociedad eminentemente blanca, ilustrada, moderadamente liberal y en vías de crecimiento por el aumento de transacciones comerciales con las grandes potencias mundiales. Sin embargo, en la realidad teníamos gran porcentaje de la población indígena que lógicamente no se adecuó a los parámetros del discurso oficial. Una sociedad mayoritariamente agraria y analfabeta en contraste con una minoría ilustrada. Una gran parte de la elite de tendencia moderada que raya en el conservadurismo y que no aceptaba que se criticase el autoritarismo y el catolicismo, un clásico ejemplo es la expulsión de Bilbao por su artículo *Sociabilidad Chilena*, el cual justamente atacaba estos referentes. Por último una economía capitalista que ciertamente estaba dando crecimiento al país, pero enriqueció solamente a una pequeña elite en conjunto con la burguesía. Por lo tanto a fines de siglo teníamos un país sumido en una gran crisis, llamada por la historiografía “La cuestión social”. A principios del siglo XX, intelectuales como Tancredo Pinochet,

En suma, dejando atrás la reciente referencia a Chile y volviendo al marco general del concepto de identidad, reiteramos que no se puede hablar de identidad individual sin recurrir al de identidad nacional y/o cultural, pues la construcción de la personalidad del hombre y todo lo que ella conlleva pasa necesariamente por las circunstancias históricas, culturales, grupales y sociales que le ha tocado vivir. Por esto hemos elegido la definición de identidad individual de Leonel Padilla, como una de las más asertivas y esclarecedoras de este controvertido término<sup>22</sup>.

“Así la **identidad personal** es la resultante de la **socialización temprana** en el seno de los núcleos familiares, pero a la vez es la resultante del conjunto de hábitos y de las decisiones que sostienen una direccionalidad **en los diversos** empeños **existenciales**. La identidad se entiende mejor recurriendo a la forma verbalizada **identificarse con**; al poner énfasis en la actividad, se aprecia, que alguien **no sólo puede ser**, metafísicamente, sino que **puede llegar a ser**, puede escoger su identidad y llegar a convertirse en lo que puede ser”<sup>23</sup>.

La identidad personal es, entonces, la apreciación del sí mismo y la identificación con ciertos grupos sociales, culturales o nacionales. Padilla afirma que no sólo se trata de una construcción en el presente, sino que también en el pasado por la herencia recibida de la socialización temprana y del futuro, por lo que una persona puede llegar a ser o desea ser. En conclusión, la clave de la identidad individual tanto como grupal radica en el identificarse con algo o alguien, ya sea con ciertas costumbres, cultura, etnia, nacionalidad, etc. Sólo teniendo en cuenta este proceso de identificación que el hombre comienza a construir desde su nacimiento -dependiendo de las circunstancias socio-históricas en que le toca vivir-, se puede definir con mayor certeza el concepto de identidad individual.

Por lo tanto, no se puede hablar de identidades personales sin recurrir al entorno social, por esto al hablar del individuo necesariamente debemos insertarlo en medio de su organización humana. Así las identidades individuales se conectan recíprocamente con las identidades colectivas y se alimentan

---

Francisco Antonio Encina, Enrique Mac-Iver, entre otros, se encargaron de denunciar esta situación y afirmaron que el discurso oficial impuesto por el Estado contrastaba radicalmente con la realidad reinante en el país.

<sup>22</sup> Leonel Eduardo Padilla. Filósofo guatemalteco, su línea de investigación se basa en la identidad latinoamericana. Actualmente es profesor en diversas universidades y colegios en Ciudad de Guatemala.

<sup>23</sup> Padilla, Leonel, “Cultura e identidad”, Tercer Congreso Nacional de Filosofía, Colegio Santo Tomás, Guatemala, octubre 2002.

mutuamente, ya que el hombre no es un ser aislado y toda o la mayoría de su existencia la pasa dentro de una determinada sociedad. Sin embargo, las identidades individuales y colectivas no son iguales entre sí, ambas tienen características particulares que las hacen ser diferentes. La principal se da dentro del ámbito psicológico. Es decir cuando hablamos de un individuo podemos señalar ciertos rasgos de “caracteres psíquicos” que determinan su personalidad. No obstante, cuando hablamos de una colectividad no podemos referirnos a una “personalidad grupal”, pues dentro del grupo existen numerosas personalidades según la existencia y vivencias particulares de cada individuo.

“Esta relación cercana no debe ocultar, sin embargo, las diferencias entre estas dos formas de identidad (individual y colectiva). En particular, **hay que evitar trasponer los elementos psicológicos de las identidades personales a las identidades culturales.** Mientras es posible y legítimo hablar de una identidad personal en términos del ‘carácter’ o de la ‘estructura psíquica’ de un individuo, no es adecuado hablar de una identidad colectiva en términos de un ‘carácter étnico’ o de una ‘estructura psíquica colectiva’ que sería compartida por todos los miembros del grupo. **Una identidad colectiva no tiene estructura psíquica o de carácter en el sentido de un número definido de rasgos psicológicos. No se puede decir que un carácter colectivo se manifiesta en el conjunto de caracteres individuales (...)**”<sup>24</sup>.

Dentro de la historiografía chilena encontramos numerosos ensayos acerca del carácter chileno, lo que lleva a enmarcarlo dentro de una determinada estructura psíquica, obviando la individualización de la personalidad en cada sujeto<sup>25</sup>. Uno de los estudios más relevantes acerca del carácter chileno es el de Hernán Godoy. Para el sociólogo es válido aplicar rasgos psicológicos a las distintas sociedades con el fin de diferenciarlas de otras y así adquirir una cierta identificación<sup>26</sup>. Aunque el estudio de Godoy es interesante y demuestra un gran trabajo de recopilación de numerosos autores que han contribuido a la formación de la identidad nacional, utilizaremos su libro sólo en cuanto nos permita articular una

---

<sup>24</sup> Larraín, Jorge, *Identidad Chilena* (Santiago: LOM ediciones, 2001) p.35. El subrayado y paréntesis es nuestro.

<sup>25</sup> Algunos de los ensayos más importantes acerca del carácter chileno son los de Francisco Antonio Encina, *Nuestra inferioridad económica: sus causas, sus consecuencias* y el de Hernán Godoy, *El carácter chileno*.

<sup>26</sup> “El término ‘carácter nacional’ se usa para describir las características perdurables de la personalidad y los estilos peculiares de vida que se encuentran en las poblaciones de estados nacionales particulares (...). Las diferencias regionales de un país, los contrastes de estratos y clases sociales, a veces de grupos étnicos, además de cambios que se experimentan a través del tiempo y los efectos de la difusión cultural, son algunos puntos considerados en la discusión sobre la existencia del carácter nacional. Sin embargo, estos análisis concluyen generalmente en la verificación de ciertos rasgos comunes en los miembros de las poblaciones nacionales, rasgos que se refieren tanto a la personalidad básica de los individuos como a la configuración cultural de una nación. No obstante, las distinciones conceptuales y analíticas, ambos tienen tipos de rasgos – personales y culturales – tienden a converger en el carácter nacional”. Godoy, Hernán, *El carácter chileno* (Santiago: Editorial Universitaria, 1991), p.18-19

característica particular de la identidad chilena, pero no nos atendremos a sus concepciones de personalidad y carácter nacional. Para George Duby llevar el estudio de la psicología a las sociedades, transporta a la historia a un *callejón sin salida*, pues no se puede hablar con certeza de la existencia de un inconsciente colectivo dentro del campo historiográfico y sociológico.

**“Me parece que este concepto (el de identidad colectiva con características psíquicas) lleva a la investigación histórica a un callejón sin salida**, en caso de que lleve a trasladar al análisis de una sociedad, y de lo que la hace evolucionar de tal o cual manera, procedimientos de investigación, de diagnóstico, preguntas que pueden ser operativas sólo si se trata del acontecer de un individuo, de una persona”<sup>27</sup>.

Por lo tanto, estudiar el “carácter psíquico” de una sociedad acarrea problemas metodológicos y estructurales, difíciles de resolver. Nosotros dejaremos de lado esta problemática para concentrarnos en la investigación de características de la identidad chilena o, dicho de otra manera, de experiencias comunes que han permitido a nuestro país trazar una determinada línea histórica, cultural y socio-política durante mediados del siglo XIX. Los Anales históricos, filosófico-educacionales y literarios entre 1843 y 1863 serán la fuente principal para estudiar la identidad cultural producida durante este período en nuestro país. Como veremos, en esta revista se encuentran gran parte de las directrices, discusiones y problemáticas que se expusieron para la construcción político-cultural de la nueva nación.

---

<sup>27</sup> Duby, George, *Diálogos sobre historia, Conversaciones con Guy Lardreau* (Madrid, 1988) p.90. El subrayado y paréntesis es nuestro.



## Identidad Nacional

*“Una percepción global de la identidad nacional es un trabajo intelectual considerable de reflexión histórica, política, cultural y hasta ética, pues supone una simpatía por los demás para salir en parte de sí mismo al encuentro de la variedad aportada por los otros miembros de la sociedad y enriquecerse con ella, para integrar otras visiones en la propia identidad o por lo menos intentar comprenderlas en sí mismas”.*

Luis Mizón

Como explica Mizón, en esta investigación – de carácter ensayístico- intentaremos hacer *una reflexión político-cultural* –y en menor parte ética-, de nuestra identidad nacional entre 1843 y 1863 en base a los Anales de la Universidad de Chile. Indagaremos en las directrices y discusiones de la cultura-nación con el fin de *comprenderlas en sí mismas* y buscar su valoración posterior. Utilizaremos como sinónimos identidad nacional e identidad cultural; puesto que ambos se entrelazan en un concepto similar.

Antes de definir identidad nacional y/o cultural en sí misma, es necesario exponer lo que entendemos por nación. Con el comienzo de la formación de las naciones modernas en el siglo XVII, han existido principalmente dos corrientes que han logrado definir el concepto de nación. La primera se origina en Francia, luego de la Revolución Francesa, y se consolida con la Ilustración. La nación aparece como una construcción política, territorial e institucional, en donde los individuos de un determinado espacio geográfico son gobernados por una ley y representados por un determinado conjunto de personas. La segunda definición surge del romanticismo alemán, el cual se refiere a una concepción más cultural-simbólica de la nación que política. Para los románticos, el país es una construcción definida por las costumbres, los modos de ser, los simbolismos, la lengua, la religión etc., es decir por elementos no racionales.

“En esta perspectiva, la base de la nación pasa a ser no tanto una frontera geográfica y política, **sino un hecho espiritual: la nación es antes que nada alma, espíritu, sentimiento**, y lo secundario es la geografía o la materia corpórea.”<sup>28</sup>.

Hoy en día se conjugan estas dos corrientes, tanto la política como la espiritual, para extraer una definición más completa de nación: espacio geográfico en donde habita un número X de personas que comparten ciertas características, experiencias comunes, ciertos rasgos simbólicos y rituales; todas estas particularidades se enmarcan dentro de una determinada identidad nacional. Otra característica esencial, que se ha propuesto durante las últimas décadas para la definición de nación, estaría dada por el sentido de pertenencia por parte de los habitantes de un determinado país. Para Therborn es fundamental medir el sentido de pertenencia que experimentan los individuos hacia su nación. Sin este elemento las personas sólo estarían viviendo dentro de un espacio geográfico, pero no se identificarían con la nación como una estructura político-cultural y/o psico-social.

“La nación constituye un sistema cultural. Sin embargo, el aspecto más interesante no es su carácter asistemático sino **hasta qué punto los actores pertenecen a él o hasta qué consecuencias**. Tanto la nación como un sistema cultural y los actores que pertenecen a ella se localizan en una estructura de recursos y de limitaciones”<sup>29</sup>.

Definimos nación como una determinada zona geográfica, gobernada por un Estado de ley y en donde se dan ciertas prácticas culturales características del territorio. Pero a ello, le vamos a incorporar el sentido de pertenencia que experimentan los individuos hacia su país. En el caso de Chile, este sentido de pertenencia se comenzó a crear después de la Independencia<sup>30</sup>. Los himnos nacionales, escarapelas, banderas, historiografía y literatura nacional, más símbolos patrios que identificaban al país, no tardaron en llegar. Todo esto con el fin de generar un incipiente nacionalismo y un sentido de pertenencia por parte de los ciudadanos hacia esta nueva nación.

---

<sup>28</sup> Subercaseaux, Bernardo, “Caminos interferidos: de lo político a lo cultural. Reflexiones sobre la identidad nacional”, en Centro de Estudios Públicos (CEP) N°73, 1999, p. 155. El subrayado es nuestro.

Bernardo Subercaseaux; Profesor titular y Vicedecano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Autor de los siguientes libros: *Historia literatura y sociedad*, *Historia del libro en Chile*, *Chile, ¿un país moderno?*, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* (4 tomos) y *Genealogía de la vanguardia en Chile*, entre otros.

<sup>29</sup> Therborn, Göran, “Identidades nacionales y otras identidades”, en Revista de Sociología, Universidad de Chile, N°11-12, 1997-1998.

<sup>30</sup> Nos referimos a un sentido de pertenencia de una nación autónoma y con una política, cultura y economía independiente de otras metrópolis y por lo tanto particular.

Una vez definida la nación pasaremos a revisar qué se entiende por identidad nacional-cultural. Dejaremos de lado los esencialismos, es decir, aquellos discursos que plantean la formación de la identidad en un pasado remoto una vez y para siempre. El esencialismo no incorpora en la identidad elementos que penetran con posterioridad a la fundación de la nación y descuida ciertas prácticas culturales pertenecientes a un determinado país, pues intenta construir una imagen identitaria homogénea y en lo posible libre de diferencias. Esta concepción es sustancialista, pues percibe negativamente cualquier cambio o alteración, y se preocupa principalmente de la continuidad y preservación de la identidad. Por esta razón, nosotros entenderemos por identidad nacional un proceso en constante construcción y reconstrucción en donde continuamente nuevos elementos pasan a ser parte de la identidad una vez que han penetrado profundamente en la cultura-nación. Jorge Larraín denomina a esta concepción histórico-estructural, en la cual el proceso de formación de la identidad nunca está acabado como ocurre en la visión esencialista. La concepción histórico-estructural desustancializa la identidad, pues la asume como un elemento heterogéneo en donde hay varias particularidades culturales en su interior, muchas veces en contradicción. Bajo esta perspectiva entendemos la nación y su consiguiente identidad; desde un aspecto geográfico-político y simbólico-cultural, en donde se desarrollan disímiles prácticas culturales y sociales que, aunque el discurso oficial, estatal y/o elitista no las incorpore a la identidad nacional; sí pertenecen a la historia socio-cultural del país. Es decir, a pesar de su subordinación, forman parte de la identidad nacional.

Utilizaremos dos autores que nos parecen unos de los más asertivos a la hora de fijar los mecanismos principales para la construcción de la identidad: Göran Therborn y el ya mencionado Jorge Larraín, ambos sociólogos. Cada uno plantea que existen tres elementos fundamentales para definir la identidad nacional. El primero expone –como componentes esenciales para definir la identidad nacional-, la *diferenciación*, el *auto-establecimiento* y el *reconocimiento*. El segundo enfatiza, la *visión del “otro”*, el *componente cultural*, y el *elemento material*. A pesar que a primera vista los seis componentes parecen disímiles, son bastante similares y se relacionan entre sí.

Para Therborn la *diferenciación* se refiere a la separación entre el potencial “yo” o “nosotros” y el resto de las culturas o naciones. Es decir, antes de hacer una autoafirmación de la propia cultura se debe tener en cuenta que se es diferente y particular.

“Bajo condiciones similares, podemos suponer que **mientras más claramente puedan ser visualizados los otros y mientras más distintos sean, la identidad separada emergerá más tempranamente y será más fuerte.** Por otro lado -ya que nos estamos refiriendo a experiencias- también se da la otra relación, es decir, **mientras más claro sea el sí mismo, bajo iguales condiciones más clara será la diferencia con los otros**”<sup>31</sup>.

Therborn explica que *mientras más distintos sean los otros, la identidad emergerá con un mayor potencial*. Es decir, como primer paso, la diferenciación, con el resto de las naciones o grupos culturales, juega un rol primordial para generar y fortalecer la identidad colectiva, pues sólo así se tendrá una noción más clara del “nosotros”. Larraín también expone que la diferenciación y la *visión de los “otros”* es un elemento fundamental para la formación de la identidad, pues la definición del “sí mismo” se basa en la disimilitud de los valores, creencias, costumbres y características “del otro”.

“En la construcción de cualquier versión de identidad, **la comparación con el ‘otro’ y la utilización de mecanismos de diferenciación con el ‘otro’ juegan un papel fundamental:** algunos grupos, modos de vida o ideas se presentan como fuera de la comunidad. **Así surge la idea del ‘nosotros’ en cuanto distinto a ‘ellos’ a los ‘otros’**”<sup>32</sup>.

Luego de plasmar esta necesaria diferenciación, Therborn explica que la identidad no debe ser concebida sólo como una vaga negación del “otro”, también debe incluirse el elemento positivo de identificarse con alguien o algo, ciertas costumbres o ideas, es decir, el *auto-establecimiento*. Sólo así se obtiene una integridad en la construcción del “sí mismo”.

“Con una venia al gran sociólogo Robert Merton y a su teoría de los grupos de referencia, podemos referirnos a este segundo aspecto de la formación de la identidad como el establecimiento de la **auto-referencia o de las auto-imágenes (incluyendo la posibilidad de que**

---

<sup>31</sup> Therborn, Op.Cit., p.3. El subrayado es nuestro.

<sup>32</sup> Larraín, Op.Cit., p.32. El subrayado es nuestro.

**éstas sean numerosas), en breve, el auto-establecimiento. Este se utiliza para denominar el resultado del proceso que se produce, sea a través de una auto-selección deliberada, una socialización del otro –también deliberada- o a través de un proceso subconsciente de adaptación**<sup>33</sup>.

Therborn se refiere a una *auto-selección deliberada* de los elementos que van a componer la identidad. Esto es justamente lo que ocurrió en nuestro país durante el siglo XIX, la elite seleccionó con excesiva deliberación los mecanismos que iban a primar en la identidad chilena; orden, progreso, modernización, civilización, etc. Sin embargo, la mayoría de estos elementos eran foráneos y si bien algunos se adaptaron a la nación, formando parte de la identidad, otros se alejaron profundamente de la realidad-país. La elite forzó un proceso que debió ser relativamente natural con el fin de dar una cierta homogeneización a la identidad nacional. No obstante, parte de este intento falló y los intelectuales del Centenario, entre ellos Francisco Antonio Encina y Tancredo Pinochet, se encargaron de denunciar la crisis social que vivía el país por el excesivo “afrancesamiento” y el descuido de lo “propio”.

Larraín, no se refiere como Therborn a una selección deliberada de elementos que debieran ser parte de la identidad, más bien habla de una identificación de la nación con ciertas cualidades, en términos de categorías socio-culturales compartidas. Por esto, afirma que el *componente cultural* es uno de los determinantes de la identidad personal y colectiva. Los individuos comparten características similares como religión, etnia, nacionalidad, historia (en cuanto *experiencias comunes*), valores, ideas, etc., todo lo cual se puede englobar en el aspecto cultural. La identidad cultural tiene relación con la identificación “con algo o alguien”, elemento que permite la construcción de un “sí mismo”, no sólo en base a la diferenciación con “otro”, sino con la tipificación similar entre los pares.

Otro elemento constitutivo de la identidad para Therborn es el *reconocimiento* de una determinada cultura o nación por el resto. Si una identidad no es reconocida por otros no funciona como identidad en el contexto nacional y es socavada. Este componente lógicamente se desliga del primero, de la diferenciación con “el otro”, pero además se le agrega el proceso de reconocimiento por los demás con el fin de consolidar la apreciación del sí mismo. Larraín también expone el reconocimiento como una parte importante para la construcción de la identidad, en el sentido que dota de “autoestima” y

---

<sup>33</sup> Therborn, Op.Cit., p.4. El subrayado es nuestro.

fortalecimiento tanto a un individuo como a una colectividad. Por ende, una nación necesita y requiere del reconocimiento de sus pares como una comunidad político-cultural autónoma e independiente, con el fin de lograr una sana construcción de la identidad nacional.

Larraín además agrega otro elemento que no es mencionado por Therborn, el *componente material*. Para el sociólogo chileno, los seres humanos al poseer y adquirir cosas materiales proyectan su “sí mismo” o lo que “les gustaría ser”, pues *las cosas materiales dan sentido de pertenencia*. En términos nacionales, el nivel de consumo país, sería uno de los indicadores de la identidad nacional<sup>34</sup>.

En síntesis, vamos a utilizar el concepto de identidad nacional y/o cultural como un proceso en constante construcción y reconstrucción, en donde continuamente se están agregando nuevos elementos una vez que penetran profundamente en la cultura -nación. Los componentes para definir la identidad nacional serán la visión del otro, en el caso de Chile especialmente la diferenciación con el resto de Latinoamérica y el intento por una similitud/diferencia con Europa; el auto-establecimiento o la *identificación* con ciertas costumbres, ideas valores y cultura; el reconocimiento por el resto del globo de la propia identidad y la generación de un incipiente sentido de pertenencia: la imagen del sí mismo que Chile reflejó o al menos pretendió entregar durante mediados del siglo XIX. Pasaremos a revisar, bajo el cuadro de identidad nacional expuesto, cómo se fue construyendo la identidad cultural chilena a nivel discursivo, intentaremos indagar sobre qué elementos se buscaba resaltar y cuáles obviar. En definitiva, cómo fue el proceso de edificación de la imagen de Chile a un nivel intelectual y cuán cercano o lejano estaba esto de la realidad. Luego de hacer una revisión general de la identidad cultural durante mediados del siglo XIX, nos centraremos en los Anales como una fuente que refleja gran parte de las disyuntivas culturales, políticas y sociales presentes durante este período para la construcción identitaria chilena.

---

<sup>34</sup>“Las cosas materiales hacen pertenecer o dan sentido de pertenencia en una comunidad deseada. En esta medida ellas contribuyen a moldear las identidades personales al simbolizar una identidad colectiva o cultural a la cual se quiere acceder”. Larraín, Op.Cit., p.28.

## Bibliografía I Capítulo

### **Libros**

- Akhtar, Salman, *Broken Structures, Severe Personality Disorders and Their Treatment* (United States: Library of Congress, 1992)
- Andreson, Benedict, *Comunidades imaginadas* (Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica, 2000)
- Ariño, Antonio, *Sociología de la cultura. La constitución simbólica de la sociedad* (Barcelona: Editorial Ariel, 2000)
- Aristóteles, *Metafísica* (Madrid: Editorial Espasa, 2000)
- Bonilla Bejarano, Neissy, *Identidad* (Colombia: Editorial Norma, 1995)
- Duby, George, *Diálogos sobre historia, Conversaciones con Guy Lardreau* (Madrid, 1988)
- Foucault, Michel, *La arqueología del saber* (Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2001)
- Godoy, Hernán, *El carácter chileno* (Santiago: Editorial Universitaria, 1981)
- Hegel, *Ciencia de la Lógica* (Buenos Aires: Ediciones Solar, 1968)
- Hobsbawm, Eric, *Sobre la historia* (Barcelona: Editorial Crítica, 2002), p.8
- Larraín, Jorge, *Identidad Chilena*, (Santiago: Editorial LOM, 2001)
- Locke, John, *Essay Concerning on Human Undertanding* (London: George Routledge, 1948)
- Mizón, Luis, *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena* (Santiago: Editorial Universitaria, 2001)
- Montecino, Sonia (compiladora), *Revisitando Chile, identidades mitos e historias* (Santiago: Colección Cuadernos Bicentenario, 2003)
- Varios autores (recopilación), *¿Hay patria que defender?* (Santiago: Centro de Estudios para el desarrollo, CED, 2000)

### **Artículos**

- Dhase, Fernando, “Las identidades culturales: Algunas aclaraciones conceptuales”, en Centro Estudios Públicos (CEP), N°69, 1991
- Hall, Stuart, “Estudios Culturales: Dos paradigmas”, Revista *Causas y Azares*, N°1, 1994
- Heidegger, Martin, “El principio de identidad”, Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS, 2004, p.2.
- Larraín, Jorge, “La trayectoria latinoamericana a modernidad”, Centro de Estudios Públicos (CEP), N°66, 1997
- Larraín, Jorge, “La identidad latinoamericana: teoría e historia”, Centro de Estudios Públicos (CEP), N°55, 1994
- Padilla, Leonel, “Cultura e identidad”, Tercer Congreso Nacional de Filosofía, Colegio Santo Tomás, Guatemala, octubre 2002

- Subercaseaux, Bernardo, “Caminos interferidos: de lo político a lo cultural. Reflexiones sobre la identidad nacional”, en Centro de Estudios Públicos (CEP) N°73, 1999
- Trocello, María Gloria, “Identidad colectiva: ¿Esencia o discurso? Una confusión peligrosa”, Universidad Nacional de San Luis
- Tugendhat, “Identidad: personal, nacional y universal”, en *Persona y Sociedad*, Vol. X
- Therborn, Góran, “Identidades nacionales y otras entidades”, *Revista de Sociología*, Universidad de Chile, Departamento de Sociología, N°11-12, 1997-1998





Andrés Bello



José Victorino Lastarria



Francisco Bilbao



Miguel Luis Amunátegui



Diego Barros Arana

## Las tres esferas de la cultura decimonónica

*Convéncete Dámaso –decíale don Fidel-, esta Sociedad de la Igualdad es una pandilla de descamisados que quieren repartirse nuestras fortunas.*

- *Y sobre todo –decía don Simón, a quien el Gobierno nombraba siempre para diversas comisiones-, los que hacen oposición es porque quieren empleo.*

- *Pero hombre –replicaba Don Dámaso-, ¿y las escuelas que funda esa sociedad para educar al pueblo?*

- *¡Que pueblo, ni qué pueblo! –contestaba don Fidel-. Es el peor mal que pueden hacer, estar enseñando a ser caballeros a esa pandilla de rotos.*

- *Si yo fuese gobierno –dijo don Simón-, no los dejaba reunirse nunca. ¿A dónde vamos a parar con que todos se metan en política?*

- *¡Pero si son tan ciudadanos como nosotros! –replicó don Dámaso.*

- *Sí, pero ciudadanos sin un centavo, ciudadanos hambrientos –repuso don Fidel.*

- *Y entonces, ¿para qué estamos en República? –dijo doña Francisca, mezclándose en la conversación.*

- *Ojalá no lo estuviéramos –contestó su marido.*

Alberto Blest Gana, *Martín Rivas*

La cultura decimonónica, para la historiografía conservadora, ha estado en su mayor parte ligada al Estado. Según su visión, la producción cultural dependió en gran medida del fomento y financiamiento por parte del Estado, ya que era el ente configurador del ser nacional, y por ende también de la cultura e identidad del país. Uno de los autores más importantes en plantear esta tesis es Mario Góngora, para quien el *Estado es la matriz de la nacionalidad*<sup>35</sup>. Esta concepción ha influido a gran parte de la corriente tradicionalista, que por lo demás ha sido la mayoritaria en el país. Nosotros postulamos como hipótesis que la nacionalidad cultural en un determinado país no puede surgir solamente por las acciones del Estado, por muy abarcador que éste sea. En el caso chileno, la oligarquía fue quien manejó el Estado y a nuestro parecer fue la fuente de verdadero poder que a su vez necesitó del órgano estatal para poder cumplir sus aspiraciones e intereses. Esta visión alternativa ha sido exhaustivamente revisada en el último tiempo por Alfredo Jocelyn-Holt, entre otros. Para el historiador fue la oligarquía la principal fuente política y de estabilidad social, no el Estado como propone Góngora.

---

<sup>35</sup> “Frente a tales interpretaciones Mario Góngora sostiene el valor propio del Estado como potencia ordenadora y fuerza moral que posee una dignidad propia y que, más allá de los intereses del grupo y de las prestaciones

“El poder administrativo del Estado se pensó –en el mejor de los casos- como un instrumento de gobierno oligárquico por parte de la elite y, en el peor, se percibió como un peligro potencial que había que controlar antes que intentara dividir a la misma elite. De hecho, cada vez que ello ocurrió durante el siglo XIX, la amenaza fue superada. **Podemos concluir, por tanto, que fue la elite, y con ella el orden tradicional, y no el Estado administrativo, la principal fuerza política a la vez que la principal fuente de estabilidad social**”<sup>36</sup>.

Al ser la elite la fuerza política y el Estado un instrumento de ella, podemos concluir que la cultura – que es el tema que nos interesa a nosotros- no depende totalmente del Estado. Lógicamente, el aparato estatal fue un gran impulsor para el desarrollo cultural; pero no determinó su producción. La misma elite fue un poderoso foco de construcción cultural, tanto el bando conservador como liberal. Sin embargo, el primer grupo estaba más vinculado a la visión estatal; mientras que el naciente conglomerado liberal se configuró –en la mayoría de los casos- como una entidad independiente y no siempre reflejó los intereses del Estado y/o de la oligarquía tradicional. Por lo tanto “va a ir surgiendo una esfera político-cultural equidistante y autónoma tanto de la esfera estatal propiamente tal como de la sociedad tradicional”<sup>37</sup>. Como explica Jocelyn-Holt, esta esfera cultural fue capaz de independizarse y formar patrones propios que muchas veces eran contestatarios al gobierno. Ejemplos claro de lo anterior fueron las propuestas de Lastarria y Bilbao por configurar una sociedad más abierta, democrática, liberal y participativa; dejando atrás lo componentes tradicionalistas y retrógrados heredados de la Madre Patria. Por esto el historiador apuesta a un espacio cultural intermedio, ubicado entre el Estado y la sociedad tradicional. Páginas después agrega:

“Pienso que la cultura, como esfera equidistante tanto del Estado administrativo como de la sociedad tradicional permitió todo esto, constituyéndose por ende en un **espacio intermedio que posibilitó márgenes importantes de libertad, o mejor dicho, márgenes críticos del autoritarismo**”<sup>38</sup>.

---

utilitarias, es capaz de configurar los procesos históricos. Es por eso que Mario Góngora puede formular la tesis de que es el Estado el que ha dado forma a la nacionalidad chilena”. Krebs, Ricardo en Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Editorial Universitaria, 1998), p.55.

<sup>36</sup> Jocelyn-Holt, Op.Cit., p.29. El subrayado es nuestro.

<sup>37</sup> Jocelyn-Holt, Op.Cit., p.67. El subrayado es nuestro.

<sup>38</sup> Jocelyn-Holt, Op.Cit., p.99

Para Jocelyn-Holt la razón por la cual la visión tradicionalista concibe la cultura en términos no autónomos se debe a la importancia que se le da al aparato estatal. Esto ha sido así, pues la historiografía se ha centrado en el tema del orden institucional que aparentemente fundó el Estado Portaliano. Sin embargo, el historiador vuelve a refutar esta idea explicando que el supuesto orden político creado por Portales no es más que un orden social residual proveniente de la colonial, puesto que el estanquero es un escéptico frente a las leyes y al encauzamiento racional de la sociedad; frente a lo cual prefiere instaurar un orden ya establecido. El denominado “Peso de la noche” se refiere a la sumisión de las capas sociales al letargo e inercia, entendida como la falta de acción y voz para rebelarse al orden establecido o simplemente expresar opiniones disidentes. Así, mientras las capas sociales sigan tranquilas en un estado apático, el orden se mantendrá, de lo contrario se romperá. Es en este punto donde radica la fragilidad del orden social impuesto por Portales<sup>39</sup>. Puesto que una vez que los elementos sociales se sepan capaces, exijan sus derechos y tengan voluntad de transformar el *statu quo*; el “Peso de la noche” se convertirá en un activismo político-social con opiniones y exigencias reales de cambio. Si esto sucede el orden portaliano se vuelve débil y quebradizo. Parte de estas exigencias fueron planteadas por la cultura liberal, en el sentido que movilizó y activó una voz de protesta contra el orden establecido. Razón por la cual el gobierno conservador intentó acallar en lo posible las ideas extremadamente liberales que amenazaban con el derrumbe del orden social fundado por Portales.

La pregunta entonces sería ¿Qué elementos pusieron en jaque este orden social? Sabemos que las sublevaciones obreras y del bajo pueblo no llegaron sino hasta principios del siglo XX. Entonces ¿el orden se mantuvo intacto?, nuestra respuesta es negativa, el orden no se mantuvo incólume, pero sí buscó las formas de adecuarse incorporando las distintas concepciones liberales y anticlericales que con el tiempo iba exigiendo la sociedad y el mundo moderno. Frente a la respuesta de la primera pregunta, creemos que fue la cultura liberal quien puso en jaque al Estado y su orden, pues impulsó una opinión disidente al orden establecido; intentando generar reformas más radicales y abolir los elementos tradicionales heredados de la Colonia. Por esto nos parece tan importante hacer una revisión de la cultura decimonónica, sus discursos y sobretodo de los rasgos identitarios que la configuraron o intentaron impregnarse dentro de la sociedad chilena.

---

<sup>39</sup> Para una mayor profundización del tema véase Jocelyn-Holt, Op.Cit., Capítulo IV: “El peso de la noche”, la otra cara del orden portaliano” y Villalobos Sergio, “Portales: Una falsificación histórica” (Santiago: Editorial Universitaria, 2005)

Esta “cultura liberal” que con el tiempo se hizo más radical, tenía ya a fines de la colonia un pequeño número de adeptos; aunque lógicamente sin ningún tipo de organización. Se trataba de un ínfimo y disperso conglomerado. Con el advenimiento de la Ilustración, numerosos “libros liberales” comenzaron a llegar a este lejano territorio. La teoría del contrato social de Rousseau, la separación de los poderes del Estado de Montesquieu, la filosofía de Locke y Voltaire, entre otros; empezaron a encender la mente de algunos intelectuales. La llegada de estas nuevas ideas permitieron el progresivo surgimiento de una conciencia liberal crítica al autoritarismo del gobierno monárquico y su estrechez de pensamiento, pero jamás se pensó en la Independencia antes de la coyuntura napoleónica, simplemente se aspiró a mayores libertades. Los personajes más importantes dentro de este círculo fueron Manuel de Salas y Camilo Henríquez. El primero intentó impregnar en la sociedad de fines de la colonia y post independencia la virtud de la educación y el progreso. Interiorizado en este espíritu fundó la Academia de San Luis en 1799, primera institución chilena de influencia ilustrada, y la Biblioteca Nacional en 1810<sup>40</sup>. Por su parte, Camilo Henríquez luchó fervientemente por la libertad de prensa y la liberalización de la literatura. Estos hombres representan la naciente cultura liberal acuñada por un pequeño grupo intelectual desde antes de la Independencia. Este fue el antecedente o, más bien, los primeros pasos de construcción de una cultura independiente del Estado. Es por esto, que tanto para Subercaseaux como para Jocelyn-Holt es posible hablar de una tradición liberal autónoma, paralela a la cultura entregada por el órgano estatal.

“Puede decirse, entonces, que además de las ideas ilustradas europeas, **había en Chile desde el momento mismo de la Independencia una tradición liberal autóctona.** Una tradición que tuvo una activa presencia en la génesis de la conciencia liberal y que en 1827 significó para el gobierno de Pinto lo que en Argentina Mariano Moreno y la generación de mayo para la época de Rivadavia”<sup>41</sup>.

---

<sup>40</sup> “A pesar de las vicisitudes, la Academia de San Luis fue el primer establecimiento público en Chile que enseñó en idioma corriente, que a la gramática latina agregó la española y que dio cursos matemáticos de carácter técnico. En este sentido, por limitada que haya sido su influencia práctica, la Academia permanece como la primera experiencia educacional chilena de corte primeramente ilustrado, que responde a las dos características que definen la influencia de esa corriente en la víspera de la Independencia: la apertura hacia el pensamiento científico y su capacidad transformadora de la realidad y una mayor intervención del Estado en el fomento de ese proceso”. Serrano, Sol, *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX* (Santiago: Editorial Universitaria, 1994), p.28

<sup>41</sup> Subercaseaux, Bernardo, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 1997), Tomo I, p.18. El subrayado es nuestro.

Esta tradición liberal va a continuar en los primeros años de la formación republicana, inspirada por la fe en el progreso, la modernización y el anhelo de civilizar a la sociedad y perfeccionarla a través de la educación. Se reflejó en las acciones de los principales líderes de la nación: Bernardo O'Higgins y Francisco Antonio Pinto, ambos combatieron con fervor en las luchas independentistas. El primero, abolió los mayorazgos y dio un mayor énfasis a la educación ilustrada. Sin embargo, continuó un gobierno autoritario, porque al igual que Portales pensaba que el país no estaba preparado para una democracia. Durante el gobierno de Pinto creció aún más el círculo liberal y las ideas empezaron a fluir con más fuerza y rapidez, pues ya no existía la restricción cultural impuesta por la Corona española. Es más, como explica Subercaseaux, estos principios se transformaron en una doctrina liberal.

“Durante el gobierno de Pinto, los principios liberales tienen entonces extensa circulación, pero ya no sólo como principios o ideas generales, sino más bien como doctrina, la que con cierto grado de coherencia es aplicada por el grupo gobernante al análisis e impugnación de las diversas realidades del país”<sup>42</sup>.

Se puede concluir entonces, que en los primeros años de la Independencia se configuró un sello identitario liberal al interior de la élite político-intelectual. Sin embargo, este sello fue adormecido - nunca anulado- por el gobierno de Portales y sus seguidores. ¿Cómo pudo llegar al poder la falange pelucona, después de más de una década de gobiernos liberales? Las respuestas pueden ser múltiples, pero uno de los elementos más claros era el desequilibrio entre la teoría y la práctica que existía en todo Latinoamérica, lo cual produjo una profunda anarquía político-institucional. Es decir, en Europa las ideas liberales de progreso y modernización surgieron con fuerza después de la Revolución Industrial, momento en que comenzaron a consolidarse las naciones-estados modernos junto con una economía capitalista y de libre mercado que permitía el encauzamiento de las teorías liberales de la proposición a la práctica, tanto políticas como económicas. Sin embargo, Chile y la mayoría de América Latina vivía sumida en la ruralidad y su principal sistema económico era la exportación de materias primas, no existió una industrialización a niveles europeos, ni menos un fuerte contingente burgués, lo cual hacía extremadamente difícil la implantación de ideas liberales en la realidad. Para

---

<sup>42</sup> Subercaseaux, Op.Cit., p.19

Subercaseaux se trata de una sociedad en transición que se encuentra a medio camino entre el Antiguo Régimen y el mundo moderno.

“La disociación entre preferencial liberales que querían imponer los partidarios del gobierno de Pinto y el contexto socioeconómico del país, sumada al carácter no vigente e impugnador de esta ideología, es entonces antecedente que viene acotar lo que señalábamos al comienzo: vale decir, que Lastarria crece y se educa en una sociedad desvinculada de la metrópoli, pero que vive todavía un proceso de transición y que se encuentra a medio camino entre la ortodoxia y la tolerancia, entre el *ansién régime* y el mundo moderno, entre el Reino de Chile y la República Independiente”<sup>43</sup>.

Este desequilibrio entre la teoría y la práctica sumado al desorden imperante en el país que algunos llamaron anarquía, permitió el convencimiento de varios sectores de la elite hacia las ideas conservadoras de orden autoritario. Para los historiadores Gabriel Salazar y Julio Pinto, hubo tres situaciones fundamentales que produjeron el volcamiento hacia un gobierno conservador.

“La recuperación de la falange pelucona se produjo en relación a tres situaciones coyunturales: una, la consolidación en Chile de una poderosa ‘falange’ de comerciantes ingleses, franceses y norteamericanos; dos, el volcamiento del grupo monopolista de Diego Portales (llamado “los estanqueros”) a la política pura y a la construcción del Estado, y tres, la cesantía ‘política’ de los militares de alta graduación fogueados en las guerras contra el Virrey y luego contra los campesinos y los indígenas del sur”<sup>44</sup>.

Luego de la batalla de Lircay, en donde salieron victoriosos los pelucones, los conservadores pasaron a ser el elemento más importante del gobierno por varias décadas. Este conservadurismo también dotó de un sello identitario a la oligarquía imperante, pero se trataba de una moderación más que de una restricción plena. Con el paso del tiempo fueron acuñando ideas liberales, sobre todo en el ámbito económico, pero sin perder de vista el autoritarismo y el orden. El siguiente lema ejemplifica perfectamente sus aspiraciones: “reformular conservando, conservar reformando”. Lo que primó, en definitiva, fue la gradualidad respecto a los cambios y reformas liberales que necesitaba el país. Sin

---

<sup>43</sup> Subercaseaux, Op.Cit., p.23

<sup>44</sup> Salazar, Gabriel y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile. Tomo I: Estado, legitimidad, ciudadanía* (Santiago: LOM ediciones, 1999), p.34-35

embargo, quien puso en jaque y amenazó esta gradualidad y autoritarismo fue la cultura liberal, imperante en el país desde el reformismo Borbón. Este “saber” se hacía más fuerte con el paso del tiempo, adquiriría más adeptos y mayor radicalidad.

Chile nacía como una nueva nación en el sentido político, pero había que dotarla de una identidad, se debía construir cultura, símbolos, emblemas patrióticos, etc. Tanto los primeros gobiernos liberales como posteriormente los conservadores se abocaron a esta tarea. En definitiva, se pretendía dotar al país de un sentido de pertenencia entre los habitantes, del cual habla Therborn. Para esto es esencial la producción cultural propia de Chile y de los chilenos, pues es una categoría socio-cultural fundamental, como explica Larraín, para sentirse parte de una nación y de su identidad. Sin embargo, la construcción cultural del país no fue homogénea ni mucho menos respondía a los mismos intereses ni ideales. El problema de la producción cultural es la clásica disputa entre aquellos que pretendían un cambio gradual, moderado y apostando por ciertas tradiciones legadas del pasado; y aquellos que aspiraba a reformas radicales, a una total desespañolización y al alejamiento del dogma católico para reemplazarlo por el pensamiento positivo y basado en la razón. Desde 1831 el polo cultural liberal estuvo extremadamente restringido por los gobiernos conservadores, especialmente el de Montt que fue uno de los más represivos. Por esto en nuestro país se generó una cultura de oposición al gobierno, a su autoritarismo y tradicionalismo.

Frente a esta atmósfera político intelectual imbuida en la dicotomía tradición/reforma, se puede visualizar el panorama cultural del Chile de mediados del siglo XIX bajo el siguiente esquema: cultura de gobierno, cultura liberal opositora y cultura del bajo pueblo; proponemos la siguiente tesis con el fin de abordar la identidad cultural de la nación entre los años 1843-1863. Nuestra hipótesis es que podríamos separar la producción cultural en tres grandes esferas:



- 1- **Cultura de gobierno:** Conservadora. Se refiere al autoritarismo y al orden social impuesto por Portales. Seguidores del tradicionalismo hispano y la religión católica. Aspiraban a reformas graduales y a la penetración de conocimientos ilustrados con el fin de civilizar al país, pero siempre y cuando las nuevas ideas no amenazaran los consensos establecidos por la oligarquía tradicional. La institución cultural que reflejó con mayor lucidez las aspiraciones del gobierno fue la Universidad de Chile y la red educacional impuesta por ésta.
- 2- **Cultura liberal opositora:** Grupo que aspiraba a mayores libertades y a una progresiva secularización. Se identifican con la producción cultural autónoma e independiente del Estado y ajena a los intereses de la elite conservadora. Exigía cambios radicales, más igualdad, absorción de la totalidad de los saberes ilustrados y el advenimiento de la modernidad y una real democracia.
- 3- **Cultura del bajo pueblo:** Lógicamente las dos producciones culturales anteriores permearon en menor grado a la sociabilidad originada por el bajo pueblo. Por lo tanto, dentro de las masas surgieron distintas maneras de relacionarse en conjunto con una producción cultural distinta a la de la oligarquía. Esta esfera se eximirá de nuestro estudio<sup>45</sup>.

---

<sup>45</sup> La investigación realizada se centrará en la construcción de una identidad cultural generada “desde arriba”, desde una elite. Por esto se eximirá el estudio del “bajo pueblo” y su construcción identitaria. Para el estudio de una historia hecha “desde abajo” durante el siglo XIX se puede recurrir especialmente a los trabajos de Gabriel Salazar y Julio Pinto. Entre ellos: Salazar, Gabriel, *Labradores, peones y proletarios* (Santiago: LOM Ediciones, 2000), *Diferenciación y conflicto en la clase dominante chilena. Siglo XIX y XX* (Hull, U.K., 1979), *Los intelectuales, los pobres y el poder* (Santiago: 1995). Entre las investigaciones de Julio Pinto se pueden revisar: *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado, Chile 1850-1914* (Santiago: Universidad de Santiago 1990), *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares, 1850-1900* (Santiago: Editorial Universitaria, 1998). Ambos historiadores son también los autores de los 4 tomos de *Historia Contemporánea de Chile* (Santiago: LOM ediciones, 1999). En esta historia general buscan recrear el proceso histórico por el cual ha pasado el ciudadano chileno corriente al mismo tiempo de hacer una revisión de los recurrentes mitos presentes en la historia oficial: “Esta historia quiere asumir los problemas históricos de Chile desde la urgencia reflexiva del ciudadano corriente. Es éste – por ello- el sujeto, actor, y destinatario principal de este estudio. Los problemas se han querido percibir y reconstruir desde su perspectiva. En cierto modo, es una historia mirada ‘desde abajo’; pero no desde la ‘marginalidad’, porque el ciudadano, en una sociedad, no es ni puede ser periférico a nada que ocurra en ella. Pues tiene el máximo derecho: la *soberanía*; que es el máximo ‘derecho humano’. La máxima legitimidad que puede hallarse en la historia. Ante ella, todo se inclina: los héroes, los políticos, el Estado, el Mercado, los mitos. La mirada del ciudadano constituye el único estrado desde donde los hechos y proceso históricos no sólo se pueden ‘investigar’ en su condición de verdad (tarea de los historiadores), sino también, legítimamente, ‘juzgar’ y ‘utilizar’. Salazar, Gabriel y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile. Tomo I: Estado, legitimidad, ciudadanía*, p.8-9. Otro libro reciente de excelente recopilación ya sea de documentos escritos y relatos orales que elabora una historia “desde abajo” es el de Jorge Arrate y Eduardo Rojas, *Memoria de la Izquierda chilena* (Santiago: Quebecor World Chile, 2003), Tomos I y II.

Al ser esta una tesis de grado, se nos hace imposible estudiar a cabalidad toda la cultura de mediados de siglo XIX y sus numerosos exponentes. Por esto hemos elegido representantes de cada uno de los primeros dos grupos. Dentro de la “oficialidad” revisaremos brevemente –haciendo incapié en los preceptos fundamentales- la cultura que heredó el país gracias a la labor de Andrés Bello y la institución educacional fundada por él, la Universidad de Chile. Tanto Bello como la Universidad irradian las aspiraciones de gobierno, su conservadurismo y la gradualidad necesaria para la lenta acuñación de ideas liberales. Dentro de la cultura opositora, nos centraremos en las figuras de José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao. Las ideas acerca del retraso colonial, el gobierno conservador fundado en la violencia y en un orden social residual, la necesaria igualdad en una real democracia y en particular la ideología liberal imperante, fueron expuestas por Lastarria y Bilbao, quienes transmiten el sentir espiritual de los liberales de la época.

## Andrés Bello; la exaltación del orden y la gradualidad. Lastraría y Bilbao; la férrea persistencia de una ideología liberal

En el siguiente capítulo se analizarán las ideas fundamentales de los focos culturales de gobierno y oposición a la luz de personajes como Andrés Bello, José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao. Se realizará un ensayo comparativo que desarrolle los conceptos más importantes de los intereses, directrices y lineamientos de las propuestas de los dos bandos culturales. Muchas veces las perspectivas y proyecciones de ambos grupos se alejaron profundamente porque el contingente conservador prefirió caminar sobre la base de parámetros tradicionales y con una lenta asimilación de los dispositivos e ideas modernas ilustradas. En disonancia, el grupo más liberal optó por una despañolización y secularización más radical en conjunto con un voraz acaparamiento de los nuevos saberes ilustrados. A pesar que las visiones la mayor parte del tiempo se alejan y contradicen; el fin de la élite decimonónica parece ser muy similar: hacer de Chile un país civilizado y con una cultura e intelectualidad propia y original. Educar a la nación, sus ciudadanos y ensalzar la virtud republicana. Los medios para lograr tan difícil tarea en un país recientemente descolonizado fue lo que produjo pugnas, discusiones y severas diferencias que hasta –algunas veces- se traduce en violencia política.

Los numerosos conflictos y disímiles visiones culturales que marcaron el inicio del camino de construcción de la identidad cultural chilena; están presentes nítidamente en los Anales de la Universidad de Chile. Sin embargo, antes de entrar de lleno en el estudio de los discursos y propuestas de los diversos autores que escribieron en los Anales, es necesario recrear parte de la atmósfera cultural de la época con el fin de lograr un mayor entendimiento de las disertaciones e ideas presentes en la revista de la Universidad.

Bello marcará las directrices para comprender el pensamiento del grupo conservador. De aquellos que aspiraban a la culturización del país, pero manteniendo ciertos consensos como el catolicismo, el autoritarismo y el necesario orden. Lastarria y Bilbao demuestran la sensibilidad cultural liberal de la época. De aquel grupo que añoraba no sólo una independencia política, sino también espiritual y cultural.

Andrés Bello (1781-1865) fue el pilar de la cultura conservadora presente en el Chile de mediados del siglo XIX. Su trayectoria intelectual y sus obras educacionales son de enorme valor y muchas tienen validez hasta el día de hoy. Bello comulgó con las ideas del gobierno frente a la necesaria mantención del orden y el cambio gradual; debido al contexto histórico en el cual vivió y por la personalidad propia del intelectual. A pesar de sus ansias por el advenimiento de la Ilustración y su anhelo de formar una “educación nacional”; fue un acérrimo crítico a las ideas liberales que amenazaban el orden estatal y la doctrina religiosa. Luchó por la propagación cultural, pero a la vez por la mantención de ciertas prácticas y creencias tradicionales. Fue el pilar sobre el que se construyó la cultura oficial y por lo tanto es un fiel reflejo de las aspiraciones estatales a un nivel político, institucional y cultural.

José Victorino Lastarria (1717-1888) representó la cultura chilena de oposición al gobierno. Estaba en contra del régimen autoritario, centralista y que incluía a una minoría para tomar las decisiones socio-políticas dentro del país. Si bien es un hombre muy criticado por su personalidad soberbia y altanera, fue un individuo de acción ejemplar cuando se trató de luchar a través de las ideas liberales y democráticas en contra del gobierno excesivamente gradualista y conservador. Claramente Lastarria refleja el valor de la persistencia como ningún otro de su época. Su pensamiento posee, a pesar de los largos años que le tocó vivir, una asombrosa continuidad, con sólo pequeñas variaciones lógicas que fueron forjándose por la acumulación de conocimientos y el contexto histórico mundial.

Francisco Bilbao (1823-1865) fue una de las figuras más representativas del incipiente radicalismo chileno de mediados del siglo XIX. Su vida y su obra generaron constantes síndromes rupturistas para la elite tradicional. Fue uno de los hombres que más avivó el “jaque” contra los consensos establecidos por la oligarquía conservadora. La problemática mayor de tratar a este controvertido personaje liberal, romántico, revolucionario, utópico y sumamente atractivo, para quien se deja deslumbrar con sus palabras, es el lugar en que lo ubica la historiografía. Más bien se podría decir que este intelectual no tiene un lugar fijo dentro de nuestras arcas mentales y libros de historia. Así como su vida y escritos despertaron marejadas de pasión, los historiadores e intelectuales que luego escribieron sobre él también se dejaron llevar por este fogoso entusiasmo. Ya sea para desprestigiarlo como un hombre de doctrinas incoherentes, fantasioso, pensamiento absurdo y removedor del orden social existente; o

ensalzarlo como un apóstol revolucionario, como el primer hombre que incluyó al pueblo y a las capas bajas de la sociedad en política. Dentro del primer grupo se encuentran intelectuales como Zorobabel Rodríguez, Pedro Pablo Nolasco Cruz y posteriormente Alberto Edwards, quien critica irónicamente las acciones del bando liberal-radical decimonónico. Dentro de los hombres más importantes que alaban fervientemente a Bilbao se encuentran Eduardo de la Barra y Pedro Pablo Figueroa. A nuestro parecer, el historiador que estudió con más imparcialidad (dentro de los límites posibles, pues de por sí el estudio del pasado no puede ser totalmente objetivo sobretodo si se trata de un personaje como Bilbao), fue Armando Donoso, intelectual que nos da las más poderosas directrices para este escueto ensayo. Un historiador contemporáneo que se ha encargado de estudiar la figura de Bilbao es Gonzalo Fernández Meriggio, quien recalca que la historia oficial ha subordinado y escondido la importancia que tuvo Bilbao tanto para la política como para la cultura decimonónica. Explica que este personaje ha sido mejor estudiado en el extranjero que en su país de origen, puesto que es fuera de Chile en donde se le ha dado el puesto que realmente merece.

“Las concepciones aristocratizantes que han gozado de gran auge a lo largo de este siglo, -que ya termina- conformando en buena parte la historia oficial de Chile, ya se ven amenazados de ser ellas mismas objetivo del investigador, perder el rango de verdades aceptadas y verse constreñidas a la función de caracterizar un período historiográfico. **Para los expositores de estas concepciones, hombres como Lastarria y Bilbao, soñadores de libertades, pioneros de la democracia, esclarecedores del progreso, no son sino mal conformados cerebrales.** Es decir, gente de juicio perdido, sujetos de inútil y trasnochada fantasía. Pareciera que la expresión velada o abierta de los privilegios de una clase, la feroz y obsesiva apetencia de poder de las viejas castas feudales, el influjo del adoctrinamiento religioso, la gravitación excesiva de la riqueza y el dinero, la sumisión sistemática en fin de las aspiraciones del pueblo, sus libertades y derechos, se hubiera querido erigir en patrón psicológico de la normalidad cívica. **Pareciera que se ha querido constituir a los componentes sucesivos de la llamada fronda aristocrática, en exclusivos protagonistas de la historia**”<sup>46</sup>.

Con estas fuertes palabras, Fernández intenta rescatar la figura de Bilbao del olvido, de la “leyenda negra” en que lo ha puesto la historiografía oficial; con el fin de resaltar la poderosa mantención del orden cívico impuesto por los conservadores portalianos. Lo cierto es, sin duda, que Bilbao vino a

---

<sup>46</sup> Fernández Meriggio, Gonzalo, *Francisco Bilbao, héroe romántico de América* (Valparaíso: Casa Editorial de Valparaíso, 1998), p.9-10. El subrayado es nuestro.

irrumper este orden. Produjo fuertes “dolores de cabeza” al gobierno y ayudó a erigir una propuesta política, social y cultural totalmente distinta a la del Estado y la elite tradicional que lo manejaba. Para ellos, el pensamiento de Bilbao simplemente produciría caos tarde o temprano y por esto el gobierno aplacó las acciones de este pensador y sus seguidores con tanta violencia. Bilbao, en definitiva, amenazaba con quebrantar los pilares que estructuraban la base del gobierno conservador, tanto el autoritarismo, el catolicismo, el tradicionalismo y el orden político-social existente eran fuertemente criticados por el intelectual liberal y eran los principales dardos hacia los que apuntaba derribar.

Luego de la Independencia de América, el tema sobre cómo llevar a cabo la organización política de las ex colonias despertó numerosos conflictos y enfrentamientos. El foco cultural conservador y liberal (como en todo Hispanoamérica) tuvieron álgidas discusiones sobre los grados de autoridad y libertad que se le debía dar a los habitantes; poseedores de una nula experiencia sobre las bases de un gobierno republicano. Andrés Bello –identificado con el bando conservador- originario de Caracas, creció imbuido en una sociedad próspera y tranquila, en donde los intereses de la Corona se respetaban firmemente. Gracias al apoyo de las reformas ilustradas y a la elite criolla pro monárquica, Venezuela gozó de una prosperidad económica y política. Esta seguridad y orden reinante en su país van a influir en la personalidad de Bello, quien siempre va a estar en busca de la estabilidad, la calma política y la legitimidad. Fue un participante activo del gobierno ilustrado, lo cual le brindó, como dice Jaksic, un fuerte *compromiso con el orden colonial*<sup>47</sup>.

Luego de la Independencia surgió el debate sobre qué sistema político adoptar, sin embargo para Bello la república era un sistema político inviable en territorios recientemente descolonizados y sumidos por más de tres siglos bajo un poderoso dominio español. Por esto, influido por los círculos moderados ingleses, propone la idea de una monarquía constitucional para las nuevas naciones, con el fin de que no sucumbiesen en medio de un caos al estilo francés. En 1821 en una carta a su amigo Miguel de Mier, expresa:

---

<sup>47</sup> “Sobre la base de esta recomendación y del apoyo de un criollo influyente, Luis Ustáriz, el capitán general Guevara Vasconcelos nombró a Bello oficial segundo del gobierno el día 6 de noviembre de 1802, un poco antes de que éste cumpliera los veintiún años, **creándole así un compromiso con el orden colonial que Bello no abandonaría con facilidad**”. Jaksic, Iván, *Andrés Bello: La pasión por el orden* (Santiago: Editorial Universitaria, 2001), p.38. El subrayado es nuestro.

“Es verdad que Inglaterra, como las otras grandes potencias de Europa, se alegraría de ver prevalecer en nuestros países las ideas monárquicas; yo no digo que este sentimiento es dictado por miras filantrópicas; sé muy bien cual es el espíritu de los gabinetes de esta parte del mar, y nunca he creído que la justicia y la humanidad pesen gran cosa en la balanza de los estadistas; **pero sí diré que en este punto el interés de los gabinetes de Europa coincide con el de los pueblos de América; que la monarquía (limitada por su puesto) es el gobierno único que nos conviene; y que miro como particularmente desgraciados aquellos países que por sus circunstancias no permiten pensar en esta especie de gobierno**”<sup>48</sup>.

Para Bello el republicanismo no era un sistema que se pudiese instalar en las nuevas naciones sin dejar detrás de sí una estela de desorden y sangre. Se debía acceder a una monarquía constitucional y llamó desgraciadas a las naciones que vivían sumidas en una guerra civil por intentar construir un gobierno que no se adecuaba a las circunstancias ni a la naturaleza de los países americanos. Este anhelo por un régimen fuerte, proviene de la tranquilidad y orden depositados por la Corona Borbona mientras ésta estuvo vigente.

Sin embargo, con el correr del tiempo, las ideas liberales republicanas triunfaron en conjunto con un sentimiento antiespañol generalizado<sup>49</sup>. España simbolizaba para los hispanoamericanos el atraso, el servilismo y la humillación. Había que acabar con todo ese conjunto de representaciones negativas que habían llevado a los distintos países a una *postración casi completa*, en palabras de Barros Arana<sup>50</sup>. En definitiva, tanto en Chile como en el resto de Hispanoamérica, la monarquía, aunque fuese constitucional, pasó a ser un reflejo del pasado despótico español; razón por la cual las nuevas

---

<sup>48</sup> Amunátegui, Miguel Luis, *Archivo epistolar* (Santiago: Prensas de la Universidad de Chile, 1942), Tomo I, p.13. el subrayado es nuestro.

<sup>49</sup> “Preocupaciones inveteradas, ciega humillación, el servilismo, i hasta el sentimiento relijioso identificado con el sentimiento monárquico, representaban a la España, haciéndola temible en aquellas circunstancias. Los enemigos interiores imponían silencio: el chileno debía combatir con el chileno, i estallar la guerra fratricida al primer grito revolucionario”. Tocornal, Manuel Antonio, “*Memoria sobre el primer gobierno nacional*”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), 1847, p.230

<sup>50</sup> “La España nos dio cuanto tenía: el mal no estaba donde se le ha creído hallar, esto es, en que la metrópoli nos miraba en menos. Consistió sí en los errores económicos i políticos que al cabo de tres siglos llevaron a la misma madre patria a una postración casi completa (...). Así ha sido que a la época de nuestra independencia nos hemos hallado débiles i vacilantes, sin fuerzas para marchar por nosotros mismos, esperándolo todo de los gobiernos. ¿No ha sucedido lo mismo en España al inaugurarse el régimen constitucional?” Barros Arana, Diego, “*Colección de historiadores de Chile i de documentos relativos a la historia nacional*”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), 1863, p.211

naciones quisieron construir un sistema político distinto más moderno y democrático. Frente a este panorama, Bello tuvo que resignarse a la inevitabilidad de un gobierno republicano en Hispanoamérica y dejar de lado sus aspiraciones políticas para enfocarse a la erección de la cultura, los “saberes” y la mantención de la lengua castellana<sup>51</sup>.

Una vez en nuestro país (1829), Bello demoró un tiempo en dar a conocer sus numerosas investigaciones y estudios, pues Chile se encontraba en medio de una guerra civil entre aquellos que proponían la ideología liberal como base de la nueva república; y entre el bando opositor que propugnaba continuar con la tradición centralista borbónica y fundar un estado autoritario en donde la única “ideología” sería la mantención del orden. Bello, lógicamente, se inclinó por este último bando, pues los conservadores ofrecían mayor estabilidad; unas de las mayores aspiraciones de Bello para las repúblicas hispanoamericanas. En palabras de Jaksic, “Bello identificó el orden, tanto nacional como internacional, como el desafío más importante de Hispanoamérica post colonial”<sup>52</sup>. Al interior de una nación ordenada y estable, el filólogo pudo desarrollar a cabalidad sus estudios y grandes obras. El concepto de orden para Bello está arraigado en aquel glorioso pasado colonial borbónico, en donde sin este elemento la estabilidad nacional y la producción cultural no podían prosperar. Es por esto, como dice Domingo Amunátegui, que “Portales congenió además especialmente con las ideas de don Andrés Bello, y esta armonía de opiniones permitió al ilustre gramático venezolano desenvolver sus sabias enseñanzas con toda libertad”<sup>53</sup>. Las ideas de orden enraizadas en Bello tuvieron, por lo tanto, una gran aceptación en el nuevo gobierno conservador liderado por Portales. Ambos consolidaron una fructífera relación y Bello contó con el Estado para todas sus labores intelectuales. A su vez, el venezolano tuvo

---

<sup>51</sup> La unión lingüística, fue uno de los más importantes estudios de Bello. Esto se debe a su temor por una posible fragmentación del idioma entre las distintas ex colonias españolas, y la consiguiente incomunicación entre ellas. El filólogo comparaba esta situación con la caída del Imperio Romano de Occidente, en donde luego del derrumbe del Imperio, los diferentes países europeos hablaron sus propios dialectos y lenguas, haciendo extremadamente difícil los lazos comunicativos. “No tengo la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispanoamérica. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramada sobre los dos continentes”. Bello, Andrés, “Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos”, citado por Norberto Pinilla, *La generación chilena de 1842* (Santiago: Editorial Manuel Barros Borgoña, 1942), p.37.

<sup>52</sup> “Como intentaré demostrar, **Bello identificó el orden, tanto nacional como internacional, como el desafío más importante de Hispanoamérica post colonial**. Este enfoque le permitió dar sentido y coherencia a su labor intelectual y pública. Le permitió además contribuir de una manera fundamental a la consolidación del Estado nacional, e introducir la idea de un orden moderno que permitiese a las nuevas naciones crear sus propias instituciones a partir de una mayor conciencia de lo logrado en otros países del mundo”. El subrayado es nuestro. Jaksic, Op.Cit., p.21

<sup>53</sup> Amunátegui, Domingo, *El progreso intelectual y político de Chile* (Santiago: Editorial Nascimento, 1936), p.43



un gran papel en la consolidación del Estado autoritario; ayudó a la preparación de la Constitución del 33', estableciendo firmemente las instituciones del gobierno; y fue nombrado Ministro de Hacienda y Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores en 1830. Fue al interior de estos cargos en donde Bello se preocupó de darle legitimidad tanto a Chile como al resto de Hispanoamérica, en su calidad de naciones independientes y autónomas. Sobre la base de estos principios y con la influencia del derecho romano, redactó *Principios de Derechos de Gente*, en el cual el objetivo fundamental fue fundar la legitimidad de las naciones independientes y, por sobretodo, lograr que España reconociera el control de los estados hispanoamericanos de sus propios gobiernos y leyes. Es en este texto en donde define independencia, "consiste en no recibir leyes de otra nación"; y soberanía "existencia de una autoridad suprema que la dirige y representa"<sup>54</sup>.

Lastarria, a diferencia de Bello, no congenió con el gobierno conservador de la época, más bien se encargó de criticarlo y de elevar una bandera intelectual de oposición. Ni siquiera se sintió cercano al pipiolismo. Siguiendo con nuestra tesis de cultura paralela al Estado, Lastarria intentó la mayor parte de su vida aislarse de la política y sus consiguientes confrontaciones<sup>55</sup>. La cultura producida por el intelectual se mantuvo alejada de los intereses del Estado. Como expresa Alejandro Fuenzalida Grandón, Lastarria no se mezcla *con grupos políticos que no posean ideas afines a las suyas, prefiere quedarse solo, antes que en mala compañía*<sup>56</sup>. Es un individuo que aspiró a una producción cultural paralela al Estado. Es más, cuando el mismo literato se refiere al avance de las ideas ilustradas propagadas por periódicos como *El Progreso* y *El Semanario*; o aquellas organizaciones literarias que se encargaron de la difusión de la doctrina liberal como la *Sociedad de 1842*, expresa:

---

<sup>54</sup> Bello, Andrés, "Principio de Derecho de Gente", citado por Iván Jaksic, Op.Cit., p.137

<sup>55</sup> El que Lastarria haya sido diputado y ministro de Estado, no quiere decir que comulgara con las ideas del gobierno, ni mucho menos que la cultura producida por el intelectual fuera fomentada por el Estado y reflejara sus intereses. Lastarria, a pesar de los breves períodos en cargos públicos, nunca se identificó con un partido determinado, pues aspiraba a la formación de un partido progresista que se alejara de los vicios arraigados en el partido liberal de la época. Las veces que aceptó estos cargos al interior del gobierno fue, únicamente, para intentar llevar a la práctica sus reformas e ideas liberales, que muy pocas veces fueron escuchadas. Por lo tanto, el literato jamás comulgó con los métodos políticos de su tiempo, a pesar de ejercer cargos públicos por algunos años, siempre se mantuvo en la oposición.

<sup>56</sup> "No quiero el desorden, no quiero las riñas de partido que siempre son innobles; no adhiero a intereses personales; quiero sólo el progreso pacífico, i a dónde él se me presente, allí estaré con gusto, porque quiero la realización de la República entre nosotros'. En las anteriores palabras se refleja el estado de su espíritu, mezcla de desazón natural de quien no ve en los partidos contendientes ideas afines con las suyas i que prefiere quedarse solo, antes que en mala compañía". Fuenzalida Grandón, Alejandro, *Lastarria y su tiempo* (Santiago: Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, 1911), Tomo I, p.131

“Esta evolución social se había verificado lejos de toda presión de parte del Estado i de la Iglesia, las dos únicas potencias que habrían podido matar aquel movimiento, o dirigirlo en el sentido de sus intereses, si hubieran aspirado a ello. No lo hicieron y de su prescindencia resultó que se operase aquella evolución con entera independencia. El progreso intelectual i moral pudo de esta manera tomar vuelo para marchar paralelamente con todos los demás progresos materiales que se producían desde mucho tiempo antes en el orden activo”<sup>57</sup>.

La *evolución social* a la que se refiere Lastarria, fue producto, entonces, de un grupo liberal independiente al Estado o al *orden activo*, como lo llama el intelectual. En nuestro país se generó desde la Colonia, como vimos, una esfera cultural de oposición primero a la monarquía borbónica y luego al gobierno conservador republicano. Existió una cultura paralela al Estado encargada de producir identidad y sentidos de pertenencia, como expresa Therborn. Por lo tanto, el Estado no fue el único en generar el proceso de nacionalidad e identidad que requería este nuevo país en construcción.

Al no observar una real evolución hacia la innovación, las ideas de Lastarria se fueron haciendo cada vez más radicales con el fin de criticar la excesiva injerencia de la Iglesia en la política y en la cultura de la sociedad. Al mismo tiempo reprochó el tradicionalismo de las instituciones gubernamentales y su lentitud para impulsar la reforma. Lastarria afirmaba que por muy poderosa que fuera la educación y la ilustración de la sociedad, la democracia no iba a llegar por sí sola, se debían transformar las instituciones políticas hacia una mayor democratización.

“Grande es sin duda el poder de la educación; pero jamás le valdrá a un pueblo el ser educado en la aspiración a la propiedad, en los ejercicios útiles e industriales y en las ideas liberales, si las instituciones políticas no facilitan el desarrollo de estos elementos de poder, de estos medios de prosperidad, asegurando, como las instituciones de la democracia americana, la independencia del hombre y de la sociedad, por medio del goce completo de los derechos que constituyen la libertad individual”<sup>58</sup>.

Para Lastarria la educación es fundamental, pero junto con entregar una correcta instrucción se debe transformar las instituciones políticas, con el fin de lograr una mayor apertura hacia las ideas liberales

---

<sup>57</sup> Lastarria, citado por Fuenzalida Grandón, Op.Cit., p.88

<sup>58</sup> Lastarria, citado por Fuenzalida Grandón, Op.Cit., p.47

al interior del mismo gobierno. Por otra parte, y como un elemento de fundamental importancia, es preciso recalcar que la democracia a la que se refería Lastarria era fundamentalmente política y no económica. Tanto los conservadores y liberales de la época optaban por una economía capitalista de libre mercado, que dejara atrás la profunda restricción comercial que se vivió durante la Colonia y el despotismo económico español. Este afán por el progreso industrial es una característica importante de nuestra identidad decimonónica. Así lo afirma Jorge Larraín al explicar que un importante elemento de construcción identitaria es el elemento material que en el ámbito nacional sería el tipo de economía impulsada por el gobierno y/o el empresariado. Por lo tanto, la economía capitalista a nivel macro es un rasgo fundamental de identidad económica durante el Chile decimonónico, así como también lo fue la explotación de las haciendas y minas a un nivel regional.

En definitiva, las ideologías acerca de una real igualdad económica entre los pobladores del país y la férrea denuncia entre la desigualdad entre ricos y pobres no va a llegar a formarse como una verdadera oposición organizada sino hasta el siglo XX con la fundación del Partido Obrero Socialista por Emilio Recabarren en 1912. En el círculo intelectual las denuncias sobre la desigualdad son protagonizadas por los intelectuales del Centenario. La democracia a la que aspiraba Lastarria, en este sentido, se podría decir, que es más romántica y basada, fundamentalmente, en la cultura, en las ideas liberales ilustradas incorporadas a las instituciones políticas. Dentro de su doctrina no se encuentra la real y verdadera inclusión del pueblo en el gobierno y la denuncia de la desigualdad de riquezas. Es una democracia, en fin, basada en las luces. Lastarria hace un llamado hacia la libertad política y cultural en América, la expresión a través de la literatura de la realidad nacional, la descripción de costumbres y características propias del país, la exaltación de la patria y sus habitantes. Se trata de un intelectual empapado de ideas patriotas que anheló ver a su nación en aras a un elevado bagaje ilustrado, pero jamás penetra en la mutación de la esfera económico-social. Para Bernardo Subercaseaux se trata más bien de un nacionalismo cultural *literalmente literario* que es indiferente y pasivo al espectro económico-social y por lo tanto permite la mantención del *statu quo* económico y la dependencia de Chile con respecto a Inglaterra y Estados Unidos principalmente.

“Importa, por último, señalar que el nacionalismo a que nos hemos referido fue un **nacionalismo literalmente literario y excluyente o estamentario en el plano social**. La concepción liberal (ideológica, a fin de cuentas de un cierto sector) **tendía a disociar lo político-cultural de lo económico-social, ignorando los nexos entre ambas esferas**. Al mismo tiempo que Lastarria y

sus discípulos batallaban por emancipar la cultura chilena, mostraban –amparados en el *laissez faire* y en el librecambismo- una actitud pasiva y más bien favorable a la entrega del cabotaje, del comercio y de los recursos básicos del país a capitales extranjeros, fundamentalmente ingleses; solamente a fines de este siglo con el presidente Balmaceda y luego en el siglo XX con Francisco A. Encina y Tancredo Pinochet se insistirá en el nacionalismo económico y educacional. **El liberalismo, entonces, vino, por un lado, a estimular el afán de independencia cultural y, por otro, se convirtió en un puente para la dependencia económica (y la mantención del *statu quo*) en el país<sup>59</sup>”.**

Más allá de la participación de Lastarria en la *Sociedad de la Igualdad* por un breve período y sin ningún claro protagonismo, el intelectual jamás estuvo en contacto con las ideas sociales del artesanado, los mineros, peones, etc., es decir, del pueblo como tal. Sus fines no estaban encaminados hacia la transformación de la esfera económico-social, sino solamente político-cultural. Por esto, el círculo lastarriano si bien generó un pensamiento nacional original que contribuyó a la construcción de la identidad chilena, al menos dentro de un marco elitista con afanes de expansión; permitió, al mismo tiempo, la mantención del *statu quo* dentro de la esfera económico-social.

Sin embargo, al interior del ámbito político-cultural Lastarria no perdió la oportunidad para criticar al gobierno autoritario y restrictivo, que tan buena acogida le había dado a Bello y a sus propuestas de toda índole. Lastarria no sólo objeta al aparato estatal, también desprestigia a todo el espectro político y a los partidos existentes. Criticaba el tradicionalismo del partido pelucón y a su vez también al partido pipiolo, puesto que ninguno gobernaba por el interés nacional.

“Lo único que vi fue dos partidos gastados, sin sistema, que no representaban el interés nacional, que no querían nada de grande, ensañándose en un combate sin resultados patrióticos, hasta cierto punto pueril y demasiado peligroso. Siendo este mi juicio, ¿debía yo alistarme en alguno de los partidos contendientes? Preferí atravesar solo esa época difícil y sufrir en silencio las amenazas de los unos, los reproches de los otros, los insultos de todos<sup>60</sup>”.

---

<sup>59</sup> Subercaseaux, Op.Cit., p.149-150. El subrayado es nuestro.

<sup>60</sup> Lastarria, citado por Fuenzalida Grandón, Op.Cit., p.123

Lastarria prefirió ser independiente antes que caer en el juego de poder en que se encontraban envueltos los partidos políticos. Su ideal estuvo simplemente en trabajar con *honor en la defensa del principio liberal*, y no sintió a los pipiolos manejarlo hacia un camino correcto. Se entrometió en la política oficialista para intentar hacer los cambios respectivos que el país requería. Sin embargo, el espíritu centralizador y el principio de autoridad permitieron que la sociedad se acostumbrase a ver en los gobernantes y no en las instituciones -como debiera ser- la potestad de las leyes<sup>61</sup>.

Para Lastarria la democracia y su consiguiente libertad eran una urgencia a radicarse en las nuevas naciones-estados. Sin ellas los países se encontrarían en las tinieblas de la barbarie y jamás podrían acceder a los parámetros de la civilización. Por lo tanto, el sistema político democrático requiere un apoyo fundamental de la Ilustración y la omisión más absoluta de sociedades filantrópicas destinadas a cultivar riquezas o intereses personales. Para el literato se debe obrar por la nación entera pues; “la riqueza, señores, nos dará poder y fuerza, más no libertad individual; hará respetable a Chile y llevará su nombre a la orbe entero, pero su gobierno estará bamboleándose, y se verá reducido a apoyarse por un lado en bayonetas, por el otro en montones de oro; y no será el padre de la gran familia social”<sup>62</sup>. Esta gran familia social es el pueblo de Chile, que espera desatarse de las cadenas agobiantes y egoístas del pasado para ser presididos por un gobierno justo y que no obre en base a intereses individuales. El intelectual despertó un sentimiento patriótico al exclamar, y en alguna medida exigir, “que no debemos pensar sólo en nosotros mismos, quédese el egoísmo para esos hombres menguados que todo lo sacrifican a sus pasiones y preocupaciones: nosotros debemos pensar en sacrificarnos por la utilidad de la patria”<sup>63</sup>. Lastarria, por lo tanto, incentivó a la *Generación del 42'* a trabajar por la patria, siendo ellos los servidores del pueblo, “alumbrémosle en su marcha social para que nuestros hijos le vean un día

---

<sup>61</sup> “Junto con la más franca impugnación del espíritu centralizador que predomina en la Constitución de 1833, Lastarria censura fuertemente el respeto al principio de autoridad que la sociedad se acostumbra a ver en las manos de los gobernantes i no en las instituciones; i fustiga los preceptos de la política conservadora que, a su juicio, no solo se ha a tendido a lo que sanciona aquel Código ‘sino que se ha avanzado también a buscar, en su trasgresión i aún en la de las leyes con que ha procurado desarrollar su espíritu, los medios de justificación que ese código o estas leyes le negaban’ (...). En estos juicios enérgicos influye en Lastarria, sin duda alguna, su propia historia de persecución; i por eso mismo piensa que la política conservadora ‘encuentra su más fuerte apoyo en el egoísmo de la sociedad, que estimulado por el favor o amedrentado por el terror, la ayuda a resistir la luz de la justicia i a sofocar todos los respiros de la libertad. Su influencia corruptora penetra más allá todavía, pues va hasta buscar en la conciencia la justificación de su falsía, invocando la religión i la ciencia para producir la convicción’ ”. Fuenzalida Grandón, Op.Cit., p.254-255

<sup>62</sup> Lastarria, José Victorino, *Discurso de incorporación a la Sociedad de Literatura de Santiago* (Valparaíso: Imprenta de M. Rivadeneyra, 1842), p.6

<sup>63</sup> Lastarria, Op.Cit., p.7

feliz, libre y poderoso”<sup>64</sup>. Era tal la importancia que le otorgaba Lastarria al cultivo de las letras para encaminar al país a la civilización, que sentía a este grupo de intelectuales como los protagonistas y los hombres llamados a obrar en pos de la modernidad conjunta de la nación.

Lastarria se mantuvo alejado de la política contingente. No era un político -bajo ningún punto de vista-, era un literato que aspiraba a la reformación de las ideas políticas y culturales; con el fin de ayudar a la regeneración de éstas se involucró en la política, pero jamás tuvo ansias de poder ni tampoco se identificó con ningún partido de la época, ni siquiera con el liberal. Era simplemente un intelectual que desde la esfera filosófico-cultural aspiró a la regeneración de los pensamientos retrógrados y conservadores que primaban en el Chile decimonónico. Fue un efervescente luchador por la emancipación del espíritu principalmente a través del ámbito cultural y, lógicamente político con el fin de lograr su anhelada democracia ilustrada, pero dentro de esta última esfera –la política- luchó de forma independiente, no creó organizaciones que se abocaran a este fin propiamente tal ni una oposición firme y estricta contra el gobierno, a diferencia de Bilbao con la *Sociedad de la Igualdad*. Las veces que sí se involucró en tareas de estado fue para intentar conseguir desde dentro del sistema político la renovación de los lineamientos conservadores hacia parámetros más liberales, ilustrados y democráticos; estas propuestas fallaron sucesivamente. Sin embargo, el intento de impulsar una cultura liberal, ideas opositoras, un nacionalismo literario y pensamientos reformistas; quedaron interiorizados en el inconsciente o más bien consciente de la elite político-intelectual. El imaginario cultural-liberal impulsado por Lastarria y sus sucesores continuó flotando en el aire, produciendo achacosas pesadillas para los conservadores del gobierno, pues muchas de las ideas impulsadas por Lastarria incentivaban una ruptura de los tres consensos básicos que había logrado construir el gobierno con el fin de mantener la tranquilidad y no caer en la anarquía: el orden, manejado a través del autoritarismo; la oficialidad de la religión católica, controlada estrictamente por la Iglesia para que el dogma divino no dejará ser parte fundamental dentro de la sociedad chilena; y por último, un republicanismo moderado encaminado hacia transformaciones graduales<sup>65</sup>.

---

<sup>64</sup> Lastarria, Op.Cit., p.7

<sup>65</sup> Una tesis similar respecto a estos tres grandes consensos de la elite política decimonónica se pueden encontrar en: Stiven, Ana María, *La seducción de un orden* (Santiago: Ediciones Universidad Católica, 2000), Cap. I, II y III. La autora trata el tema de la opinión pública y la apertura de las polémicas culturales durante las décadas de 1830-1850. Su tesis afirma que estos debates eran permitidos por el gobierno mientras no se atacase los consensos estructurados desde 1830. “El consenso en torno a la deseabilidad y legitimidad de estos elementos estables al interior de la clase dirigente es lo que permite que exista la polémica como medio articulador del disenso posible. La visión católica del

Lastarria se encargó de cuestionar, criticar y replantear estos bastiones, casi impenetrables, construidos por la elite dirigente conservadora. Sin bien, ninguno de los tres se derrumbó o cayó intempestivamente provocando una funesta anarquía, tan temida por los conservadores; se produjeron pequeñas modificaciones, algunas leves fisuras que por muy pequeñas pusieron en “jaque” al gobierno de la época. Nos referimos a un “jaque” cultural que permitió la apertura hacia una secularización y transformaciones políticas más radicales en el seno del imaginario político-cultural. Pudiera parecer demasiado extrema la palabra “jaque”, pues tanto la transformación de la sociedad y de las instituciones políticas se sucedieron de forma gradual; pero para el gobierno las ideas planteadas por liberales como José Victorino Lastarria, Francisco Bilbao, José Joaquín de Mora, Pedro Félix Vicuña, Santiago Arcos; se consideraban “herejes” en cuanto al choque que producían contra los consensos establecidos y por lo cual el Estado no dudó en actuar con violencia obligando a mucho de estos personajes a salir del país en largos exilios<sup>66</sup>. Era tal el deseo del Estado de mantener el orden que se sintió amenazado frente a esta nueva política cultural liberal que se acuñaba a grandes pasos dentro de una pequeña elite intelectual.

Las críticas de Bilbao hacia el gobierno conservador son similares a las de Lastarria. Ambos combaten el egoísmo y a las oligarquías y partidos políticos que gobiernan en pro de sus propios intereses. Sin embargo, Bilbao profundiza filosóficamente aún más en el tema de la libertad y de la opresión. Expuso que el opacamiento de la soberanía del hombre es un “liberticidio”, pues el deber del hombre inherente a su naturaleza es el desarrollo de la libertad humana. El deber del hombre, más bien, es la solidaridad, la humanidad y la fraternidad. Sólo así se llega al anhelado destino de la libertad. Para Bilbao la opresión de un hombre o grupo de hombres hacia otros es totalmente contrario a la naturaleza del ser y por lo tanto al deber del hombre. El ser humano debe dar acogida al resto, la fraternidad es una cualidad

---

mundo, el republicanismo, y la valoración del orden definieron el marco en que era culturalmente legítimo polemizar”. p. 21

<sup>66</sup> Mora fundó el Mercurio Chileno en 1826 y el Liceo de Chile en 1829 apoyado por el presidente Francisco Antonio Pinto. Tanto en la prensa como en la institución educacional se encargó de propagar las ideas liberales y atacar al bando conservador, es por eso que Portales lo expulsa del país en 1831. Félix Vicuña, padre de Benjamín Vicuña Mackena, fue un ferviente periodista ideológico que a través de diarios como *El Censor* (1830), *El Observador* (1842), *El Republicano* (1845) y la revista *Paz Perpetua a los Chilenos* (1836), también se encarga de difundir ideas liberales y un acérrimo antagonismo al régimen portaliano. Durante 1845 hace una ardiente propaganda de prensa apoyando al candidato Ramón Freire, lo cual le valió el destierro de su país natal. Vuelve a Chile para apoyar la revolución de 1851. Santiago Arcos y Francisco Bilbao también fueron expulsados de Chile por ser miembros activos de la *Sociedad de la Igualdad* y participar en el motín que se tomó las calles de Santiago en 1851. Sin embargo, Bilbao ya había sido desterrado del país anteriormente por su escrito *Sociabilidad Chilena* en 1844, el cual causó indignación en los dirigentes políticos y en la Iglesia católica.

esencial para desarrollar la libertad y el amor a la comunidad. Por esto, la negación del deber es el individualismo, el yo solitario<sup>67</sup>; lo cual trae únicamente despotismo, anarquía y privilegios, como es el caso de las monarquías y el gobierno extremadamente autoritario y oligarca chileno de ese entonces.

Para Bilbao la inteligencia es otro de los fundamentos inherentes en el ser humano, y con ello la necesidad del progreso y desarrollo social en pos de la libertad y la modernidad. Sin embargo, el hombre chileno e hispanoamericano aún no se ha dejado llevar por su inteligencia natural y por lo tanto va en contra de una característica inherente al ser, pues se deja someter y vivir bajo un régimen de privilegios. El fundamento de constitución del mundo es la religión de la libertad. Esta doctrina está basada en la soberanía del pueblo como la máxima revelación del hombre, expresión de la libertad, de su pensamiento y por lo tanto base de su constitución en el mundo. El error proviene del mal entendimiento humano, el cual no ve estas ideas en su correcto orden, por lo tanto deviene la anarquía, el desorden, la contradicción y el despotismo.

**“El fundamento de la constitucion es la religion de la libertad. Toda constitucion declara la soberania y la forma del ejercicio de la soberania. –La soberania es la revelacion universal en todo hombre, la libertad del pensamiento. Luego no hay constitucion justa sin la soberania del pueblo como base. Hasta ahora no hay error. Pero el entendimiento humano sintiendo brotar en sí mismo la multitud de ideas que lleva consigo, la idea del ser y de sus relaciones, no las vé en su órden, no las vé todas, olvida, y de aqui nace el desorden, la anarquia y la contradiccion”<sup>68</sup>.**

El ataque de Bilbao hacia el gobierno conservador y restrictivo impuesto por Portales posee directrices similares a las expuestas por Lastarria. En su revolucionario artículo *Sociabilidad Chilena* (1844) se aprecia la crítica más nítida hacia el régimen autoritario. Para Bilbao, lo acontecido luego de la batalla de Lircay, se trataba de una resurrección del pasado español, pues se rehabilitan el autoritarismo, el fanatismo religioso, los privilegios comerciales y sociales, las costumbres supersticiosas y la educación tradicional religiosa. Se conforma una organización despótica que para hacer resistencia a la oposición

---

<sup>67</sup> “Desde este primer paso queda abolida la anarquía, la concurrencia, la usura, el despotismo del capital, que es la voz del yo individual: soberano, solitario; todo privilegio, toda usurpacion, todo despotismo. Desde este momento entroniso metafísicamente el deber, es decir el somos, la humanidad, el deber, el ideal, la asociacion, la solidaridad”. Bilbao, Francisco, *La revolución en Chile y los mensajes del proscrito* (Lima: Imprenta del Comercio, 1853), p.16.

<sup>68</sup> Bilbao, Op.Cit., p.15. El subrayado es nuestro.



acude a facultades extraordinarias y así viola la libertad individual. La Constitución del 33 no es más que una mera fachada legal que impide el desarrollo de las libertades provinciales<sup>69</sup>. Frente a este desenlace Bilbao concluye que se deben organizar nuevamente las creencias, reordenarlas y poner prioridades, puesto que son las creencias las que dotan la organización de la sociedad. El sistema futuro de creencias y por las cuales el pueblo chileno debía pelear son: lucha por la igualdad, por la libertad, por la soberanía del pueblo y por la democracia religiosa y política. El fundamento de la democracia debiera radicar en el prójimo, pues “mi prójimo es otro yo, el depositario de la misma espiritualidad por la que soy”<sup>70</sup>. El fundamento de la política es “la elevación de la soberanía de todos, la fraternidad de la libertad”<sup>71</sup>. Por último la educación debiera basarse en “la teoría de la individualidad, del derecho de igualdad y del honor”<sup>72</sup>.

El ensayo de Bilbao atacaba poderosamente los consensos estatales y de la elite tradicional. Avivó la duda, la evolución del pensamiento y la difusión de ideales liberales. Elementos que el gobierno conservador no podía tolerar. Pocos días después de publicadas estas palabras en el diario *El Crepúsculo*, las reacciones opositoras se dejaron sentir fuertemente. Tanto la Iglesia como el Estado condenaron el ensayo y a su escritor; especialmente la institución religiosa, pues la mayor crítica iba directamente a las bases doctrinales del catolicismo<sup>73</sup>. Se armó un gran escándalo, se quemaron los ejemplares de *El Crepúsculo* en donde se publicó *Sociabilidad* y se sometió a un duro juicio a su autor, el cual es memorable por la osadía con la que responde a los jueces sin arrepentirse de ninguna letra de

---

<sup>69</sup> “Observad el campo enemigo, ved el grupo de los ricos y privilegiados por el establecimiento del estanco, los clérigos que en las tinieblas de la noche se reúnen para defender la causa del pasado. Decid ¿No veis la rehabilitación palpante de la España antigua, la rehabilitación del fanatismo religioso, del privilegio comercial, de las costumbres supersticiosas y del fomento de las comunidades frailesas? (...). ¿El gobierno actual es continuador de la resurrección del pasado y por consiguiente retrógrado, o es continuador de la revolución? He ahí la cuestión”. Bilbao, Francisco, “Sociabilidad Chilena” en De la Barra, Eduardo, *Francisco Bilbao. Sociabilidad Chilena* (Valparaíso: El Libro Barato, 1913) p.60-61

<sup>70</sup> Bilbao, Op.Cit., p.64

<sup>71</sup> Bilbao, Op.Cit., p.64

<sup>72</sup> Bilbao, Op.Cit., p.65

<sup>73</sup> Bilbao critica a la Iglesia católica, pero esto no quiere decir que no sea profundamente cristiano hasta llegar al misticismo. Es más, expresa que el cristianismo se basa en un progreso en materia religiosa y que la vida de Jesús es un ejemplo a seguir, pero la Iglesia y el catolicismo desvirtuaron las enseñanzas de su apóstol y un ejemplo claro de ello es la pomposidad, lujo y riqueza a la que acude la Iglesia a diferencia de la humildad en la cual vivía Jesús. La Iglesia, en definitiva, glorifica la jerarquía, el sometimiento y con ello la esclavitud. Bilbao expresa que hay esclavitud social en todas las relaciones: la mujer sometida al marido, el hijo sometido al padre, el “ciudadano” sometido al poder político y, fundamentalmente, esclavitud de pensamiento, pues el hombre está sometido a las creencias católicas que dictan que el mundo es una miseria y está lleno de sufrimientos: lo que importa es hacer buenas obras y someterse a la doctrina religiosa para tener un lugar en el cielo.

lo escrito; es más reafirma sus pensamientos<sup>74</sup>. La mayoría del pueblo defendió al joven escritor, incluso la misma gente reunió el pago de la multa que impuso el juez y se produjo un gran alboroto cuando se supo la condena: blasfemo e inmoral. La Iglesia lo excomulgó y el Estado lo desterró.

Tanto Lastarria como Bilbao reflejan el pensamiento del foco cultural liberal. Este grupo además de anhelar el advenimiento de la democracia, aspiraba a una total despañolización. Sin este necesario proceso jamás se podrían establecer firmes bases republicanas. Por esta razón tanto en los escritos de Lastarria como en los de Bilbao el concepto de despañolización es extremadamente recurrente, y se encargaron de enfatizarlo y destacarlo. Así, en el romántico y poderoso discurso pronunciado por Lastarria en la fundación de la *Sociedad Literaria* de 1842 el primer concepto clave que aparece en sus palabras es el de despañolización, tan recurrente en los intelectuales liberales decimonónicos; pues consideraban a España como el país que permitió el atraso de los pueblos hispanoamericanos, aprovechando la “Ilustración como un elemento para satisfacer la codicia de una metrópoli atrasada”<sup>75</sup>. El mismo Lastarria, posteriormente, en el Manuscrito del diablo se refiere a los residuos del Antiguo Régimen como las *heces coloniales*<sup>76</sup>.

Lastarria aseguró que la ignorancia en que se sometió a Hispanoamérica es uno de los elementos más graves de la Colonia, pues sólo la Ilustración trae la democracia y ésta a su vez la justicia social. La monarquía española nos privó de acceder a esta forma de gobierno y a la libertad cultural, pues no sólo se restringió el comercio y la política, también se privó del pensamiento; “persuadido los dominadores que nada era tan peligroso para ellos como para dejar desenvolverse la mente, pretendieron mantenerla encadenada... De suerte, señores, que nuestra nulidad literaria es tan completa en aquellos tiempos,

---

<sup>74</sup> “Ahora señor fiscal, ¿quién sois vos, que os hacéis el eco de la sociedad analizada –dice haciendo su defensa– que os oponéis a la innovación, papapetado en las leyes españolas, qué crimen cometéis? –El juez (campanillazo). Señor, usted no viene a acriminar al señor fiscal. -Bilbao. No acrimino, señor juez, clasifico solamente. La filosofía tiene también su Código, y este Código es eterno. La filosofía os asigna el nombre de retrógrado. ¡Eh bien! Innovador, he aquí lo que soy; retrógrado, he aquí lo que sois”. Bilbao, Francisco, citado por Donoso, Armando, *El pensamiento vivo de Francisco Bilbao* (Santiago: Editorial Nacimiento, 1940), p.15

<sup>75</sup> Lastarria, Op.Cit., p. 6

<sup>76</sup> “La sociedad de Chile tiene fondo y superficie como el mar: en el primero están aconchadas todas las heces de la colonia española; en la superficie aparece un barniz a la moderna, que le da un color tornasol e incierto, pero que participa mucho del color francés”. Lastarria, José Victorino, “El Manuscrito del diablo”, en Godoy Urzúa, Op.Cit., p.262

como lo fue la de nuestra existencia política”<sup>77</sup>. La nueva Generación se siente con la responsabilidad de enmendar este error y guiar al pueblo por el camino de la Ilustración y el cultivo del espíritu. Explica con exaltación que “durante la Colonia no rayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo. ¡Y cómo iba de rayar! La misma nación que nos encadenaba a su pesado carro triunfal permanecía dominada por la ignorancia y sufriendo el poderoso yugo de lo absoluto en política y religión”<sup>78</sup>. Por esta razón se debía erradicar todo residuo español.

Bilbao por su parte, también aspira a la despañolización. En *Sociabilidad Chilena*, critica el pasado colonial, el presente imbuido en el tradicionalismo, el funesto catolicismo y la futura revolución que debiera hacer el pueblo chileno para así acceder a mayores libertades y emancipar el espíritu que continuó sojuzgado luego de la independencia política. A pesar que estas ideas las escribió en los inicios de su juventud, la mayoría no va a cambiar y en futuros escritos se encarga de repetirlas y destacarlas. Sobre el pasado, Bilbao afirmó que Chile -al proceder de España-, se encuentra aún imbuido en la atmósfera medieval, por lo tanto en los territorios americanos conquistados por la Madre Patria persiste el catolicismo y la feudalidad, en donde un señor feudal rico, poderoso y protegido por el monarca se encarga de oprimir a su vasallo pobre, débil y que lamentablemente depende de su amo para subsistir. Además de inculcar esta suerte de esclavitud en el territorio americano, España introduce otras características, relacionadas a la anterior, que impiden el desenvolvimiento de la libertad del hombre y el progreso. Una de ellas es la aversión a lo nuevo, pues sino se debilita la tradición. Por otra parte, existía una mínima sociabilidad entre los “ciudadanos”, no hay verdadera comunicación, más bien subsistía un aislamiento misantrópico; una educación netamente religiosa, no hay ciencias, raciocinio ni desarrollo del pensamiento; una política excesivamente autoritaria, en donde el hombre no ve más allá del círculo Dios-Papa-Rey. “Hágase su voluntad”, frase típicamente católica que taponea la libertad del hombre e impide el desarrollo de sus acciones y las decisiones de su destino.

**“La autoridad y la tradición se debilitan en las novedades. De aquí la aversión a lo nuevo, a la moda. Aislamiento misantrópico.** La puerta de calle se cierra temprano y a la hora de comer. La visita, la COMUNICACIÓN, debe desecharse; no hay sociabilidad, no se admite gente nueva ni extranjera. A la joven se la lleva al templo, se la viste de negro, se oculta el rostro por la calle, se le impide saludar, mirar. Se la tiene arrodillada, debe mortificar su carne y lo que es más, el

---

<sup>77</sup> Lastarria, *Discurso de incorporación a la Sociedad de Literatura de Santiago*, p.8

<sup>78</sup> Lastarria, *Op.Cit.*, p.7

confesor examina su conciencia y le impone su autoridad inapelable. Se la pondera la vida monástica, el misticismo estúpido del padecimiento físico como agradable a la divinidad. Esta es la joven. El hombre, aunque más altivo para someterse a tanta esclavitud, tiene, con todo, que llevar su peso. ¡Pobre de él si se recoge tarde, si se le hallan libros prohibidos, si enamora! El látigo del padre o la condenación eterna, son los anatemas. La educación consiste en 6 u 8 años de latín (misericordia señor); unos 4 de filosofía escolástica y otros tantos de teología. **Si pasan las cuatro reglas de aritmética es mucho; si saben lo que hay del otro lado de los Andes, si sabemos que andamos alrededor del sol, es mucho.** Los frailes y clérigos son maestros y la bofetada, el insulto grosero o el azote, son los medios correctivos. En política son lo que en la familia. **La autoridad es la fuerza y la fuerza es la autoridad.** El rey viene de Dios, es su brazo y el Papa la inteligencia divina en la tierra. Con que, esclavos del gobernador, el gobernador del rey y el rey, del Papa. **El hombre no puede comprender nada fuera de este círculo. Dios lo quiso, hágase su voluntad es la tapaboca a la interrogación de la libertad. Luego no hay ciudadano ni pueblo. Hay esclavos y rebaño**<sup>79</sup>.

Para Bilbao, la despañolización era un proceso que América requería con urgencia para que así se pudiesen desenvolver los saberes ilustrados con naturalidad y espontaneidad. Sólo así los hombres podrían desarrollar activamente su intelecto y capacidad racional. Sin embargo, el grupo conservador poseía un miedo inusitado hacia transformaciones radicales y estrepitosas rupturas, debido a un posible desorden, caos y/o anarquía. Tenían en mente el desastre y el derramamiento de sangre inmediatamente posterior a la revolución gala. El caminar hacia parámetros más civilizados debía ser gradualista y lento. Es el caso de Bello, para quien la irrupción radical de ideas y reformas liberales sólo traería caos y desorden. Este principio de gradualidad fue uno de los más significativos cuando se trata de identificar el programa oficialista y la cultura bellista.

“Los que defendían el cambio lo hacían con frecuencia defendiendo el gradualismo. Era el temor al desorden los que lo motivaba a avanzar lentamente, y a buscar mecanismos políticos que permitieran las reformas. Esto no significa que el gradualismo deba ser entendido como conservadurismo, sino que, dentro del liberalismo, es posible encontrar diferentes niveles de riesgo considerados aceptables en el proceso de cambio”<sup>80</sup>.

---

<sup>79</sup> Bilbao, Op.Cit., p.53. El subrayado es nuestro.

<sup>80</sup> Jaksic, Op.Cit., p.23

El cambio, por lo tanto, para Bello y el gobierno debía trazarse sobre la base de un profundo gradualismo, pues es *el temor al desorden era lo que los motivaba a avanzar lentamente*. Temor a un posible jacobinismo al estilo francés que terminó en un gran derramamiento de sangre. A pesar que para Jaksic este gradualismo no signifique de por sí un conservadurismo, sino distintos grados de liberalismo; la oposición tildó a este principio de retrógrado, pues producía inercia y no permitía los cambios necesarios que requería el país. La cultura de oposición se abocó al intento de realizar reformas profundas y radicales con el fin de conducir al país definitivamente a un régimen más democrático e imbuirlo en una cultura liberal. Sin embargo, pocas veces triunfaron estos anhelos de permutaciones substanciales. Más bien maduró el espíritu gradualista y moderado propugnado por el gobierno y la cultura oficial, dentro de la cual Bello es uno de sus máximos exponentes<sup>81</sup>.

Lastarria ni Bilbao concordaban con el proceso gradualista consensuado por la cultura tradicional y el gobierno conservador portaliano. Es más, Bilbao expuso que se necesitaba de una revolución que trajera los saberes nuevos provenientes de Francia –país protagonista de una novedosa revolución político-cultural- y así se sepultara la síntesis hispano-católica. Por ende, para Bilbao España representa el pasado americano, la Edad Media; Francia refleja el presente, la Edad Nueva, el camino a seguir. América debía urgentemente pasar por el proceso ocurrido en el país galo en donde la palabra libertad comenzó a golpear fuertemente en la mente de un grupo de hombres, especialmente a través de la cultura. Sólo así la duda se levanta, se examinan las creencias y la cosmovisión tradicional cae. Conclusión: triunfo de la razón, de la exaltación del yo humano, del individuo capaz, voluntario e inteligente<sup>82</sup>.

Para Bilbao se necesitaban más hombres pensantes, más individuos reaccionarios para despertar la inercia de la sociedad, de los jóvenes que aspiran a tomar su destino en sus propias manos. Esto es

---

<sup>81</sup> Para profundizar acerca del tema de la política moderada en el siglo XIX, véase Jocelyn-Holt, Alfredo, “El liberalismo moderado chileno, siglo XIX”, en Centro de Estudios Públicos (CEP), N°69. “El gran acierto de la política chilena del siglo XIX, en especial de su segunda mitad, fue haber sido liberal y moderada, haber auspiciado progreso sin que ello significara inestabilidad, haber permitido grados crecientes de pluralismo en el seno de una sociedad todavía tradicional, en suma, haber sabido congeniar tolerancia y orden” p.439

<sup>82</sup> “Nuestro pasado, como hemos dicho, ha salido de la Edad Media, de España. Nuestra revolución, como pasado o porvenir, ha salido de la Edad Nueva, de la Francia. Luego, eslabonemos nuestro pensamiento revolucionario al pensamiento francés de la revolución (...). El pensamiento se desenvuelve, Abelardo, Lutero, Descartes, Voltaire, Rousseau, etc.; pusieron en sus labios la bocina de la prensa... y la duda se encarna, el sistema de creencias viene al suelo, la dignidad humana se levanta. El individuo necesita examinar para creer. Examinar, es negar la fé, es someterse al imperio de su razón individual, es la exaltación del yo humano voluntario e inteligente. Rayo eléctrico, centella divina, la libertad agita su cabeza: golpea la tierra, el universo tiembla, el siglo XVIII se levanta (...)”. Bilbao, Op.Cit., p.55

justamente lo que pretendió Bilbao con *Sociabilidad Chilena*; extraer del letargo a los hombres y poner en actividad su pensamiento e inteligencia. Para este apasionado intelectual, Chile debía generar una revolución radical, “una mudanza violenta de la organización y síntesis pasada, para reemplazarla por la síntesis, aún vaga, pero verdadera que elabora la filosofía moderna”<sup>83</sup>. Esta revolución se comenzó a dar con la Independencia, pero no se completó, pues los promotores eran escépticos en las creencias nuevas, los gobernantes conservadores se apoderaron de la religión y política pasada para gobernar al nuevo país. Entonces, el pueblo “se quedó antiguo” y bajo las mismas tradiciones de antaño.

A pesar de las múltiples discusiones y disímiles filosofías político-culturales para llevar a Chile a la modernización, tanto liberales como conservadores poseían un fin similar: modernizar, educar y civilizar al país. Andrés Bello fue uno de los principales exponentes en descifrar la importancia de la educación para la felicidad y moralidad del pueblo. Razón por la cual, a pesar de sus inicios dentro del gobierno, Bello se retiró para dar paso a su obra monumental: la creación de la Universidad de Chile en 1842 e inaugurada en 1843. El mejor reflejo del concepto de educación establecido en la Universidad y otros principios fundamentales postulados por Bello se encuentran en su discurso inaugural.

Dado el concepto de educación en boga<sup>84</sup>, Bello creía en la perfectibilidad del hombre a través del cultivo de los distintos saberes, es decir, de los conocimientos útiles<sup>85</sup>. Sólo con ciudadanos ilustrados la nación podría avanzar hacia el camino de la civilización y progreso. Por esto expresó que la educación “es una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas”<sup>86</sup>. A su vez, el cultivo intelectual, para el venezolano, debe entenderse como un placer; placer que derrota a la inercia y permite un álgido elevamiento hacia

---

<sup>83</sup> Bilbao, Op.Cit., p.56

<sup>84</sup> “La educación fue concebida como el instrumento de perfectibilidad del hombre en el camino a la libertad, la felicidad y el progreso. Ella formaría al hombre nuevo, ese hombre que podía hacer tabla rasa del pasado, suprimirlo para inventar un futuro. La ilustración era la base de la felicidad de los pueblos y del progreso de la historia; era el patrimonio de los pueblos libres y la clave misma de la libertad que no degeneraría en anarquía pues comprendía no sólo saber sino principalmente la virtud”. Serrano, Op.Cit., p.38

<sup>85</sup> “Se desea satisfacer, en primer lugar, una de las necesidades que más han hecho sentir desde que con nuestra emancipación política pudimos abrir la puerta a los conocimientos útiles, echando las bases de un plan general que abrace estos conocimientos, en cuanto alcancen nuestras circunstancias, para propagarlos con fruto en todo el país y conservar y adelantar su enseñanza de un modo fijo y sistemado, que permita, sin embargo, la adopción progresiva de los nuevos métodos y de los sucesivos adelantos que hagan las ciencias”. Bello, Andrés, *El Araucano*, 1842, citado por Lavados Montes, Jaime, *La Universidad de Chile en el desarrollo nacional* (Santiago: Editorial Universitaria, 1993), p.23

<sup>86</sup> Bello, Andrés, “Discurso de instalación de la Universidad de Chile” (Santiago: Imprenta del Estado, 1842), p.63

las esferas modernas y civilizadas. “Cada senda que abren las ciencias al entendimiento cultivado, hace estremecer deliciosamente al corazón<sup>87</sup>”; como vemos, el filólogo, liga el entendimiento humano con los placeres del alma, pues sólo la educación es capaz de dotar de un verdadero goce al espíritu del hombre y alejarlo de las constantes seducciones que ofrecen las pasiones desmesuradas, las cuales degeneran en una catarsis amoral. En este aspecto, una vez más observamos la influencia de la cultura y principios clásicos. La moderación y la contención de la desmesura era un principio básico en el pensador, al igual como lo era en el mundo griego la *sohprosyne*, es decir, la medida y el equilibrio en el justo medio. Por lo demás, la educación para Bello es uno de los elementos más importantes en producir lazos de adhesión e identidad en las recientes repúblicas. Por esto se abocó firmemente a la enseñanza de la historia nacional y al rescate del pasado colonial.

Siguiendo con la definición de educación, para Bello es imprescindible que ésta se encuentre ligada al Estado, pues éste tiene la tarea y el deber de cumplir con el papel del desarrollo educacional. Es una especie de Estado paternalista. “Yo, ciertamente soy de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el gobierno”<sup>88</sup>. El Estado, debía velar por la educación del pueblo, por lo tanto la cultura universitaria se encontraría, en su mayoría, inevitablemente unida a la cultura oficialista. Es una prueba más que Bello caminó de la mano del gobierno conservador, edificando la educación, en gran parte, bajo los ideales de este régimen. La Universidad de Chile, entonces, fue patrocinada por el Estado, no fue una institución autónoma como se dio con muchas universidades francesas, inglesas y alemanas fundadas por distintos gremios liberales, principalmente. Para Bello esta unión se vuelve esencial, porque ambas instancias, tanto la educación como el gobierno, debían construir a la par un proceso paulatino hacia el progreso y la modernización.

---

<sup>87</sup> Bello, Op.Cit., p.22

<sup>88</sup> Bello, Op.Cit., p.25

Siguiendo con la tradición escocesa, Bello no separó las ciencias y el conocimiento de la religión y la fe. Uno de los grandes objetos de la Universidad fue impartir conocimientos científicos, pero eso “sí en beneficio de la religión, de la moral y de la libertad misma, y de los intereses materiales”<sup>89</sup>. Este pensamiento se debe entender dentro del contexto histórico que le tocó vivir, pues siempre fue un hombre profundamente religioso, inspirado por los principios de la Corona Borbona en su infancia y luego de la filosofía escocesa. Para Bello, la religión es parte de la espiritualidad y ésta a su vez del conocimiento, por ende no se pueden separar estas esferas, pues crean un todo armónico. Para el pensador “la moral (que yo no separo de la religión) es la vida misma de la sociedad”<sup>90</sup>, sin este principio las naciones no podrían desarrollar sus principios valóricos que están antes de cualquier otro. Por esto dentro de la Universidad se desarrolló un gran fomento a las carreras eclesiásticas con el fin de formar “dignos ministros de culto y una competente educación religiosa y moral, como el primero de estos objetos y de mayor trascendencia”<sup>91</sup>. Esta importancia dada a la religión va a ser fuente de arduas críticas por el bando liberal, quienes aseguraban que Bello no se había desligado del pasado español y pretendía continuar con la tradición religiosa que no permitía un correcto desenvolvimiento cultural-ilustrado del país, por el contrario lo estancaban bajo los parámetros colonialistas.

Lastarria –al igual que Bello–, resaltó su anhelo por un país educado, pues sólo así se accede a los peldaños de la civilización. Pero a diferencia del rector no comparte la amalgama entre ciencia y fe y la estricta unión entre el Estado y la educación. Dice que “todavía no hay un sistema de educación, los métodos adolecen de errores y defectos que la era moderna tilda con un signo de reprobación y desprecio casi infame”<sup>92</sup>. En sus Recuerdos Literarios lo vuelve a recalcar:

“Nos hallamos en el deber de reconocer –lo que nadie quería confesar– que no teníamos un sistema de educación, que nuestros métodos eran erróneos, y que la enseñanza literaria, sometida a la rutina de las reglas llamadas clásicas, estaba muy lejos de ser filosófica y de prepararnos para juzgar las producciones literarias, de modo de salvarnos del contagio del antiguo régimen, tan fielmente representado por la literatura española y la francesa de la época de Luis XIV, las cuales hacían del Papa y del emperador las dos mitades de Dios sobre la Tierra. Todo esto y mucho más debíamos decir a la nueva juventud, chocando de frente con todas las ideas y los sentimientos de la

---

<sup>89</sup> Bello, Op.Cit., p.17

<sup>90</sup> Bello, Op.Cit., p.18

<sup>91</sup> Bello, Op.Cit., p.27

<sup>92</sup> Lastarria, Op.Cit., p.9



época; y éste era un grave peligro, puesto que entonces, como en la Edad Media, toda iniciativa pertenecía aquí a aquellas dos potestades, y para nosotros había un tercer soberano, que era el pueblo, el único que en la Edad Moderna debe hacer triunfar la idea nueva”<sup>93</sup>.

Al igual que Bilbao, Lastarria aspiraba a romper el restringido círculo Dios-Papa-Rey, para darle mayor protagonismo al tercer soberano; el pueblo. Refiriéndose a la década del 30’ y los inicio de 1840, Lastarria afirmó que la educación chilena estaba profundamente imbuida en los preceptos del Antiguo Régimen y era urgentemente necesario reformarla para alcanzar los parámetros de una nación moderna. Se debían dejar atrás los lineamientos propuestos por las potestades del rey y del Papa para así pasar en la nueva era a tener una mayor confianza en el pueblo y en lo que éste tenga que decir para ayudar a la reforma social<sup>94</sup>. El concepto de educación de la época se define como el único medio para lograr la perfectibilidad tanto individual como social y como el camino primordial para adentrarse en los peldaños de la civilización.

“(…) era necesario que fuese muy enérgico nuestro propósito de consagrarnos a la educación de la juventud, con el fin de infundirles doctrinas liberales y adiestrarla en el arte de escribir. Aspirábamos a formar ciudadanos aptos para la democracia, y capaces de reemplazar con ventaja a los partidos caducos que mantenían la situación política, y para ello trabajábamos en reaccionar contra todo nuestro pasado social y político y fundar en nuevos intereses y en nuevas ideas nuestra futura civilización”<sup>95</sup>.

La educación para Lastarria, por lo tanto, tenía el poder de regenerar las mentes de los hombres y por consiguiente de las sociedades que habitan. Sólo si se le daba un fuerte énfasis a la Ilustración, especialmente de las doctrinas liberales; para el literato, los ciudadanos serían más *aptos para la democracia y capaces de reaccionar contra todo nuestro pasado colonial*. Los encargados de denunciar y enmendar la ignorancia que prima en el nuevo Chile es la generación ilustrada (del 42’) que estaba naciendo junto con la formación de la república.

---

<sup>93</sup> Lastarria, *Recuerdos Literarios* (Santiago: LOM Ediciones, 2001), p.77

<sup>94</sup> Lastarria nunca comulgó cercanamente con las ideas populares. Tuvo un momento de jacobinismo al unirse a la *Sociedad de la Igualdad* abolida por Manuel Montt en 1851. Más allá de esta débil iniciativa no creó organizaciones culturales en donde se acogiera y representara el pueblo como tal a diferencia de las instituciones literarias en donde participaron diversos sectores de la elite intelectual. Podría decirse entonces que cuando se refiere al pueblo soberano es más retórica que una verdadera lucha por conseguir este fin.

<sup>95</sup> Lastarria, Op.Cit., p.63

Para el intelectual se trata de una generación casi “mesiánica” que tiene el deber de acabar con el analfabetismo y la oscuridad cultural; explica que “nuestros progresos futuros dependen eternamente del giro que demos a nuestros conocimientos en su punto de partida(...). A nosotros está encargada esta obra interesante, y es preciso someterla a nuestros alcances”<sup>96</sup>. Una gran responsabilidad para jóvenes que recién empiezan a insertarse en el mundo de las letras y ciencias, pero que sin lugar a dudas dieron un empuje inicial para la reflexión literaria y filosófica del Chile decimonónico en conjunto con un mayor desenvolvimiento de las ideas liberales. La gran importancia que le dio Lastarria a la *Generación del 42'* como iniciadores y creadores de un profundo cambio cultural, ha sido criticado por la historiografía posterior, pues se reprocha al intelectual como un hombre soberbio y altanero al adjudicarse una tarea de enormes proporciones imposibles de cumplir en un corto período y por una sola generación.

“Las Actas (de la Sociedad Literaria) nos llevan a pensar, más que en jóvenes románticos, en **déspotas ilustrados**. Los rasgos de solemnidad revelan, por encima de lo anecdótico, una determinada conciencia histórica, conciencia de pertenecer a una generación predestinada, decisiva, a una generación adánica que en una fase de nuevo ecumenismo se siente llamada a participar en las vicisitudes creadoras de la historia”<sup>97</sup>.

Para Subercaseaux esta generación se auto sobrevaloró como los hombres destinados a transformar la ignorancia que existía en este país recientemente independizado. Por esto los denomina *déspotas ilustrados*. Sin embargo, creemos que se requiere de esta generación para dar inicio o más bien continuar con las ideas acerca de la civilización y cultura moderna. En ese entonces el país poseía una mínima comprensión acerca del bagaje educacional contemporáneo a la época y este grupo de individuos intentó entregarlo -a partir de sus visiones y lógicamente aún limitados conocimientos- a través de la *Sociedad Literaria*. Que se hayan sobrevalorado a sí mismos no es un tema que debiera tener una mayor importancia, pues estamos frente a un Chile que requiere, que necesita urgentemente la penetración de ideas ilustradas flotantes en el epicentro cultural europeo. Es la *Generación del 42'* – entre otras instancias- quien hace el llamado a estudiar las nuevas concepciones del mundo y a dejar atrás la ignorancia imperante en el reinado español.

---

<sup>96</sup> Lastarria, *Discurso de incorporación a la Sociedad de Literatura de Santiago*, p.9

<sup>97</sup> Subercaseaux, *Op.Cit.*, p.50. El subrayado y paréntesis son nuestros.

Con respecto al estudio de los europeos, Lastarria afirmaba que era necesario investigarlos para acabar con la profunda ignorancia, pero sin caer jamás en la mera imitación –opinión también presente en Bello-, “que es lo más peligroso para un pueblo, cuando es ciega y arrebatada, cuando no se toma con juicio lo que es adaptable a las modificaciones de su nacionalidad”<sup>98</sup>. El desafío estaba en crear una literatura nacional, una reflexión particular acerca del nuevo país; esta fue una de las grandes aspiraciones de Lastarria, quien escribió, dentro de sus obras ficticias más importantes, un artículo (*El manuscrito del diablo*, 1849) y dos novelas (*Peregrinación de una Vinchuca*, 1858 y *Don Guillermo*, 1860), basadas en la realidad y costumbres nacionales, intentando, al mismo tiempo, hacer una denuncia del excesivo clericalismo y de las constantes luchas entre el tradicionalismo y las nuevas ideas que intentaron imponerse<sup>99</sup>.

Si bien Lastarria nunca creó una filosofía original propiamente americana o chilena, intentó incorporar el método positivista comtiano a las características comunes del país, adecuando este sistema a la realidad nacional. Bajo este incentivo nace su libro *Lecciones de política positiva*, en donde se adhiere a la idea del método empírico, es decir, la comprobación racional tanto en el campo histórico-filosófico como científico; pero obvia y no cree en la religión positiva de Comte y sus tres pilares<sup>100</sup>. Lastarria, en definitiva, formuló la idea de crear una cultura nacional y las ideas, creemos, son la antesala y potenciadoras de la acción. Es en este sentido en donde Lastarria contribuye a la generación de una identidad nacional al menos en el reducido campo de la cultura elitista. El literato, por lo tanto,

---

<sup>98</sup> Lastarria, Op.Cit., p.9

<sup>99</sup> “Cómo se habrá advertido, el Satanás de *Peregrinación* es la antípoda del *Manuscrito* (...). Mientras en un caso el diablo encarna la perspectiva democrática-burguesa, en el otro asume el punto de vista del *Ancient Régime*, de la religión, y del despotismo. En esta invención subyace, por una parte, un aspecto que une a ambas perspectivas y que corresponde a la idea del mundo como un combate entre las fuerzas de la libertad y quienes la constriñen, y por otra, un aspecto que las diferencia y que es el cambio en la ideología política de Lastarria, desde un momentáneo jacobinismo (Sociedad de la Igualdad) que hace hincapié en instancias sociales y económicas, a un liberalismo racionalista que enfatiza la libertad de conciencia y la lucha contra la religión”. Subercaseaux, Op.Cit., p.132. El entre paréntesis es nuestro.

<sup>100</sup> Comte postulaba que el conocimiento se adquiría en tres etapas sucesivas: estado teológico o ficticio, estado metafísico o abstracto, estado científico positivo. Las sociedades siempre debieran aspirar a llegar a la última esfera del conocimiento. Al mismo tiempo postuló una religión de la humanidad, en donde el dogma debía ser el positivismo y la santa trinidad el gran entorno (espacio), el gran fetiche (tierra) y el gran ser (la humanidad). Los principios acerca de la teoría del conocimiento fueron adheridos por Lastarria, dejando de lado todo lo que concierne a la religión positiva.

aborrece la imitación exacta de los paradigmas y culturas europeas. Esta idea se mantendrá a lo largo de toda su vida. Es así como en 1866 le escribe a su amigo Miguel Luis Amunátegui:

“Escribo para la juventud, que es la única que puede comprender la democracia y condenar los errores en que están imbuidos los de mi generación, y escribo para matar en las capitales de la Plata el funesto europeísmo, que los carcome, los envilece hasta el extremo de no esperar nada de la América y de mirarla con desdén. En esto he conseguido mucho; pues mi sistema ha sido aquí una semilla que ha caído en buena tierra. El europeísmo de Chile y su partido comienza a ser un error de que se avergüenzan los hombres más notables y la prensa”<sup>101</sup>.

Para Lastarria el europeísmo se dio en mayor grado en el país trasandino y en Chile, afortunadamente, la clase dirigente lo miró como un error, pues para formar un país culturalmente independiente se debe aspirar también a la emancipación del espíritu ilustrado nacional<sup>102</sup>. Piensa que el chileno así como el resto de Hispanoamérica debe crear una literatura propia que conlleve en su interior cavilaciones y deliberaciones particulares de cada nación. “Debo decir que muy poco tenemos que imitar: nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional”<sup>103</sup>; con esta idea, Lastarria -al menos en el campo del pensamiento-, está ayudando a crear una identidad propia chilena sobre la base de estructuras culturales. Como dicen Larraín y Therborn, el aspecto cultural es uno de los elementos más importantes para sentirse parte de un determinado grupo de individuos, para concebirse parte de una nación. El intento de Lastarria era crear una literatura nacional que reflejase el sentir de los chilenos -al menos de la elite intelectual, pues al ser una nación recién independizada de algo se debía partir-, un sentir nuevo, especial y distinto del español. La gran aspiración de Lastarria fue crear una cosmovisión cultural distinta al de la Colonia y hacer de Chile un país poseedor de una cultura autónoma y elevada, por eso rechaza el legado español, pues lo considera retrógrado y excesivamente metafísico. “Hay una literatura que nos legó la España con su religión divina, con sus pesadas e indigestas leyes, con sus funestas y antisociales preocupaciones. Pero esta literatura no debe ser la nuestra...”<sup>104</sup>; si Chile ya había obtenido la independencia política, debía obtener la independencia de espíritu, la emancipación cultural, que sólo se logra con la ruptura de las cadenas de la tradición

---

<sup>101</sup> Amunátegui, Miguel Luis, Op.Cit., p.175-176

<sup>102</sup> Lastarria, en este aspecto, cae en un error, pues la elite de la sociedad chilena también sufrió de un brusco europeísmo, especialmente francés. Véase, Villalobos, Sergio, *Origen y ascenso de la burguesía chilena* (Santiago: Editorial Universitaria, 1998)

<sup>103</sup> Lastarria, Op.Cit., p.10

<sup>104</sup> Lastarria, Op.Cit., p.10

española y la creación de una cultura original y nacional. Este fue el llamado de Lastarria a la juventud del 42': pensar, reflexionar, crear; no imitar.

Llamó a los intelectuales a fundar “nuestra literatura naciente en la independencia, en la libertad del genio; despreciemos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo..., sacudamos esas trabas y dejemos volar nuestra fantasía, que es inmensa naturaleza”<sup>105</sup>. La libertad del genio y la imaginación deben fluir libremente en los escritos literarios, aquella imaginación que para Lastarria es un valor muypreciado y para Bello uno de los peligrosos desencadenantes del despliegue de las pasiones humanas. Es esta fantasía imaginaria la que se encuentra en los relatos franceses, por esto el literato admiró tanto la cultura gala, es la razón del porqué llamó a sus alumnos a empaparse de ella, pero “no para que la copiéis y trasladéis a vuestras obras, sino para que aprendáis de ellos a pensar, para que os empapéis en ese colorido filosófico que caracteriza su literatura”<sup>106</sup>. Para Lastarria, América es un continente de numerosas y distintas culturas, vegetación, climas, costumbres, etc., en donde existe un gran potencial para que sus hombres desarrollen una literatura original y luminosa que refleje las características de los distintos países, es esta tierra la que hay que descubrir a través de la literatura, sus habitantes deben empaparla de una cultura novedosa y distinta al resto de los otros continentes. El inicio de esta tarea fue la gran labor de la *Generación del 42'*; “seamos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para hacerlo; para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad”<sup>107</sup>. Este fue el camino para reflejar la realidad de Chile, de un Chile nuevo que recién se configuraba políticamente, pero que aún le faltaba mucho camino por recorrer para lograr una autonomía cultural y espiritual. Se debía lograr una nacionalidad literaria, consistente en la irradiación de la vida propia del pueblo, “conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular”<sup>108</sup>.

Bello, por su parte, y al igual que Lastarria, fue en busca de “lo propio” y por esto se esmeró en hacer de la educación una instancia mayoritariamente chilena, con el fin de buscar y generar poco a poco “lo propio del país” y así no ser una nación servilista del continente europeo. Los conocimientos y métodos propuestos por filósofos y científicos del Viejo Continente debían ser analizados y examinados antes de

---

<sup>105</sup> Lastarria, Op.Cit., p.13

<sup>106</sup> Lastarria, Op.Cit., p.14

<sup>107</sup> Lastarria, Op.Cit., p.14

<sup>108</sup> Lastarria, Op.Cit., p.14

incorporarlos a las bases del conocimiento nacional; si esto no se hacía “sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grandes pueblos y de los grandes hombres”<sup>109</sup>. La grandiosidad de las naciones, por lo tanto, nace por la generación de una cultura propia y original, no por la mera copia de deducciones foráneas. Bello, al contribuir a la generación de una intelectualidad particularmente chilena, está generando identidad nacional; está impulsando la identificación con una cultura que formule conocimientos y necesidades propias de Chile. Es un personaje clave en la historia de nuestro país, pues fue uno de los grandes impulsores de la reproducción de una identidad propiamente nacional. Es más, afirma que “el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la Patria”<sup>110</sup>. Bello, en definitiva, está creando en la mente de los ciudadanos chilenos un incipiente patriotismo e identidad; claramente es a un nivel discursivo en un primer momento, que luego se expandirá con el desarrollo y consolidación de la educación nacional. Este intento de generar identidad también es, lógicamente, elitista, pues permeó casi únicamente a la elite intelectual que pudo, a través de diferentes medios, acceder a la educación; por lo tanto se trata de una minoría. Sin embargo, al ser Chile una nación recientemente constituida y sin historia identitaria republicana ni cultural, se necesitaba de cualquier elemento que fuera capaz de generar identidad. Así lo hizo Bello y la esfera de la cultura oficialista, como también la esfera liberal, aunque a través de ideas más radicales y profundas.

Bilbao también sigue el lineamiento de una generación cultural propia, al menos así lo esgrime en sus textos. Si bien las ideas de *Sociabilidad Chilena* no son originales del autor y no poseen una mayor novedad, pues muchas de estas ideas ya se habían hecho patentes en filósofos ilustrados desde el siglo XVII; lo que sí fue una gran novedad es que estos pensamientos liberales salieran a la luz por las palabras de un chileno, un americano que repelía todo lo heredado de la Madre Patria. Más bien la originalidad de Bilbao radica -como expresa Fernández- en que supo aplicar a la realidad chilena esquemas de interpretación no ideados por el autor mismo, sino adecuados de parámetros europeos. Las palabras de Bilbao y la sensación de la sociedad sobre la certeza que las ideas radicalmente liberales ya

---

<sup>109</sup> Bello, Op.Cit., p.34

<sup>110</sup> Bello, Op.Cit., p.29

empezaban a penetrar en este país lejano, profundamente conservador, tradicional y religioso; produjeron un gran temor, un inusitado miedo frente a los aires culturales, sociales y políticos que se aventuraban a arrasar con fuerza la mente de los hombres inertes para volverlos activos, pensantes y dejar atrás el adormecimiento y letargo. Frente a esta marejada de novedades horribles para la época, la elite conservadora prefirió condenar a Bilbao.

“De suerte que no sólo había originalidad en Bilbao cuando aplicaba a nuestra realidad esquemas de interpretación que él no había ideado, sino también cuando daba la estampa con la temeridad que le era propia, la ideación esencial del pensamiento de su generación, lo que no es decir poca cosa (...). El caso es que esa temeridad y los incidentes a que dio lugar produjeron un impacto psicológico en la opinión pública de la época. Como lo insinuáramos ya en este capítulo, es nuestro parecer que Sociabilidad produjo el efecto de desgarrar la membrana de intangibilidad, no tocada hasta entonces, que envolvía el problema religioso y las prerrogativas verdaderamente despóticas de que disponía la Iglesia sobre las conciencias”<sup>111</sup>.

Para la Iglesia la publicación de este escrito “luciferino” significaba la penetración de ideas que estaban encaminadas a derrumbar los pilares bajo los que se construye el catolicismo. Bilbao hizo un llamado a romper la inercia de los ciudadanos, inercia fundamental para la mantención del frágil orden social portaliano. Para la sociedad entera no sólo significó un ataque a la autoridad y a la institución religiosa, sino también un cuestionamiento a toda una cosmovisión de mundo. Bilbao se rebela en contra la autocracia conservadora, critica sus costumbres, creencias, formas de vida y hasta los modos de comunicación al llamar *aislamiento misantrópico* a la nula sociabilidad existente entre los ciudadanos. El poder de estas palabras y el gran significado que ellas revelaban causó un profundo impacto en el Chile tradicional, pues no sólo objetó ciertas características de la sociedad, más bien criticó profunda y completamente el sustrato mismo de ella.

A pesar de los esfuerzos del Estado y los intelectuales conservadores por apagar la llama que había encendido el joven Bilbao, ya había quedado en la mente colectiva de muchos estudiantes y liberales los pensamientos, el romanticismo y la lucha revolucionaria expuesta por el intelectual. Sus ideas radicales se adormecieron, se apaciguaron y en este sentido se podría hablar de un pseudo triunfo por parte del bando conservador; pero en el inconsciente colectivo de los jóvenes y liberales chilenos quedaron

---

<sup>111</sup> Fernández Meriggio, Op.Cit., p.99

anidadas las profundas palabras de Bilbao que luego hacen eclosión en el *Club de la Reforma* y sobretudo en la *Sociedad de la Igualdad*, dirigida por el mismo Bilbao y su amigo Santiago Arcos. Sin embargo, la mayor parte de las ideas expuestas por Bilbao y la *Sociedad* fueron duramente criticadas por la elite conservadora. Para los tradicionalistas se trataban de meros desvaríos y fantasías absurdas.

“Cual no sería mi sorpresa, algunos meses más tarde, cuando al leer uno de los boletines de Bilbao, reconocí que la arenga ininteligible y absurda que me había escandalizado como una falta de respeto a la ignorancia de la plebe, era una de las producciones ‘del gran filósofo, autor de la revolución moral en Chile’. Fueron entonces los admiradores semicultos de Bilbao los que me dieron lástima”<sup>112</sup>.

A pesar de las objeciones que hace la historia oficial a la obra y pensamientos de Bilbao, no puede menos que reconocerse que fue una figura importantísima para el progresivo proceso de secularización del Chile decimonónico. Si bien, se puede criticar a este personaje por falta de originalidad en cuanto a sus pensamientos propios; se le debe agradecer que intentó introducir estos ideales liberales en la mentalidad de los chilenos que estuvieran dispuestos a recibirlos. Es cierto que su filosofía no posee un carácter propio netamente, pero lo que sí es completamente novedoso es que analizó profundamente a Chile bajo los parámetros ilustrados; adecuó los dogmas liberales para estructurarlos y trazó con ello una explicación de la nación austral<sup>113</sup>.

---

<sup>112</sup> Edwards Vives, Alberto, *La fronda aristocrática en Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 2001), p.92

<sup>113</sup> “Conocidas ya las influencias que hicieron de su obra un reflejo audaz, es posible decir que su falta absoluta de originalidad influyó hondamente en su medianía ideológica. Es doloroso recordar que Bilbao siempre estuvo influido por dos o tres escritores de sus simpatías; primero fue Lamennais, luego Quinet, más tarde Strauss, Renán, Michelet, y Rousseau. No logró independizarse nunca a fin de exaltar su personalidad. Pero si en cuanto ideólogo nacional no le asignará una de sus mejores páginas, en cuanto hombres de acción será de quienes descuelle más alto en la reseña de las luchas reñidas por el libre pensamiento americano. Ni en Chile, ni acaso en todo el continente indolatino, ha habido un escritor que le aventaje en osadía, en noble convencimiento y en cabal desinterés. Más tarde, cuando corran los años, se hablará de Bilbao como del más ardiente apóstol del republicanismo, como del tribuno popular más entusiasta y como del más esforzado enemigo de todo despotismo político. Su gloria no será la aureola del pensamiento; su triunfo descansará sobre la base de su acción de hombre: de él podrán decir las generaciones venideras que jamás le aventajaron en honradez, en audacia y en libre convicción de lo que su enorme corazón estimó justo y redentor”. Donoso, Op.Cit., p.46



Si bien Bilbao trabajó en un ámbito más filosófico, en el campo literario se hizo imprescindible mostrar la originalidad y particularidad del país a través de la escritura de la realidad nacional, con el fin de forjar “lo propio”. Lastarria fue uno de los exponentes más connotados a la hora de trabajar por el desarrollo de una literatura propia y original. Como explica Subercaseaux, “el discurso de Lastarria formaliza una comprensión de la literatura como expresión de la sociedad. De allí que sea un llamado a volcarse a lo circundante y a repudiar tanto el contenido de la literatura española como la imitación desmesurada de la que provenía de Francia”<sup>114</sup>.

El intelectual, en definitiva, sigue con la corriente del romanticismo la cual dicta que es inadmisibles la creación de una literatura desvinculada de la realidad. Sólo siguiendo esta corriente literaria se puede llegar al intento -al menos- de reforma social a través de las letras, pues la literatura es un método de denuncia social. Este es uno de los grandes anhelos de Lastarria; transformar el legado español por una civilización ilustrada, moderna y avocada a una elevada educación. En palabras de Raúl Silva Castro,

“En términos generales, podría decirse, en su concepto, el escritor debía atender a la realidad social, pero no para reflejarla con imparcialidad, como hicieron en sus propios días los escritores realistas de España y Francia, sino para reformarla. La literatura es prédica, y debe proponerse como finalidad última la reforma social. A la luz de esta filosofía del mensaje literario, Lastarria juzga todos los sucesos de su tiempo”<sup>115</sup>.

La literatura, en definitiva, es prédica y debe ser la antesala o más bien el impulso que gatille la reforma social. Las ideas acerca de la creación de una literatura nacional fueron sumamente recurrentes en las visiones culturales de mediados del siglo XIX. En los Anales de la Universidad de Chile existen varios ensayos que proponen la creación de una literatura “propia” y original. Es el caso –especialmente- de los hermanos Amunátegui y los Blest Gana, quienes continúan con el anhelo lastarriano de la necesaria formación de una literatura hispanoamericana y –al mismo tiempo-, al interior del continente, aspiraron a la construcción de un cimiento literario que reflejase las características, costumbres y cultura de cada país hispano parlante.

---

<sup>114</sup> Subercaseaux, Op.Cit, p.54

<sup>115</sup> Silva Castro, Raúl, prólogo de *Recuerdos Literarios*, p.12

Si hay un común denominador entre Bello, Lastarria y Bilbao es que fueron vasos comunicantes entre el Viejo y Nuevo Mundo. Gracias a sus enseñanzas muchos conocimientos, ideas modernas y avances científicos traspasaron el Atlántico para así adaptarse, reestructurarse y adherirse en las casillas mentales de habitantes de territorios profundamente ignorantes como era el Chile de mediados del siglo XIX. Si se trata de hablar de las ideas condensadas y que hicieron eclosión en el 48` europeo, nadie como Bilbao como forjador de un poderoso cordón entre Francia y Chile.

Bilbao tuvo suma importancia como un intermediador entre la cultura liberal expandida en Europa y la divulgación de estos mismos pensamientos en territorios hispanos; especialmente en Chile, Perú y Argentina. Bilbao, es por lo tanto, una suerte de vaso comunicante entre ambos continentes; es decir, intenta con todas sus fuerzas que los ideales liberales, progresistas y románticos crucen el Atlántico y así también conformen la atmósfera de la “nueva América”. Bilbao fue el vínculo entre sus maestros franceses en conjunto con las ideologías liberales y el Nuevo Continente. La primera muestra de Bilbao como conducto entre ambos mundos fue su ensayo *Sociabilidad*. Tanto así que en una suerte de analogía, podríamos decir que *Palabras de un creyente* de Lamennais es a Francia como *Sociabilidad Chilena* es a Chile. En este escrito Bilbao traspasa las doctrinas liberales de sus padres intelectuales, pero las adecua a la historia y características de su país.

El gobierno pelucón miró con profundo recelo y temor los sucesos provenientes de Francia. Cristián Gazmuri afirma que ante el estallido del 48`, el Estado y la Iglesia construyen un discurso anti-revolucionario que se hará más poderoso frente a los diversos hechos ocurridos en Chile<sup>116</sup>. El gobierno teme por su integridad, se aviva el jaque de la oposición liberal. La institución que más despertó la temeridad en el gobierno fue, sin duda, la *Sociedad de la Igualdad*, fundada en 1848 por Santiago Arcos y Francisco Bilbao. Fue una de las mayores muestras institucionales de la existencia de una cultura-política paralela al Estado, autónoma, independiente y con fuerza y estilo propio. Su programa fundamental se basaba en la soberanía de la razón como máxima autoridad; la soberanía del pueblo,

---

<sup>116</sup> “Sin embargo, la verdadera faz republicana del Chile de entonces, según la concebía el gobierno Pelucón, la Iglesia Católica y, en general, los sectores conservadores de la oligarquía, quedó en evidencia, cuando, como dijimos, a los pocos días, también comenzaron a aparecer las prevenciones y críticas a la marcha de los sucesos en Francia. Varios meses después, en cuanto se supo de la revolución proletaria de junio en París, el discurso contra-revolucionario se manifestó con toda virulencia. Los años siguientes esta descalificación absoluta del “48” francés y europeo continuaría”. Gazmuri, Cristián, *El 48` chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos* (Santiago: Editorial Universitaria, 1999), p.64

como la base socio-política de la sociedad; y el amor y la fraternidad como la plataforma de la vida moral.

“El objeto que nos proponemos es la asociación para conseguir la vida de la fraternidad en nosotros mismos, en nuestras instituciones políticas i sociales, en nuestras costumbres, en nuestras creencias. Nosotros ya reunidos i que formamos el grupo número 1 hemos resuelto que la SOCIEDAD o asociación general se llame DE LA IGUALDAD. Todo socio dará su palabra de profesar los principios siguientes: Reconocer la independencia de la razón, como autoridad de autoridades; profesar el principio de soberanía del pueblo como base de toda política, i el deber i el amor de la fraternidad universal como vida moral”<sup>117</sup>.

Una de las máximas aspiraciones y logros de la *Sociedad* fue entregar una educación gratuita a obreros, artesanos y gente del bajo pueblo, con el fin que éstos conocieran sus derechos y así jugaran un rol activo dentro de la sociedad, exigiendo reivindicaciones al gobierno imperante. La idea de Arcos y Bilbao era organizar a la clase obrera independiente de la política y los partidos militantes. La *Sociedad* debía ser diferente de la maquinaria política, propuso ideas en extremo novedosas para que pudieran pasar a ser parte del sistema político decimonónico; y justamente uno de los elementos más llamativo fue la incorporación en sus aulas y organización del artesanado, lo cual trajo nuevas formas de sociabilidad. Si entendemos este concepto –sociabilidad-, al igual que Gazmuri, como la manera en que los hombres se relacionan entre sí en un tiempo y espacio determinado; podemos enfatizar que la *Sociedad de la Igualdad* insertó en Chile una nueva manera de relación entre los habitantes del país. Los obreros se relacionaron a la par con aristócratas y tenían el mismo derecho que ellos para hablar y opinar sobre política. Parte del bajo pueblo penetró en la política contingente del país y dejó de estar al margen de los sucesos cotidianos. Gracias a la educación entregada por la *Sociedad*, pudieron darse cuenta de sus derechos y despertaron al significado de lo que realmente era ser ciudadano de una nación. En definitiva, se trata, como dice nuevamente Gazmuri, del ingreso de un nuevo sector social al mundo político y que por lo tanto quiebra el monopolístico círculo político oligárquico.

“En todo caso, algo queda en evidencia: la Sociedad de la Igualdad no sólo constituía –como ya hemos afirmado- una nueva forma de sociabilidad política para Chile; también representaba el

---

<sup>117</sup> Zapiola, José, *La Sociedad de la Igualdad y sus enemigos* (Santiago: Biblioteca de Autores Chilenos, 1902) p.11-12

debut en el mundo político chileno, de manera ya no puramente instrumental o marginal, como en los casos citados en el capítulo anterior, del ideario “social” de la modernidad, al menos tal como era concebido entre los sectores progresistas de la Europa de los años 1840. Significaba aún otra cosa: el ingreso a ese mundo político, también ahora de manera más o menos clara, de un “sector social” no perteneciente a la oligarquía, quebrando así el monopolio que aquella detentaba hasta ese momento sobre éste. Se trató de una participación transitoria y más bien pasiva, aunque, como veremos, bastante numerosa y con indudables aspectos novedosos para el ámbito chileno”<sup>118</sup>.

Si bien el legado de la *Sociedad de la Igualdad* no se percibe inmediatamente luego de su disolución, con el tiempo penetran en el imaginario colectivo las nuevas ideas modernas planteadas por la organización. Fue un vehículo de expansión del pensamiento político, de las ideas liberales, legó una nueva cultura y novedosas formas de sociabilidad, las cuales, muchos de quienes las acuñaron, van a ocupar importantes puestos en el gobierno de Chile. Sin embargo, la sociedad conservadora de la época sintió que su disposición de orden temblaba frente a las poderosas palabras de Bilbao y Arcos. Creyeron que la estructura misma de la sociedad estaba en peligro frente a las acciones y pensamientos de esta nueva institución. La incorporación de nuevos sectores sociales a la política, el aborrecimiento del autoritarismo, la crítica a los privilegios de la Iglesia, las ideas de una revolución; todos pensamientos de la *Sociedad* que avivaron el “jaque” que la cultura liberal hacía sentir al oficialismo.

“La verdad es que la Sociedad de la Igualdad había impreso con su aparición en la escena política un agitado ritmo a los acontecimientos. Antes de ella la oposición había tremolado el *leit motiv* de la reforma constitucional, cuyo adalid era Lastarria. Con ella, se creyó que estaba en peligro la estructura misma de la sociedad, erigida según el modelo pelucón del año 33’, o como dice Isidoro Errázuriz, ‘el sistema de las instituciones del Estado y el de los dogmas y privilegios de la Iglesia’”<sup>119</sup>.

Frente a esta amenaza de agitación popular el gobierno actuó con violencia y disolvió rápidamente la *Sociedad de la Igualdad*. El Estado Portaliano no podía permitir que se interrumpiera el “perfecto orden” con el cual había gobernado. Por esto el cierre de la *Sociedad* fue rápido y drástico, pero a pesar de esta intimidación el legado de la institución radical no puede menos que asombrar. Para algunos la *Sociedad de la Igualdad* se trató del primer partido político moderno, que a su vez inspiró el

---

<sup>118</sup> Gazmuri, Cristián, Op.Cit., p.79. El subrayado es nuestro.

<sup>119</sup> Fernández Meriggio, Op.Cit., p.159

surgimiento de otras instituciones liberales<sup>120</sup>; para otros, una mera agitación artificial<sup>121</sup>. A pesar de las divergentes opiniones, lo cierto es que la *Sociedad de la Igualdad* se transformó en una poderosa y real oposición a la candidatura de Montt, e ahí una de las grandes razones de su disolución. Además dejó un importante semillero revolucionario que brotará principalmente al interior del Partido Radical y otras instituciones que reclamarán los derechos de una sociedad más igualitaria y democrática. Muchas de las ideas liberales impulsadas por la organización fundada en 1848 van a impregnarse en la política cultural chilena y en el sentir espiritual, haciéndose parte de la identidad del Chile decimonónico de fines de siglo; sobretodo aquellas ideas que proyectan y exigen la secularización de la sociedad. Es en este sentido, que podemos llamar a la *Sociedad de la Igualdad* como una organización profundamente vanguardista, pues inspiró ideales que la sociedad tradicional miraba como “horrores políticos y morales”. Bilbao, por lo tanto, al igual que Arcos, fueron vanguardistas cuando se trató de la progresiva llegada de las ideas modernas al Chile tradicional. Lucharon en contra de toda, o la mayoría, de las estructuras que afirmaban las bases de la sociedad decimonónica. Batallaron contra las fuerzas conservadoras que poseían un poder inmenso en nuestro país<sup>122</sup>.

Tanto Bello como Lastarria y Bilbao se encargaron de destruir la inercia, pasividad e ignorancia en el antiguo Chile. Bello lo hizo de un modo más gradual con el fin de mantener el orden y no destruir ciertas tradiciones. Sin embargo, Lastarria y Bilbao optaron por un camino más radical y rupturista. El primero fue uno de los más grandes intelectuales de mediados del siglo XIX que logró generar un

---

<sup>120</sup> “En verdad, la Sociedad de la Igualdad puede considerarse, al menos en ésta, su primera época, como el primer partido político moderno que existió en Chile. Esta calidad se perpetuaría después, como veremos, en el Partido Radical, El Club de la Reforma y, finalmente, en mayor o menor grado, en todas las organizaciones políticas del Chile de fines del siglo XIX”. Gazmuri, Cristián, Op.Cit., p.82

<sup>121</sup> “El efecto de aquellas medidas fue instantáneo (medidas que el gobierno tomó para clausurar la Sociedad). Toda aquella artificial agitación se desvaneció, como si nunca hubiera existido. No hubo barricadas, ni protestas, ni se oyó siquiera un grito en las calles”. Edwards Vives, Op.Cit., p.94. El entreparéntesis es nuestro.

<sup>122</sup> “Los dos legados, el de las Luces y el ‘societario’, se mezclaron en el ambiente y pensamiento del ‘Quarent-Huitard’ europeo y chileno llegando a constiuir su columna vertebral, quebrando el legado más antiguo como trasfondo. Estos legados se harán patentes en el que, a su vez dejará el 48º chileno. En primer término, legado ideológico, el que se expresará en el pensamiento de la generación que estructurará el Chile liberal (y más genuinamente republicano) de la segunda mitad del siglo XIX. Pero también legado social, al entregar el ‘patrón de sociabilidad’ que caracterizó a varias y muy importantes instituciones chilenas de la misma época, algunas de las cuales existen hasta nuestros días. En concreto: el segundo Club de la Reforma y el Partido Radical, entre las políticas, y la Masonería y el Cuerpo de Bomberos Voluntarios en lo social y filosófico-filantropico. Estas formas de sociabilidad no políticas actuarían como correlato de las otras, cooperando en la misma labor difusora y consolidadora de la cultura moderna que las caracterizaba”. Gazmuri, Op.Cit., p.112

nacionalismo literario-cultural, que le dio sus primeras fisionomías a la identidad cultural chilena<sup>123</sup>. Este nacionalismo contagió principalmente a una elite, pero la importancia de Lastarria radica en la creación de círculos de organización cultural, diversos periódicos y revistas en donde se debatían ideas literarias, artística, históricas, filosóficas, políticas, etc., permitiendo el desarrollo de una opinión pública, el despliegue de discusiones político-culturales y el gusto por el estudio, la investigación y las letras. En un país como Chile en donde hasta en los círculos elitistas primaba la ignorancia intelectual, Lastarria vino a dar un golpe cultural y un admirable progreso reflexivo en el campo de las humanidades, así como también lo hicieron sus maestros, José Joaquín de Mora y Andrés Bello. Las ideas de Lastarria fueron unos de los grandes motores que impulsaron la creación de una literatura nacional que descubriera y reflejara las características de nuestro país. Aún más, también impulsó el estudio de la democracia política y, lo que es más importante, la capacidad de pensar y reflexionar acerca del mundo, su entorno, y las sociedades que lo habitan; he ahí la importancia de su obra.

Por su parte, el pensamiento revolucionario de Bilbao, sus acciones como la formación de la *Sociedad de la Igualdad*, la crítica a la sociedad chilena en *Sociabilidad*, el llamado a la creación de un hombre nuevo, profeta de los valores de la Revolución Francesa y el *Quarent-Huitard*; elementos todos que chocaron profundamente con el pensamiento del Chile conservador-tradicional. Ideales que no tan sólo propagó en nuestro país, sino que intentó derramar a toda América Latina, especialmente en aquellos países donde vivió como en Perú y Argentina. Bilbao, además de un luchador incansable por cambiar la estructura social del Chile antiguo, fue un americanista, su anhelo fue propagar sus ideas por todo el continente y unir a los países en contra de los valores retróados, del pasado común y de los enemigos externos que se podían presentar.

---

<sup>123</sup> Lógicamente nos estamos refiriendo a un nacionalismo que impregnó a una elite. Pareciera ser contradictorio hablar de un nacionalismo elitista. Pero al ser Chile una nación recientemente descolonizada algún grupo tenía que partir construyendo y creando un imaginario de “cultura nacional” y parte de ese grupo fue la elite intelectual y la esfera liberal encabezada por Lastarria. Benedict Anderson especifica que el nacionalismo son *artefactos culturales de una clase particular* con el fin de crear conciencia nacional y es imposible que este nacionalismo afecte a todos los habitantes del país. “Mi punto de partida es la afirmación de que la nacionalidad, o la ‘calidad de nación’ –como podríamos preferir decirlo, en vista de las variadas significaciones de la primera palabra-, al igual que el nacionalismo, son artefactos culturales de una clase particular”. Anderson, Benedict, *Comunidades Imaginadas* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993), p.21 En el caso de Chile, la Generación del 42` inició un incipiente nacionalismo cultural –como uno de los artefactos culturales para generar nacionalismo e identidad-, qué lógicamente fue captado solamente por una elite intelectual

Bello, en cambio, en conjunto con la cultura conservadora reinante en el país y que impregnó los primeros destellos de la identidad cultural chilena; se caracteriza por su gradualidad, moderación, su autoritarismo y posición jerárquica. Por último, incorpora a la tradición hispana y está profundamente vinculado al aparato estatal. A pesar de ser una cultura profundamente conservadora sí estuvo abierta a influencias externas, especialmente a aquellas que se vinculaban con la educación y la Ilustración. Como dice, Therborn y Larraín, esta cultura intentó formar un país haciendo hincapié en la diferencia con los “otros”. La primera diferencia fue un intento por dejar atrás la ignorancia heredada del pasado español con el fin de acceder a una mayor culturización del “pueblo” chileno, pero al mismo tiempo conservando ciertas características y costumbres coloniales como el profundo catolicismo y el raigambre autoritario. Por otra parte, también sostuvo la diferenciación de la Ilustración europea con la americana. Es decir, se buscó la ilustración y especialmente aquella que ponía énfasis en la educación, pero también se tuvo sumo cuidado en no caer en la copia servilista y restringir aquellas ideas liberales que cuestionaban la base político, institucional y social de la cultura-nación. Gracias al impulso de crear una “cultura nacional” a través de los concursos de historia, la investigación científico-geográfica del territorio chileno y los diversos estudios hechos por la Universidad; se fue adquiriendo lentamente un sentido de pertenencia hacia el país, concepto fundamental para la construcción de la identidad nacional en el planteamiento de Therborn; al menos este sentido de pertenencia se ubicó dentro de una elite científico-intelectual. En definitiva, gran parte de la elite de mediados de siglo XIX se fundó bajo una identidad y concepción cultural tradicionalista, conservadora y temerosa de los cambios radicales. La oposición liberal va a irrumpir este sueño de gradualidad y moderación.

Bello y sus obras son un claro reflejo de la atmósfera, sentido y –de algún modo- velocidad cultural que intentó impulsar el oficialismo. La educación fue la principal herramienta que promovió la cultura estatal; pues sólo con ciudadanos ilustrados el Estado alcanzaría los estándares de virtud republicana deseados. Razón por la cual la Universidad e intelectuales conservadores estuvieron abiertos a la llegada de la Ilustración al país austral, pero cuidando que los principios y doctrinas a incorporarse no atentaran contra la religión y consensos básicos del gobierno como lo eran el orden, el autoritarismo y la exclusividad de la religión católica. Este lento caminar hacia una cultura más liberal fue una de las principales características identitarias de la cultura decimonónica, sobretudo a mediados del siglo. Se cuidaba el orden y la doctrina religiosa, por eso muchas veces se miraba con aversión lo nuevo; pues podía ser un potencial de ruptura de los consensos frágilmente establecidos. El “temor” hacia lo

inédito y sobretodo hacia las ideas liberales que llamaban a la creación de estados más democráticos, igualitarios y tolerantes en materia religiosa; es una discusión claramente presente en los Anales de la Universidad de Chile. En esta revista se refleja la lucha e ideas expuestas por el bando conservador con el fin de mantener una cultura que si bien incorporase algunas materias ilustradas; no olvidase los parámetros tradicionales. Tanto en los discursos de Bello en los Anales, como en el de sus seguidores se percibe la fuerza de este anhelo por la gradualidad, el equilibrio y la dicotomía entre mantención y reforma.

Por otra parte, Lastarria como el representante del foco cultural liberal, es un férreo persistente en el progreso del país. La restricción de las luces, el autoritarismo y la limitación de una real soberanía popular; son algunos de los tantos elementos que el intelectual ataca. No deja de luchar durante toda su vida para remediar estas falencias que estancan el desenvolvimiento de la civilización. Lastarria, fiel persistente liberal, inalcanzable luchador por la emancipación cultural, profundo estudioso de los conocimientos ilustrados, tenaz al rechazar los vicios coloniales y unir la nueva cultura a las características particulares americanas. No podemos tildarlo de revolucionario, participó en el gobierno y nunca produjo una real lucha antisistema; pero sí cuestionó los pilares en que se basaba el Estado conservador; catolicismo, orden y autoritarismo. Ninguna de estas bases entran en su estructura mental. Para hacer una real democracia y hacer de Chile un país progresista se necesitaba al menos reducir considerablemente la influencia de estos tres pilares de consenso del gobierno. Atacó con ideas, a través de símbolos, de su literatura; en definitiva, desde la cultura. Fue un avivador de las ideas liberales y progresistas. No compartió el gradualismo estatal. Es decir, fue un hombre que legitimó una nueva cultura liberal, una cultura de oposición; que si bien demoró en penetrar a la esfera institucional oficial, al menos produjo un imaginario cultural. El discurso de Lastarria contribuyó sin duda a enmarcar la identidad chilena, esa frágil identidad que se desenvuelve en las luchas entre tradición y reforma, entre moderación y radicalismo. La persistencia de reforma liberal impuesta por Lastarria representó un minoritario grupo de la elite intelectual que anheló cambios concretos y reales en un país todavía ensimismado en cánones sumamente conservadores. La identidad chilena se comenzó a generar desde arriba, desde la elite, y Lastarria representa aquella fracción que estuvo en constante pugna con las ideas del Estado. El sello identitario chileno decimonónico se caracterizó por esta continua lucha entre el cambio gradual y radical; entre el catolicismo y la secularización. Lastarria representa uno de los grupos de esta constante pugna y es en este sentido que su poderoso e influyente discurso revela, sin duda,



elementos de la zigzagueante identidad nacional. Sus ideas son parte de la cultura nacional decimonónica en cuanto permitió la legitimación de otros puntos de vista, de un nuevo orden, de una nueva cultura, opuesta a la propuesta por el gobierno. No inició ni finalizó un suceso cultural, más bien representa un proceso evolutivo que también experimentó el país -aunque con menor rapidez- de la acuñación de ideas liberales. Esta rapidez de cambios que exigió Lastarria fue un jaque para el gobierno moderado y conservador, pues las ideas del intelectual penetraron rápidamente en la mente de varios jóvenes que continuamente se fueron sumando a las filas de la oposición. Claramente el hecho que demuestra con más claridad la fuerte penetración de las ideas liberales en Chile es la formación de la *Sociedad de la Igualdad*, la cual, al mismo tiempo, refleja el mayor jaque cultural y político al gobierno. Lastarria no fue protagonista dentro de la *Sociedad*, con el tiempo, tampoco se sintió muy cercano a ella; su lucha se basaba en las ideas más que en el enfrentamiento, pero igualmente trazó una línea a seguir, un ideal al cual aspirar, un objetivo que cumplir.

Lastarria es uno de los protagonistas entre los autores que escriben en los Anales de la Universidad de Chile. En ellos proclamó, exaltó y propagó sus ideas liberales. Avivó numerosas discusiones culturales con el bando opositor arraigado en el conservadurismo. Bello y sus seguidores salen a la defensa de los “ataques” iniciados por Lastarria. Una de las mayores discusiones se generó en el campo historiográfico, la cual reflejó no sólo una polémica en la escritura histórica; también representó distintas cosmovisiones de mundo y del entorno cultural. En el III capítulo desarrollaremos con mayor profundidad esta discusión.

Bilbao, hombre de acción, de ideas, propagandista de la lucha cultural, revolucionario romántico, osado, audaz. Si la historiografía no lo puede recordar como gran filósofo al menos que se le conmemore como luchador y emancipador del espíritu. Hombre que sin duda fue un poderoso y firme hilo conductor entre las ideas ilustradas europeo-francesas y el continente americano. Si bien sus pensamientos chocaban impunemente con la identidad cultural chilena construida hasta ese momento por la elite; lentamente muchos de ellos se comenzaron a incorporar en la estructura nacional, aunque otros ideales deben esperar varias décadas más para pasar a ser parte de la identidad cultural-nacional, otros nunca lo serán. La penetración del liberalismo durante mediados del siglo XIX va a ser un proceso cada vez más poderoso, a pesar de los anhelos del Estado por conservar su orden autoritario. Bilbao es una de las grandes figuras que ayuda a la agilización, sino es radicalización de este proceso secularizador y con

aires más democráticos. Es sin duda un adelantado a su época, un precursor y porqué no un vanguardista innato.

Bilbao nunca escribió en los Anales de la Universidad de Chile, tema central de la investigación. Sin embargo, es imprescindible hacer una reseña de su obra y filosofía; pues son un reflejo vivo de la lucha cultural existente durante el siglo XIX. Lucha zigzagueante que caracterizó la identidad cultural chilena y los frenos y “desfrenos” que se fueron generando, debido a las restricciones y aperturas hacia nuevas ideas condensadas en el Quarent-Huitard.

La cultura de mediados de siglo XIX, en síntesis, fue construyéndose en base a diversas discusiones, que bajo una mirada macro la podemos representar en la clásica pugna existente entre liberales y conservadores. Cuánta adopción de la modernización, bajo qué costos, cuáles son las consecuencias, cuánta penetración de las ideas ilustradas, cuánta continuidad con la tradición. Estas fueron algunas de las interrogantes más importantes que marcaron el camino zigzagueante por el que se desarrolló y edificó la identidad cultural chilena. Ciertamente la cultura oficial intentó crear una suerte de homogeneización de conocimientos, de saberes, de pensamientos y hasta una unión moral y espiritual. Se pretendió inculcar un cierto tipo de identidad a nivel nacional, la cual se fijaba como en un punto medio entre la tradición y los nuevos discursos liberales; con el fin de no generar una radical ruptura con el pasado que pudiera derivar en una anarquía; y al mismo tiempo, se intentó no quedar atrás de los conocimientos útiles propagados inicialmente en el Viejo Mundo. La esfera de la cultura opositora puso sobre la mesa que esta “identidad cultural conservadora” propuesta por el Estado y la Universidad no iba a ser el único camino a seguir. Habían otros, y uno de ellos era la mayor captación nacional de los conocimientos ilustrados, el desprestigio del pasado hispano y un incipiente impulso para que los ciudadanos pudieran conocer sus derechos cívicos y así participar activamente en la política nacional. Lastarria y Bilbao son los dos grandes protagonistas de este polo cultural liberal; gracias a sus obras y las de sus seguidores (especialmente Vicuña Mackena en la segunda mitad del siglo), se generó y se hicieron parte del imaginario cultural chileno numerosas ideas y pensamientos ilustrados que anteriormente estaban solamente reservados para las mentes europeas. Intentaron coordinar, adecuar y apropiarse los métodos de desarrollo mental surgidos en el Viejo Mundo, pero con el

fin de desenvolverlos con creatividad y particularidad según las características de cada nación. Ambos son ejemplos de hombres que permiten el advenimiento de la modernidad en Latinoamérica, pero bajo una trayectoria diferente a la de Europa, con una historia, desarrollo y proyecciones particulares; lo cual rectifica una vez más la tesis de Larraín, la cual explica que la identidad Latinoamérica no se contradice con la modernidad, pero ésta última tiene un modo particular de evolución en el continente que difiere completamente al origen y desarrollo de la modernidad en el Viejo Mundo. En fin, el polo cultural opositor hizo que las ideas liberales tuvieran una fuerte aceptación en Chile y una adopción -aunque gradual- dentro del marco identitario cultural, al permitir la impregnación de estas nuevas estructuras mentales ilustradas, intentando empaparse de características propias de la nación. Primero estas ideas y pensamientos más radicales pasaron a ser parte de la oposición, como es el caso de los discursos propugnados por Lastarria y Bilbao, pero lentamente se ubicaron en el esquema cultural estatal.

En su totalidad la elite intentó forjar una auto-representación del Chile decimonónico con el fin de reflejar una auto-afirmación como país independiente, como nación autónoma e ilustrada. Los afanes homogeneizadores, no tuvieron grandes triunfos; no sólo por la oposición que imponía reformas culturales más radicales y elevadas; sino también, y dentro de lo más importante, debido a que esta nueva cultura-nación surgió de una oligarquía, de una elite intelectual. A pesar de los esfuerzos (de algunos) por propagarla hacia el resto del pueblo, el intento fue en gran medida infructuoso. La mayoría de los habitantes siguió viviendo bajo sus propias coordenadas y esquemas culturales tradicionales con casi nula influencia de la cultura propuesta “desde arriba”. Esto produjo una fuerte división sistematizada de ideas, valores, pensamientos y proyectos culturales que van a terminar con las denuncias hechas por los intelectuales del centenario como Pinochet, Palacios, Valdés Canje; entre otros, quienes evidencian la poca correspondencia que existe entre la identidad que pretende entregar el Estado y la elite; con respecto a las características “propias” que se desprenden de la cultura-pueblo, por ende cultura-nación. Afirmaron que la elite se había encargado de valorar culturas ajenas y desprestigiar la propia. En esta disonancia entre la identidad cultural que intenta reflejar la elite y la adherida en la sociedad tradicional chilena, también encontramos un importante elemento de fragilidad identitaria, de poca correspondencia bajo los esquemas culturales dentro de los habitantes de una misma nación.

Sin embargo, el mismo Larraín expone que la identidad nacional no puede ser una, sino que varios elementos identitarios convergen dentro de una misma identidad nacional. Por esta razón nunca es homogénea, más bien las identidades nacionales se caracterizan por su heterogeneidad sobretodo si tomamos en cuenta el ámbito cultural y la conflictiva historia de los países latinoamericanos, envueltos en numerosas problemáticas, etnias, mezclas raciales, variadas influencias culturales, numerosos quiebres políticos-sociales, etc. Todo estos elementos hacen que surjan diversos círculos culturales dentro de una misma nación y he aquí la riqueza de la diversidad, de la identidad en pluralidad. La valoración de la multiplicidad de visiones culturales hoy se está enriqueciendo, a esto apunta también el círculo intelectual del bicenetenario. Pero para la época en cuestión la cultura elitista -en su mayoría- formuló un camino a seguir, una línea de estructura mental.

Si bien la identidad cultural del Chile decimonónico se caracterizó por ser un esfuerzo impulsado desde las capas superiores de la sociedad, no deja de tener un inmenso valor. Es cierto que hubo afrancesamiento, europeísmo, plagio y mucha imitación servilista. Pero se formó la base o al menos un discurso, o si se quiere un imaginario-simbólico de ir en busca “de lo propio”; de estudiar las particularidades de la nación, como decía Bello; de crear una literatura nacional, como expuso Lastarria; de forjar un pueblo pensante como anhelaba Bilbao. En definitiva, estos tres intelectuales representan la base del discurso que buscó repensar, replantear, reordenar, y reautoafirmar la identidad cultural de nuestro antiguo Chile.

Este discurso que intentó repensar el Chile decimonónico y propagar una cierta identidad nacional; está inserto claramente en los Anales de la Universidad de Chile. En ellos se refleja la disidencia y dicotomía de propuestas que se manejaron para la construcción identitaria cultural. He ahí el inmenso valor presente en esta antigua revista. Sus páginas revelan el sentir espiritual y cultural para la edificación de una identidad propia y diferente a la de “otros”. Fuente primaria que –en definitiva– devela las disyuntivas y problemáticas político-culturales surgentes en la nación en reciente formación.

## Bibliografía II Capítulo

### **Libros**

- Amunátegui, Miguel Luis, *Archivo epistolar* (Santiago: Prensas de la Universidad de Chile, 1942), Tomo I
- Amunátegui, Domingo, *El progreso intelectual y político de Chile* (Santiago: Editorial Nascimento, 1936)
- Anderson, Benedict, *Comunidades Imaginadas*, (Buenos Aires: Fondo Cultura Económica, 1993)
- Arrate, Jorge y Eduardo Rojas, *Memoria de la Izquierda chilena* (Santiago: Quebecor World Chile, 2003), Tomos I y II
- Bello Andrés, Diego Barros Arana, Juvenal Hernández, Jaime Lavados Montes, *La Universidad de Chile 1842-1992. Cuatro textos de su historia* (Santiago: Editorial Universitaria, 1993)
- Bello, Andrés, *Discurso de instalación de la Universidad de Chile* (Santiago: Imprenta del Estado, 1842)
- Bilbao, Francisco, *La revolución en Chile y los mensajes del proscrito* (Lima: Imprenta del Comercio, 1853)
- Blest Gana, Alberto, *Martín Rivas* (Santiago: Colección Biblioteca de Oro del Estudiante, Editorial Lord Cochrane, Revista VEA, 1987)
- Cabero, Alberto, *Chile y los chilenos* (Santiago: Editorial Lyceum, 1948)
- De la Barra, Eduardo, *Francisco Bilbao. Sociabilidad Chilena* (Valparaíso: El Libro Barato)
- Donoso, Armando, *El pensamiento vivo de Francisco Bilbao* (Santiago: Editorial Nacimiento, 1940)
- Edwards Vives, Alberto, *La fronda aristocrática en Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 2001)
- Fernández Meriggio, Gonzalo, *Francisco Bilbao, héroe romántico de América* (Valparaíso: Casa Editorial de Valparaíso, 1998)
- Figueroa, Pedro Pablo, *Historia de Francisco Bilbao, su vida y sus obras* (Santiago: Imprenta Vicuña Mackena, 1894)
- Fuenzalida Grandón, Alejandro, *Lastarria y su tiempo* (Santiago: Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, 1911), Tomos I y II
- Gazmuri, Cristián, *El 48`chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos* (Santiago: Editorial Universitaria, 1999)
- Gazmuri, Cristián (editor), *La Revolución Francesa y Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 1990)
- Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Editorial Universitaria, 1998)

- Guerrero Yoacham, Cristián (Presidente Comisión), *VII Jornadas Nacionales de cultura. Identidad Nacional* (Santiago: Editorial Universitaria, Universidad de Chile, 1983)
- Huneeus Gana, Jorge, *Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile* (Santiago: Biblioteca de Escritores de Chile, 1910)
- Jaksic, Iván, *Andrés Bello: La pasión por el orden* (Santiago: Editorial Universitaria, 2001)
- Jocelyn-Holt, Alfredo, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica* (Santiago: Editorial Planeta/Ariel, 1999)
- Jocelyn-Holt, Alfredo, *La Independencia de Chile. Tradición, modernización y mito* (Santiago: Editorial Planeta, 2001)
- Jocelyn-Holt, Alfredo, *Historia General de Chile. Tomo I: El retorno de los dioses* (Buenos Aires: Editorial Planeta, 2000) PONER EL TOMO II
- Lastarria, José Victorino, *Discurso de incorporación a la Sociedad de Literatura de Santiago* (Valparaíso: Imprenta de M. Rivadeneyra, 1842)
- Lastarria, José Victorino, *Recuerdos Literarios* (Santiago: Ediciones LOM, 2001)
- Lastarria, José Victorino, *Miscelánea, histórica y literaria* (Valparaíso: Imprenta de la Patria, 1868), Tomos I, II y III
- Lavados Montes, Jaime, *La Universidad de Chile en el desarrollo nacional* (Santiago: Editorial Universitaria, 1993)
- Pinilla, Norberto, *La generación chilena de 1842* (Santiago: Editorial Manuel Barros Borgoña, 1942)
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile. Tomo I: Estado, legitimidad, ciudadanía* (Santiago: LOM ediciones, 1999)
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile. Tomo II: Actores, identidad y movimiento* (Santiago: LOM ediciones, 1999)
- Serrano, Sol, *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX* (Santiago: Editorial Universitaria, 1994)
- Silva Galdames, Óscar (Director Comité Editorial), *Historia de la mentalidades. Homenaje a George DUBY* (Santiago: Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2000)
- Stiven, Ana María, *La seducción de un orden* (Santiago: Ediciones Universidad Católica, 2000)
- Subercaseaux, Bernardo, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 1997), Tomo I
- Villalobos, Sergio, *Origen y ascenso de la burguesía chilena* (Santiago: Editorial Universitaria, 1998)
- Villalobos, Sergio, Portales COMPLETAR
- Zapiola, José, *La Sociedad de la Igualdad y sus enemigos* (Santiago: Biblioteca de Autores Chilenos, 1902)

### **Artículos**

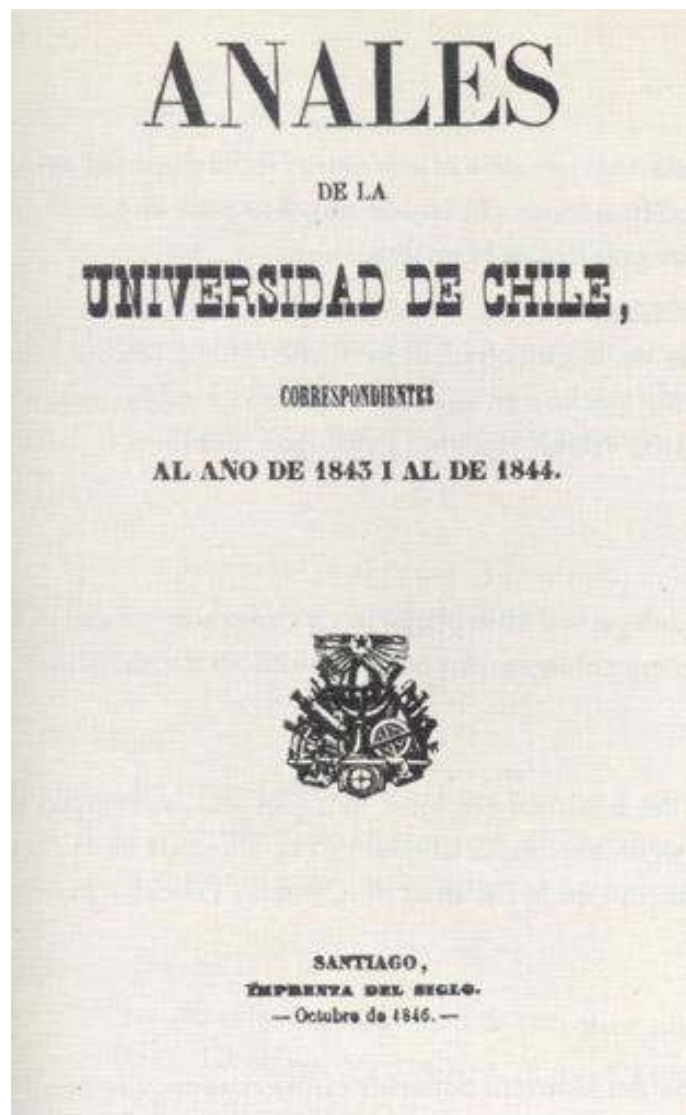
- Fontain Aldunate, Arturo, “Andrés Bello, formador de la opinión pública”, Centro de Estudios Públicos (CEP), N°8, 1982
- Jocelyn-Holt, Alfredo, “El liberalismo moderado chileno, siglo XIX”, Centro de Estudios Públicos (CEP), N°69, 1998
- Larraín, Jorge, “La trayectoria latinoamericana a modernidad”, Centro de Estudios Públicos (CEP), N°66, 1997
- Larraín, Jorge, La identidad latinoamericana: teoría e historia, Centro de Estudios Públicos (CEP), N°55, 1994
- Munich, Susana, “Nietzsche, Latinoamérica y la afirmación de lo propio”, Centro de Estudios Públicos (CEP), N°20, 1985
- Squella, Agustín, “Andrés Bello: ideas sobre el orden y la libertad”, Centro de Estudios Públicos (CEP), N°11, 1983

### **Anales**

- Tocornal A., Manuel, “Memoria sobre el primer gobierno nacional”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), tomo IV, 1847, p.230
- Barros Arana, Diego, “Colección de historiadores de Chile i de documentos relativos a la historia nacional”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), tomo XXII, 1863, p.211

### III Capítulo

## Los Anales históricos, filosófico-educacionales y literarios de la Universidad de Chile; discurso y proyección 1843-1863



---

Primera edición de los Anales

1845



Los Anales históricos, filosófico-educacionales y literarios de la Universidad de Chile;  
discurso y proyección.  
1843-1863

“La creación de los Anales de la Universidad de Chile fue uno de los éxitos más notables de la Universidad. Reunía toda la información disponible en el país sobre materias educacionales y científicas, circuló profusamente dentro y fuera de sus fronteras constituyéndose en un instrumento de la uniformidad del sistema educacional y de la circulación de la creación intelectual nacional”.

Sol Serrano

Los Anales de la Universidad de Chile surgieron como una propuesta de Andrés Bello y los dirigentes de la Universidad con el fin de crear una revista que se consagrara a la difusión de conocimientos y a la producción cultural nacional. Entre sus páginas podemos encontrar ensayos, artículos y memorias de todas las materias y ramos del saber en conjunto con las disposiciones del gobierno y la Universidad.

El primer impulso que nos condujo al estudio de los Anales de la Universidad de Chile, fue justamente a través de la lectura de esta revista perteneciente a la sexta serie del año 1995. En ella aparecen numerosos ensayos acerca de la formación de la Universidad de Chile y su importancia para el desarrollo cultural chileno. Al mismo tiempo, se enfatiza el papel de los Anales como una de las revistas más significativas durante la República del siglo XIX, pues en ella se acuñaron muchos conocimientos literarios, históricos, científicos, geográficos y botánicos que se desarrollaron en el país. Sin embargo, nos pareció que esta revista de tanta importancia merecía un estudio más exhaustivo al que se le había dado hasta ahora; nuestra hipótesis se corroboró al leer la siguiente sugerencia de Jorge Sanhueza<sup>124</sup>.

---

<sup>124</sup> Jorge Sanhueza. Psicólogo de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus áreas de estudio son – fundamentalmente- la psicoterapia humanista, la hipnoterapia y la psicología educacional. Actualmente se desempeña como Decano de la Facultad de Psicología de la Universidad Adolfo Ibáñez Ibáñez.

“Como se aprecia en las contribuciones que recuerdan parte de su historia, esta publicación tuvo carácter emblemático y fue espejo de los desarrollos en ciencia y artes desde su misma fundación. **Está aún por escribirse la historia cultural de la nación chilena a partir de una lectura atenta y razonada de esa insustituible documentación que representa la colección completa de la revista.** Ejercicio que tal vez diera orientaciones para dilemas actuales”<sup>125</sup>.

Durante la investigación intentaremos escribir parte de la historia cultural propuesta por Sanhueza y hacer un exhaustivo estudio de los Anales históricos, filosóficos, educacionales y literarios con el fin de penetrar en la cultura de la época, los desafíos propuestos, los conflictos y las numerosas luchas intelectuales entre las diferentes esferas y perspectivas del conocimiento.

Los Anales de la Universidad de Chile se fundaron en 1844 por el artículo 29 del Reglamento del Consejo Universitario, decretado el 23 de abril. Las materias que registró fueron las disposiciones más importantes que dictara el gobierno y la Universidad con respecto al campo educacional, las memorias destacadas, artículos referentes a la instrucción superior, programas educacionales de la Universidad y una breve historia de los miembros relevantes de la casa matriz. Por lo tanto, es posible suponer que los Anales dieron y dan cuenta del desarrollo de la educación en nuestro país y el consiguiente progreso científico y cultural logrado a través del tiempo. Fue tan elevado el nivel intelectual adquirido, que superó las expectativas que sus creadores tuvieron en un inicio<sup>126</sup>. Esto se reflejó no tan sólo en la creciente demanda interna, sino también en la externa<sup>127</sup>. Numerosos países europeos comenzaron a canjear los Anales por publicaciones nacionales de las respectivas repúblicas, así nuestro país, su progreso intelectual y educacional se daba a conocer en el extranjero y al mismo tiempo las publicaciones foráneas llegaban a engrosar las bibliotecas chilenas<sup>128</sup>. Motivado a este intercambio con el resto del mundo, Chile fue adquiriendo una cierta identidad nacional con respecto a los países foráneos, pues los Anales no sólo daban a conocer la geografía y descubrimientos científicos del país;

---

<sup>125</sup> Jorge Sanhueza, “Los ‘Anales de la Universidad de Chile’ en la Historia”, en *Anales de la Universidad de Chile*, sexta serie, N°1, septiembre, 1995

<sup>126</sup> Andrés Bello fue el principal impulsor de la creación de la revista. Sin embargo, se creó una organización independiente del rector para el manejo y la publicación de los Anales. Su primer director fue Manuel Talavera, en 1858 lo reemplazó Ramón Briceño, quien se mantuvo en el cargo por un largo tiempo, hasta 1892, año en que asume como director de los Anales de la Universidad de Chile Domingo Amunátegui Solar.

<sup>127</sup> Inicialmente la edición de los Anales de la Universidad de Chile contaba con 500 ejemplares, sin embargo producto de la gran demanda, en 1858 aumentó a 800 ejemplares.

<sup>128</sup> En 1852 comenzó el canje de los Anales de la Universidad de Chile gracias a las gestiones de James Gillis con la Universidad de Washington, además se intercambiaron revistas culturales con 772 universidades europeas, 18 en Asia, 7 en África, 7 en Oceanía y 25 en América.

también reflejaban la reciente formación del Estado republicano, la historia particular de la nación y los incipientes sentimientos de nacionalidad.

La importancia de los Anales no radica solamente en su alta calidad de revista cultural y científica, también es imprescindible destacar que las personas que escribieron en ella eran connotadas figuras políticas, intelectuales y poseedoras de un gran bagaje de conocimiento<sup>129</sup>. La revista no era restrictiva para los miembros de la Universidad, fue abierta en recopilar ensayos y documentos de personas extranjeras que pudieran hacer un aporte a cualquier campo del saber<sup>130</sup>.

Los Anales, en su mayoría, reflejan las propuestas de la cultura oficial dirigida por el Estado en conjunto con la Universidad. Sin embargo, existen artículos que también irradian una cierta cultura de oposición a las doctrinas de la cultura oficialista y luchas intelectuales que se dieron dentro de la misma casa educacional. Es justamente esto lo que hace a los Anales una fuente histórica tan valiosa, pues dentro de sus páginas podemos observar nítidamente la progresiva secularización y penetración de ideas liberales que continuamente empapaban a los jóvenes estudiantes. Los Anales, en suma, reflejan el conflicto que se dio durante todo el siglo XIX, la lucha entre la moderación y cambio radical, tradición y reforma, razón y fe, filosofía y catolicismo, plagio y creación propia, etc. Esta revista, en definitiva, es un fiel reflejo de la conflictiva construcción identitaria cultural decimonónica.

Los Anales no han sido lo suficientemente estudiados teniendo en cuenta la riqueza que poseen como documento histórico y cultural de nuestro pasado. Por esto nuestra tarea será hacer, en calidad de ensayo, una investigación que permita penetrar en las ideas propuestas por los diversos intelectuales y consagradas en la revista. Es decir, un intento por reflejar lo más fielmente posible las perspectivas y anhelos culturales de mediados del siglo XIX. El marco temporal utilizado se prolonga desde 1843, año de fundación de la Universidad de Chile hasta 1863, año en que ya se encuentra en el poder la fusión libera-conservadora. Durante estos 20 años las discusiones y luchas por forjar una cultura propia, una suerte de identidad nacional cultural, es inmensamente llamativa; puesto que las tradiciones de la

---

<sup>129</sup> Dentro de las figuras más importantes que escribieron en los Anales durante mediados del siglo XIX destacan Andrés Bello, José Victorino Lastarria, Miguel Luis Amunátegui, Manuel Montt, Benjamín Vicuña Mackena, José Toribio Medina, entre otros.

<sup>130</sup> Es el caso de Ignacio Domeyko, Justo Florian Lobeck, Jean Gustave Courcelle-Seneuil, entre otros. La mayoría de estos personajes no sólo escribieron en los Anales, también fueron profesores de la Universidad y/o se dedicaron a la investigación científica o intelectual del territorio y la historia chilena.

colonia aún persistían fuertemente en nuestro territorio en conjunto con incipientes ideas modernas provenientes de Europa. El choque entre estos dos fenómenos se hace sentir fuertemente en el ámbito cultural y los Anales son un fiel reflejo de esta continua y constante lucha intelectual. Sin pretender ser exhaustivos, la investigación posee numerosas citas, pues es la única forma de dar a conocer el real valor de la revista estudiada.

Los Anales, por lo tanto, constituyen una rica fuente para la discusión y reinterpretación de la evolución del conocimiento decimonónico. Según nuestra hipótesis, la revista logró reflejar gran parte de la identidad cultural nacional que pretendía inculcar la elite político-intelectual en el país en gestación. Esta lógica identitaria se basó en el seguimiento del orden, el progreso y la ilustración europea; en conjunto con valores del propio territorio chileno y su tradición histórica. De ambas partes se forma una síntesis, aunque veremos no bien lograda, en constante evolución y movimiento. Es este proceso el cual pretendemos estudiar a través de una relectura de los Anales históricos, filosóficos-educacionales y literarios de la Universidad de Chile. La finalidad, entonces, será proponer una visión de la historia cultural de nuestro país durante el siglo XIX, basada en esta revista que prolonga su edición hasta el día de hoy.

## Anales históricos

### Surgimiento de una visión historiográfica contrapuesta: Cosmovisión del pasado, presente y futuro

Siempre se ha dicho que nuestro país es una nación de historiadores. La historia se ha caracterizado, desde nuestra Independencia, por tener un poder formidable en cuanto a consensos sobre la línea política, intelectual, económica y social que ha trazado Chile y los desafíos que pretende impulsar. Sin embargo, bajo este consenso se encuentran debates historiográficos importantes que han puesto una base de cuestionamientos sobre las distintas percepciones y visiones de la historia. La discusión se centra entre los saberes oficiales y no oficiales; siendo los primeros los que han primado durante el siglo XIX y gran parte del XX<sup>131</sup>. Nuestra hipótesis, trazada al inicio del segundo capítulo, plantea que tanto la Universidad de Chile como la educación y cultura impulsada por el Estado promovieron gran parte de la intelectualidad chilena y dieron un gran impulso a la formación de un vasto contingente de hombres preocupados por la creación literaria, histórica, filosófica, etc., que intentaron formular una cultura nacional. Sin embargo, por otra parte, también se encuentra una minoría que rechazó o por lo menos no compartió las concepciones entregadas por el Estado y la Universidad. Son aquellos que inspirados por los ideales de la Revolución Francesa aspiraban a una mayor igualdad y enfatizaron la libertad individual, en conjunto con una mejoría de los derechos civiles y privados. Aborrecieron el autoritarismo implantado en Chile por Portales y el excesivo clericalismo que impregnó todas las costumbres y la sociabilidad. En fin, volvemos a postular que en Chile sí existió un componente cultural independiente del Estado y en contraposición a las doctrinas de la Universidad, es decir, al saber oficial. Este componente queda en clara desventaja si trazamos una línea cultural durante todo el siglo XIX, pero ayuda a formular la teoría que no sólo el Estado imponía los saberes en esta nación recién constituida como tal. Es esta pugna de saberes lo que generó múltiples discusiones, muchas no acabadas ni resueltas; una clara representación de la identidad cultural chilena decimonónica, imbuida de contradicciones y visiones contrapuestas.

---

<sup>131</sup>Para profundizar en los conceptos de saber oficial y no oficial, véase Richard, Nelly, *Residuos y metáforas* (Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2001). Aunque su análisis se centra en el período que siguió al golpe militar, su libro ayuda a entender esta conceptualización y el poder que tienen en “las periferias” los saberes no oficiales, a pesar que dentro de las Universidades -entendidas como un poder oficial-, se postulan cuestionamientos y percepciones diferentes, intentando absorber y consensuar la cultura-nación.

No estamos hablando de la clásica división política entre liberales y conservadores. Lo que pretendemos demostrar va más allá; trata sobre las distintas concepciones de mundo que se comenzaron a inculcar, desde fines de la Colonia, y continuaron chocando fuertemente después de la Independencia y durante los gobiernos conservadores. La historia es una de las ramas del conocimiento que más nos devela estas luchas culturales entre los saberes oficiales y no oficiales. Bajo la forma de percibirla se encuentran distintas visiones acerca del pasado, presente y futuro; en conjunto con las diferentes percepciones del desarrollo de las sociedades y de toda la humanidad.

El debate historiográfico entre Lastarria y Bello ha sido trabajado por numerosos historiadores<sup>132</sup>. Nosotros intentaremos no repetir, en lo posible, este ejercicio. Pretendemos ir a las fuentes primarias del asunto y trabajarlas con el fin de analizar con el documento mismo las distintas versiones que se tenían sobre la historia. Nuestra fuente principal serán los Anales de la Universidad de Chile, pues en esta revista se concentraron numerosas memorias históricas del pasado nacional debido al interés de los rectores universitarios por crear un vasto saber acerca del tema y comenzar a reformular una historia nacional con un análisis y pensamientos propios, independientes de los que poseía la monarquía española. La historia se debía hacer y rehacer con una visión nueva de Chile; como un país autónomo que debía necesariamente recoger su pasado y presente con el fin de trazar los lineamientos seguidos por la sociedad que en algunos casos pudieran dar lecciones para el futuro. El pasado y su recolección, por lo tanto, se volvieron una tarea fundamental para los intelectuales decimonónicos, pues “el individuo o pueblo que no conozca su vida anterior, no puede tampoco formarse idea clara ni del fin a que debe aspirar, ni de los medios de que debe valerse para conseguirlo”<sup>133</sup>.

A pesar que el movimiento de la Ilustración estaba extendido en gran parte de Europa y América para mediados del siglo XIX, sus primicias sobre la importancia de la razón y la capacidad del hombre para trazar su destino se impregnaron en la mente de una minoría intelectual. Seguía primando la

---

<sup>132</sup> Entre los autores más importantes se encuentran Alejandro Fuenzalida Grandón, Guillermo Feliú Cruz, Bernardo Subercaseaux, Ana María Stiven, Iván Jáksic y Allan Woll.

<sup>133</sup> “El porvenir, en el individuo como en la humanidad, no es una cosa aislada: él está en una relación íntima con el pasado, de tal modo, que **el individuo o el pueblo que no conozca su vida anterior, no puede tampoco formarse idea clara ni del fin a que debe aspirar, ni de los medios de que debe valerse para conseguirlo**. El estudio del pasado, hé aquí, pues, el medio único que tiene el hombre para dirigir con acierto sus pasos”. Vargas Fontecilla, Francisco, “Discurso de recepción pronunciado ante la Facultad de Humanidades. Importancia del estudio de la historia y modo de hacerlo”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), 1852, p.355. El subrayado en nuestro.

concepción histórica sobre el destino del hombre trazado por la Providencia divina. Esta visión de mundo postula que la historia de la humanidad comienza con el “drama” de la caída del hombre desde el paraíso a la tierra, producto de su pecado original. Durante su vida, por lo tanto, el hombre debe intentar redimir sus falencias a través de las buenas acciones y la oración con el fin de llegar a la salvación. Por lo tanto, es una mirada del tiempo a través de una línea recta ascendente en donde el hombre busca el camino hacia Dios, siendo éste la razón última. El destino del hombre está trazado por un ser superior y su libertad se reduce a asegurar las acciones y virtudes que lo puedan llevar a la perfección. Por otra parte, -con el advenimiento de la Ilustración- se cuestionó la profunda injerencia que tenía la Providencia en el destino del hombre. La primicia básica se basó en la razón humana como independiente y autónoma, capaz de entregar al hombre libertad en sus acciones y conocimientos. Es decir, el destino, estaba en manos del mismo hombre, más que en un ser sobrenatural. Tanto Voltaire, como Spengler, Toynbee, Michelet y Comte se sumaron a esta postura. Para ellos la historia se producía por el encadenamiento de las pasiones irracionales humanas sin una intervención mayor de la Divinidad. Junto con dotar al hombre de una mayor libertad en aras de la razón, los nuevos pensadores ilustrados comenzaron a producir dos corrientes distintas acerca del modo de escritura de la historia. Esta separación se dio con más énfasis en la Francia postrevolucionaria. Por una parte se encontraba la corriente filosófica, inspirada en el idealismo metafísico y la fe en el progreso ascendente de la humanidad a través del choque y posterior síntesis de las ideas; teoría inspirada en la filosofía hegeliana. Su objeto de estudio son las causas y efectos de los hechos del pasado, más que los hechos en sí mismos. Se preocupa de analizar, juzgar y criticar la historia con el fin de acceder al conocimiento de lecciones presentes para el futuro. Examinan las pasiones humanas que han desencadenado en distintos hechos. Una de las obras más importantes del país galo que siguió esta corriente historiográfica es la de Michelet acerca de la historia moderna. Por otra parte, se encontraban los pensadores que inspirados en la corriente erudita metódica y en un empirismo, postulaban que la historia solamente debe encargarse de narrar los hechos en sí mismos. Los juicios acerca del pasado los debe hacer la conciencia de cada lector, pero no el historiador. Su objetivo primordial es rescatar la mayor cantidad de hechos en base a documentos y fuentes oficiales, con el fin de no permitir la tergiversación de la verdad. Para Subercaseaux se tratan de dos corrientes contrapuestas con una vinculación política de distinta índole. La primera es partidaria de una burguesía liberal y democratizante; en cambio la segunda, es seguidora de la aristocracia y los partidos del Antiguo

Régimen. Por lo tanto, no sólo se trata de una diferencia a la hora de escribir la historia, son concepciones de mundo distintas y una visión diferente acerca del pasado, presente y futuro.

“Ambas concepciones implican metodologías y formas expositivas diferentes. Para los historiadores filosóficos la historia debe servir de guía, juzgar, orientar y explicar los caminos a seguir; se trata de fabricar una imagen del pasado que sea útil al porvenir, lo que requiere un historiador parcial, que manifieste abiertamente sus preferencias. Para los partidarios de la corriente narrativa, en cambio, la historia debe mostrar el pasado al modo de una crónica detallada y objetiva, para que así los lectores deduzcan por sí mismos las enseñanzas que ésta contiene. Mientras la historia filosófica es selectiva y recoge sólo los hechos que son relevantes para su enfoque, la corriente narrativa trata de agotar la totalidad de lo ocurrido en una época determinada, prestando entonces mayor atención al detalle, a la erudición y a los documentos originales. Desde el punto de vista expositivo, mientras una tiende a las grandes generalizaciones, a la síntesis y a la coloración filosófica, la otra se inclina por un estilo sobrio y templado, por una narración completa, abundante en páginas y pormenores”<sup>134</sup>.

Se trata de una contraposición entre un historiador como juez crítico y uno como narrador erudito; una historia preocupada de las abstracciones filosóficas y otra como crónica minuciosa detallista; en fin, la escritura de un pasado analítico o de hechos.

Estas corrientes historiográficas lógicamente también tuvieron repercusión en la América Hispana, y por sobretodo en un país como Chile que estaba sumamente interesado en fundar una historiografía nacional. Por esto los concursos históricos de la Universidad de Chile publicados en los Anales son extremadamente lúcidos cuando se trata de identificar a estas dos corrientes. Se revela -en el fondo- una lucha entre la tradición y un progreso liberal más radical. Los primeros representados por Bello y sus seguidores, en cuanto a escritura histórica se refiere, como Gay, los hermanos Amunátegui, Barros Arana, etc. Por otra parte, encontramos a aquellos intelectuales que pretenden analizar y juzgar la historia con el fin de no volver a cometer los mismos errores del pasado. Su líder es Lastarria, seguido por Chacón, Bilbao y, en algún grado, Santa María, entre otros.

---

<sup>134</sup> Subercaseaux, Op.Cit., p.67.



La primera memoria histórica presentada a la Universidad fue por Lastarria, elegido por Bello para realizar tan importante tarea. *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile* (1844), fue la memoria que tanto molestó a las autoridades de la Universidad. En ésta Lastarria se avoca a la escritura de una historia filosófica y explica los numerosos prejuicios que trajo a América el gobierno y las costumbres españolas. Con respecto a la escritura histórica planteaba que la historia es una experiencia para las sociedades, experiencia del progreso y del pasado común, que por ende, deja tareas y lecciones para el futuro. Si no se entiende el gran significado de la historia como el conjunto de experiencias, sensaciones y proyecciones, su utilidad se reduce a un grado ínfimo.

“La historia es para los pueblos lo que es para el hombre su experiencia particular: tal como este prosigue su carrera de perfección, apelando siempre a sus recuerdos, a las verdades que le a echo concebir su propia sensibilidad, a las observaciones que le sugieren los ecos que le rodean desde su infancia, **la sociedad debe igualmente en las diversas épocas de su vida, acudir a la historia, en que se alla consignada la experiencia de todo género humano, a ese gran espejo de los tiempos, para iluminarse en sus reflejos**”<sup>135</sup>.

Para Lastarria, la historia es un *espejo de todos los tiempos*, el cual necesariamente debe entregar las lecciones sobre el pasado y el aprendizaje futuro. Es, por lo tanto, una experiencia sensible tanto del hombre como de la sociedad, por lo cual su escritura se vuelve imprescindible. Sin embargo, su escritura no debe desencadenar en un sin fin de hechos sin ningún encadenamiento lógico. Para el intelectual *la historia es el oráculo de Dios* que asegura un porvenir venturoso y si sólo se reduce a la mera exposición de hechos las sociedades no estarían en posesión de la gran fuente histórica que dicta los pasos a seguir en todas las materias de la vida social. En palabras del intelectual, *el corazón se comprime y desemboca en un cuadro de miserias y desastres*.

“La **historia es el oráculo de Dios** que se vale para **revelar su sabiduría al mundo**; para aconsejar a los pueblos i **enseñarlos** a procurarse un **porvenir venturoso**. Si solo la consideráis como un **simple testimonio de los ecos pasados**, se comprime el corazón i el **excepticismo llega a**

---

<sup>135</sup> Lastarria, José victorino “Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), 1844, p.200. El subrayado es nuestro.

**preocupar la mente, porque no se divisa entonces mas que un cuadro de miserias y desastres...**<sup>136</sup>.

Su base para postular la creación de una historia filosófica se encuentra en la concepción de la libertad humana y la capacidad analítica y racional del hombre para adueñarse de su pasado y futuro. Para Lastarria el hombre es independiente, libre y dueño de su destino; por lo tanto sus desgracias y felicidades dependen exclusivamente de sus acciones y voluntad, no de la Divina Providencia. Es más, justamente Dios puso en el hombre el libre albedrío y la capacidad de éste de moverse en una constante actividad, que para Lastarria, *no debe terminar jamás*.

“Dios a establecido al **ombre** como una **divinidad en la tierra**, puso en él un **principio de actividad personal** i por efecto mismo de sus necesidades físicas i morales, le **imprimió un movimiento que no debe terminar jamás**”<sup>137</sup>.

El hombre debe utilizar este movimiento entregado por la divinidad en provecho de sus necesidades y felicidad. La humanidad debe tener conciencia de sus virtudes y una de las más importantes es el saberse libre y dueño de sus propias acciones. El hombre no debe creer que está predestinado por un ser sobrenatural y quedarse inerte y pasivo frente a los avatares de la vida. Todo lo contrario, las sociedades deben aprender del pasado, de su historia, y procurar siempre la felicidad del pueblo, pero a través del trabajo, de acciones, de la actividad. La inercia es una característica de los seres que no tienen conciencia de su propia vida ni de la progresiva perfección a la cual pueden acceder, pero el hombre sí la tiene y por eso debe luchar.

“Pensar qe las **sociedades humanas** debieran **entregarse pasivas a una lei** que caprichosamente las extingue o engandece, **sin qe ellas puedan influir** en manera alguna en su bienestar o en su desgracia, es tan **absurdo y peligroso** como establecer qe el **ombre debe encomendarse a otro poder** qe no sea el que le a dado la naturaleza para labrarse su felicidad, i qe por **someterse al órden fatal de su destino, debe encadenar en la inercia sus facultades activas**”<sup>138</sup>.

---

<sup>136</sup> Lastarria, *Anales* (H), 1844, p.203

<sup>137</sup> Lastarria, *Anales* (H), 1844, p.202

<sup>138</sup> Lastarria, *Anales* (H), 1844, p.202. El subrayado es nuestro.

La sociedad, para Lastarria, *posee pues esa soberanía de juicio y de voluntad* que constituye en el *individuo la capacidad de obrar su propio bien y engrandecimiento*, mientras que no ofenda a la justicia<sup>139</sup>. El engrandecimiento de la sociedad sólo podrá obrar si la misma sociedad tiene conciencia de sus falencias y virtudes; de sus defectos e integridades. Esta conciencia la entrega el espejo de la historia y en su escritura, por lo tanto, se debe analizar todas las causas y consecuencias. Si la historia fuera una mera visión cronológica del pasado, ¿Cómo las sociedades podrían darse cuenta de sus errores?, ¿Dónde estaría el juicio crítico que llevaría a la perfección?, ¿Cómo las futuras generaciones comprenderían las equivocaciones y aciertos de sus antecesores? La historia, pues, es una herramienta fundamental para acceder al mejoramiento de la vida en comunidad y a la moralidad y virtud del hombre en sociedad; pero si se sucumbe a una narración superficial, la humanidad viviría repitiendo las mismas injusticias de antaño. Cuando las sociedades creen en la fatalidad y no tienen conciencia de su propia libertad de acción, la historia misma de esa sociedad va a estar contagiada de miserias y desastres.

“¿Cuál sería la suerte de las naciones si se entregaran ciegas en los brazos de la **fatalidad**, sin curarse de preparar el desarrollo de las leyes morales que encaminan irresistiblemente a su ventura! Su existencia **carecería entonces de unidad**, no sería otra cosa que una sucesión de **echos aislados**, cuyos antecedentes no entrarían a formar la conciencia de su verdadera posición ni valdrían para **presagiar lo futuro**, porque no se se concebiría su **enlace natural y necesario**...”<sup>140</sup>.

La fatalidad para Lastarria es una mera superstición que existe sólo en las sociedades ignorantes y poco civilizadas. Es una concepción simplista sin análisis ni destreza mental, incapacitada de fomentar y formar una unidad de pensamiento y un *enlace natural y necesario* de la historia de la humanidad. Esta noción, para el intelectual, es excitada por un filósofo alemán, Herder; quién da muy pocos espacios para el desenvolvimiento del hombre en la tierra y le designa excesiva influencia a la Divinidad dentro de la historia y las transformaciones de las sociedades. Por lo tanto, el hombre tiene restricciones de un ser superior y su vida y destino están en manos de la Providencia. Herder también influenció la mente filosófica de Bello, pero éste lo entendió de una manera diferente a la de su discípulo, pues para el venezolano el filósofo europeo entregó una de las más exitosas maneras y raciocinios de entender la historia. El alemán le concedía gran importancia a Dios en el destino de las sociedades, al igual como

---

<sup>139</sup> Lastarria, *Anales* (H), 1844, p.202. El subrayado es nuestro.

<sup>140</sup> Lastarria, *Anales* (H), 1844, p.200. El subrayado es nuestro.

lo creía Bello y, por otra parte, se basaba en un método empírico de investigación histórica, en el cual postulaba que los hechos eran la base para la realización de una correcta historiografía. Estos dos puntos fueron para Bello los cimientos que trazaron su concepción de la historia y los va a defender arduamente, pues cree que el historiador no puede entregar juicios ni críticas del pasado en pos de escribir una historia imparcial, políticamente neutral y orientada básicamente a la investigación de hechos en documentos oficiales. Su propósito principal era evitar la politización del pasado e impedir que la historiografía no sirviese a propósitos ideológicos.

“Quinet and Lastarria interpreted the original work somewhat differently, as each chose to resolve a tension in Herder’s thought in his own manner. In the original work there seemed to be a question of the limits of man’s freedom. In one sense, Herder reacted against current Enlightenment thought and returned to a providential scheme of man’s history. He noted that a “wise Goodness disposes the Fate of Mankind (and) therefore there is no nobler Merit no purer and more durable Happiness than to cooperate in its designs. In this scheme, in which God revealed himself in the laws of nature, man is but a small part of the whole. Thus a sense of fatality pervaded part of Herder’s work. Indeed, Andres Bello, Lastarria’s adversary, confessed that Herder had given history all its dignity by discovering the designs of Providence”<sup>141</sup>.

Para Allan Woll el pensamiento de Herder posee ciertas concepciones fatalistas al otorgarle excesiva injerencia en la vida y destino de la humanidad a la sagrada Providencia. Es por esto que Lastarria consideró la filosofía de Herder poco ilustrada en cuanto a la libertad y expresión de la razón humana. Sin embargo, para el rector de la Universidad el pensamiento herdereano es uno de los que han servido más útilmente a la humanidad, pues él le ha dado toda su dignidad a la historia. Esta dignidad está basada, como dijimos anteriormente, en los dos pilares fundamentales: la importancia de Dios en la evolución de la humanidad y la alta jerarquía que deben tener los hechos cuando se trata de la escritura

---

<sup>141</sup> Woll, Allen, *A Functional Past. The Uses of History in Nineteenth Century Chile* (Louisiana: Baton Rouge State University Press, 1982), p.42. Traducción libre del autor: “Quinet y Lastarria interpretaron el trabajo original de manera algo diferente, puesto que cada cual eligió resolver una tensión en el pensamiento de Herder a su propio modo. En el trabajo original parecía existir un interrogante respecto de los límites de la libertad del hombre. En un sentido, Herder reaccionó en contra del pensamiento ilustrado actual y volvió a un esquema providencial de la historia del hombre. El hizo notar que “una sabia Bondad dispone el Destino de la humanidad (y) por lo tanto no existe Mérito más noble, puro ni Felicidad más durable que cooperar con sus designios. Bajo este esquema, en el que Dios se revela a sí mismo a través de las leyes de la naturaleza, el hombre no es más que una pequeña parte del todo. De este modo un cierto sentido de fatalidad domina parte del trabajo de Herder. En efecto, Andrés Bello, adversario de Lastarria, confesó que Herder le había dado a la historia toda su dignidad al descubrir los designios de la Providencia”.

histórica. Esta concepción la da entender muy temprano, ya en su discurso inaugural de la Universidad dice lo siguiente:

“Respetando como respeto, las opiniones ajenas y reservándome sólo el derecho de discutir las confieso que tan poco propio me parecería para alimentar el entendimiento, para educarle y acostumbrarle a pensar por sí, el atenernos a las conclusiones morales y políticas de Herder, por ejemplo, sin el estudio de la historia antigua y moderna, como el adoptar los teoremas de Euclides sin el previo trabajo intelectual de la demostración. **Yo miro, señores, a Herder como uno de los escritores que han servido más útilmente a la humanidad: él ha dado toda su dignidad a la historia, desarrollando en ella los designios de la Providencia, y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la Tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina sino por medio de previos estudios históricos.** Sustituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grandes pueblos y de los grandes hombre; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos; sería quitar a la experiencia del género humano el saludable poderío de sus avisos, en la edad, cabalmente que es más susceptible de impresiones durables; sería quitar al poeta una inagotable mina de imágenes y de colores. Y lo que digo de la historia me parece que debemos aplicarlos a todos los ramos del saber. Se impone de este modo al entendimiento la necesidad de largos, es verdad, pero agradables estudios. **Porque nada hace más desabrida la enseñanza que las abstracciones y nada la hace más fácil y amena sino el proceder, que, amoblando la memoria, ejercita al mismo tiempo, al entendimiento y exalta la imaginación.** El raciocinio debe engendrar al teorema, los ejemplos gravan profundamente las lecciones”<sup>142</sup>.

Bello sintió profunda admiración por Herder, pues además de entregarle a la Providencia los designios de la humanidad, creyó firmemente en la importancia del estudio serio y concienzudo de los hechos. Para el venezolano la historia postulada por Lastarria es una aberración para la enseñanza intelectual, pues las abstracciones filosóficas no son más que lucubraciones ideológicas y politizadas de cada historiador que no entregan una escritura imparcial de la historia y por lo tanto la verdad se tergiversa. Sin embargo, para el literato liberal no sólo es válido razonar sobre la base de generalizaciones

---

<sup>142</sup> Bello, Andrés, “Discurso Inaugural Universidad de Chile”, p. 34

históricas, es además una necesidad y un deber del historiador entregar las lecciones del pasado y estas enseñanzas sólo pueden entenderse, descubrirse y comprenderse si se opta por un método filosófico historiográfico. El sencillo encadenamiento de hechos es simplemente un relato que ejercita la memoria, pero no un ejercicio intelectual razonado que ayuda al conocimiento profundo de las sociedades, sus acciones, deseos, errores, valores, virtudes, males, etc., el conocimiento, en fin, de su historia. El hombre posee la capacidad de estudiar su pasado, es el único ser que está dotado de razón y libertad para -a través de su voluntad- poder llegar al camino de la perfección. Por esto Lastarria aseguró que el rector estaba errado al considerar a Herder como uno de los filósofos que le *ha dado a la historia toda su dignidad*<sup>143</sup>. El hombre, en consecuencia, posee tanto independencia de pensamiento como de actos y es por esto que darle demasiada injerencia a la Divinidad en la vida del hombre es un mero fatalismo que para Lastarria representa la mentalidad colonial y por lo tanto se debe obviar.

“Más el error en que se funda este raciocinio (fatalismo), al parecer tan lógico, se descubre cuando nos elevamos a contemplar la **alteza de la humanidad**, cuando nos fijamos en esa **libertad de acción** de que la a dotado su creador. La sucesión de causas i efectos morales que constituyen el **gran código** a que el jénero umano está sometido por su propia naturaleza, **no es tan estrictamente fatal**, que se opere sin participación alguna del ombre; antes bien la acción de esas causas es enteramente nula **si el ombre no la promueve con sus actos**. Tiene este una parte tan efectiva en su destino, que ni su ventura ni su desgracia, son en la mayor parte de los casos otra cosa que un resultado necesario de sus **operaciones, es decir, de su libertad**. El ombre piensa con **independencia** i sus concepciones son siempre el origen i fundamento de **su voluntad**, de manera que sus actos espontáneos no acen más que promover i apresurar el desarrollo de las causas naturales que an de producir su **felicidad i perfección o su completa decadencia**”<sup>144</sup>.

---

<sup>143</sup> Lastarria, *Anales* (H), 1844, p.170. El subrayado es nuestro. “Nosotros, que no aceptábamos la teoría de Herder, ni otra alguna que estuviera basada en la suposición de una evolución fatal y necesaria de la humanidad, sin participación alguna de la libertad del hombre, **no conveníamos con el rector en que Herder hubiese dado a la historia toda su dignidad**, desenvolviendo en ella los designios de la Providencia; pues no creíamos que la especie humana sobre la tierra estuviese condenada por la Divinidad a realizar cierto destino independientemente de su propia actividad y libertad. Pero le sosteníamos, además de la necesidad del estudio de la filosofía de la historia, la posibilidad de escribir filosóficamente la historia particular o de la época de un pueblo determinado, o la de cualquiera de sus fases sociales”.

<sup>144</sup> Lastarria, *Anales* (H), 1844, p.201

Para Lastarria el hombre es el único capaz de trazar el desarrollo de su historia y esto se entiende también para las sociedades. En consecuencia, el historiador debe consignar todos los raciocinios que llevaron a los hombres a un determinado suceso y debe necesariamente analizar sus causas y consecuencias con el fin de intentar una suerte de imitación si las lecciones fueron fructíferas y dieron felicidad al pueblo; o, por el contrario, no volver a ponerlas en práctica en caso que las lecciones hayan traído miserias e injusticias. En el transcurso de esta experiencia histórica es dónde se van acumulando diversas enseñanzas y deberes; para Lastarria una de las más importantes fuentes que da luz al conocimiento de esta experiencia es la historia.

“...pero esta misma consideración nos convence precisamente de la **necesidad premiosa que la sociedad tiene de tomar a su cargo su conservación i desarrollo**, valiéndose no sólo de sus propios elementos, sino de las **lecciones que la experiencia subministre**, estudiando a la humanidad en sus virtudes y en sus aberraciones i vicios para **sacar de su mismo estudio el preservativo del mal o a lo menos la manera de neutralizar su acción**. **¿I a dónde se alla esta experiencia de las sociedades; en dónde están consignados sus preceptos sino en la historia...**”<sup>145</sup>.

Las sociedades, por ende, tienen la capacidad de *tomar a cargo su conservación y desarrollo* en base a las *lecciones que la experiencia les subministre*. Las prácticas societales ya sean virtuosas o deficientes quedan conservadas en los libros y ensayos históricos. Pero éstos deben ser escritos con un estudio filosófico, racional, en donde se encuentren análisis del pasado, críticas y juicios que permitan evaluar la historia de un determinado grupo humano. Así, y sólo así, se puede acceder a la historia como un *precioso depósito de la experiencia*.

Bello, por el contrario, no cree en la historia como el *preservativo de la desgracia y la luz que debe guiar a las sociedades en las tinieblas del futuro*. Más bien recurre a la historia netamente como una de las mejores herramientas de conocimiento de los pueblos y grupos humanos, pero no como un instrumento que deba dar luces para las acciones posteriores. Bello basó su teoría en los intelectuales europeos cercanos al empirismo y a la comprobación exacta, metódica y garantizada de la escritura histórica<sup>146</sup>. Los juicios, por lo tanto, no tienen cabida en esta historia metódica, pues los consideró

---

<sup>145</sup> Lastarria, *Anales* (H), 1844, p.203. El subrayado es nuestro

<sup>146</sup> Bello en su famoso artículo *Modo de escribir la historia*, cita en el comienzo a algunos filósofos que postulaban el método narrativo como más acorde para escribir y pensar la historia. Entre ellos se encuentran Thierry, Sismondi,

como lucubraciones y pensamientos propios del historiador a modo de una interpretación personal de la historia; imposibles de comprobar y verificar. Para el venezolano lo más importante era la escritura de los hechos. Luego, cada individuo puede extraer su opinión personal del asunto, pero sin que ellas estén consignadas en los libros de las ciencias históricas; puesto que en ellos sólo se deben extraer verdades demostrables.

“Así es como concibe la filosofía de la historia el filósofo que mejor ha inculcado su importancia, sus elementos y su alcance. Ella es, según él, la filosofía del espíritu humano aplicada a la historia; supone por tanto **la historia; y de tal modo la supone, que debe ser comprobada, garantizada por ella, para que estemos seguros de que es la expresión exacta de la naturaleza humana, y no de un sistema falaz que impuesto a la historia, la adultere. Esta filosofía debe estudiarlo todo;** debe examinar el espíritu de un pueblo en su clima, en sus leyes, en su religión, en su industria, en sus producciones artísticas, en sus guerras, en sus letras y ciencias; ¿y cómo pudiera hacerlo si la historia no desplegase ante ella todos los hechos de ese pueblo, todas las formas que sucesivamente ha tomado en cada una de las funciones de la vida intelectual y moral? Veamos de qué modo figura Víctor Cousin este vasto y grandioso trabajo; y **dígase si es posible comprenderlo sin una exposición completa de los hechos, que es la materia en que trabaja el filósofo**”<sup>147</sup>.

La historia al ser *comprobada y garantizada* es capaz de entregar la *expresión exacta de la naturaleza humana* y no una adulteración. El error en que caen los filósofos de la historia, para Bello, es que con sus juicios y críticas pueden tergiversar el conocimiento del pasado y volver subjetivo una comprensión que necesariamente debe ser objetiva. Es por esta razón que se adhiere a la concepción de aquellos “historiadores de hechos”, quienes tienen la primicia de reunir la mayor cantidad de sucesos, verificar su veracidad, exponerlos en forma cronológica y metódica. Esta es la mejor forma de realización historiográfica para Bello. Así el historiador se debe dedicar a *referir más que a disertar*, a narrar más que a analizar, a relatar ordenadamente más que a criticar. Sólo así se puede llegar a una escritura histórica imparcial, ordenada, sistemática y que cumple con todos los objetivos para el correcto conocimiento del pasado humano.

---

Barante, ciertos historiadores clásicos y Carlos du Rozoir, de quien provienen las primeras frases de su artículo: “No hay peor guía en la historia que aquella filosofía sistemática que no ve las cosas como son, sino como concuerdan con su sistema. En cuanto a los de esta escuela, exclamaré como Juan Jacobo Rousseau: ¡Hechos! ¡Hechos!”. Bello, Andrés, “Modo de escribir la historia” en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, p.1

<sup>147</sup> Bello, Op. Cit., p.5. El subrayado es nuestro.



“En cuanto a la relación, **he adherido cuanto me ha sido posible al lenguaje de los historiadores antiguos, contemporáneos de los hechos o cercanos a ellos**. Cuando me he visto precisado a suplir su insuficiencia por consideraciones generales, he tratado de autorizarlas reproduciendo los **rasgos originales que me habían conducido a ellas por inducción**. En fin, **he conservado siempre la forma narrativa**, para que el lector no pasase súbitamente de una relación antigua a un comentario moderno, y para que la obra no presentase las **disonancias que resultarían de fragmentos de crónicas**, entreverados de disertaciones. Por otra parte, he creído que **aplicándome más a referir que a disertar, aun en la exposición de los hechos y resultados generales**, podría dar una especie de vida histórica a las masas de hombres como a los personajes individuales, y que de esta manera en el destino político de las naciones hallaríamos algo de aquel interés humano que inspira involuntariamente los pormenores ingenuos de las vicisitudes de la fortuna y las aventuras de un solo hombre”<sup>148</sup>.

Para Lastarria el método histórico propuesto por Bello representó un procedimiento simplista, cómodo y que no requiere de una mayor habilidad mental. Método que corresponde al pasado y que por lo tanto las sociedades civilizadas y cultas debieran omitirlo y optar por las filosofías de la historia que si bien son más complejas, hacen que el hombre desarrolle con más sensibilidad su pensamiento e ideas acerca del pasado de su nación o del resto de los países. Sólo a través del camino filosófico las sociedades podrán continuar su desarrollo en aras de la modernidad y civilización, de lo contrario se quedarán estancadas en la “edad antigua”. Sólo así podrán acercarse al camino de la perfección y felicidad, pues tienen una fuente escrita que les permite conocer los errores del pasado y también sus virtudes, para no volver a repetir los primeros y renovar los segundos. Bajo esta perspectiva, *el progreso de la civilización a de aproximar un tiempo feliz en que esos errores degradantes no figuren en el catálogo de los actos de ningún pueblo culto*. De lo contrario, si los sucesos llenos de desgracias se vuelven a repetir en las sociedades sería mayoritariamente por falta de virtudes y, al mismo tiempo, de la carencia de una elevada conciencia histórica que permita el correcto desenvolvimiento de las lecciones y enseñanzas que se obtienen del pasado. El juicio, la crítica y el análisis –bajo la visión lastarriana- son necesarios e imprescindibles en la historiografía, sólo así se llegará al cabal conocimiento de tiempos pretéritos.

---

<sup>148</sup> Bello, Op. Cit., p.2. El subrayado es nuestro

“Creo cordialmente que si los que aman a su patria i desean de veras su ventura **contarán como parte esencial de sus conocimientos en las ciencias sociales el filosófico de la historia**, no cometerían jamás **aquellos errores que detienen la marcha** de las sociedades i las acen retroceder muchas veces, porque o bien son la **repetición de una causa** que en épocas anteriores se a desenvuelto de un modo funesto i lamentable, o bien son propiamente el **eco de preocupaciones que si ubieran sido conocidas en su origen i naturaleza debieran estar ya aniquiladas** i tildadas con la infamia de aquellas que se consideran como vergonzosas a la humanidad. Tengo arraigada en mi corazón la esperanza de que **el progreso de la civilización a de aproximar un tiempo feliz en que esos errores degradantes no figuren en el catálogo de los actos de ningún pueblo culto**”<sup>149</sup>.

La Independencia política estaba ya consolidada, luego Lastarria pretendió asegurar la independencia espiritual e intelectual. Dentro del ramo histórico, la única manera de subirse a los carros del progreso era procurar analizar los vicios y virtudes que se encontraban arraigados en los pueblos, en este caso en el de Chile. A través de la mera exposición de hechos jamás se podrán establecer los caminos que la nación deberá continuar en su trayecto hacia la civilización; en cambio, si se estudia y juzga con conciencia crítica el pasado, los países caminarán un paso más adelante en vías del progreso, puesto que ya conocerán sus falencias e integridades. Para Bello, sin embargo, la filosofía con que Lastarria pretendió estudiar la historia es válida solamente para el conocimiento de las leyes generales, morales y sociales; la historia entendida como una ciencia debe ser tratada como tal, con leyes diferentes, aquellas que se basan en las ciencias exactas. Es decir, intentando exponer la mayor cantidad de hechos concretos y comprobables, pues si se poseen varios acontecimientos y eventos que han afectado a un determinado grupo social, se puede extraer el *espíritu peculiar de esa raza, de ese pueblo, de esa época*.

“Porque es necesario distinguir dos especies de filosofías de la historia. **La una no es otra cosa que la ciencia de la humanidad en general, la ciencia de las leyes morales y de las leyes sociales**, independientemente de las influencias locales y temporales, y como manifestaciones necesarias de la íntima naturaleza del hombre. La **otra es, comparativamente hablando, una ciencia concreta, que de los hechos de una raza, de un pueblo, de una época, deduce el espíritu peculiar de esa raza, de ese pueblo, de esa época; no de otro modo que de los hechos**

---

<sup>149</sup> Lastarria, *Anales* (H), 1844, p.205. El subrayado es nuestro.

**de un individuo deducimos su genio, su índole**<sup>150</sup>.

Para Bello una ciencia como la historia no debe estudiarse en base a leyes generales y abstracciones, pues esto conduce a la deformación del verdadero objeto histórico. La historiografía debe partir de por sí buscando el conocimiento en las leyes particulares concretas, es decir desde los hechos y sus detalles, los sucesos y su importancia, el relato objetivo y su comprobación verídica. Teniendo una vez esta tarea terminada se podrán aplicar las generalizaciones que quedan a conciencia de cada individuo, pero que no se deben incluir en los libros históricos con el fin de no permitir una influencia de ningún tipo ni ideologización alguna. Para Bello el estudiar la historia en base a leyes generales trae sólo contradicciones y juicios sin una sólida base. Sólo las leyes particulares son capaces de entregar una verdadera comprensión de los pueblos, sus costumbres y cultura. De acuerdo a las concepciones de Aristóteles, Bello se basa más en el método inductivo que estudia desde lo particular a lo general y Lastarria sostiene el método deductivo, desde lo general a lo particular.

**“Pero la filosofía general de la historia no puede conducirnos a la filosofía particular de la historia de un pueblo, en el que concurren con las leyes esenciales de la humanidad gran número de agencias e influencias diversas que modifican la fisonomía de los varios pueblos cabalmente como las que concurren con las leyes de la naturaleza material modifican los aspectos de los varios países. ¿De qué hubiera servido toda la ciencia de los europeos para darles a conocer, sin la observación directa, la distribución de nuestros montes, valles y aguas, las formas de la vegetación chilena, las facciones del araucano o del pehuenche? De muy poco, sin duda. Pues otro tanto debemos decir de las leyes generales de la humanidad. Querer deducir de ellas la historia de un pueblo, sería como si el geómetra europeo, con el solo auxilio de los teoremas de Euclides, quisiese formar desde su gabinete el mapa de Chile**<sup>151</sup>.

En el fondo, entre Bello y Lastarria existió una distinta concepción de mundo y esto se extrapola a la visión de la historia. Para el primero la Divinidad necesariamente tiene una profunda injerencia en la vida, destino, devenir e historia de los hombres y las sociedades; puesto que es el Ser Superior, creador de la tierra y sus habitantes. En su mano están trazados los caminos de la historia del mundo, y por lo tanto los hombres, aunque sí pueden mejorar y perfeccionarse, van a estar siempre ligados al destino

---

<sup>150</sup> Bello, Op. Cit., p.4. El subrayado es nuestro.

<sup>151</sup> Bello, Op. Cit., p. 4-5

que la Providencia les dicte. Lastarria, por su parte, cree que la misma Divinidad entregó a los hombres la capacidad de obrar por ellos mismos y promover su desarrollo o destrucción, según la voluntad y virtudes o vicios que se encuentren en cada sociedad. Para el literato se trata de leyes naturales, de un aspecto que por naturaleza es inherente a la vida del hombre. Así como cree en la ley del progreso y el continuo avance de los pueblos hacia la felicidad, también asegura que los hombres son los protagonistas de la historia y por lo tanto nadie más que ellos poseen la capacidad para forjar su propio destino y trayecto de vida.

“El **jénero humano tiene en su propia esencia la capacidad de su perfección**, posee los elementos de su ventura i no es dado a otro que a él la **facultad de dirigirse i de promover su desarrollo**, porque las **leyes de su organizacion forman una clave** que él solo puede pulsar para hacerle producir **sonidos armoniosos**”<sup>152</sup>.

Luego continúa desarrollando el tema referente al poder que poseen los hombres sobre las leyes naturales de la historia y que por ende, sólo está en ellos mismos la evolución hacia la corrección o la involución hacia el desastre e incivilización. Pero creer que las miserias llegan por sí solas sin que el hombre las pueda revertir, o bien, pensar en las calamidades y catástrofes como un “designio de Dios” para castigar y enseñar al hombre; es un pensamiento retrógrado, fatalista y, que para Lastarria no refleja el pensamiento ilustrado propagado en el mundo de aquel entonces. En suma, *esa constante alternativa de bienes y desgracias en que han transcurrido los siglos no es la obra fatal de un poder ciego*, por el contrario es la obra de los mismos hombres que no han sabido actuar con inteligencia, virtud, justicia y moralidad.

“...el **gran libro de su vida**...: en él verá que esa constante alternativa de bienes i desgracias en que a transcurrido los siglos **no es ni la obra fatal** de un poder ciego que lo precipita de suceso en suceso, **ni la consecuencia inevitable de un capricho**, sino un **efecto natural de esas leyes**, de ese orden de condiciones a que **está sujeto en su naturaleza**... **Porque el hombre tiene el poder de provocar el desarrollo de sus leyes** o de evitarlo por medio de la libertad de sus operaciones, según convenga su felicidad”<sup>153</sup>.

---

<sup>152</sup> Lastarria, *Anales* (H), 1844, p.204. El subrayado es nuestro.

<sup>153</sup> Lastarria, *Anales* (H), 1844, p.204. El subrayado es nuestro.

Así como el hombre tiene el poder de provocar el desarrollo de sus leyes, también lo puede reflejar en la escritura histórica; lo cual se traduciría al análisis y juicios de los procesos y hechos del pasado.

Esta discusión historiográfica –entre el método narrativo y filosófico- tuvo una duración de varios meses hasta que lentamente se fue apaciguando. No obstante, la concepción bellista acerca de la escritura de la historia triunfó sobre la lastarriana, lo cual veremos después en el resto de las memorias históricas editadas en los Anales de la Universidad de Chile. La imposición de los hechos dentro de la historiografía derrotó a la concepción filosófica. La mayoría de los intelectuales que se aventuraron a averiguar sobre nuestro pasado histórico lo hicieron bajo la visión narrativa de la historia, preocupándose de incorporar la mayor cantidad de sucesos y siendo la fuente principal los documentos oficiales. Sin embargo, este triunfo no significó el cese de la discusión, tan sólo tres años después volvió a renacer con más furor aún; encendida nuevamente por una memoria de Lastarria, el *Bosquejo histórico*. El prólogo de este artículo fue escrito por Jacinto Chacón, quien apoyó la visión historiográfica de Lastarria y se encargó de rebatir la de Bello.

Las discusiones intelectuales durante mediados del siglo XIX fueron una de las características primordiales que marcaron la cultura del período; lo cual muestra la necesidad por forjar una cultura nacional intentando dirimir las discrepancias. Por una parte, se encuentra la cultura oficial fomentada por el Estado y la Universidad, instituciones que, lógicamente, apoyaban la visión cultural bellista; y por otra parte se encontraban los intelectuales liberales, tanto chilenos como extranjeros, quienes intentaban excitar una cultura paralela al “saber oficial” y avivar una intelectualidad diferente y opuesta a la de la Universidad. La diversidad, en consecuencia, se intentaba acallar desde los inicios de la creación cultural nacional por los saberes oficiales. Se pretendía seguir una línea, una visión, una estructura mental que contagiase a toda la elite y posteriormente al pueblo, con el fin que no hubiese mayores grados de discordancia y desarmonía de pensamiento en la cosmovisión cultural y mental del nuevo país en formación. Sin embargo, una ínfima cultura paralela se encontraba en nuestro territorio, desde antes de la Independencia, y aunque ciertamente va a influir en mayor medida la intelectualidad oficial; la discusión cultural que fomentaron los grupos de oposición al

régimen oficial, traerá al país un mayor entusiasmo y exaltación por la producción cultural e intelectual nacional<sup>154</sup>.

El *Bosquejo histórico*, avivó aún más la discusión historiográfica, especialmente entre el escritor del prólogo del *Bosquejo*, Jacinto Chacón y nuevamente el rector de la Universidad, Andrés Bello. Chacón tuvo las mismas ideas de Lastarria acerca del progreso de las sociedades, es decir, éstas tienen en su interior la capacidad de ir perfeccionándose gracias a la razón que dota de inteligencia al grupo humano. Las leyes de la naturaleza así lo dictan, una vez que las sociedades han logrado desligarse de las cadenas de sus opresores y marchar independientes por la senda de la historia; pueden o más bien deben -según el pensamiento de Chacón- encaminarse hacia la formación y corrección del carácter, costumbres, creencias, etc., en base a las ideas ilustradas. Es decir, se debe lograr la formación de un hombre pensante, bondadoso y con una fuerte conciencia cívica; sólo así la sociedad toda podrá alcanzar los avatares de la civilización. Para Chacón no tiene valor estudiar simplemente los hechos por los que ha pasado un determinado pueblo, pues así no se puede llegar a “su corazón”. Para este intelectual, siguiendo el pensamiento historiográfico lastarriano, sólo el análisis, razonamiento y exploración de la historia, creencias, costumbres de ese pueblo pueden dar a entender la profundidad de su experiencia vivida.

**“Entiendo por el corazón de un pueblo, lo mismo que en el hombre, el foco de los sentimientos que constituyen el carácter, el modo de ser de la sociedad.** Este carácter, este modo de ser está espresado por el círculo i naturaleza de sus ideas, creencias, costumbres e instituciones, todo lo cual elevado a principios, i éstos formulados o no sobre una carta, **forman lo que se llama la constitución de un pueblo. Se ve pues que no podemos absolutamente ocuparnos de la vida de una sociedad sin tomar en cuenta su constitución,** esto es, la naturaleza de sus ideas, creencias, costumbres e instituciones, cuyo carácter especial influye en los

---

<sup>154</sup> Se desarrollaron numerosas discusiones intelectuales en la época, algunas de ellas son: Romanticismo (Bello-Sarmiento), Historiográfica (Bello-Lastarria y Bello-Chacón), Ortográfica (Bello-Sarmiento), Literaria (Bello-Generación del 42’; en donde el primero decía que se debía estudiar seriamente antes de escribir y los otros llamaban a la exaltación de la imaginación y la creatividad). Visión del pasado (Conservadores-Liberales; los primeros querían continuar con ciertas costumbres de la España colonial y los segundos abogaban por un progreso total y cambios radicales). Catolicismo (Conservadores-Liberales). Educación (quienes querían seguir con las lecciones de autores tradicionales-quienes querían la incorporación sólo de los saberes ilustrados). Política (autoritarismo-más democracia). Las últimas tres, más que discusiones intelectuales propiamente tal fueron las coordinadas de tensión que marcaron el período estudiado.

acontecimientos i los colora de un modo tambien particular”<sup>155</sup>.

Como expresa Chacón, el corazón de un pueblo refleja el modo de ser de la sociedad, su carácter. Esta esencia debe estar consignada en la constitución de cada pueblo, con el fin de que haya una conexión entre las costumbres y las leyes que lo rigen<sup>156</sup>. Para Chacón el trabajo investigado por Lastarria requiere necesariamente de una historia filosófica, pues estudiar las constituciones fundantes –en el caso de Chile la del 33`- es adentrarse a la naturaleza de las sociedades, y ésta no está compuesta solamente de hechos, sino de imaginaciones, creencias, esperanzas, ritos y costumbres culturales etc; lo cual necesariamente requiere de un extenso análisis. Sólo así se puede realizar una investigación profunda del “corazón de los pueblos” y entender con más cercanía sus modos y experiencias consignadas a través de la historia. Por esto Chacón detestó el método historiográfico que la Facultad pretendió imponer para la escritura, estudio e investigación del pasado.

“La naturaleza del talento i de los estudios de su autor, **el señor Lastarria**, no le permitia, al explicar sus ideas sobre un punto de la historia de Chile, tema del concurso universitario, **no le permitia anonadar sus fuerzas i quedar inferior a sí mismo, reduciéndose, como hubiera querido la comision informante, a poner en claro los hechos, a ser un mero cronista:** las facultades investigadoras i la ciencia constitucional del profesor le llevaban mas bien, le arrastraban, siguiendo el instinto de su jénio, **a examinar el corazon de los hechos, a analizar, no las multiplicadas ruedas de la máquina social, sino el centro i el oríjen de todos sus movimientos: así es que desdeñó el ser un simple relator de hechos,** como Guichardini en la

---

<sup>155</sup> Chacón, Jacinto, Prólogo “Bosquejo histórico de la Constitución de Chile”, en Lastarria, José Victorino, *Miscelánea, histórica y literaria* (Valparaíso: Imprenta de la Patria, 1868), p.140-141

<sup>156</sup> Lastarria afirmó lo mismo que Chacón. Sin embargo, explicó que mientras los españoles estuvieron en el suelo americano, la dialéctica entre costumbres -las cuales posteriormente se consignan en las leyes-, se dio al revés; puesto que impusieron leyes en el Nuevo Mundo, cuando éste aún no tenía un pueblo formado. Y estos decretos judiciales no representaron las particularidades del territorio y de sus habitantes. “La historia de la legislacion universal nos muestra patentemente qe las leyes adoptadas por las sociedades umanas an sido siempre inspiradas por sus respectivas costumbres, o diré mejor, an sido una expresion, una fórmula verdadera de los ábitos y sentimientos de los pueblos, porque cuando éstos an llegado a punto de necesitar reglas formales para su réjimen, ya tenian costumbres i prácticas, i no an echo mas que formularlas, con mas o menos modificaciones, con mas o menos aciertos, para gobernarse y reglamentar su vida social. Mas no a sucedido de la misma manera en la América toda: aquí la ley a precedido a la costumbre: el pueblo no estaba formado aun, i ya existian leyes qe organizaban su administracion i definian sus relaciones, no gurdando por cierto conformidad a las circunstancias i accidentes qe abian de desarrollarse con él, porqe eran imprevistas, sino consultando en todos los intereses, las opiniones, las preocupaciones i aun los gustos de los ombres encargadaos de echar los fundamentos de la nueva sociedad”. Lastarria, *Anales* (H), 1844, p.227

infancia de la ciencia, **para elevarse al rango de primer historiador constitucional de Chile,** como Hallam lo es en Inglaterra en el siglo diez i nueve”<sup>157</sup>.

Para Chacón el concentrarse meramente en una historia al modo de una crónica es reducir el estudio y la calidad de cualquier investigación histórica. Bajo su perspectiva, esto es justamente lo hizo la Universidad con el intento de imponer un solo modo de visión historiográfica, que por lo demás es la más simplista e incompleta. Defendió a Lastarria, como un hombre que tuvo la valentía de preservar sus ideas a pesar que éstas no eran acorde a las dictadas por la “cultura oficial”. Para Chacón, el literato supo *examinar el corazón de los hechos, a analizar, no las multiplicadas ruedas de la máquina social, sino el centro i el origen de todos sus movimientos*; y esta realización pudo concretarse gracias a la utilización de teorías filosóficas, de abstracciones y generalizaciones históricas; pero por sobretodo, gracias críticas y juicios sobre el pasado. Es así como Lastarria *desdeñó el ser un simple relator de hechos, para elevarse al rango de primer historiador constitucional de Chile*. Para Chacón la diferencia entre un historiador político y un historiador constitucional es abismante; se podría decir que es un símil a la diferencia que existe entre un historiador narrativo y filosófico respectivamente. Mientras que el político se encarga de narrar los hechos y consignar la mayor cantidad de sucesos en una sociedad; el constitucional trabaja sobre la base de la filosofía mental que ha acuñado un determinado pueblo a lo largo de su historia. Es decir, se encarga de juzgar, examinar, criticar e indagar en la profundidad de las creencias y cultura de la sociedad; intentando, a su vez, entregar enseñanzas que pudiesen ser útiles para un futuro posterior.

**“He aquí la superioridad del historiador constitucional sobre el historiador puramente político. Miétras que el primero observa con vista de águila el cuadro entero de la vida de un pueblo, sus costumbres, sus creencias i convicciones de toda especie; mientras que él ve a todas esas palancas del antiguo sistema oponer una resistencia tenaz a la idea nueva que se trata de establecer, i que comprende que la division o desinteligencia de los partidos consiste solo en el modo como cada cual concibe la mas fácil i pronta realización de aquella idea; el historiador político no ve sino un solo rincón del cuadro, los hechos de gobierno, i, si bien observa i relaciona el movimiento i la lucha de los partidos, no nos da las causas primarias,**

---

<sup>157</sup> Chacón, Op.Cit., p.141. El subrayado es nuestro.



**raíces de esta discordancia i choque**, sino cuando mas las secundarias i accidentales, atribuyendo todas las determinaciones a celos, rivalidades, intereses personales”<sup>158</sup>.

Para la Comisión encargada de revisar las memorias históricas, las aseveraciones de Chacón fueron simplemente inadmisibles. En el fondo, estaba tratando al mismo rector y todos sus seguidores, como unos historiadores simplistas, incapaces de *observar con vista de águila el cuadro entero de la vida de un pueblo*, como sí lo hace un historiador constitucional. La Universidad sólo apoyaba a aquellos intelectuales que estudian meramente *el rincón del cuadro*, ignorando el análisis de las causas y efectos de los hechos, sólo para concentrarse en los sucesos en sí mismos; lo cual para Chacón y Lastarria no posee ningún valor, pues así no se llega a descubrir y penetrar en la mentalidad y poder de acción de las sociedades. Frente a las fuertes líneas escritas por Chacón, Bello no podía quedarse cruzado de brazos. Tuvo que salir a defender su método narrativo ya profundamente desprestigiado por dos importantes intelectuales en la prensa y en su misma Universidad. Por esto comenzó a publicar en su diario *El Araucano* el ya citado artículo *Modo de escribir la historia*, en el cual intentó dar prestigio a la historia de hechos citando a numerosos intelectuales europeos que apoyaron este método. Por otra parte, se encargó de rebatir las ideas expuestas por Chacón y reivindicó el puesto docto de la Facultad de Filosofía y Humanidades.

**“Todos ellos concuerdan en la importancia de los hechos, y consideran la exposición del drama social viviente como la sustancia y el alma de la historia.** Nuestra autoridad vale muy poco (por más que haya querido exagerarla para confusión nuestra el señor Chacón, juez parcial en esta materia). Por eso nos era necesario autorizar las sanas doctrinas con nombres ilustres. En los pasajes que hemos elegido (los primeros que nos han venido a la mano) **es fácil ver que lo que el señor Chacón llama camino trillado es el único camino de la historia**, como ya él mismo lo había dado a entender en las primeras líneas de su Prólogo, y que **sólo por los hechos de un pueblo, individualizados, vivos, completos, podemos llegar a la filosofía de la historia de ese pueblo**”<sup>159</sup>.

---

<sup>158</sup> Chacón, Op.Cit., p.146. El subrayado es nuestro.

<sup>159</sup> Bello, Op. Cit., p.4

Cuando Bello dice que *todos ellos concuerdan en la importancia de los hechos*, se refiere a eruditos como Thierry, Sismondi, Barante, entre otros; quienes consideraban la narración de múltiples sucesos como la *sustancia y el alma de la historia*. Así Bello intentó justificar su pensamiento historiográfico y por lo tanto también el de la Facultad. Al mismo tiempo expresa que la autoridad de la Comisión revisadora y, por ende, de la “cultura oficial”, *vale muy poco*, y critica a Chacón y Lastarria por exagerarla. Aseveración discutible, pues la única institución universitaria existente en ese momento en Chile intenta imponer una posición historiográfica para que todos sus alumnos piensen de esa manera y al ser la Universidad y por lo demás su rector el propagador de esta imposición, lógicamente se trata de una elevada autoridad que posee gran influencia en los pupilos. Para Bello existió sólo un camino para entender y escribir la historia y este es el narrativo, no concibe la filosofía involucrada en la historia, pues esto sólo traería abstracciones absurdas y una consiguiente tergiversación de la verdad histórica; por esto afirma que *sólo por los hechos de un pueblo, individualizados, vivos, completos, podemos llegar a la filosofía de la historia de ese pueblo*.

A Lastarria le molestó profundamente el informe realizado por la Comisión para examinar su artículo<sup>160</sup>. Expresa que la Universidad y sus autoridades, es decir, “el saber oficial” del país, aún no han acuñado fielmente las ideas ilustradas, y transitan vagamente entre la tradición, el antiguo orden y las ideas progresistas traídas por los nuevos tiempos; con un fuerte predominio por las primeras. Para el literato se trataba claramente de la herencia española que aún no abandona las aulas culturales y mentales de muchos de los intelectuales y profesores universitarios, herencia que seguía carcomiendo y prohibiendo la entrada completamente abierta de las ideas ilustradas en Chile. Lastarria sabía que el mayor contingente de pensadores estaba con las doctrinas del rector y que sus ideas, por lo tanto, no tenían suficiente arrastre. Por esto consideró a la mayoría de los intelectuales chilenos como fatalistas y apegados a las concepciones de la Madre Patria sin atreverse a cortar el “cordón umbilical”.

---

<sup>160</sup> La Comisión revisadora critica el Bosquejo de Lastarria por falta de hechos y sucesos memorables: “Es fuerza decir que aunque el señor Chacón, al principio de su artículo primero, se ha propuesto fijar la cuestión (que, a nuestro juicio, bien clara estaba) nos parece más bien haberla sacado de sus quicios. La comisión, después de haber dado los debidos elogios al *Bosquejo Histórico*, dice que **carece de suficientes datos para aceptar el juicio del autor sobre el carácter y tendencias de los partidos que figuraron en la revolución chilena. Juzga con sobrada razón que sin tener a la vista un cuadro en donde aparezcan de bulto los sucesos, las personas y todo el tren material de la historia, el trazar lineamientos generales tiene el inconveniente de dar mucha cabida a teorías y desfigurar en parte la verdad**, inconveniente, añade, de todas las obras que no suministran todos los antecedentes de que el autor se ha servido para formar sus juicios. Y se siente inclinado a desear que se emprendan antes de todo trabajos destinados a poner en claro los hechos: «la teoría que ilustra esos hechos vendrá en seguida, andando con paso firme sobre un terreno conocido». Bello, Op. Cit., p.7. El subrayado es nuestro.

“El informe de la Comisión era, en nuestro concepto, tanto un resultado del predominio de la opinión antigua del sabio rector de la Universidad sobre la filosofía de la historia, cuando un eco de la resistencia que la opinión ilustrada de la época oponía a toda innovación trascendental en el dominio de las especulaciones científicas y literarias. ¿No era en esos mismos instantes víctima de aquella resistencia nuestro texto de derecho público? No había aparecido ella triunfalmente en la condenación del *Crepúsculo* tres años antes? La libertad del profesor para enseñar era todavía una utopía, que no era posible realiza sino con garantías y condiciones. La vieja civilización española estaba aún representada en la nueva Universidad, no solamente por el presbítero que había condenado nuestros *Elementos de derecho constitucional*, sino también por muchos de los que, como rector, se mostraban más solícitos por el adelantamiento de la instrucción pública; y en el caso de una teoría tan avanzada como la nuestra sobre el modo de escribir la historia, teníamos la desaprobación de los primeros escritores que figuraban en aquel tiempo: entre los chilenos, García Reyes, Varas, Sanfuentes, Tocornal, Benavente, toda la Universidad; y entre los americanos que nos auxiliaban con sus luces, don Andrés Bello, García del Río, López, Sarmiento, Alberdi, Piñeyro, Peña, a todos sin más excepción tal vez que el eminente literato Juan María Gutiérrez, que condenaba como nosotros el sistema de la justificación y rehabilitación históricas por consideración al tiempo en que se verificaron los sucesos, y no admitía el fatalismo”<sup>161</sup>.

Para Bello, sin embargo, el anhelo de Lastarria por la llegada de una ilustración completamente abierta era mal entendido. Es decir, el rector pensaba que si eso sucedía simplemente se estaría reproduciendo los pensamientos europeos, sin realizar un verdadero filtro que criticase estos pensamientos antes de difundirlos en el territorio nacional. No obstante, las intenciones de Lastarria no eran tales, es cierto que pretendía la llegada de la Ilustración de un modo global, pero también procuraba adecuar y apropiarse estas ideas a la localidad. Esto se ve reflejado en su *Discurso de Inauguración de la Sociedad Literaria de 1842*, ya analizado –en parte– en el capítulo II, en donde expresa que la mera imitación a Europa es perjudicial para las naciones americanas, puesto que no permitiría el desarrollo de seres pensantes en los nuevos países. Otro ejemplo es su apropiación del positivismo comtiano, pero no sin antes criticarlo y omitir parte de las doctrinas del alemán como son los tres pilares positivos de la

---

<sup>161</sup> Lastarria, *Recuerdos Literarios*, p.184-185

religión. Más bien Lastarria intentó adecuar el positivismo proveniente de Europa a la realidad americana<sup>162</sup>.

Si bien para Lastarria se debía respetar la realidad local, intentando buscar las particularidades de Chile y los países americanos con el fin de construir una nueva “identidad cultural”; también estuvo firmemente convencido de la influencia peyorativa que ejercía la religión católica en el país y su excesivo autoritarismo que dejaba a un lado los anhelos por una real democracia. Estos elementos eran sin duda herencias del pasado español y al no ser una realidad propiamente chilena, el literato consideraba mejor su erradicación. Para Bello, por el contrario, la herencia española había impregnado ya fuertemente nuestra sociedad y por lo tanto se debía respetarla y conservarla en conjunto con las ideas ilustradas, pero sin que ambas entraran en “choque” o contradicciones. Si esto se producía, como es el caso de la historia filosófica, se debía elegir la propuesta que tuviera más raíces en Chile y lógicamente eran los tradicionalismos españoles, de los cuales en el ámbito historiográfico, se desprende una historia al modo de crónica de hechos. Para Bello el país no estaba preparado para hacer filosofías de la historia, pues primero se debían reunir todos los antecedentes, hechos, sucesos, detalles, etc., del pasado y una vez realizada esta tarea se podría llegar a pensar en acceder a un nivel más elevado de pensamiento y escritura. El rector asegura que estudiar la historia de Chile y/o América en base a filosofías historiográficas europeas sería *un proceder ilegítimo, es decir, el de la inducción sintética*.

**“Los trabajos filosóficos de la Europa no nos dan la filosofía de la historia de Chile. Toca a nosotros formarla por el único proceder legítimo, que es el de la inducción sintética. No por eso miramos como inútil el conocimiento de lo que han hecho los europeos en su historia, aun cuando sólo se trate de la nuestra. La filosofía de la historia de Europa será siempre para nosotros un modelo, una guía, un método; nos allana el camino; pero no nos dispensa de andarlo”**<sup>163</sup>.

Lastarria y Chacón utilizaron las filosofías de las historias europeas *como un modelo, una guía, un método*; pero no las extrapolaron sin antes criticarlas ni adecuarlas a la realidad nacional. Por esto para

---

<sup>162</sup> Para profundizar en los términos de reproducción y apropiación de las ideas foráneas en América, véase Subercaseaux, Bernardo, “La apropiación cultural en el pensamiento y la cultura de América Latina”, Centro de Estudios Públicos (CEP), N° 30, 1988.

<sup>163</sup> Bello, Op. Cit., p.6

Chacón el historiador constitucional debe estudiar la realidad de su país, las características de su sociedad, las costumbres de su pueblo; pero no sobre la base de la narración de hechos, sino en base a explicaciones más filosóficas que permiten la comprensión del alma de las sociedades. Luego de trazar las teorías, principios, primicias con las que se debe estudiar la historia o un determinado período se deben narrar los hechos más memorables.

**“La historia constitucional considera pues el fondo de las cosas, nos manifiesta el alma de la época i de los hechos, el cuerpo de principios de que los acontecimientos políticos no son sino meras consecuencias; mientras que la historia puramente política, que no está al cabo de estas teorías, como las llama la comision, no puede absolutamente comprender ni apreciare los sucesos, ni darnos de un modo completo i de raiz, por consiguiente, la verdadera esplicación de la cadena de los hechos que forma la historia política de una época dada. De modo que antes está fijar los principios o las teorías, i después sus consecuencias o los hechos, contra el parecer de la comision universitaria. Este es el proceder de toda ciencia, i sobretodo de la ciencia histórica tal cual la experiencia de los tres siglos anteriores la ha constituido en el siglo diez i nueve”<sup>164</sup>.**

El debate historiográfico protagonizado por Bello y Chacón se produjo durante los últimos meses de 1847, adjudicándose un nuevo triunfo la historia oficial. Sin embargo, la dicotomía conceptual y las distintas visiones de mundo siguieron flotando en el aire cultural decimonónico. Es más, la discusión historiográfica sostenida durante la década del 40' extrapoló la problemática hacia el ámbito educacional no sólo en los estudios superiores, sino también en los escolares. No había un acuerdo entre los intelectuales sobre qué textos pudieran ser los mejores para la enseñanza de la historia, tanto nacional como mundial. Por una parte, Lastarria se apoyaba en los libros de Michelet, como uno de los mejores historiadores capaces en entregar con excelencia la historia de Francia y del resto de Europa, pues se encargaba de analizar los progresos y desgracias de los distintos países; argumentando un juicio crítico del pasado. Por otra parte, Bello y los seguidores de la corriente narrativa eran partidarios de adoptar una historiografía bajo la concepción de Herder y de Vendel Heyl, quienes aspiraban a reforzar la memoria en la educación escolar a través de la enseñanza de los hechos del pasado.

Para Lastarria el memorizar un sinnúmero de hechos no desarrollaba la mente de los jóvenes, ni tampoco requería una destreza analítica mayor, para que posteriormente los mismos jóvenes pudieran examinar por sí mismos los avatares del pasado. Sin embargo para Bello, el presentar teorías

---

<sup>164</sup> Chacón, Op.Cit., p.149. El subrayado es nuestro.

filosóficas y generalizaciones tenía una gran probabilidad de caer en inútiles abstracciones que llevarían a los estudiantes a entender la verdad tergiversada. El problema de la aplicación de textos históricos en los colegios estuvo siempre presente, y como dice Allan Woll, para los historiadores jóvenes como Lastarria y Chacón, el adoptar la filosofía de la historia y los libros de Michelet *demostraba el triunfo progresivo de la libertad*; mientras que adoptar textos en donde simplemente se narran hechos significaba la parálisis mental y un casi nulo desarrollo de la intelectualidad<sup>165</sup>.

A pesar de la fuerza que adquirió la discusión historiográfica, tanto en su teoría como en la práctica, sobre los textos escolares a utilizar; nuevamente la historiografía oficial obtuvo un triunfo mayoritario. Lo anterior, lo podemos ver en las memorias históricas que aparecieron posteriormente en los Anales durante la década del 50' y 60' respectivamente. Algunos de los escritores más importantes de la historia intelectual del Chile decimonónico fueron los hermanos Amunátegui, quienes a pesar de ser fieles alumnos de Lastarria se inclinaron por la visión narrativa de la historia postulada por Bello<sup>166</sup>. Tanto Miguel Luis como Gregorio Víctor apoyaban los concursos históricos que realizaba anualmente la Universidad de Chile, pues era uno de los más extendidos métodos de construcción de una historiografía nacional, y por lo tanto de identidad. Es por esto, y en conjunto con su gran bagaje

---

<sup>165</sup> Woll, Allan, Op.Cit., p. 33-34. "The younger historians revered Michelet, who believed as they did that "history demonstrated the progressive triumph of liberty", while Bello saw him as the symbol of youth's slavish adherence to foreign models of historical writing. Vendel Heyl, a Frenchman who taught Latin, Greek, and philosophy in the National Institute, echoed Bello's position, and opposed adopting Michelet's works as textbooks. He believed it would be better to choose a text which clearly narrated the facts, since Michelet appeared to judge the facts himself rather than present them objectively. Lastarria argued that it was indeed necessary to present the facts in accordance with a certain theory in order to give a methodological arrangement and interest to the textbooks"

Traducción libre del autor: "Los jóvenes historiadores reverenciaban a Michelet, quien creía tal como ellos que la "historia demostraba el triunfo progresivo de la libertad", mientras que Bello lo veía como el símbolo de la esclavizada adherencia de la juventud a los modelos foráneos de escritura histórica. Vendel Heyl, un francés que enseñaba latín, griego y filosofía en el Instituto Nacional, hacía eco de la posición de Bello, y se oponía a adoptar los trabajos de Michelet como textos de estudio. Él creía que sería mejor elegir un texto que claramente narrara los hechos, puesto que Michelet parecía juzgar los hechos más que presentarlos objetivamente. Lastarria argumentaba que en efecto era necesario presentar los hechos de acuerdo con cierta teoría a fin de darle a los textos una cierta estructura metodológica e interés."

<sup>166</sup> Tanto Miguel Luis, como Gregorio Víctor Amunátegui estimaban y admiraban con orgullo la figura de Lastarria, a pesar de no compartir todas sus inclinaciones intelectuales; especialmente en los referente al pasado español y la cosmovisión historiográfica. Esta admiración se puede observar nitidamente en la dedicación de los hermanos a su profesor en su primera memoria histórica publicada en los Anales.

Al señor don José Victorino Lastarria

"Fue U. Señor, quien primero nos estimuló a escribir: nuestra primera obra le corresponde, pues, de derecho. Cualquiera que sea su mérito, recíbalas, como una prueba de nuestro afecto".

Los Autores

Amunátegui, Miguel Luis y Gregorio Víctor, "La Reconquista española. Apuntes para la historia de Chile", en *Anales de la Universidad de Chile* (H), 1851, p.389

cultural que decidieron a muy corta edad, al igual que Lastarria, pronunciar su primera memoria histórica frente a la cual la Facultad de Filosofía y Humanidades quedó bastante satisfecha; pues cumplía con el método de historia narrativa y recreaba una minuciosa investigación de los hechos que trajo consigo la Reconquista, como uno de los más terribles períodos de la historia de Chile.

“La Comisión nombrada por la Facultad de Humanidades para examinar la obra que se ha presentado al concurso literario de este año en solicitud del premio que ella debe acordar, tiene la complacencia de informar que ha quedado satisfecha del modo como el autor ha desempeñado el tema que la Facultad le propuso”<sup>167</sup>.

La memoria de los hermanos Amunátegui ofrece gran cantidad de hechos, incluso algunos de ellos inéditos o poco trabajados por historiadores anteriores. Sus fuentes principales son documentos oficiales y relatos orales de testigos de los sucesos en cuestión. Su narración carece de crítica y según la Comisión Revisadora compuesta por Miguel de la Barra y Antonio García Reyes, abunda en objetividad y ordenación cronológica de los hechos. Los juicios de los sucesos se dejan a conciencia del lector, salvo aquellos que encuentran realmente imprescindibles entregar más información con el fin de dar una explicación más completa sobre el pasado de las luchas por la Independencia<sup>168</sup>. Para la Comisión, la memoria es imparcial y permite formar una idea cabal de la época, sin caer en abstracciones o juicios que no son pertinentes en la escritura histórica según la visión oficial o bellista.

“Los sucesos ocurridos durante la época aciaga de la reconquista del país, habían sido narrados por algunos bajo la impresión viva aun de las persecuciones sufridas, al paso que la misma ingratitud del asunto había alejado a otros del estudio imparcial de los acontecimientos. La

---

<sup>167</sup> Hermanos Amunátegui, *Anales* (H), 1851, p.389

<sup>168</sup> Un ejemplo de ello es cuando los hermanos Amunátegui analizan las razones del vuelco de varios realistas al bando patriota. La gran parte de los historiadores de Chile concuerdan que la Reconquista española fue tan terrible, sangrienta y produjo tantas miserias a la población civil y militar, que muchos criollos que aún se sentían leales al rey optaron por ser patriotas, pues vieron en los funcionarios españoles hombres violentos e incapaces de velar por los intereses de la población. La tiranía española, por lo tanto, aumentó las ansias separatistas y disminuyó la admiración por la Corona. “Reservado estaba a Osorio i a Marcó, el probarles con hechos prácticos lo quimérico de sus esperanzas i la razón que asistía a los exaltados. Puede decirse sin figura, que los peores enemigos que la España tuvo en su contra, fueron sus propios defensores, quienes trabajaron con sus demasías en insurreccionar a todo el reino. Ellos fueron los que demostraron plenamente que la inauguración de la nueva era de progresos, por que tanto se anhelaba, era imposible, mientras Chile se llamara una colonia; ellos fueron con sus arbitrariedades, los que cavaron el abismo en que se sepultó la dominación española; ellos, en fin, los que por sus injusticias i tropelías hicieron convertirse en odio la veneración que el pueblo profesaba por su rei”. Hermanos Amunátegui, *Anales* (H), 1851, p.435

**Memoria a que nos referimos ha reparado esta falta, i rectificando aquel inconveniente.** Ella, acopiando un caudal bastante rico i completo de noticias, ha sabido esponerlas con una limpieza, juicio y lucimiento, que **permiten formar una idea cabal de la época**, no solo en el carácter jeneral que la distingue, sino en la **graduación de los sucesos que se fueron encadenando** hasta producir la pérdida del pais por las armas españolas”<sup>169</sup>.

En suma, la memoria de los hermanos Amunátegui es el “ideal historiográfico” al que aspiraba la historia oficial. Es un espejo fiel del tiempo descrito, pues otorga un buen encadenamiento de hechos, le da gran importancia a los sucesos y su exactitud. Esto lo hace una narración “imparcial y objetiva”. Sin embargo, la Comisión igualmente criticó la falta de pormenores, aunque a nuestro parecer abunda de ellos; para la Facultad eran necesarios, pues *ilustran la mente del historiador futuro*, por esto las caracterizaciones, sucesos, hechos, particularidades, incidentes, etc., deben obligadamente estar en una memoria histórica en excesiva abundancia. Para De la Barra y García existen numerosos hechos y pormenores en el artículo de los Amunátegui, pero aún faltan una gran cantidad de ellos, pues *la Facultad desea un trabajo menos acabado, pero más lleno de particularidades e incidentes curiosos*.

“Sin menoscabar el concepto que la Comision emite, debe decir, que **hubiera celebrado encontrar en la Memoria una relacion mas casera, abundante de pormenores i sazónada con aquellos incidentes familiares que sirven tanto para ilustrar la mente del historiador futuro**, i que algunas veces caracterizan los personajes i las épocas. El autor ha tenido sin duda ocasión de recoger **gran número de estos pormenores**, i ellos han de haber sido para él otros tantos documentos preciosos, con ayuda de los cuales ha llegado a formular sus ideas. Es una lástima que no los haya consignado en su escrito y que se haya contentado con darnos el resultado de sus averiguaciones. La Memoria está escrita, como podria estarlo la historia misma. **La Comision cree que la Facultad desea un jénero de trabajo algo ménos alto y acabado, pero mas lleno de particularidades, de lances de incidentes curiosos**”<sup>170</sup>.

---

<sup>169</sup> Hermanos Amunátegui, *Anales* (H), 1851, p.390

<sup>170</sup> Hermanos Amunátegui, *Anales* (H), 1851, p.390-391. El subrayado es nuestro.



¡Hechos! ¡Hechos! ¡Hechos! es el grito que la Facultad deseó para los futuros trabajos históricos, al igual que la exclamación escrita por Carlos du Rozoir. No quieren abstracciones, generalizaciones ni lucubraciones religiosas o ideológicas; sus intereses fundamentales son los incidentes, eventos, sucesos, acontecimientos y actos del pasado histórico. Esta era la historiografía oficial, a ella se debía seguir. Es más, los mismos hermanos Amunátegui afirmaron que su trabajo está escrito bajo los parámetros de la historiografía bellista y que su objetivo principal fue reunir la mayor cantidad de hechos y exponerlos con exactitud. Son partidarios, por lo tanto, de la historia narrativa.

**“Conformándonos en la composición de esta Memoria con las ideas sobre el modo de escribir la historia nacional, emitidas por el señor Rector i algunos otros miembros de la Universidad, hemos procurado reunir el mayor número de hechos que nos ha sido posible, para esponerlos con veracidad, i juzgarlos con imparcialidad”<sup>171</sup>.**

Teniendo claro este objetivo desde un principio, los hermanos Amunátegui narraron la historia de la Reconquista española intentando lograr una imparcialidad y objetividad lo más alta posible. Se preocuparon de entregar gran cantidad de hechos y numerosos sucesos contados de la forma más minuciosa permisible, lo cual hace que la historia abunde en detalles insignificantes. A pesar de la gran cantidad de acontecimientos expuestos por los autores, la única crítica de la Comisión fue que aún faltaban sucesos y pormenores para que la obra llegase a la calidad de una “historia verdadera y oficial de Chile”. La misma Facultad expresó que esa era la línea que pretendía seguir y educar en sus alumnos; la escritura de los hechos históricos y sus detalles, obviando las generalizaciones y las abstracciones filosóficas. Dentro del relato de los hermanos Amunátegui, efectivamente, no se encuentran juicios filosóficos acerca de los acontecimientos, aunque sí se notan ciertas críticas especialmente a los gobiernos de Osorio y Marcó del Pont. Guiándonos por este camino de pensamiento podemos decir que se trata de un relato imparcial, pero como la historia jamás podrá ser totalmente objetiva, el artículo de estos autores tampoco se puede desligar de este hecho irrefutable. La selección de determinados hechos y la omisión de otros ya nos demuestran un relato parcial, aunque no ideológicamente tendencioso como es el caso de las *Investigaciones* de Lastarria, quien se encarga de aborrecer, criticar y discriminar el pasado español. La Facultad pretende llegar a la imparcialidad a través de la mera narración de hechos, pero ya su selección conlleva una cierta “arbitrariedad” en la

---

<sup>171</sup> Hermanos Amunátegui, *Anales* (H), 1851, p.392. El subrayado es nuestro

investigación histórica. En el caso del texto de los Amunátegui sorprende la importancia que se le da a las reacciones del pueblo frente a la violencia de los nuevos gobernadores españoles y la extensa narración del suceso carcelario, entre otros, en que se demuestra la traición del realista Villalobos contra los patriotas Romo y Moyano. En suma, el relato histórico de los autores es una excelente muestra de las aspiraciones historiográficas de la Universidad y por lo tanto de la historia oficial que se pretende lograr, pues ofrece numerosos hechos y sucesos, cuidando los juicios y críticas de los acontecimientos narrados.

A pesar del método narrativo de escritura histórica de los hermanos Amunátegui podemos observar una evolución más cercana a la concepción filosófica en sus trabajos posteriores editados en los Anales, sobretodo en los de Miguel Luis. Este intelectual fue acercándose con el tiempo a una historiografía preocupada de indagar sobre la vida privada de los distintos personajes, para lo cual necesariamente se requieren fuentes no oficiales, llamadas por el intelectual como “papeles viejos”. Se adentró en una historia preocupada de dar lecciones sobre el pasado con el fin de corregir el porvenir. Aunque en el artículo de los Anales que se aprecia más claramente esta visión se sale de nuestro marco temporal, es interesante al menos mencionarlo con el fin de plasmar esta evolución historiográfica de Miguel Luis Amunátegui. Uno de los aspectos que más impresiona en su artículo es la importancia que le da al estudio de la vida privada de los personajes más importantes del pasado de las naciones. Hablando de nuestro país, extrae el caso de Pedro de Valdivia, considerado por la historiografía como un gran conquistador de tierras lejanas y un gran guerrero que hizo frente y soportó la ferocidad del pueblo mapuche. Sin embargo, Amunátegui se encargó de exponer la “baja moralidad” de su persona, sus múltiples vicios e infidelidades; lo cual lo hacen una persona de “baja calidad humana”.

“Si el cronista o el historiador se limitase a exponer que este país había sido ocupado por Pedro de Valdivia a nombre del rei de España, no nos enseñaría lo suficiente. Sería preciso que nos hiciera trabar conocimiento con ese conquistador, i que para ello nos hiciera saber lo que constituía la personalidad propia de ese caudillo. Si alguien se toma la molestia de registrar papeles viejos, descubrirá de seguro diversos hechos muy adecuados para trazar de Pedro de Valdivia un retrato histórico tomado al natural. Vaya entre tanto un ejemplo de estos hechos. A pesar de ser Pedro de Valdivia casado en España con doña Mariana Ortiz de Gaete, trajo como su manceba a doña Ines de Suarez; pero esto no le impedía conducir en el arazon de la silla de la imájen de la Virjen del Socorro, que se reverenciaba al presente en el altar mayor de la iglesia de San Francisco de

Santiago, i cuyas manos, segun la tradición popular, están hasta ahora cubiertas con el polvo con que cegaba a los indios cuando atacaban a los españoles. Valdivia no solo perseveró en adulterio con la Suarez, sino que cometió otro entrando en relaciones ilícitas con María de Encio. Esta conducta desarreglada no le estorbó levantar una capilla para colocar la imájen de la Virgen del Socorro (...). Los rasgos que preceden podrian servir perfectamente para pintar a lo vivo la mezcla de devocion i de licencia que caracterizaba a muchos de los españoles que vinieron a la América en el siglo XVI<sup>172</sup>.

Como se observa, para Amunátegui el dar a conocer la conjugación de la vida de los distintos personajes con sus obras públicas y privadas es una necesidad para conocer su *personalidad al natural*. Sólo así se entiende cabalmente la figura del personaje estudiado y sus virtudes y vicios. En el caso de Valdivia, para Amunátegui claramente priman los segundos, y podríamos deducir que lo encuentra una persona de doble estándar, puesto que se dice ser sumamente religioso, pero por otra parte mantiene mujeres ilícitas y una cruel y sangrienta guerra con los nativos del lugar. Más allá de este aspecto anecdótico, el intelectual afirma que:

“La tendencia manifiesta del siglo XIX es la experimentacion en todo i para todo. Por esto los grandes historiadores que han florecido en él (i son muchos) han desplegado los mayores esfuerzos para evocar hasta donde ello es posible los hombres i las sociedades que nos han precedido. Todo su empeño se ha encaminado a conseguir que la historia nos haga conocer lo que era en los tiempos precedentes el *documento humano*, como ahora se dice. **Ese importante objeto no se logrará jamas si la historia se reduce a una esposicion inanimada de nombres, de fechas i de sucesos poco característicos.** El único arbitrio de infundir vitalidad a las personas i a las sociedades ya extinguidas es el que Thackeray señala. **Si el cronista o el historiador aspira a conseguirlo, habrá indispensablemente de esforzarse por reproducir con sus creencias i sus costumbres, con sus virtudes i sus vicios, con su grandeza i sus flaquezas, con sus pasiones y peculiaridades, en una palabra, con sus calidades y circunstancias distintivas, a los individuos de las jeneraciones que han desaparecido;** i esto habrá de procurar hacerlo, no solo con los personajes mas o ménos encumbrados, sino tambien con los mas vulgares i los mas humildes, puesto que lo que se necesita conocer es la sociedad misma en todas sus manifestaciones”<sup>173</sup>.

---

<sup>172</sup> Amunátegui, Miguel Luis, “Historia. Algo sobre el modo de escribirla”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), 1884, p.374-375

<sup>173</sup> Amunátegui, *Anales* (H), 1884, p.373-374. El subrayado es nuestro.

Lo planteado por Amunátegui es sumamente vanguardista. Intenta hacer frente al positivismo decimonónico de fines de siglo que no sólo se apoderó de las ciencias, también de la historia y su método de escritura. Los positivistas no concebían una historia que no fuese fundamentada a través de documentos oficiales, pero en cambio Amunátegui postula que los “papeles viejos”, diarios personales o cualquier otro tipo de fuente que sirviera para dar a conocer el pasado histórico es útil para el historiador. Al mismo tiempo, expresa que una *exposición inanimada de nombres y fechas*, no conseguirá jamás penetrar en la situación real de las sociedades o personajes estudiados. Se deben reproducir lo más certeramente posible tanto los hechos como las pasiones que los inspiraron, tanto la vida pública de los actores como la privada; y en ellos es imposible entregar un relato que obvie pensamientos y sentimientos. Lo que Amunátegui busca es la mezcla de “lo oficial” con una historia más familiar, como propone Thackeray.<sup>174</sup> Representar sólo la historia de los grandes héroes y protagonistas políticos, es un tipo de escritura que estaba empezando a caducar; Amunátegui prefiere complementar la historia de los grandes personajes con las del pueblo y aquellas personalidades más humildes.

“La historia, segun una espresion clásica, es el maestro del jénero humano. En efecto, ella es la que conserva para provecho de las jeneraciones presentes i futuras los resultados obtenidos por la jeneraciones pasadas. Conviene a menudo para descubrir la verdad mirémos, no hácia adelante, sino hacia atras”<sup>175</sup>.

En esta cita se encuentra la primicia de Lastarria al escribir sus *Investigaciones*, pues Amunátegui explica que la historia es una de las herramientas más importantes que poseen las generaciones para conocer el pasado y así elucubrar lecciones para el presente y el futuro. Las enseñanzas de la historia no se pueden obviar, las sociedades deben siempre tenerlas presentes, pues en ellas se encuentra la sabiduría o las falencias que produjeron los ascendientes. En definitiva, vemos que a lo largo de los

---

<sup>174</sup> Amunátegui se basa en este intelectual para proponer un historia que esté más consciente de la vida privada y de las pasiones que llevan a los hombres a cometer distintas acciones. Da a conocer la siguiente cita del autor: “¿Por qué la historia continuará doblando la rodilla hasta el fin de los tiempos? Yo soi de opinion de que ella debe levantarse i tomar una postura natural. Ella no debe reducirse a hacer, como un chambelán, reverencias y bajezas, ganando la puerta a reculones en presencia de los soberanos. En una palabra, yo querria la historia familiar mas bien que heróica;...”. Amunátegui, *Anales* (H), 1884, p.373

<sup>175</sup> Amunátegui, Miguel Luis, “Introducción a la memoria histórica. Leída en Universidad de Chile. Sesión solemne de claustro pleno el domingo 27 de diciembre”, Sesión solemne de Claustro Pleno, en *Anales Universidad de Chile* (H), 1863, p.826

años la visión historiográfica de Amunátegui va cediendo desde una historia narrativa hacia una más filosófica.

Otros de los textos históricos de gran importancia para la época mencionados en los Anales sobre la base de una historia narrativa fue la *Historia General de Chile* escrita por Claudio Gay. A pesar que su obra se centra especialmente en las características físicas y geográficas del país; en aquellos capítulos en que se refirió a la historia política, podemos observar un intento por seguir la línea bellista historiográfica. Por esto en los Anales encontramos varios artículos que alaban la historia escrita por Gay. Uno de ellos fue el de Fernando Hess, quien en pocas páginas describe el 6° tomo de la *Historia General* escrita por Gay como uno de los relatos más meritorios sobre la época revolucionaria de nuestro país.

“El tomo en que nos ocupamos concluye con la abdicacion de O’Higgins. Por la impresión que su lectura nos ha dejado, i juzgando por ella, segun el modo de ver de Rousseau, del mérito de la obra, no podemos ménos de reconocerlo i proclamarlo. Obras de esta clase no se aprecian a nuestro juicio en detalle, sino en su conjunto; i cuando este satisface, el lector se siente mui dispuesto a olvidar lijeros lunares. Si en la parte que falta todavía al señor Gay para llenar su plan, se desempeña con igual acierto, tendremos una buena Historia del período que corre desde la caida de O’Higgins hasta el año de 1830, que cierra la época verdaderamente revolucionaria en Chile”<sup>176</sup>.

Para Hess, la lectura de esta obra *no podemos menos que reconocerla y proclamarla*, pues describe gran cantidad de hechos de las numerosas convulsiones que sufrió nuestro país durante ese corto período. Pero el aspecto más importante y que más rescata es el tema de la veracidad de estos sucesos, ámbito fundamental tanto en los textos de Amunátegui como de Lastarria, aunque la forma de escribir la historia sea bastante diferente, al menos en un inicio. El tema de la veracidad es un aspecto en el que quisiéramos insistir. Independiente que se escriba historia filosófica o narrativa, ambas cumplen con un objetivo común: dar a conocer el pasado. La forma de hacerlo no importa, pero al tratarse de un relato histórico siempre se tiene en cuenta la verdad como uno de los vectores principales y lógicos de la investigación. En el caso de la historia filosófica se puede recurrir a críticas, juicios, generalizaciones,

---

<sup>176</sup> Hess, Fernando, “Historia de Chile por don Claudio Gay. -Noticias sobre el tomo 6° de la Historia política”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), 1860, p.472

etc., pero éstas siempre están hechas (o al menos así se aduce), bajo la verdad reconocida por el autor respecto del pasado histórico. La veracidad de los hechos es para los intelectuales decimonónicos el principal y primer patrón para un correcto trabajo historiográfico, por esto la “historia oficial” recurre, casi solamente, a documentos oficiales y testigos presenciales como las fuentes más importantes y reconocidas, puesto que en ellos se encuentra con más fidelidad la verdad sobre el pasado. El trabajo de Gay no es una excepción y se destaca la presentación de hechos que, a juicio de Hess, *es el verdadero*.

“Los hechos que han sido objeto de versiones diversas i hasta inconciliables en ocasiones, están presentados por el señor Gay bajo el punto de vista que, a nuestro juicio, es el verdadero. La apreciación del carácter i mérito de los personajes que han tenido la principal parte en la marcha del país i en los sucesos militares, está hecha con bastante verdad y acierto”<sup>177</sup>.

El método de escritura de Gay y la gran complementariedad de su obra, hizo que Bello la reconociera vivamente como una de los libros más exitosos en exponer la historia general de Chile. La gran cantidad de detalles y hechos numerosos; el complemento entre la geografía del territorio, las costumbres de sus habitantes y la historia política; la omisión de críticas y juicios ideológicos o tendenciosos; permitieron que el rector de la Universidad alabara fervientemente la obra del polaco. Sin embargo, para Lastarria, Chacón, Sarmiento y el resto de los historiadores filosóficos no vieron en esta obra más que una recopilación y encadenamiento de hechos sin extraer de ellos el verdadero significado de los sucesos descritos y la incapacidad de llegar a conclusiones y juicios del pasado relatado. Para estos “filósofos de la historia” la obra de Gay no es más que una crónica, pues no entrega lecciones sobre el pasado que pudieran servir al futuro, tampoco critica el mal que los españoles produjeron con la inserción de sus costumbres y pensamientos dentro de los pueblos hispanoamericanos. Para ellos es simplemente una crónica de hechos que permite un forzado trabajo a la memoria, pero no desarrolla la capacidad de análisis mental de los hombres.

“The resultant work, *La Historia Física I Política de Chile*, appeared a resounding success to Andrés Bello, who appreciated the exactitud and diligence of the writer. Others, however, were less impressed eith Gay’s study, objecting to his adherence to the narrative method of historical writing and his inability to discover the meaning of the facts he had uncovered. Sarmiento commented caustically, in America we do not need mere collections of facts, but the philosophical

---

<sup>177</sup> Hess, *Anales* (H), 1860, p.472

explanation of causes and effects. While Bello championed Gay's work, the younger writer found his methodology outmoded. Gay later wrote to his friend Manuel Montt, minister of public instruction during the Bulnes era:

“A dear friend has told me the daily papers are criticizing my work, claiming that I have written a chronicle rather than a true history because I do not understand the philosophy of this science well enough to write a good work on the subject. Without a doubt, I enjoy this brilliant theories discovered by the modern school very much, and, I, too, would like to learn of this seductive spiritual combination... But, before this can be done, the journalists should ask themselves if the study of the bibliography of American, and, specially, Chilean historical literature is advanced enough to supply the necessary data for a work of this nature.

He concludes his letter noting that “since history is the science of facts, it is more valuable to relate these facts as they occur and leave the reader free to draw his own conclusions.”<sup>178</sup>

---

<sup>178</sup> Woll, Op.Cit., p. 30-31

Traducción libre del autor: “El trabajo resultante, La historia física i política de Chile, pareció ser un éxito rotundo a los ojos de Andrés Bello, quien apreciaba la “exactitud y lo concienzudo” del escritor. Otros, sin embargo, estaban menos impresionados con el estudio de Gay, objetando su adherencia al método narrativo de la escritura histórica y su incapacidad para descubrir el significado de los hechos que él había descubierto. Sarmiento comentaba cáusticamente, “En América no necesitamos meras recolecciones de hechos, sino que la explicación filosófica de causas y efectos”. Mientras que Bello defendía el trabajo de Gay, los escritores más jóvenes consideraban su metodología pasada de moda. Más tarde Gay escribió a su amigo Manuel Montt, ministro de instrucción pública durante la era de Bulnes:

“Un querido amigo me ha contado que los periódicos están criticando mi trabajo, aduciendo que he escrito una crónica más que una verdadera historia porque no entiendo la filosofía de esta ciencia lo suficientemente bien como para escribir un buen trabajo sobre el tema. Sin una duda, disfruto mucho de estas brillantes teorías descubiertas por la escuela moderna, y, yo también, quisiera aprender de estas seductoras combinaciones espirituales... Pero, antes que esto se pueda realizar, los periodistas debieran preguntarse a sí mismos si el estudio de la bibliografía de la literatura histórica americana, y, especialmente la chilena, está lo suficientemente avanzado como para ofrecer los antecedentes necesarios para un trabajo de esta naturaleza”.

El concluyó su carta haciendo notar que “ya que la historia es la ciencia de los hechos, es más valioso narrar estos hechos tal como ocurrieron y dejar al lector en libertad para llegar a sus propias conclusiones”.

Allan Woll relata con gran exactitud la división de los pensamientos con respecto a la escritura historiográfica en estas líneas donde incluye un extracto de la carta de Gay a Manuel Montt. El pensamiento del polaco es similar al de Bello, pues piensa que a través de la narración de los hechos de un pueblo se puede llegar a percibir su espíritu, costumbres y lógicamente su historia. Gay pensaba que un país como Chile y el resto de las repúblicas hispanoamericanas no estaban preparadas para esas “brillantes teorías”, pues ni siquiera se habían encargado de recopilar los antecedentes de su historia. Para el polaco era necesario primero reunir todos los hechos, sucesos, acontecimientos y eventos históricos, luego se podía dar pie para acceder a lucubraciones y abstracciones filosóficas como lo habían hecho algunos de los intelectuales europeos.

A pesar que la historiografía bellista -seguida por Gay- es la que podemos encontrar con más adeptos en el Chile decimonónico, sobretodo teniendo en cuenta el positivismo que provenía de Europa; también surgen intelectuales que aducen a la incapacidad del historiador por trabajar una historia meramente objetiva e imparcial. Es el caso de Gustav Courcelle-Seneuil, quien plantea que la historia necesariamente es subjetiva, pues es escrita por los hombres y éstos son subjetivos en su pensar y cosmovisión de mundo. Cada uno tiene una percepción diferente de la vida, de las cosas y por lo tanto también de los fenómenos sociales. Los individuos son diferentes de los otros y por lo tanto van a pensar y tener una perspectiva distinta del resto; ya sea por intereses, experiencias, vivencias, costumbres, formación, educación, etc. Los hombres tienen una imagen de las sociedades que no necesariamente calza perfecta con la de sus homólogos y aún más si se trata del devenir del pasado histórico de sociedades que está lleno de particularidades, contradicciones y juicios disímiles. Por esto para Courcell-Seneuil *el historiador ve más o menos distintamente los objetos que forman la materia de su estudio*, dependiendo de la experiencia vivida, la educación recibida y la cosmovisión del mundo que posea.

“¿No es verdad que en esta contradicción no se debe ver más que un nuevo testimonio de la inconsistencia humana, o bien se debe concluir que es imposible realizar la concepción de una historia escéptica? Parécenos difícil conservar alguna duda a este respecto. La inteligencia humana no es, según Thiers, Barante i muchos otros que parecen creerlo, un espejo sin color en el cual los acontecimientos vienen a reflejarse de una manera uniforme. Los acontecimientos se verifican, es verdad, i los hombres obran independientemente de la inteligencia i de la voluntad del historiador,



del mismo modo que los fenómenos de la naturaleza son independientes del naturalista; **pero el historiador, como el naturalista, vé mas o menos distintamente los objetos que forman la materia de su estudio**, según sea mas o menos inteligente e instruido, i según comprenda i sienta mas o menos. **Es esta una necesidad absoluta e inevitable de la naturaleza humana**”<sup>179</sup>.

Para el francés este subjetivismo que se encuentra en el hombre al momento de escribir la historia *es una necesidad absoluta e inevitable de la naturaleza humana*. Puesto que el hombre es hombre y diferente del resto, pensará distinto tanto la historia como el resto de las materias del saber, la moral y sentimientos. Se encarga de refutar a los filósofos europeos iluministas como Thiers y Barante, quienes pretenden hacer una historia solamente de hechos y omitir los juicios y perspectivas de los historiadores. Sin embargo, para Courcelle-Seneuil esto se trata de una quimera, puesto que el ojo humano se fija en diferentes cosas según su intereses y experiencias y, aunque se trate de una historia de hechos, ésta igualmente conservará cierto subjetivismo e imparcialidad, porque un determinado individuo se puede fijar en un acontecimiento y otro no, o puede darle más importancia a un suceso que otra persona, o puede omitir ciertos pormenores y detalles que para otro hombre serían esenciales en la escritura de un determinado período histórico. Para el francés se trata del distinto *colorido con que el hombre pinta lo que ve* y este colorido aumenta sobretodo si se trata de hechos movibles como son los fenómenos histórico-sociales.

“Si cuando se trata de objetos puramente materiales, **el ojo del hombre pinta siempre con cierto colorido lo que vé, si lo que uno distingue i cree importante pasa completamente inapercibido para otros ¿cómo no lo será así cuando se trata de un cuadro tan movible, tan complejo como el de los fenómenos sociales i de los acontecimientos históricos?** ¿Cómo figurarse que el historiador pueda ser en ese punto diferente de los otros hombres, que le sea dado ver mas allá de lo que sabe? Semjante teoría mas o menos implícitamente contenida en la mayor parte de los tratados de literatura i recientemente exagerada por Thiers y Barante, es evidentemente quimérica”<sup>180</sup>.

---

<sup>179</sup> Courcelle-Seneuil, Gustave, “Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. ¿Qué cosa es la historia?”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), 1856, p.339. El subrayado es nuestro.

<sup>180</sup> Courcelle-Seneuil, *Anales* (H), 1856, p.340. El subrayado es nuestro.

Courcelle-Seneuil ataca firmemente a los mismos intelectuales que Bello había proclamado como “genios de la historiografía”. El venezolano cita numerosos pasajes escritos por estos historiadores en el inicio de su ensayo sobre los *Modos de escribir la historia*, para afirmar que se requiere la escritura de una historia de hechos y no filosófica<sup>181</sup>. Es la misma interpretación disímil que sostuvo con Lastarria frente a Herder; pues tanto el literato como el francés consideran que el historiador necesariamente debe juzgar, criticar y pensar el pasado según la visión propia, por lo cual descartan la historia meramente como una narración de acontecimientos propuesta por el filósofo alemán, Barante y Thiers, a quienes Bello sigue muy de cerca. Es más, Courcelle-Seneuil afirma que el historiador *que no experimenta ni afecciones ni odios no puede comprender el drama de la historia*, pues el pasado también evoca y despierta sentimientos, rencores, resentimientos, simpatías, afectos, etc., al igual que el presente. La historia es hecha por hombres y escrita por los mismos; no tener estas emociones sería narrar un pasado plano, cuando no lo fue; un pretérito humano vacío, sin consistencia ni alteraciones, cuando jamás la humanidad ha dejado de sentir, soñar, vibrar y pensar. Por esto el historiador debe expresar sus *antipatías y afecciones* frente a los sucesos relatados, pero siempre cuidando enunciar la verdad y que los sentimientos expresados no empañen la veracidad del asunto, aún más, tanto sus odios como las simpatías deben ser *altos y justos*; es decir, fundamentados.

“Nada hemos dicho de la imparcialidad que todos los tratados de literatura recomiendan al historiador, porque ella depende mas del carácter que del arte propiamente dicho. Nada lo alejaría mas de la imparcialidad histórica que el escpeticismo o la ausencia de creencias morales, o la falta de todo interés en las cosas humanas. **El que no experimenta ni afecciones ni odios no puede comprender el drama de la historia. Pero importa que las afecciones i los odios del historiador sean altos i justos, que no oscurezcan ni su razon ni su juicio, a punto de privarlo de la crítica o de inspirar en él la miserable tentacion de alterar la verdad en su relacion.** Cualesquiera que sean las afecciones i antipatías del historiador, la investigación de la verdad debe ser su primer cuidado, como es su primer deber”<sup>182</sup>.

---

<sup>181</sup> “Estamos cansados de ver la historia transformada en una sofista dócil y asalariado que se presta a todas las pruebas que cada uno quiere sacar de ella. Lo que se le piden son hechos. Como se observa en sus pormenores, en sus movimientos, este gran drama de que somos actores y testigos, así se quiere conocer lo que era antes de nosotros la existencia de los pueblos y de los individuos. Se exige que la historia los evoque, los resucite a nuestra vista”. Barante, en Bello, Op. Cit., p. 4

<sup>182</sup> Courcelle-Seneuil, *Anales* (H), 1856, p.341. El subrayado es nuestro.

Para el francés la historia, al igual que para Lastarria, es el precioso documento en que se conserva la *memoria de los pueblos*. Es parte de la identidad de una sociedad y así como en el primer capítulo Larraín y Therbörn proponían que el desarrollo del aspecto cultural de un grupo humano era esencial para la construcción de la identidad, como es el caso de la historia; Courcelle-Seneuil afirma que sin ella las sociedades no pueden conservar su propia individualidad. En este sentido, entramos nuevamente en el tema de la diferenciación de “los otros” con el “nosotros” propuesta también por Larraín y Todorov<sup>183</sup>. Las sociedades necesariamente requieren trazar una línea histórico-cultural para sentirse parte de una nación o de un conglomerado humano. La historia hace que ese sentimiento se haga material con su escritura y así las sociedades almacenen su pasado tanto en sus hechos como en las emociones y costumbres. Se piensa ya no tan solo en el “yo”, sino en el “yo” en medio de un grupo de personas que trazan una cultura e historia común, es decir, “un nosotros”.

“¿Qué cosa es la historia? ¿Cuál es su papel i cuál es su importancia en el desarrollo de las facultades humanas? La historia es la memoria de los pueblos: por ella adquieren, conservan i desarrollan el sentimiento de su individualidad. (...): cuando la historia aparece en una sociedad, la tribu se ha hecho pueblo. Entónces se piensa en los antepasados i en los descendientes, mas allá del presente i de los límites de la vida individual”<sup>184</sup>.

Otro de los grandes intelectuales y políticos más eminentes que se encargó de pensar la historia fue Domingo Santa María, antiguo presidente de Chile. Aunque no desarrolló un pensamiento propiamente historiográfico, sí se dedicó a la escritura de diversas épocas históricas, especialmente intentando una suerte de comparación entre el “Antiguo Régimen”, resaltando su despotismo e injusticias, y los nuevos tiempos modernos en que se encontraba la sociedad decimonónica. Hombre liberal y ferviente luchador por la emancipación intelectual, cultural, literaria y educacional dentro del país. Al igual que Lastarria y Courcell-Seneuil pensaba que la sociedad estaba regulada por fuerzas que se coordinaban por las leyes del progreso y tarde o temprano las sociedades, con la voluntad de los

---

<sup>183</sup> Tzetan Todorov. Cientista Social francés que ha publicado numerosas obras de teoría literaria, historia del pensamiento y análisis de la cultura. Una de las más importantes es *Nosotros y los otros* en donde explica la importancia de la diferenciación/similitud con “los otros” para la construcción de identidad.

<sup>184</sup> Courcelle-Seneuil, *Anales* (H), 1856, p.336

hombres que la componen, van a llegar a un estado de civilización y progreso continuo<sup>185</sup>. Es en medio de esta transición en que se encontraban las repúblicas americanas; saliendo de un despotismo e inercia política e intelectual, para entrar en una fase de aprendizaje que las llevaría inevitablemente hacia los avatares de la modernización, si es hacia ese camino donde trabaja la voluntad de los hombres. Para Santa María la independencia de las antiguas colonias españolas se traduce en una ley inevitable del desarrollo, en donde, por el natural progreso de las sociedades, se debía llegar a la emancipación tanto política, primero y luego intelectual.

“La hora había llegado. **Los pueblos están sometidos a una ley de desarrollo, de actividad i de progreso.** ¿Podría impedirse al individuo, que ha menester en sus primeros años de la tierna ayuda de la madre, que mas tarde crezca, se desenvuelva i emplee su fuerza en beneficio propio? **A la América le faltaba solo la oportunidad.** La opresion calculada en que se le había mantenido durante tres siglos, no había sido bastante para sofocar la espansion de sus fuerzas i de su espíritu, así como las constantes ligaduras aplicadas al cuerpo de un niño no obstarian al desarrollo de su físico”<sup>186</sup>.

Al igual que Lastarria, el antiguo presidente explica que por la ley del desarrollo y del progreso que impera en la historia, se llega inevitablemente a la libertad de los pueblos e individuos. Santa María no lucubró historiográficamente en sí, pero a través de sus ensayos podemos percibir claramente su amor por la libertad humana y los juicios y críticas históricas sobre el pasado despótico de los monarcas, tanto en Europa como en América. Sus escritos están llenos de alegorías y metáforas, lo cual hace del relato una dulce poesía lleno de asombrosas comparaciones. Sobre el tema de la libertad del hombre, el político expresa que el mundo ya había estado gobernado durante varios siglos bajo las manos de reyes

---

<sup>185</sup> Para Lastarria la conservación, desarrollo y mejoramiento de la sociedad obedecen a ciertas leyes que son propias de la naturaleza del hombre. Si éste sabe aplicarlas con sentimientos virtuosos e inteligencia, que son las dos fuerzas de estas leyes, la sociedad se moverá en un continuo progreso hacia la perfección. “La existencia o conservación de la sociedad, i su perfección o progreso obedecen a ciertas leyes, o procedimientos o influencias que son propias de su naturaleza (...). El sentimiento i la inteligencia, que son las dos fuerzas o facultades fundamentales de la actividad del hombre, tienen caracteres diferentes, porque el primero es una fuerza de recepción, de asimilación y de adhesión, mientras que la segunda es una facultad de invencion i de produccion (...). Estas dos fuerzas son las leyes que mantienen la existencia de la sociedad i dirijen su desarrollo, son los motores del movimiento de la humanidad, las influencias que reglan i determinan su procedimiento (...). Tales son pues las leyes que siguen el progreso social, i tal es la manera, como obran al dirigir ese movimiento de la humanidad en todas las esferas de la humanidad en todas las esferas de su actividad, produciendo siempre una marcha hácia adelante, acelerada o contenida, circular o curva, rectilínea o trunca; pero siempre una marcha”. Lastarria, *Miscelánea, histórica y literaria*, Tomo II, p.375, 376,379.

<sup>186</sup> Santa María, Domingo, “Memoria Histórica sobre los sucesos ocurridos desde la caída de don Bernardo O’Higgins en 1823 hasta la promulgación de la Constitución dictada en el mismo año”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), 1858, p.10

dictatoriales y arbitrarios que no permitían el correcto desenvolvimiento de las facultades humanas, pero gracias a la Ilustración y las filosofías sobre la igualdad y libertad derramada por algunos intelectuales durante los siglos XVII y XVIII, se crearon los inicios de la expansión tanto política como social y cultural de las sociedades europeas.

“El siglo XVIII, al despedirse, legó al mundo severas lecciones i grandes verdades. Durante largos años, ¡qué digo! durantes largos siglos, se habia mantenido una sorda, pero tenaz lucha entre el despotismo de los reyes i la libertad reclamada por los pueblos. En esta contienda, en que las pasiones, la ignorancia, i la fuerza prestaba eficaz apoyo a los primeros, los segundos tenian apénas el ausilio del algunas almas elevadas, de algunos corazones rectos i de algunas inteliencias preclaras (...). **Los rayos de la luz habian de penetrar al fin, porque la justicia tiene una voz cuyos acentos se hacen oír tarde o temprano en el corazon de los pueblos como en el de los hombres.** El despotismo podia arrasarlo todo en medio de su despecho o del alborozo de sus triunfos, pero no podia apagar la inteliencia, ni condenar a muerte sus elucubraciones. **El hombre moria, pero la filosofía se salvaba**”<sup>187</sup>.

Santa María creyó firmemente en las leyes del progreso, y esto se traduce, a su vez, en el alcance de la libertad humana y el hombre como ser capacitado para gobernar por sí mismo su nación, bajo un modelo que preste más igualdad e independencia de acción que las autoritarias monarquías. Fue un ferviente admirador de las filosofías ilustradas que fueron una de las grandes causas para el estallido de la Revolución Francesa. Se nota claramente su tendencia liberal a diferencia de muchos políticos e intelectuales que aborrecieron la filosofía y anarquía que derramó esta Revolución.

“Hizo mas todavia: el pueblo frances se constituyó rei i dirigió un reto a los reyes. El espíritu de esta revolucion no era otro que el que la filosofía habia ido propagando mediante su esmerada confianza i sus pacíficas conquistas. El absolutismo i el capricho debian desaparecer; la libertad, el derecho i la justicia habian de ser en adelante la base angular de toda organización social, la enseña de la civilizacion moderna”<sup>188</sup>.

---

<sup>187</sup> Santa María, *Anales* (H), 1858, p.8. El subrayado es nuestro.

<sup>188</sup> Santa María, *Anales* (H), 1858, p.9

En estas líneas, Santa María demuestra su admiración por la filosofía que se esconde tras la Revolución. Al escribir sobre historia, podríamos decir que es un historiador al estilo filosófico, pues juzga, critica y expone sus propias opiniones sobre las materias trabajadas. En el caso de la Revolución Francesa traza claramente en el papel su adherencia a los pensamientos ilustrados y posteriormente juzga a los hacedores políticos de la insurrección como hombres dejados llevar por sus pasiones, sin entregarse al bien común del pueblo. *Cayeron en un delirio que desembocó en la ley funesta del terror para gobernar*<sup>189</sup>.

El político también juzgó la historia de Chile, intentando explicar las causas, efectos y lecciones para el futuro que pudieran traer los diversos hechos estudiados. En su memoria sobre la Independencia americana y el posterior gobierno de O'Higgins en Chile, explica que el militar no supo comprender los tiempos que se vivían, puesto que la emancipación política y por consiguiente la libertad de los individuos ya había llegado al territorio nacional; pero O'Higgins siguió gobernando con una estrategia restrictiva para sofocar cualquier sublevación, la cual justamente se volcaría en contra de él por su misma política autoritaria. Para Santa María, uno de los elementos que gatilló odiosidad hacia el militar gobernante fue que éste no creyó en la capacidad del pueblo para gobernarse por las leyes de una constitución escrita. En vez de esto gobernó a través de simples palabras y decretos que impuso de forma arbitraria. La supuesta libertad que anteriormente había proclamado O'Higgins se quebró una vez en el poder. Para Santa María esto tuvo también una cuota importante de ambición por continuar en el gobierno del país.

**“O'Higgins no comprendió este espíritu que dominaba su época, ni el oríjen que traia (...). Entónces prendió la funesta creencia de que una política restrictiva podía afianzar, mas bien que el imperio de la libertad, la felicidad de la república. O'Higgins no comprendia cómo las constituciones tuviesen la virtud de producir el contento i la tranquilidad pública, ni cómo contribuyesen a desarrollar el espíritu i la intelijencia de un pueblo. Lo atribuía todo a los hombres, a las circunstancias i accidentes secundarios a que daba grande influencia. Sus antecedentes i la ambicion del mando le impedían persuadirse de que un gran pueblo pudiera tener en tanta estima un papel escrito (...). Creer, por otra parte, como creía el director O'Higgins i los**

---

<sup>189</sup> “Pero esta revolucion tuvo sus delirios, señores, ejerció crueles venganzas i agotó la vida del mismo pueblo que la servía. ¡Lei fatal que gobierna los grandes sucesos humanos! ¿Cómo quitar a las pasiones su poderío i a la razon sus debilidades? La revolucion quiso someterlo todo a la lei del terror, como la única que pudiera mantener la unidad i la organizacion”. Santa María, *Anales* (H), 1858, p.9

**hombres que formaban su círculo, que el pueblo no estaba preparado para recibir una constitucion i entrar al ejercicio de la vida pública, era un error funesto que los hechos, mas que la razon, combatian**<sup>190</sup>.

Como vemos Santa María enjuicia, critica, juzga, reflexiona, encadena pensamientos y hechos. Intenta responderse el fracaso del gobierno de O'Higgins y llega a la conclusión que fue por su arbitrariedad una vez en el mando, cuando los tiempos demandaban otro gobierno. Juzga al militar de poco perceptivo al no darse cuenta que la restricción política no traía la felicidad a los pueblos. Se requería de la libertad, que después de tres siglos al fin se había conseguido y no estaba siendo trabajada. Lo critica por ambicioso, pues para Santa María el poder lo cegó y no vio en los ciudadanos la capacidad que poseen para gobernarse bajo una constitución. O'Higgins creyó más en sus palabras que en el papel escrito. Para el antiguo presidente esto se trata de un grave error, puesto que la misma razón humana combate el hecho que los hombres no se puedan gobernar a sí mismos. El político no se contenta sólo con criticar y juzgar los hechos en su memoria, también los analiza y fruto de este análisis entrega sus opiniones personales. No narró los hechos simplemente para dejar al propio lector sacar sus conclusiones como lo dicta Bello y la "historiografía oficial"; más bien hace eco de sus resoluciones históricas y voluntariamente las redacta en el papel bajo un examen exhaustivo de lo estudiado.

“El director O'Higgins estuvo mui distante de pensar así, i creyéndose poderoso, se entregó a una mala causa i se decidió a combatir la opinion i las ideas dominantes en su época (...). El patriotismo pudo al fin mas que en él que la ambicion i el egoísmo. Cayó, pero cayó dignamente; cayó como héroe dando a la opinion un testimonio de respeto i al pueblo una nueva demostracion de su cariño. Su caída lanzó a la república por caminos desconocidos i la entregó a una actividad de que hasta entónces no habia disfrutado. Por ese tiempo prendió ardorosamente en Chile el amor al estudio de la ciencia constitucional i cobraron vigor las ideas que habian ajitado en un principio la intelijencia de nuestros padres”<sup>191</sup>.

---

<sup>190</sup> Santa María, *Anales*, 1858 (H), p.13-14. El subrayado es nuestro.

<sup>191</sup> Santa María, *Anales* (H), 1858, p.15-16

Según Santa María, O'Higgins sufrió un fuerte vuelco; de ser un ferviente liberal se transformó en un hombre que luchó en contra de las ideas liberales de su época, especialmente aquellas que aseguraban la felicidad, progreso y desarrollo de los pueblos bajo el gobierno de una constitución y un mandatario regulado por el poder de un congreso elegido popular y públicamente. Sin embargo, rescata del militar su patriotismo, puesto que su abdicación, aunque desembocó en una anarquía política posterior, demostró el cariño que le tenía al pueblo chileno al no seguir en el poder cuando la mayoría de la elite lo quiso así.

Para Santa María el progreso del país no se trataba solamente de una independencia política, la cual ya se había conseguido; también anheló el enraizamiento de la emancipación cultural e intelectual en el nuevo Chile<sup>192</sup>. Aún quedaban numerosas herencias funestas de la Madre Patria para el progreso cultural del país, y éstas se debían combatir a través de la lucha por las ideas que era la campaña más difícil de llevar a cabo. Santa María miró con admiración la producción cultural que empezó a gestarse en Chile después de 1840, especialmente durante el primer quinquenio del gobierno de Bulnes en donde comienzan a circular numerosos periódicos como *El Semanario* y *El Crepúsculo*; se fundan sociedades culturales como la Sociedad Literaria de 1842, se crean varios colegios y se inaugura la monumental Universidad de Chile. Todas esas creaciones son para el ex presidente un augurio del correcto camino por el que atravesaba el país para llegar a la meta de la civilización y el progreso. Estos trabajos ayudaron al país a elevar el nivel intelectual y a los ciudadanos a encumbrar su capacidad mental. Son aquellos años que se recordarán con añoranza, júbilo y felicidad una vez que el país atravesase por períodos amargos y/o de confusión política e institucional.

“En la vida de las naciones hai ciertas épocas en que se rejuvenecen i cobran vigor extraordinario para marchar por la senda del progreso i de la civilizacion. Durante ellas una fuerza ántes desconocida impulsa las inteligencias a la elaboracion de esas ideas, que traen consigo los grandes adelantamientos y enjendran los grandes proyectos. Una actividad desacostumbrada circula por la sociedad dando orijen a trabajos e instituciones que dejan un recuerdo duradero, una memoria grata, i cuya influencia se hace sentir hasta mui largo tiempo después que han desaparecido.

---

<sup>192</sup> “Puede decirse que aquí concluyó la campaña militar. La revolucion habia terminado su primer período, pero quedábale otro no menos espinoso i difícil. Iba a comenzar una revolucion de otro jénero que podia abrir crueles heridas, si no se la llevaba con discrecion i cordura. Si se habia vencido a la España armada, era menester en seguida vencer a la España intelectual, a la España que nos quedaba en las leyes, en nuestros hábitos, en nuestra educacion i en nuestros sentimientos (...).Se abria señores, la campaña de las ideas”. Santa María, *Anales* (H), 1858, p. 11



Cuando éstas épocas han pasado, las naciones las recuerdan con la misma satisfacción con que los individuos hacen reminiscencia de los años de una juventud feliz, i piden encarecidamente al cielo su pronta vuelta. Tal ha sido para Chile, el periodo transcurrido desde 1841 hasta 1846. Ese quinquenio pacífico sucedió a otros de revueltas intestinas, de opresión de parte de los gobernantes, de anarquía de parte de los gobernados, de malestar jeneral”<sup>193</sup>.

La producción cultural experimentada en el país durante este quinquenio fue gracias al debilitamiento de la opresión por parte del Estado. Es justamente la libertad, bajo el pensamiento de Santa María, la que impulsa y permite el desarrollo intelectual de los ciudadanos. Un ejemplo de este desenvolvimiento para el político es la oratoria considerada por él la *literatura de las grandes inteligencias*. Santa María buscó a través de la palabra hablada el progreso del país y consideró al orador como un hombre digno de *pensamientos grandiosos*. Sin embargo, la oratoria o cualquier otra producción cultural no pueden desarrollarse en su más cabal expresión en un país o territorio donde reine el despotismo, pues se coartan las redes de pensamientos y lucubraciones mentales, la creatividad se apaga, el hombre se vuelve ensimismado y se vive en el miedo, en el terror; lo cual impide el florecimiento de producciones artísticas, históricas, filosóficas o literarias que llevan al país hacia una elevación tanto cultural como espiritual. Santa María consideró a Antonio García Reyes como uno de los oradores más importantes del país, pero también expresa que a este orador se le olvidó hacer referencia a la necesaria libertad que debe existir en una nación para tener una oratoria elevada y sin restricciones intelectuales; pues la arbitrariedad y *el despotismo nunca ha producido nada bueno*<sup>194</sup>.

“La oratoria para florecer necesita de la libertad, como el individuo del aire para respirar. La elocuencia no existe nunca en un pueblo de esclavos: i García Reyes olvidó hacer referencia en su discurso a esa segunda condición. Si se desea que se formen oradores, no basta aconsejar a los jóvenes el estudio, es preciso prevenirles además que deben trabajar por alcanzar la realidad de las instituciones liberales. Bajo este aspecto la libertad es también una regla de retórica; la libertad, señores, que cuenta tantos mártires como una religión, que nos es más querida que la patria, i e defensa de la cual se marcha muchas veces a la muerte con la misma alegría que una fiesta. Vivimos en una de esas épocas de reacción que de periodo en periodo vienen a detener los

---

<sup>193</sup> Santa María, Domingo, “Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), 1856, p.321

<sup>194</sup> Nos salimos algo del esquema historiográfico planteado en un inicio para dar una muestra de la profundidad de los discursos de Santa María publicados por los Anales de la Universidad de Chile.

adelantamientos de la sociedad. El despotismo tiene actualmente en el mundo civilizado sus adoradores, sus entusiastas apolojistas; pero digan lo que quieran todos ellos, el despotismo no ha producido nunca nada que pueda merecerle el reconocimiento de los hombres. I, para volver a mi materia, la oratoria, esa literatura de las grandes inteligencias, de los corazones nobles, de los pueblos libres; esa literatura militante, órgano de todos los pensamientos grandiosos, de todas las cuestiones que de cerca o de lejos se refieren al progreso de la humanidad, vale infinitamente mas que esa literatura estéril, espresion del servilismo o de la adulacion, inventada para entonar los himnos de la divinizacion de un déspota, literatura cuyas bellezas consisten en la combinacion de las palabras i no en la elevacion de las ideas”<sup>195</sup>.

Volviendo a nuestro tema -la historiografía decimonónica expuesta principalmente en los Anales de la Universidad de Chile-, podemos concluir que Santa María sin plantear una teoría historiográfica propiamente tal, se aventuró hacia un método histórico más filosófico. Podríamos deducir que su anhelo por la libertad en todo ámbito lo llevaron a expresar también libremente sus juicios sobre el pasado nacional, americano y europeo. Su personalidad intelectual derivó en sus pocas memorias históricas hacia una escritura más filosófica, pues las restricciones no estaban dentro de sus parámetros mentales, y lógicamente tampoco lo iban a estar en la composición de la historia. Es más, se preocupa voluntariamente de entregar sus opiniones acerca de los personajes y hechos relatados, al mismo tiempo que entrega lecciones para el futuro cuando se ha obrado con inexperiencia, desenfrenos, vicios o simplemente incorrectamente. Santa María sin darse cuenta, creemos, se sumó a la corriente inspirada por Lastarria en cuanto a la forma de escribir historia. Sus juicios, metáforas, críticas y análisis permiten dar luces del contexto histórico, intelectual y moral, de al menos una visión de lo tejido en la época. Sus escritos históricos nos permiten adentrarnos y profundizar no sólo en los hechos y reflexiones expuestos en la memoria, sino que también penetramos en el pensamiento de una de los políticos e intelectuales liberales más importantes del siglo XIX, y por lo tanto en la mentalidad de gran parte de la corriente liberal.

---

<sup>195</sup> Santa María, *Anales* (H), 1856, p. 328

En cuanto a los historiadores bellistas, además de Miguel Luis y Gregorio Amunátegui y Claudio Gay, ya nombrados, se encuentran dentro de la “historia de hechos”, intelectuales como Diego José Benavente, Antonio García Reyes y Manuel Antonio Tocornal. Para analizar los escritos históricos de estos personajes acudiremos muy de cerca a la investigación de Allan Woll, pues compartimos la mayoría de sus aseveraciones cuando se trata de entender el tipo de historia escrita por los seguidores de Bello.

Primero que nada debemos referirnos a la férrea imposición que aplicó Bello en los concursos sobre las memorias históricas. El rector intentó socavar la duda acerca de los modos de escribir historia. A la discusión sostenida con Lastarria y Chacón siguió una fuerte arbitrariedad sobre la elección de los métodos. Es decir, no había elección, simplemente los alumnos debían continuar los pensamientos de Bello, que por lo demás era el rector de la casa educacional. El venezolano a través de diversos discursos, artículos y memorias como la ya citada *Modo de escribir la historia*, se encargó de propagar sus ideales para que fueran seguidos por la juventud y así se generara una uniformidad de pensamiento y todos los pupilos estuvieran conformes con sus ideales. Bello se convirtió no tan sólo en un profesor y rector de la Universidad, sino también en un intelectual que intentó controlar el pensamiento de la juventud con el fin de trabajar por una homogeneidad intelectual y mental.

“Unlike Lastarria and he’s cohorts, however, Bello was not limited to informal means of persuasion merely by the publications of articles indented to convince others of he’s views. He also possess strict control of more substantive means witch could forced others to complain with he’s ideals. As rector of the University, Bello could choose the writer of the yearly *memoria* therefore, anyone disagreeing with he’s methods of writing history might never have and opportunity to presents a work to the University Council. (...). The Faculty committee that judge the new historical study follow Bello’s philosophy without questions. Often the judge use the same words that Bello has writing in his study *Modo de escribir la historia*”<sup>196</sup>.

---

<sup>196</sup> Woll, Op.Cit.p.50

Traducción libre del autor: “Contrariamente a Lastarria y sus cohortes, Bello sin embargo no se limitaba a medios informales de persuasión por medio de publicaciones de artículos anexos para convencer a otros de su visión. El también posee un estricto control de medios más substantivos que pueden forzar a otros a concordar con sus ideales. Como rector de la Universidad, Bello podía elegir al escritor de la memoria anual. Por lo tanto, cualquiera que no estuviese de acuerdo con su método de escribir historia, podría no tener nunca la oportunidad de presentar un trabajo a la comisión de la Universidad (...). La Comisión de la facultad que evalúa el nuevo estudio histórico sigue la filosofía de Bello, sin lugar a dudas. A menudo, el juez o evaluador, utiliza las mismas palabras que Bello ha usado en su estudio, “Modo de escribir la historia”.

Frente a esta panorámica los intelectuales de la Universidad intentaron seguir las creencias y filosofías de su rector. Sin embargo, en sus memorias podemos percibir ciertas contradicciones con el método narrativo, o más bien una vacilación constante entre ambos métodos. Intentaron siempre narrar la historia a un modo de crónica, utilizando en su mayoría documentos oficiales. Sin embargo, a través de sus lecturas se desgajan opiniones personales que, al parecer, no pudieron evitar. También encontramos incipientes juicios sobre los personajes estudiados que, también parecieran ser involuntarios, pero en su calidad de hombres y, por consiguiente, historiadores subjetivos necesariamente de sus memorias históricas se desprenden pequeños indicios de opiniones personales, favoritismos u odios.

El trabajo de Diego José Benavente, *Primeras campañas en la guerra de de la Independencia de Chile*, publicado en los Anales en 1845, es un claro ejemplo de inclinaciones personales hacia un determinado actor histórico. En este caso, Benavente luchó con Carrera en contra de los realistas y siempre fue incondicional a este jefe militar. Una vez que Carrera es exiliado por amenazar la unidad entre los o'higinistas y los de su bando, Benavente es arrestado por O'Higgins y sus partidarios. Desde ese momento se generó en Benavente un profundo odio hacia el protagonista de la "Patria Nueva" y se encargó de desprestigiarlo y ensalzar a su contrincante. Es por esto, que su memoria claramente intenta reivindicar la reputación ya deshonrada de Carrera, denigrando la figura de O'Higgins. A pesar que en el prólogo de su memoria asegura que relatará los hechos con la mayor veracidad y objetividad posible, basándose en documentos oficiales; no logra la objetividad deseada y se perciben manifiestamente sus pasiones y odios, favoritismos y rencores.

"Exacerbating this initial predisposition in favor of Carrera was Benavente's desire to free Carrera from the dismal reputation he had earned for his activity during the wars of independence. In this manner, both the selection of documents and the wish to vindicate an a old friend shaped Benavente's view of the past in his memoria"<sup>197</sup>.

---

<sup>197</sup> Woll, Op.Cit., p.54

Traducción libre del autor: "Exacerbar esta predisposición inicial a favor de Carrera fue el deseo de Benavente de liberar a Carrera de la pésima reputación que se había ganado por sus actividades durante la guerra de la Independencia. De esta manera, tanto la selección de documentos y el deseo de justificar a un viejo amigo, caracterizó la visión de Benavente del pasado en su memoria".

Por consiguiente, este trabajo demuestra que aunque haya sido una “historia de hechos” –o al menos un intento-, la selección de los hechos mismos es profundamente subjetiva, pues eligió aquellos que favorecían a Carrera y sus seguidores y los que desprestigiaban a O’Higgins. Por lo demás este favoritismo no supo ocultarlo y lo trazó claramente en sus líneas. Expresa que si el pueblo hubiese confiado en las acciones de Carrera en vez de tildarlo como tirano, Chile se habría ahorrado una buena cantidad de males.

“Si en vez de esta menguada resolución, se ubiese investido con amplias facultades al General Carrera, único ombre, en aquel tiempo, capaz de poner en movimiento los medios de defensa que el país poseía, i si la opinión pública le ubiese prestado su apoyo, ¡cuantos males se abrían aorrado a Chile i a casi toda esta parte de América! Pero al contrario, se continuó la táctica de presentarlo como aspirante i como tirano: táctica fatal que más de una vez a empapado en lágrimas i sangre el suelo americano; que a retardado su libertad i el sólido establecimiento de las instituciones republicanas”<sup>198</sup>.

De este modo, a pesar que Benavente se proclamaba seguidor de la historiografía bellista, terminó haciendo una historia tremendamente imparcial, subjetiva y colmada de opiniones personales arbitrarias. Es uno de los ejemplos que la historia objetiva es imposible de realizar. Otro caso similar al de Benavente es la memoria escrita por Antonio García Reyes<sup>199</sup>. Este intelectual también proclamaba la escritura de una historia narrativa y exenta de juicios y críticas por parte del historiador, pero por sobre todo de abstracciones<sup>200</sup>. A pesar que su memoria tiende a ser más imparcial que la de Benavente, cae en un juego de intereses. Su artículo claramente profesa una demanda hacia el gobierno: la construcción de una fuerte y colosal Escuadra Nacional. Para García Reyes la Escuadra fue una de las principales instituciones luchadoras en las batallas por la Independencia y sin ella, seguramente, -bajo el pensamiento del intelectual- habría sido muy difícil ganar esta guerra. La Escuadra da poder, orgullo y protección a la nación, es por esto que necesariamente se requiere de ella en excelentes condiciones. Para este intelectual, el gobierno, la elite y los militares han olvidado la importancia que poseen la “militancia marina” y se han preocupado de darle ingreso solamente al ejército terrestre, olvidando las glorias pasadas que entregó la Escuadra Nacional al mando de Lord Cochrane.

---

<sup>198</sup> Benavente, Diego José, “Sobre las primeras campañas en la guerra de la Independencia de Chile, presentada a la Universidad”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), 1845 **Página**

<sup>199</sup> García Reyes seguía de cerca la historiografía bellista. En 1839 intentó fundar una sociedad histórica que se encargara de recopilar documentos originales y/o oficiales con los alumnos del Instituto Nacional. Esta iniciativa fue

“Exmo. Señor, no debe estar confiada a sus propios hijos. Ellos solo pueden sobrellevar en paciencia las penurias que de ordinario acompañan al soldado: ellos solo pueden sentirse sostenidos en medio de los peligros i de las privaciones, por los sentimientos vivificantes del corazon: ellos solo pertenecen real i efectivamente a la causa a cuya defensa están consagrados. Buen testigo de ello es la historia de nuestra primera Escuadra. Apurantes reclamaciones hizo llover sobre el Gobierno hasta abrumarlo con el peso de sus exigencias. Exhaustas quedaban las arcas del erario cada vez que abordaba a nuestros puertos, i ni siquiera dejaba saborear sus victorias, cuando ponian a prueba la jenerosidad del pueblo en cuyo favor cedian. El curso de los acontecimientos, empero, llegó a aponerla en contacto con un Gobierno mas abundante en recursos o mas pródigo de los tesoros de la nacion, i desde ese momento la Escuadra, sostenida a tanta costa por nosotros, se disipó como la niebla bajo la accion de los rayos del sol. Nuestros buques quedaron vacíos, oficiales i marineros abandonaros a un tiempo el servicio, i apénas quedaron a bordo aquellos miserables reclutas que poco ántes habian salido intonsos de los campos de Chile”<sup>201</sup>.

García Reyes criticó la acción del gobierno, pues éste a pesar de aumentar sus capitales, éstos no se han destinado a recomponer la Escuadra Nacional, la cual se disipó *como la niebla bajo la acción de los rayos del sol*. Como podemos ver, esta memoria fue escrita claramente bajo un interés primordial; la exigencia que el gobierno se hiciera cargo de la edificación y recomposición de la antigua Escuadra Nacional. No es una memoria hecha “sin fines de lucro”, más bien intenta conseguir ciertas utilidades y respuestas por parte del gobierno. Sobre todo si sabemos que al momento de hacer lectura de su artículo histórico se encontraban varios funcionarios del Estado, incluido el propio Presidente de la República, Manuel Bulnes. En conclusión, García Reyes intentó seguir la historia bellista - desapasionada, objetiva e imparcial- pero claramente entre líneas podemos ver el gran interés que

---

aplaudida por Bello. También fue uno de los miembros de la Comisión que se encargó de destruir el *Bosquejo histórico* de Lastarria en 1848.

<sup>200</sup> “Los trabajos históricos no tienen en el día por único objeto satisfacer la natural curiosidad del espíritu humano por los hechos pasados. Hai algo de mas importante, de mas trascendental, que la buena filosofía pide al que se encarga de ellos; porque en efecto, la historia es el espejo en que se retratan las naciones; i dejan señalado el curso de sus instituciones i de sus obras. En ella la verdad de las cosas habla con un imperio que en vano querria encontrarse en las reflexiones abstractas; tocamos la realidad con nuestras propias manos, pesamos los acontecimientos en nuestra propia balanza, i nos rendimos con tanta mayor satisfacción a sus consejos, cuando que no podemos sospechar ni el artificio de la dialéctica, ni las mañosas instigaciones del interes”. García Reyes, Antonio, “Sobre la primera Escuadra Nacional, leída en la sesión pública de la Universidad de Chile, por el secretario de la Facultad de Filosofía y Humanidades”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), 1846, p.131

<sup>201</sup> García Reyes, *Anales* (H), 1846, p.134

mueve su escritura. García Reyes deja claramente escrito en el prólogo que es un continuador de la línea historiográfica propuesta por el rector de la Universidad. Comienza explicando que la Providencia es la mayor responsable del destino de la humanidad, por lo cual lo podríamos considerar fatalista -bajo la visión de Lastarria- y poco creyente en la capacidad y voluntad del hombre para llevar a cabo su propia ventura. Para García Reyes las naciones están puestas sobre la tierra gracias a la Divinidad, quien es también reguladora de su destino.

“Las naciones, E.S., no existen sobre la tierra como granos de arena desparramados al acaso. La Providencia a regulado desde el principio su nacimiento, su marcha i su destino, i en el gran concierto de la creación, ellas están llamadas sin duda a desempeñar algun espécial oficio. Cada una tiene su organizacion propia, su manera de existir, medios singulares para desarrollar sus elementos de ventura; i en conocer las peculiaridades de aquella en que vivimos, está cifrada en gran parte la ciencia de gobernarla. Desgraciado el pueblo que no comprenda cuáles son sus destinos, i que indolente no cuide de encaminarse a ellos desde temprano!”<sup>202</sup>.

A pesar de ser García Reyes un seguidor de la historiografía bellista, en lo que refiere a los dos puntos principales de ésta: la creencia firme en la Divinidad y la importancia de los hechos; el intelectual tiene un interés particular al escribir la memoria, una ambición que espera ser cumplida. Por lo tanto, tanto Benavente como García Reyes a pesar de intentar escribir una historia imparcial cayeron en un juego de intereses y pasiones.

Sin duda, el historiador decimonónico más estudiado por la historiografía chilena ha sido Diego Barros Arana. Por esto no insistiremos demasiado en el tema. Sin embargo, al estar estudiando la historiografía del siglo XIX es indispensable tratar, aunque sea brevemente, a este gran historiador. No lo haremos sobre la base de bibliografía secundaria, pues sobre esta materia hay bastante escrito y los lectores pueden acudir a ella. Más bien nos focalizaremos en los artículos de los Anales (en lo posible dentro de nuestro marco temporal) que hacen referencia al modo *ad narrandum* de Barros Arana, su prólogo a la Historia General, en donde explicita su estilo historiográfico y el excelente artículo escrito por Guillermo Feliú Cruz a comienzos del siglo XX, en el cual se encarga de desprestigiar la historia bellista consagrada por Barros Arana.

---

<sup>202</sup> García Reyes, *Anales* (H), 1846, p.127

El joven historiador a pesar de seguir muy de cerca la doctrina historiográfica de Bello, no compartió con él las visiones acerca de la política y la religión. Mientras que el primero derivó con el tiempo hacia un liberalismo anticlerical, siendo un ferviente defensor de la libertad del hombre (aunque no de la igualdad) y de los derechos civiles; el segundo, como lo hemos visto, jamás reformó sus creencias en la moderación hacia el cambio y en las bondades de la religión. Estas diferencias no impidieron que Barros Arana continuara el método intelectual propuesto por Bello para la escritura de la historia. La más conocida de sus obras, *Historia General de Chile*, se basa en la técnica *ad narrandum* y se encarga de resaltar en su prólogo que utilizará este método en su trabajo histórico, pues no creyó en las abstracciones, le parecían insoportables; ya que al igual que Bello pensó que la historia filosófica no podía tener cabida en un país que recién se estaba construyendo como nación. Primero se deben acuñar, reconstruir y establecer los distintos hechos y luego, en un futuro, se podrán hacer abstracciones, generalizaciones y síntesis, una vez que los sucesos y acontecimientos de la historia nacional estén claros y establecidos.

**“De aquí han nacido las historias vulgarmente llamadas filosóficas, con pocos hechos, o en que éstos ocupan un lugar secundario y como simple accesorio que sirve de comprobación de las conclusiones generales.** En manos de verdaderos pensadores y de escritores ilustres, la historia concebida en esta forma ha adquirido una grandiosidad sorprendente; nos permite observar, en un cuadro general y concreto, la marcha progresiva de la humanidad, y apreciar en su conjunto las leyes morales a que está sometido su desenvolvimiento. **Este género de historia, instructivo e interesante para los lectores cultos, no es todavía propiamente popular, porque para ser comprendido y apreciado, es indispensable cierta preparación intelectual que no es del dominio de la mayoría.** Exige además del autor, a la vez que un juicio claro y penetrante, ajeno a todo espíritu de sistema, un conocimiento exacto y profundo de los hechos, por más que éstos tengan poca cabida en su libro. **Cuando el historiador no posee estas condiciones, no llega a otro resultado que el de combinar una serie de generalidades más o menos vagas y declamatorias, una especie de caos que no procura agrado ni instrucción, una obra fútil y de escaso valor, que sólo puede cautivar a los espíritus mas superficiales”<sup>203</sup>.**

---

<sup>203</sup> Barros Arana, Diego, *Historia General de Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, DIBAM, 2000), Tomo I, p.5. El subrayado es nuestro.



Para Barros Arana las historias filosóficas no se preocupan de lo primordial que se debe rescatar del pasado: los hechos. Es más, ellos quedan subordinados a las abstracciones y síntesis generales que los “filósofos” exponen en sus libros de historia, creyendo que así se podrá dar una mayor comprensión del espíritu, creencias, costumbres y pleitos del pretérito de las naciones. Barros Arana creyó que este método historiográfico era una aberración; sobretodo para países como el nuestro que recién estaba despertando de su letargo político y mental. Los hombres de estos territorios – por lo tanto- carecían de un bagaje cultural importante, el cual es imprescindible para entender y comprender las llamadas historias filosóficas. Razón por la cual este historiador acudió a los hechos, que son de fácil entendimiento y al mismo tiempo ayudan a alimentar la sabiduría de la sociedad, la cual debe nutrirse primero de diversos conocimientos antes de entrar a vislumbrar las abstracciones que *no son del dominio de la mayoría*. Se requería de una historia más popular y que pueda ser comprendida por toda la sociedad. El historiador de las Américas debe obrar bajo esta concepción. Su deber es instruir a la población y no llenarla de generalizaciones vagas y absurdas que lo único que hacen es aumentar la confusión y generan *una especie de caos que no procura agrado ni instrucción*. El historiador, en definitiva, debe tener un conocimiento exacto y profundo de los hechos y esto es lo que le debe entregar a sus lectores, omitiendo, lógicamente las opiniones personales y síntesis burdas, las cuales *sólo pueden cautivar a los espíritus más superficiales*.

Barros Arana expone tres razones por las cuales se debe acudir a la historia narrativa en desmedro de la filosófica. Antes que nada, la primera debe ser una necesaria antesala de la segunda. Es decir, para llegar a crear una filosofía de la historia se requiere pasar primero por la fase de la recopilación y ordenación de los diversos hechos. Sin ello, no se llegaría más que a vagas y tergiversadas conclusiones. En segundo lugar, el método *ad narrandum* es capaz de llegar e instruir a más personas que lo que es capaz de hacer el método *ad probandum*. Pues explica la historia tal cual fue a modo de un relato “novelístico”. No se necesita de una cultura superior para acceder al entendimiento de este tipo de historia, pues es sencilla, fácil e inteligible para todo público. Por último, Barros Arana expresa que ambos tipos de historia son conjugables, es decir se necesitan uno del otro, aseveración que va a ser profundamente ensalzada por Miguel Luis Amunátegui y discutida por Feliú Cruz<sup>204</sup>. El historiador

---

<sup>204</sup> Para profundizar en las tres causas que llevan a Barros Arana a presentar una historia narrativa véase el prólogo de su *Historia General*, páginas 5 y 6.

“Al emprender esta historia, he adoptado de propósito deliberado el sistema narrativo. Me he propuesto investigar los hechos con toda prolijidad en los numerosos documentos de que he podido disponer, y referirlos naturalmente, con el

narrativo expresa que si se entiende la historia filosófica como el “encadenamiento lógico de los hechos, su sucesión natural explicada por medio de las relaciones de causas y de efectos, el estudio no de los sucesos militares y brillantes, sino de todos los accidentes civiles y sociales que pueden darnos a conocer la vida de otros tiempos”, ésta debe tener cabida en el cuadro cronológico de la exposición de los diversos sucesos y acontecimientos<sup>205</sup>. Es decir, la filosofía histórica, sólo bajo esta perspectiva, puede penetrar en la historia, pero sólo si antes se han descrito y consagrado los hechos, su veracidad, sus fuentes y documentación. Para Amunátegui esta conjugación entre ambos modelos se ve claramente en la obra de Barros Arana, por esto a pesar que el historiador intentó realizar una historia científica, el intelectual tilda su método de *narrativo-filosófico*, a su parecer *el más conveniente y provechoso*, pues así se pueden apreciar tanto los hechos del pasado como el espíritu de los hombres que lo protagonizaron.

“Barros Arana se ha propuesto escribir lo que podría llamarse una historia científica. Con tal fin ha fijado especial atención en no consignar en ella sino los hechos, a su juicio, debidamente comprobados. Sin exigir que se preste crédito a su sola palabra, por respetable que ella sea, espresa en notas concisas, pero muy bien redactadas y muy comprensivas, tanto los fundamentos de sus aseveraciones y opiniones como las autoridades en que se apoya. Este bien conocido sistema pone al lector en aptitud de practicar por sí mismo, del modo más expedito, cuantas comprobaciones crea conveniente. **Aunque el principal propósito de Barros Arana es referir hechos, muchos de los cuales no se conocen, o se conocían mal, sin embargo, se espera al mismo tiempo por señalar las causas a que deben su origen y las consecuencias que han traído. El método que sigue, es pues, el narrativo filosófico; en nuestro concepto, el más conveniente y el más provechoso**”<sup>206</sup>.

Sin duda para Amunátegui, Barros Arana es un intelectual de gran envergadura y el “historiador de Chile por excelencia”<sup>207</sup>. Admira su erudición y precisión al apoyar en citas, documentos o manuscritos

---

orden, el método y la claridad que me fuera posible para dejarlos al alcance del mayor número de los lectores. Sin desconocer la importancia de la aplicación del método sintético o filosófico al arte de escribir la historia, he obedecido en mi elección a razones que creo necesario exponer”. p.5

<sup>205</sup> Barros Arana, Op.Cit., p.6

<sup>206</sup> Amunátegui, Miguel Luis, “Historia General de Chile por don Diego Barros Arana. Artículo escrito sobre esta obra que está principiando a publicarse”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), 1884, p.356. El subrayado es nuestro.

<sup>207</sup> “La Historia General de Chile que don Diego Barros Arana ha principado a publicar es una de aquellas obras que honrarian a cualquier país y que darían lustre a cualquier literatura (...). La simple lectura de esas páginas revela que su autor posee verdaderas dotes de historiador y una larga y aprovechada preparación. Esta obra es el fruto, no de una improvisación más o menos brillante, en la cual se ostenten los primores de la fantasía, sino de un investigación

todas sus investigaciones y fundamentos, lo cual permite realizar *cuantas comprobaciones crea conveniente el lector*. No obstante, lo más curioso de la opinión del intelectual es la capacidad que, según él, posee el historiador para conjugar dos métodos historiográficos que para la época parecían irreconciliables. Para Amunátegui el sólo hecho que Barros Arana exponga los acontecimientos unidos a sus causas y consecuencias permite que se hable de una historia como narrativo-filosófica. Extraña presunción si entendemos que para aquel período la historia filosófica necesariamente debía incorporar lecciones del pasado, síntesis, abstracciones de mentalidades y pensamientos, al mismo tiempo que análisis personales del historiador. Los textos de Barros Arana carecen casi por completo de estos elementos que ayudarían a llamar su historia de narrativo-filosófica, por lo demás su relato carece de síntesis y clasificación de aquellos hechos de gran importancia y otros que son meros detalles. Para Feliú Cruz, Barros Arana no cumple con la proposición que expresa en su prólogo de conjugar ambos métodos. Más bien, es tarea del lector *reflexionar largamente para formarse el juicio que su propio criterio le sugiera*. Ni siquiera en los capítulos resúmenes que escribió el historiador intentando hacer una historia general y extrayendo la minuciosidad detallista, logró consignar juicios filosóficos. Para el intelectual del siglo XX se trató de meros datos sociológicos, *porque se presentan en un aspecto más hacedero al desarrollo consecuencial de la masa de la sociedad*. En suma, Barros Arana escribe una crónica meramente narrativa y por más que haya querido intentarlo, *el espíritu filosófico no fluye en la obra*.

“Por más que Barros Arana creyera que era posible una unión estrecha entre el sistema narrativo y filosófico, y viera en los capítulos resúmenes a que nos estamos refiriendo, una expresión de esa alianza, lo cierto es que no lo consiguió. En ellos arrojó datos para la sociología, que si bien podría tomarlos el sociólogo de toda la obra, están mejor caracterizados allí, porque se presentan en un aspecto más hacedero al desarrollo consecuencial de la masa de la sociedad. **El espíritu filosófico no fluye de la obra**. Está el lector obligado, después de una inmensa lectura, a reflexionar largamente para formarse el juicio que su propio criterio le sugiera. El procedimiento era honrado y satisfacía a Barros Arana; **pero era una ilusión la suya el imaginar que había combinado dos sistemas históricos que por su naturaleza se excluyen**”<sup>208</sup>.

---

paciente i sagaz, en la cual se manifiestan juntamente la extraordinaria laboriosidad i el recto criterio”. Amunátegui, *Anales* (H), 1884, p.355

<sup>208</sup> Feliú Cruz, Guillermo, *Barros Arana y el método analítico en la historia* (Santiago: Editorial Nascimento, 1934), p.46. El subrayado es nuestro.

Para Feliú Cruz, Barros Arana no dio atisbos de incorporar cierta filosofía histórica a su obra. Explica que la escritura del señalado historiador es meramente narrativa y analítica, pero analítica no en el sentido que explique las grandes causas y consecuencias de diversos acontecimientos o que proponga una línea de razonamiento historiográfica para encausar lo investigado. Es simplemente una historia analítica en el aspecto que Barros Arana se preocupa exhaustivamente de comprobar la veracidad del documento y hacerle una crítica tanto externa como interna en profundidad. Es un análisis, por lo tanto, más documental que filosófico, más erudito que doctrinal.

Casi toda la obra histórica de Barros Arana queda circunscrita a lo que se ha llamado, por los tratadistas de esta ciencia, operaciones analíticas; o sea, ha dedicado una parte considerable de su inteligencia a establecer las condiciones generales del conocimiento histórico en la historia nacional. El procedimiento que ha empleado no ha sido otro que el de la crítica interna y externa, llamada también crítica de erudición. En esta labor de ampliación, que excluye sistemáticamente la síntesis por contraponérsele de un modo absoluto, ha sido un maestro imponderable (...). En realidad, ningún historiador chileno de su tiempo, ni el mismo Amunátegui, desarrolló una labor analítica en nuestra historiografía semejante a la suya<sup>209</sup>.

Las *operaciones analíticas* de Barros Arana, por lo tanto, se basaron en la profundidad del conocimiento histórico en cuanto a los hechos ocurridos en el pasado. Es decir, uno de sus máximas aspiraciones fue consignar en su historia la mayor cantidad de detalles y hechos inéditos, conocidos por pocos, pero que él consiguió averiguar. La crítica de la veracidad de las fuentes y la investigación fueron siempre los elementos que animaron su trabajo y gracias a ello consiguió escribir biografías y períodos históricos colmados de detalles y sucesos que salieron a la luz gracias a sus indagaciones y exploraciones en los diversos países que habían sido colonias españolas. La tarea de Barros Arana fue perfeccionar la historia ya escrita y desarrollar la historia nacional. Para esto acudió a documentos tanto oficiales como originales con el fin de escribir una historia imparcial y verídica. La importancia dada a la calidad de las fuentes siempre fue fundamental en su trabajo y llenó sus expectativas. Al publicar en 1863 *Cinco cartas de Pedro de Valdivia y documentos relativos al Cabildo de Santiago durante sus primeros 34 años expresa*: “los que gustan compulsar los hechos en las fuentes originales,

---

<sup>209</sup> Feliú Cruz, Op.Cit., p.18

celebrarán sin duda alguna la publicación de este primer tomo, que contiene tan rico caudal de documentos”<sup>210</sup>.

La historia narrativa redactada por Barros Arana, por lo demás gran admirador de la historiografía impulsada también por Gay y García Reyes, además de la de Bello; es para Feliú Cruz una historia sin pasión, sin emoción, sin sentimientos. No posee relieves. Peca de tediosa por la cantidad de hechos y detalles, muchos de ellos sin ninguna importancia. Tampoco clasificó los acontecimientos y actores del pasado según su importancia, por lo tanto se lee una historia sin sobresaltos, sin realces, en donde uno de los protagonistas de la Independencia pareciera tener la misma importancia que un simple militar. Hay tantos pormenores que no se logra la unidad, ésta se disgrega en pro de entregar aún más cantidad de detalles. Pareciera que su autor es un juez imparcial fuera del mundo terreno, o que los acontecimientos descritos no han afectado jamás sus emociones y personalidad.

“Uno de los defectos más señalados de este libro único es su falta de relieve. Semejan sus páginas como el correr silencioso de las aguas de un arroyuelo, cuyo murmullo es siempre sordo, igual y acompasado. No se ven las olillas que se empujan las unas a las otras. ¡Qué obra más sin emoción! Los grandes hombres y los hombres chicos, los grandes hechos sociales y los más menudos, tienen la misma expresión. Los adjetivos no existen. Las admiraciones se hielan en la punta de la pluma de este escritor incoloro, que pasa de la colonia pasiva, encantadora y feroz, a la independencia épica, llena de sacrificios incruentos, o a la república convulsa e histérica, sin que en su alma estalle un arranque, o en su rostro cansado, de viejo maestro, se contraiga el ceño en un gesto de condenación o aplauso. ¡Curiosa escuela de historiador la suya, en que el sacerdote debía ser un personaje hierético! No podía esperarse de Barros Arana un artificio mayor para ocultar bajo las formas de una templanza serena, los rasgos de fuego de su alma impetuosa. Y toda la historia respira una aparente desapasión, una sinceridad tan levantada de ideas, un espíritu de justicia tan superior a las cosas terrenas, que el lector inexperto y poco avezado en achaques de erudición y de historia, queda al punto convencido, y luego persuadido, de que el autor que arroja en el texto y en las notas de su obra, todos los antecedentes del proceso que relata y los discute, los pesa y los contrapesa, no puede imaginarse haya podido ser un juez interesado”<sup>211</sup>.

---

<sup>210</sup> Barros Arana, Diego, “Historia Nacional. Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional. –Artículo sobre esta publicación, por el miembro de la Facultad de Humanidades”, en *Anales de la Universidad de Chile* (H), 1863, p.210

<sup>211</sup> Feliú Cruz, Op.Cit., p.12

Barros Arana se encargó, por lo tanto, de consagrar la historia tan alabada e impulsada por el rector de la Universidad de Chile. Aquella que aspiraba al dominio del *dato por el dato*<sup>212</sup>. Aquella que aborrecía las grandes síntesis y se preocupaba de hacer triunfar el poder de los hechos para que los lectores sacasen sus propias conclusiones. Aquella que carecía de doctrina filosófica y se parecía más bien a una crónica, una novela, pero que a diferencia del ámbito literario, carecía casi por completo de emoción y sentimiento. Aquella que intentó bajo todas sus fuerzas de ser imparcial y objetiva, para lo cual acudió a exhaustivas investigaciones que daban por resultados detalles y más detalles, es decir, nuevamente, el *dato por el dato*. Aquella que sencillamente privó a los historiadores de unir su materia con la filosofía, o más bien los privó de pensar la historia, de racionalizar su pasado.

Nos deberíamos preguntar ahora qué tan bien hizo a nuestros historiadores la historiografía narrativa impulsada por Bello y consagrada por Barros Arana. Una de las respuestas que más se acerca a la nuestra es la del ya bastante veces citado Feliú Cruz, quien expresa que este *método nos hizo más mal que bien, pues al hacernos despreciar la filosofía nos apartaron del movimiento cultural del mundo*. No era necesario partir de cero, pues ya el Viejo Continente había avanzado bastante con respecto a la historiografía y, por ende, debíamos partir desde ese avance para continuarlo según las propias características, pensamientos y costumbres que envolvían al Chile decimonónico. Tampoco se trataba de imitar las filosofías europeas y reproducirlas tal cual en nuestro territorio. Más bien se debía apropiárselas con creatividad, criticarlas y ver cuánto sirven para la historiografía nacional. Se trata, de pensar nuestra historia, de filosofar, razonar y digerir nuestro pasado, no tan sólo recopilarlo y narrarlo. Al ser nuestra historiografía decimonónica en su mayoría narrativa no hubo tiempo ni espacio de repensar nuestro pretérito, de extraer alguna esencia de país, de sociedad, de costumbres. Se ignoró el camino histórico de construcción a nivel nacional, porque se ha obviado su filosofía de edificación histórica. En la historia narrativa no hay suficiente unidad, sino que resaltan los hechos y detalles que se disgregan en la narración. No tuvimos una unidad historiográfica y por lo tanto tampoco mental al repensar nuestro pasado. Las grandes e importantes reflexiones y deliberaciones –de lo cual justamente

---

<sup>212</sup> “A fuerza de manejar la pluma, Barros Arana, consiguió su dominio. Su estilo seco, sencillo, sin rasgo de vida, se torna majestuoso cuando escribe *Mi Conclusión*. Es la página emocionada de un hombre de ciencia que consagró a la escuela impuesta por Bello en Chile una extraordinaria lealtad, y que llevó a una excesiva glorificación mediante el sacrificio de las ideas generales del pensamiento, para hacer triunfar el dato sobre el dato. En todo caso, levantó el más grande monumento a la erudición americana”. Feliú Cruz, Op.Cit., p.46

se encargó Lastarria- las fuimos despreciando en el camino y nos quedamos con un sinnúmero de sucesos que no comprendemos en su contexto, en su importancia, en su espíritu. La historia oficial impulsó la mente investigadora, memorizante, pero estancó el desarrollo del pensamiento filosófico intelectual, por lo tanto no estimuló ni excitó el proceso mental de los individuos.

¿Hasta dónde debemos agradecer a Bello su enseñanza? ¿Hasta dónde a Barros Arana? He aquí una interrogación audaz. En cierto sentido nos hicieron más mal que bien. Al hacernos despreciar la filosofía, nos apartaron del movimiento cultural del mundo. Quedamos a ciegas para competir con las ideas de los pueblos y de los hombres más organizados intelectualmente que nosotros. Por eso, la anarquía de ideas en que hoy nos debatimos. Al extremarnos en el método analítico, al cerrarnos el camino de la especulación y de la abstracción, nos llevaron a despreciar la base filosófica de toda cultura. Siempre se confunde la ilustración con la cultura. La ilustración no es nada si no se tiene una formación fuerte, sólida, poderosa, en lo que el Renacimiento llamó el humanismo. El sentido práctico de la enseñanza de esos dos grandes maestros, ha sido nuestra ruina moral a la larga. El profesionalismo nos inundó de viles apetitos. **La Universidad se convirtió en fábrica espesa de ideales, y allí se trizaron las grandes directivas de toda aspiración suprema, de toda idealidad superior.** Y fuimos de tumbo en tumbo... A la carencia de una escuela intelectual con base filosófica, hay que añadir en la generación de ayer, de hoy y de mañana, una total ignorancia de la evolución de nuestra nacionalidad. Sabe poco de sus grandes hombres. Nada de sus virtudes. Desconoce las etapas porque ha cruzado el país, y si no ignora las grandes divisiones de su historia, no tiene la menor noción de lo fundamental en cada uno de esos periodos clásicos y artificiosos”<sup>213</sup>.

Las grandes y profundas reflexiones acerca de nuestra historia se supeditaron en pos de la acuñación de hechos. Esto produjo que los portentosos pensamientos acerca del espíritu, las cavilaciones de las causas, efectos, consecuencias y orígenes de un cambio o conflicto quedaran en orden secundario. Gracias a ello nuestra identidad no pudo ser correctamente pensada y repensada, pues las encadenaciones entre el Estado y los individuos, la sociabilidad, las grandes explicaciones y aquellos elementos tanto culturales como sociales que ayudan a la construcción de un sentimiento identitario, se sometieron frente a la importancia que denotaban los hechos, los cuales podían explicar paso a paso el pasado y sus características; pero no ayudaron a pensarnos como sociedad, como una unidad, a

---

<sup>213</sup> Feliú Cruz, Op.Cit., p.14-15

reflexionar acerca de nuestro pasado –lo que fuimos-, del presente –lo que somos-, y del futuro –lo que pretendemos ser-. *Nos faltaron las grandes síntesis* para responder a estas interrogantes<sup>214</sup>. Nos faltó buscar en el interior lo que anhelábamos como sociedad y aquello que despreciábamos. Nos faltó construir la senda del pensamiento, del desarrollo mental y espiritual, nos faltó conexión con nuestro interior, con nuestra alma...con nuestro pasado.

En conclusión, esta discusión historiográfica nos muestra que a pesar que la Universidad intenta imponer una determinada línea histórica, hubo un influyente grupo que se guió en base a sus propios principios y creencias. Es una muestra, una vez más, de la existencia de una cultura paralela a la oficial. Es el reflejo de una lucha intelectual más que expresa la disputa entre tradición y reforma, entre fe y razón. Esta pugna historiográfica manifiesta que si bien el método histórico impulsado por Bello y sus seguidores de la cultura oficial logró triunfar por un tiempo; no se logró en su cabalidad. La homogeneización historiográfica fue una pretensión más bien utópica y por debajo existió otra corriente que también logró acaparar a una minoría intelectual que no se guiaba por las directrices oficialistas. Hay discusión, hay debate, se presenció una lucha cultural, de ideas, de cosmovisiones de mundo acerca del pasado, presente y futuro; lo cual refleja una vez más la conflictiva construcción de la identidad cultural chilena, específicamente historiográfica. Identidad que no fue homogénea, pues poseyó visiones y anhelos de estructuraciones disímiles, hubo contraposiciones y se entremezclaron numerosos elementos diferentes que hacen ser profundamente heterogénea esta identidad cultural a pesar del deseo de la Universidad por hacerla uniforme.

Utilizando el concepto de Therborn, la escuela historiográfica bellista intentó autoseleccionar deliberadamente aquellos elementos para la enseñanza y escritura histórica que creyó más importantes

---

<sup>214</sup> “Nos faltan las grandes síntesis. En el plano de la historia de Chile se percibe, mejor que en ningún otro, la ausencia de una construcción orgánica y substantiva, sintética y esquemática, de lo que fuimos y ahora somos. Lo saben los eruditos a grandes trazos. El término medio de las gentes cultas, conforme a las escuelas en que se han educado, está atiborrada de datos, fechas, nombres. Ignora la trama sociológica que ha ido anudando nuestros problemas, y nos ha hecho, al fin, un pueblo de tales y cuales características. Está en nuestros hábitos intelectuales, porque así nos formaron, odiar las síntesis, las grandes explicaciones que descubren la interpretación de nuestro fenómeno político-social. Siempre creemos que reducir a términos de síntesis histórica y sociológica nuestro pasado, es señal de un espíritu tropical y exaltado”. Feliú Cruz, Op.Cit., p.14



de resaltar y expandir en un país recientemente descolonizado. Sin embargo, estos elementos seleccionados no contentaron a todos los intelectuales que aspiraban a la reconstrucción del pasado, por lo tanto fueron ellos quienes propusieron una manera distinta de abarcar el pretérito nacional y universal. Gracias a ello se generó discusión y debate, lo cual abrió el camino hacia un desarrollo cultural, impulsó la validez y legitimidad de otras visiones de un “pensar distinto al oficial”. En este sentido, al interior de la cultura chilena hubo evolución, desarrollo, ya sea para bien o para mal; pero no se estancó. No se quedó en los límites de un *statu quo* impuesto por la oficialidad, hubo mejora o involución, según la visión personal que cada uno le pretenda dar. Pero la idea fundamental es que gracias a las pugnas y discusiones, la historiografía chilena no se inmovilizó en un esquema determinado; lo cual refleja una vez más que la autodeliberación camina por un terreno sumamente frágil y, por lo tanto, la identidad cultural chilena decimonónica no se basó o más bien conformó en una suerte de homogeneidad, sino en un proceso que tuvo variados elementos en su interior que chocaron y reformularon los saberes y el pensar. Este modo de desarrollo historiográfico chileno muestra que el proceso de edificación de la identidad cultural estuvo en constante construcción y reconstrucción, entre antiguos y nuevos planteamientos. No existe una base sustancialista y esencialista en donde la identidad cultural-historiográfica se conformó de una vez y para siempre al interior de una estructura delimitada, utilizando el concepto de Larraín. Más bien, desde sus inicios, sufrió un proceso de constante transformación en donde se insertaron numerosos elementos muchas veces contradictorios entre sí.

En definitiva –haciendo una suerte de análisis teórico más general-, podemos suponer que el “orden” cultural impuesto por la Universidad sufrió “quebres” e “irrupciones” protagonizado por un grupo intelectual más liberal que no compartió los preceptos “oficialistas” que pretendió entregar un cierto “orden cultural”.

La discusión historiográfica no sólo revela un debate frente a agudas diferencias sobre métodos de escritura histórica. Se trata –rescatando el fondo del pensamiento de los diversos autores-, de disímiles cosmovisiones de mundo. A través de los dos conglomerados culturales –narrativo y filosófico- se refleja una sociedad en transición, una sociedad que mantiene una tensa cuerda entre percepciones más tradicionales e ideales más novedosos y vanguardistas; surgientes de las filosofías ilustradas.

Bello se inscribe en el primer bando al postular que la Providencia es la protagonista del destino de los

hombres y por lo tanto es ella la capacitada para emitir un juicio “verdadero” sobre el devenir del pasado de las sociedades. Así lo esgrime en su artículo *Modo de escribir la historia*. Gay, Benavente y García Reyes se suman a la misma postura. Todos eran profundamente religiosos, lo cual permite que las grandes síntesis históricas no se dejen en manos de la “estrecha” mente humana, por temor a tergiversaciones e ideologizaciones sin sentido.

No sólo la Providencia es un marco de separación entre los historiadores narrativos y filosóficos. Más allá de ello juega el gradualismo de la “cultura oficial” –esgrimida en el II capítulo- en disonancia con el acaparamiento más voraz de los saberes ilustrados por parte de la “cultura opositora”. Los seguidores de Bello dejan claro en sus supuestos relatos “imparciales”, que los hechos son fundamentales y la base de la historiografía. Este razonamiento –podemos deducir- se justifica por dos aspectos básicos. Primero, porque aún estaban imbuidos en la tradición española de escribir a un modo de crónica. Segundo –y como los autores mismos lo afirman (especialmente Gay en su carta a Manuel Montt)-; porque América y sus intelectuales no estaban preparados para las grandes filosofías (tampoco se le debe restar importancia al positivismo en boga). Barros Arana también se inscribe dentro de los intelectuales que afirmaban la importancia de los hechos por sobre las burdas generalizaciones debido a la poca experiencia intelectual de las naciones americanas. Esto prueba una vez más la lenta asimilación de la Ilustración europea por parte de la elite intelectual chilena. Asimilación gradual que en palabras de Feliú Cruz –restringiéndonos al ámbito historiográfico- derivó en un incorrecto pensar, repensar y reflexionar acerca de nuestro pasado histórico, pues sin duda la cultura oficial fue la más poderosa e influyente durante el período estudiado.

Sin embargo, un grupo contrario al “oficial” marcó directrices disímiles con respecto a la visión historiográfica. El “orden cultural” que intentó imponer Bello casi como un dictador –en palabras de Allan Woll- junto con la Universidad, fue objetado y “desordenado”, si quisiéramos utilizar conceptos de Jocelyn-Holt. El bando protagonista que “desordenó” el intento de “orden” y homogeneización historiográfica fue un pequeño foco cultural compuesto por intelectuales liberales. Liderados por Lastarria, este grupo no sólo representa un simple foco de oposición al orden establecido. Más bien reflejan la cosmovisión cultural moderna; una transición más acabada hacia parámetros liberales. Tanto en Lastarria como en Chacón, Santa María y Courcell-Seneuil se percibe el acaparamiento de nuevas ideologías que dotan de un mayor poder e individualización al hombre. Una mayor creencia en el ser

humano como forjador y protagonista de su destino y del progreso de las sociedades. Especialmente Lastarria y Santa María esgrimen estas ideas en sus artículos. El primero, en aquel que hace referencia a la degeneración de las costumbres españolas (1844) y el segundo en aquel bosquejo que relata las bondades de las filosofías liberales francesas y las malignidades que trae la opresión y el despotismo (1858). Ambos concluyen que por la ley inevitable del progreso, las sociedades recaen –tarde o temprano- es un estado de mayor libertad, autonomía y democracia.

Todas estas ideas acerca de la importancia de la libertad permiten que el relato histórico se trabaje con signos de una mayor autonomía. Es decir, el historiador puede y debe explicar sus concepciones, análisis y juicios históricos con entera independencia, siempre que se cuide la veracidad de lo investigado. Los intelectuales liberales aceptan y ensalzan el subjetivismo del historiador por la imposibilidad de hacer una historia imparcial y objetiva como lo propone la corriente bellista. Courcelle-Seneuil es uno de los autores que más se encarga de resaltar esta idea, pues *los hombres nunca pintan con el mismo colorido lo que ven*.

En definitiva, los Anales históricos no sólo son una fuente que relata detalladamente la conocida discusión historiográfica de mediados de siglo. Más aún, nos permiten adentrarnos en la mentalidad intelectual decimonónica y la conflictiva construcción identitaria historiográfica nacional. En el inicio del capítulo dijimos que nuestro país se caracteriza por ser un país de historiadores. Los Anales son una de las fuentes más importantes que revelan el camino de edificación cultural-historiográfica.

Ahora, independiente de las visiones historiográficas que se hayan dado en el Chile decimonónico, la escritura de la historia genera de por sí identidad de país, pues se piensa más allá del tiempo presente y de los límites de la vida individual. Los concursos propuestos por la Universidad acerca del pasado nacional ayudaron a la formación de una mente consciente en la importancia del pasado y en las proyecciones del futuro nacional, a nivel de sociedad. Bajo los conceptos de Therborn la gran importancia que le dieron los intelectuales a la construcción de una historia nacional impulsó el sentido de pertenencia hacia el país, al menos al interior de una elite cultural. Los intelectuales aspiraban a reconstruir el pasado nacional con el fin de dar luces a los ciudadanos acerca del perfil y camino trazado por sus antecesores. Esta iniciativa produce apego de los ciudadanos a su patria, pues se conocen los

vaivenes, contradicciones y pugnas por las cuales el país se encuentra donde está. La historia produce, en definitiva, una autoafirmación a nivel de sociedad, un autoestablecimiento en donde las personas se comienzan a identificar con algo, en este caso el pasado común.

## **Anales filosóficos-educacionales**

### Una muestra del conflicto entre fe y razón, dogma cristiano y saber científico, verdad revelada y demostrable, tradición y saberes ilustrados

El movimiento ilustrado en nuestro país, una vez independiente, se dio con bastantes restricciones. El catolicismo y tradicionalismo heredado de la Madre Patria siguió imperando fuertemente en la nación austral como en el resto de los países latinoamericanos; en algunos con un grado más álgido como en Perú y en otros no tanto como en Argentina, en dónde existió un fuerte grupo de intelectuales que aspiraban a continuar los saberes ilustrados en contraposición a la herencia católica. Con respecto a Chile también hubo pensadores que intentaron rebatir las tradiciones españolas, sus creencias, costumbres y todo lo que ella significaba; sin embargo, el catolicismo, el autoritarismo y la unión de los saberes científicos y racionales con la verdad revelada, tuvo un fuerte peso dentro de la intelectualidad chilena; especialmente en aquellos sectores que seguían la cultura oficialista propagada por la Universidad y el Estado. Ambas instituciones enfatizaron la preocupación por la educación del país, pero ésta se hizo sin romper bruscamente con lazos entregados por la religión católica. Nuestra constitución en su artículo quinto proclamaba que el catolicismo era la religión oficial del Estado y por lo tanto prohibía el ejercicio público de cualquier otra. Ya desde “arriba” se entregaba una norma a seguir. En lo que respecta a la educación no fue muy diferente. Ésta, en su mayoría, no permitió la penetración de saberes filosóficos, racionales o científicos que opacaran o contradijeran las enseñanzas entregadas por la Iglesia. Es por esto, que la razón pura no tuvo gran cabida dentro de la intelectualidad oficial. Siempre se intentó conjugar ambos saberes. Con esto no pretendemos decir que Chile no estuvo abierto a la racionalidad; aquellos conocimientos entregados por la ciencia y la filosofía, más bien todo lo contrario. El mundo había cambiado, y se debía seguirlo, la razón y el poder del hombre como forjador de su destino y capacidad de adquirir conocimientos antes entregados simplemente al misterio divino habían hecho explosión. En Chile esto se sentía, se percibía y también se anhelaba, pero la educación oficial se encargó que estos saberes se fomentaran en Chile con ciertas restricciones. Era un país profundamente católico, sin experiencia democrática y por lo tanto menos del aprehendimiento del significado de soberanía popular. Los cambios –para la cultura y política oficialista- se debían hacer lentamente, con moderación, de una manera gradual. Se intentó que los ciudadanos o más bien el pueblo adquirieran los conocimientos acerca de su poder de representación muy lentamente con el fin que no se produjesen desordenes ni sublevaciones. El autoritarismo, el liberalismo moderado y el orden

fueron los fundamentos del gobierno conservador decimonónico y estos lineamientos se siguieron muy de cerca y casi sin transacciones.

La educación oficial tampoco aceptó trazar aquellas erudiciones que parecían fundamentales y el catolicismo fue la gran doctrina que guió los saberes oficiales. Tanto así que varios intelectuales pertenecientes a la Universidad de Chile, rebatieron, refutaron y criticaron fuertemente las grandes doctrinas filosóficas que se estaban derramando por Europa, especialmente en Alemania con Kant, Hegel, y otros. Para la cultura oficial estos filósofos contradecían la doctrina católica y por lo tanto sus ideas no eran aplicables ni a Chile ni al resto de los países latinoamericanos, se pensaba que los europeos seguidores de aquellas corrientes se estaban “desmoralizando” y cayendo en “abstracciones inútiles”. Lógicamente quienes más atacaron a la razón pura fueron los eclesiásticos y estudiantes de teología; que por lo demás eran la mayoría junto con los de derecho, esto se demuestra en la gran cantidad de artículos en los Anales escritos por presbíteros, quienes defendieron una educación sumamente religiosa.

Para estudiar la cultura e intelectualidad de la época es fundamental referirnos a estas memorias escritas por estudiantes de teología, pues tenían una fuerte influencia en el resto de los intelectuales. Al estar la Iglesia unida al Estado, pero por sobre todo al estar la educación oficial basada en la unión ciencia-fe; la influencia de los pensamientos propagados por la Facultad de Teología fueron de grandes proporciones. Por esto no hemos omitido los artículos de la denominada Facultad, pues al obviarlos estaríamos haciendo una fotografía imparcial de la época y su sensibilidad cultural. Lógicamente aquellos artículos que tendrán una mayor relevancia son los presentados por la Facultad de Filosofía y Humanidades, pues reflejan el camino cultural que siguió la Universidad, sus aspiraciones y restricciones. Hay ciertas memorias que no comparten la perspectiva oficialista de estudio, como ya lo vimos en el caso de Lastarria, pero éstos son una minoría y la Universidad siempre trató de fomentar en lo posible una homogeneidad tanto de conocimientos como de saberes.

El exacerbado culto a la razón que se estaba dando dentro de los círculos culturales europeos, no llegó tal cual a Chile. Es más, ésta fue duramente criticada y cuestionada, antes de llevarla por entero a la práctica. La Universidad de Chile –en su generalidad-, no aceptó aquellas doctrinas y/o filosofías que atentaran contra la fe católica. Por esto la instrucción de los primeros profesionales del Chile independiente continuó profundamente ligada a la religión, profesando un gran respeto a su doctrina. Aquellos que más defienden las posturas de la Iglesia son lógicamente los sacerdotes y los estudiantes de teología. Son ellos, principalmente, quienes se encargan de trazar los lineamientos que debería seguir la educación y la enseñanza primaria, secundaria y universitaria. No hay muchas personas que los refuten dentro de nuestra fuente principal, los Anales. Esta revista al ser un fiel reflejo de la educación superior oficial intentó exponer y contagiar al público estudiantil e intelectual los principios de Bello y del Estado unido a la Iglesia. Los saberes científicos no se dejaron atrás, ellos, por el contrario, tuvieron un fructífero desarrollo en el campo universitario, especialmente aquellos matemáticos, geográficos, geológicos y médicos. El problema se centró más bien en los saberes humanistas y aquellos que, según la Iglesia e intelectuales católicos, “atentaban” contra la religión. Es por esto que la filosofía, llegada del Viejo Continente, fue la materia más criticada y, por lo tanto, la que menos adherencia, al menos inmediata y en el mediano plazo, tuvo en nuestro país. El choque de las nuevas ideas ilustradas y el catolicismo tan arraigado en nuestra población mantuvo una poderosa lucha hasta fines del siglo XIX.

En este capítulo daremos a conocer parte de esta pugna reflejada en los Anales de la Universidad de Chile. Lógicamente priman, al ser una institución oficial y guiada por Bello, aquellos artículos que defienden el catolicismo y desprestigian las filosofías que parecieran estar en contra de la verdad revelada. Los estudiantes de teología son los protagonistas de esta lucha de ideas, por esto comenzaremos citándolos a ellos, que por lo demás son la mayoría al escribir sobre esta materia. Luego trataremos ciertos puntos fundamentales para extraer el significado de educación de la época, muy ligado a la enseñanza del carácter, la virtud y la moral; pues no sólo se trataba de fomentar la sabiduría y el conocimiento, también se intentó formar hombres íntegros que fueran correctos ciudadanos y hombres de Estado en el futuro.

En el discurso de Bello, en la fundación de la casa de educación superior, quedan claros los lineamientos que pretendió seguir la Universidad. El principal fue la unión de ciencia y fe, razón y religión. La mayoría de los estudiantes estaban de acuerdo con estos principios y no hubo mucha discusión al respecto; pero sí se hizo necesario recalcar esta primicia para así no caer en la “anarquía intelectual”, que para muchos católicos estaba sufriendo el continente europeo debido a la propagación de diversas filosofías contrarias al cristianismo. Ellos intentaron defender fervientemente la religión de Estado, y aún más, alejar las doctrinas “herejes” de las mentes de los jóvenes e intelectuales universitarios. Desde un inicio se trató a la filosofía como un ramo soberbio del conocimiento humano, puesto que intentó descubrir los grandes misterios del hombre y del universo sin resultados positivos. Por el contrario, el catolicismo, gracias a la verdad revelada tenía “resueltas” aquellas grandes interrogantes y no necesitó recurrir a ninguna otra materia de estudio. Ya en 1843 el presbítero Eugenio Guzmán trata a la filosofía como un ramo que *condensó las tinieblas del espíritu, trayendo ignorancia y ceguera*.

“Santa en el dogma i en el culto, la Iglesia, no es ménos santa en la moral: consecuencia necesaria. Todas las reglas que dá, todos los preceptos que impone, no tienen otro objeto qe la santificacion. No ai una virtud qe no mande, ni vicio alguno qe no proiba, i basta leer el Evanjelio para conocer esta verdad. Poniendo en paralelo las máximas santas que contiene con los delirios de la filosofía, nos vemos obligados a esclamar: ¡O moral pura, tú restituyes al ombre su antigua dignidad! ¡tú sola le aces feliz mostrándole el sendero de la virtud! La filosofía no izo mas que condensar las tinieblas del espíritu y añadir el error a la ignorancia, el orgullo a la ceguera”<sup>215</sup>.

La filosofía se consideró, por lo tanto, como un campo de estudio oscuro, tenebroso e ignorante, que jamás podría compararse a las bondades tanto intelectuales como morales de la religión. Por lo demás, Guzmán objeta la “insantificación” de la filosofía.. Existe una confusión entre las aspiraciones de conocimiento que posee cada ramo, teología y filosofía, pues critica a ésta última por no tener las máximas doctrinales que posee la primera; pero la filosofía no aspira a santificarse. Para Guzmán la filosofía trata simplemente de delirios, abstracciones, lucubraciones ilógicas que lo único que pretenden es confundir la mente y moral de los hombres. Se trata de una lucha entre la razón y la fe,

---

<sup>215</sup> Guzmán, Eugenio, “Discurso pronunciado por el presbítero, miembro de la Facultad de Teología, electo por ella para llenar la vacante que dejó el fallecimiento del R.P. Lorenzo Soto” en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1844, p.168-169



entre el cientificismo y la religión. La doctrina católica no podía ser derrotada y para Guzmán de ello se debe encargar la Universidad.

“Todos ellos felicitan por vuestra adquisición, pues cuentan en vos un agente mas para acelerar el movimiento intelectual que se siente en la República, i que tan hermosos días prepara a nuestra patria. Todos observan con placer ese entusiasmo con que se inician entre nosotros los trabajos científicos, i miran con una sorpresa mezclada de júbilo a los amantes de la sabiduría correr presurosos al templo donde ella mora a saborear los deliciosos placeres de las ciencias. Toca a la Universidad dar dirección acertada al vuelo rápido de los talentos distinguidos que descuellan en nuestro suelo”<sup>216</sup>.

Se miró con miedo los avances de la ciencia. Reinó un gran temor a que este deslumbramiento científico opacase las doctrinas reveladas expuestas por la religión. Es por esto que tanto la Iglesia como sus fieles vieron a la Universidad como la principal institución que podía encauzar “correctamente” los conocimientos. Es decir, cuidaron profundamente que los saberes científicos se adecuasen a los religiosos y que de ninguna manera atentasen contra ellos. Se percibe un temor no sólo en el campo del conocimiento, sino a nivel-mundo; es decir los católicos tienen, en distintos grados, pavor a los tiempos que se estaban viviendo. Mucho cambio, vorágine, que no necesariamente refuerza la verdad revelada. Hay una incomodidad frente al cambio, no se sabe por dónde tomarlo, y los católicos prefirieron frenarlo, intentaron apegarse a los lineamientos tradicionales hasta donde lo permitía el avance de la racionalidad científica, propagando, al mismo tiempo, una fuerte crítica contra ésta.

La razón, para la Iglesia y los intelectuales católicos, no podía marchar sola, debía necesariamente caminar de la mano con la fe, pues sino se cae en la ignorancia y el error. Es por esto que se hace un llamado tan poderoso para unir ciencia y religión. La filosofía, como un ramo de conocimiento autónomo, jamás podrá llegar a resolver las interrogantes que se ha propuesto contestar, jamás podrá hacer un buen estudio de la existencia del hombre, su espíritu y de las epistemologías del conocimiento si desconoce la religión. Se trata, más bien del cuestionamiento de la capacidad del hombre, lo cual ensalzaba Lastarria anteriormente. Es decir, si es capaz el hombre de forjar su propio destino o éste es un arbitrio de la Divinidad; si es capaz el hombre de llegar a través de sus propias facultades a conocer

---

<sup>216</sup> Guzmán, *Anales* (FE), 1844, p.172

misterios antes reservados solamente a la religión. Por lo tanto, más allá de cuestionar la filosofía en sí, se está debatiendo acerca del poder y de la capacidad de la razón, inteligencia y mente humana. Si es correcto o no que el hombre despliegue aquellas facultades en todo su esplendor o las reprima para dar cauce a conocimientos sobrenaturales. Para los fieles católicos existió una importante cuota de soberbia en los hombres que creían poder llegar a descubrir misterios impenetrables por la razón. Jorge Montes, estudiante de teología compartió esta opinión. Para él, el hombre que utiliza meramente la razón pura, el camino al cual llegará será siempre la ignorancia y se sumirá en tinieblas oscuras de las cuales se escapa solamente gracias a la vuelta a la fe cristiana. Explica que el hombre jamás podrá resolver revelaciones que sólo se encuentran en el corazón del cristianismo, pero la arrogancia y la ferviente creencia en el poder del hombre en que se ha hundido la humanidad durante los últimos siglos, llevan simplemente al camino de la miseria y al alejamiento de la verdad y felicidad.

“Capaz de llegar a la certeza i de conocer por sí mismo la existencia de algunas verdades que la tradicion divina nos enseña, la razon humana ha vagado como un astro errante fuera de su órbita, ensayando en vano formular teorías completas en el órden relijioso i moral. Rechazando la revelacion que esplica satisfactoriamente nuestro oríjen i destino, la creacion del mundo i ese conjunto de relaciones que llamamos órden moral, la razon del hombre no ha hecho mas que alejarse de la verdad i colocarse en el camino de la indiferencia relijiosa i del ecepticismo”<sup>217</sup>.

Para estos hombres todas las respuestas de la vida, incluso aquellas que se refieren al origen del cosmos, del hombre y la creación pueden ser sólo respondidas por la verdad revelada. Simplemente la fe calma los aires de curiosidad. De alguna forma es un pensamiento bastante dañino para el desarrollo de la mente humana. Incluso Montes asegura que el lenguaje, principal elemento que diferencia a los hombres de los animales, es una creación divina, no de los mismos hombres. La maravilla del habla, de la escritura y de la comunicación, ya sea oral o escrita no puede ser sino obra de la Divinidad<sup>218</sup>. Estas

---

<sup>217</sup> Montes, Jorge, “Discurso leído por el presbítero en su acto de incorporación a la Facultad de Teología y Ciencias Sagradas de la Universidad de Chile. El mal del racionalismo moderno”, en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1857, p.125

<sup>218</sup> “El lenguaje no ha podido ser obra del hombre; porque su invencion supone un gran desarrollo intelectual, precisamente en las circunstancias en que el entendimiento humano apénas se elevaría por su cultura sobre el instinto animal. Viniendo el lenguaje de Dios, la revelacion se presenta como un corolario, i el racionalismo se vepreciado a admitir verdades primitivas emanadas inmediatamente de la Divinidad. De esta manera, Señores, la ciencia psicológica contribuye por su parte a demostrar el hecho de la existencia de la revelacion”. Montes, *Anales* (FE), 1857, p.126

ideas no hacen más que restarle importancias al desarrollo biológico, intelectual y cultural de la humanidad. Así como Feliú Cruz criticó a Bello por frenar los pensamientos históricos-filosóficos que podrían haberse desarrollado en nuestro país si no hubiese triunfado la historia narrativa; los conservadores opacaron y debilitaron la real capacidad humana, al dar el mensaje que el racionalismo moderno no es el correcto camino para el pleno desenvolvimiento humano. A nuestro parecer y siguiendo la línea lastarriana, esto nos lleva a un hombre simplista, poco pensante e interesado en los misterios humanos y naturales, que lógicamente, muchos de ellos está capacitado para resolver. Incluso los conservadores expresaron que sólo el catolicismo le daba fortaleza a las instituciones políticas y a la civilización de la sociedad. Tanto los eclesiásticos como los tradicionalistas comparten estas ideas. No creían en el progreso indefinido de la humanidad como lo planteaban Lastarria y Santa María, lógicamente idea proveniente de saberes ilustrados. Es el caso del Presbítero Montes, quien criticó a las escuelas socialistas por basar su teoría en el progreso creciente de la sociedad con el fin de llegar a la creación de otra comunidad humana más “perfecta”, humanitaria e igualitaria.

“La hipótesis del progreso indefinido inherente a la humanidad que forma la base comun de todas las escuelas socialistas no puede sostenerse en presencia de los hechos. Todo, al contrario, conduce a probar que la humanidad debe recorrer un camino de frecuentes alternativas, ya siguiendo la senda del progreso, ya tomando la línea de declinacion (...): la esperiencia prueba en efecto que la lei de progreso que siguen no tiene el carácter de indefinido: la fuerza de progresion despues de haber elevado al ser colectivo al termino que le es dado tocar se debilita, i cuando el principio de vida se ha agotado, el ser colectivo muere (...). ¡I a la vista de esta lei jeneral de decadencia despues de un progreso, la escuela socialista ha comprendido organizar sistemas de mejora social basados todos en la hipótesis del adelanto indefinido de la humanidad!”<sup>219</sup>.

Para Montes, la sociedad sigue un camino zigzagueante entre el progreso y la declinación; pero la supuesta ley del progreso indefinido postulada por Lastarria es una quimera. Por esto las sociedades no pueden construir correctas y estables instituciones políticas basadas únicamente en la razón y la experiencia humana. Las sociedades, para el grupo conservador, requieren de las creencias católicas como uno de los elementos más importantes de estabilidad y permanencia de los establecimientos gubernamentales, educacionales y públicos. Quien más influyó sobre este pensamiento es el antiguo arzobispo de Chile, Rafael Valentín Valdivieso.

---

<sup>219</sup> Montes, *Anales* (FE), 1857, p.128

“Siempre que la razón fiada en sus propias fuerzas a desechado la guía de la antorcha divina que la ilumina, su marcha a sido fluctuar entre la ignorancia i el error. Las mismas conquistas ganadas bajo la influencia de la celestial doctrina la an deslumbrado asta el extremo de acerla olvidar el verdadero oríjen de sus progresos i qererse sublevar contra el brazo omnipotente que la ensalzara; pero bien pronto sus propios extravíos an escarmentado su orgullo i criminal ingratitud. Luego que el hombre flaco ensanchó sin límites los fueros de su débil razón, intentó en irijirse en censor severo de las obras maravillosas de la Providencia, i en el delirio de una exaltación mentida llegó a proclamar su emancipación de la enseñanza divina, proyectando sistema i formulando teorías para labrarse por sí solo su propia dicha (...). Por fortuna del jénero umano las uellas destructoras de las falsas teorías an contriubuido a radicar mas la verdad importante de que **solo las doctrinas i creencias cristianas pueden dar a los sistemas i a las instituciones el aplomo que necesitan para ser provechosos**”<sup>220</sup>.

Valdivieso no sólo buscó una homogeneidad en el conocimiento intelectual, también lo intentó en todo ámbito de pensamiento, principios y vida social, al igual que Bello<sup>221</sup>. La Iglesia Católica tuvo una profunda influencia en los intelectuales de la época, es imposible hacer una revisión cultural si no recurrimos a los pensamientos que la institución religiosa inculcó a sus fieles y que con el tiempo se fueron dilatando y apagando. Pero en el Chile de los años 40' y 50', los pensamientos elevados por el catolicismo tuvieron una profunda injerencia y, por lo tanto, lógicamente, influyeron en los lineamientos intelectuales, racionales y científicos. La Iglesia luchó fervientemente por mantener una cosmovisión cristiana de mundo, en aquellos tiempos donde los pensamientos ilustrados amenazaban con destruirla. Intentó imponer ante todo la religión y la teología como los principales estudios y caminos morales a seguir. Por esto buscó constantemente la subordinación de la filosofía, y por sobretodo que las mentes ávidas de los jóvenes no se dejasen deslumbrar por las bellas y convincentes teorías filosóficas que sólo llevarían a la destrucción y a la pérdida de la fe cristiana.

---

<sup>220</sup> Valdivieso, Rafael Valentín, “Discurso pronunciado por el arzobispo electo de Santiago a la apertura de la Academia de Ciencias Sagradas en la sesión de claustro pleno”, en *Anales Universidad de Chile* (FE), 1845, p. 70. El subrayado es nuestro.

<sup>221</sup> “Como acabais de ver, señores, la Academia no está destinada por ahora a brillar con esplendor literario entre los establecimientos científicos de un rango elevado. Su objeto solo es satisfacer a las exigencias mas imperiosas de la Iglesia i del Estado chileno. ¡Felices nosotros si lográsemos formar en ella ministros dignos de la santa relijion que profesamos, si amaestrados todos en una misma escuela, llevasen a los puntos mas remotos con un mismo espíritu unos mismos principios; si entrañando la autoriadad eclesiástica en sus ajentes naturales, la unidad sistema que tanto se necesita en dilatadas diócesis, pudiese siempre conservar su marcha constante i uniforme!”. Valdivieso, *Anales* (FE), 1845, p. 74

“Jamás la Filosofía ocupa el primer lugar, siempre está subordinada a la fé; i a pesar de la especie de culto que la mayor parte de los escolásticos tributa al filósofo Stagirita, todas las veces que sus ideas no están en armonía con el dogma cristiano, lo abandonan sin vacilar, o procuran al ménos conciliarlo, mediante una interpretacion favorable con las doctrinas de la fé; pero en este caso, es siempre Aristóteles quien se acomoda a las severas exigencias de la fe, la cual no transije de ninguna manera, no consiente ni admite ningun acomodamiento. Este hecho es incontestable para todo el que haya leído detenidamente a los doctores mas distinguidos de la Edad Media. En sus obras, la dialéctica, o para hablar con mas exactitud, la Filosofía, solo ocupa un lugar secundario, es la sierva, para decirlo así, de la fé, pero nunca su señora”<sup>222</sup>.

La filosofía, entonces, debía estar subordinada a la teología para el mundo católico. Así ha sido desde la aparición del cristianismo en la tierra y así deberá ser siempre. No sólo el racionalismo imperante en el siglo XIX era un temor para las naciones católicas, también lo era la progresiva tolerancia que anhelaban y exigían algunos intelectuales moderados y lógicamente los más liberales. Para la Iglesia debía existir intolerancia, facultad necesaria, puesto que sino la fe se desvirtúa y se entra en una suerte de “anarquía religiosa”, se pierde la moral fundamental y los principios cristianos. El presbítero Pedro Ovalle observó con temor la progresiva secularización del mundo y las exigencias cada vez más poderosa para fundar una tolerancia doctrinal universal. Los principios de fraternidad, libertad e igualdad exacerbados en la Revolución Francesa comenzaron a llegar al país insular y contagiaron algunas mentes que poco a poco se alejaban del catolicismo para abrazar los nuevos ideales. Lógicamente estos ideales apuntaban hacia una tolerancia religiosa y a la aceptación de cualquier credo. Ovalle estaba aterrorizado a que esto ocurriera en Chile, por lo cual al recibirse de la Facultad de Teología pronunció un fuerte discurso en el cual se ataca la progresiva secularización, el materialismo y las exigencias de tolerancia; explicando que ellas jamás podrán traer la felicidad al pueblo y que son simples principios que gozan de un gran carisma e influencia, pero no ayudan a la construcción de la moralidad cristiana y a la perfección del individuo.

---

<sup>222</sup> Orrego, José Manuel, “Teología. Es la ciencia más digna de ocupar a la inteligencia humana; examen de las principales causas que han influido en su actual descrédito. Memoria de prueba del presbítero en su examen para obtener el grado de Licenciado en Ciencias Sagradas”, en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1858, p. 22-23

“De todos los ecos que se desprenden de las opiniones modernas, ninguno resuena mas que el de fraternidad i tolerancia para con todas las relijiones. Se supone que estas son planta de todas las zonas i que jamas se perjudican por su diverjente naturaleza. Se reprueba la intolerancia relijiosa como injusta i perjudicial. Se le mira como una creencia estemporánea, hija del fanatismo de los siglos de hierro. Se cree que la palabra tolerancia por si sola es ya una victoria, desde que suena bien el oido de los indiferentes”<sup>223</sup>.

Tan sólo la palabra tolerancia, para Ovalle, es una fuerte seducción para los hombres de la cual deben arrancar, se liga su significado con el de fraternidad, pues se debe aceptar cualquier credo religioso y ayuda al prójimo independiente de su espiritualidad. Para el se debía detener los aires de tolerancia antes que las pasiones y las seducciones encontrasen un camino fructífero en Chile y Latinoamérica. Expresa que los filósofos decimonónicos atacaron a la Iglesia por una suerte de envidia; es decir, veían a la institución religiosa tan unida, tan compacta, a diferencia de ellos, que exigieron de ella su tolerancia. ¡Extraño análisis!, pues los filósofos europeos, según nuestra visión, jamás envidiaron nada de la institución espiritual. Sí la criticaron y con fuerza, pero jamás pretendieron poseer una jerarquía como estaba consignada en la Iglesia. Su anhelo, más bien, era la primacía de la razón por sobre las creencias sobrenaturales.

“El objeto que se propusieron sus autores (filósofos ilustrados) solo fué atacar a la Iglesia por su compacta union, presentando a la vista lijera del vulgo, en la inviolabilidad con que profesa sus doctrinas, una aberracion de fanatismo i de estúpida ignorancia. Desde entónces, no se ha perdonado medio para desacreditar lo que ellos han llamado intolerancia, pero que la Iglesia no ha mirado sino como uno de sus mas sagrados deberes respecto de la revelacion. Ella al traves de todas estas preocupaciones se ha mantenido firme, ha sufrido la guerra encarnizada de sus enemigos, antes de faltar al principio conservador de su doctrina i constitucion: no *tolerar en su código* ningun principio que no sea revelado, ni en su seno, ninguna persona que no se someta a sus doctrinas”<sup>224</sup>.

---

<sup>223</sup> Ovalle, Pedro, “Discurso pronunciado por el presbítero don Pedro Ovalle ante la Facultad de Teología de la Universidad nacional para recibirse de miembro de dicha facultad. Sobre la intolerancia católica”, en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1853, p.204-205. El entre paréntesis es nuestro.

<sup>224</sup> Ovalle, *Anales* (FE), 1853, p.206

Ovalle no sólo justificó la intolerancia religiosa por un bien moral a la comunidad católica, también presentó a los diversos ramos científicos como intolerantes. Entonces... ¿sí la física, la filosofía y la ciencia eran intolerantes, porqué la Iglesia no ha de serlo? ¿Porqué estas materias criticaron justamente lo que ellas también profesan? Ovalle atacó con la misma arma que era atacada la Iglesia. Explica que en la metafísica debía existir intolerancia, pues sino la materia pierde su integridad, su exactitud, orden y se vuelve relativa; por lo tanto no existirían verdades absolutas en las cuales basarse. Con respecto a la moral, asegura que ella también debe ser intolerante... ¿cómo permitir que cada hombre actúe según lo que le dictan sus pasiones, sus instintos, sus impulsos?, deben existir ciertas reglas que no se deben trazar y ahí radica la intolerancia moral. Límites, restricciones, prohibiciones, acuerdos necesarios para vivir en una sociedad ordenada y en miras al bien común. Sin embargo, una de sus aseveraciones más llamativas fue la acusación que hace a la ciencia como una rama de conocimiento intolerante, por lo tanto ésta no tiene derecho en denunciar y criticar la intolerancia religiosa.

“Si queremos descubrir mas claramente el carácter intolerante de toda verdad, sigámosla a las rejiones de la ciencia, i observaremos que jamas se desmiente. Es un hecho que todas ellas profesan la intolerancia: todas ellas tienen sus principios i sus verdades indemostrables sobre las que se requiere la fé, el dogmatismo i no la libertad. Dejarian de existir sino fuesen recibidas en sus principios ciertos. Todas sus verdades evidentes forman un cuerpo de doctrina esclusiva que repele todo error, toda empresa inútil de la imajinacion, todo sistema falso. I sino, dígase a un matemático que 3 i 2 hacen mas de 5; que los radios del círculo no son iguales; que la esfera es triangular, i se le verá rechazar el acerto con indignacion”<sup>225</sup>.

Curiosa expresión la de Ovalle, *todas las ciencias profesan la intolerancia*, en base a *verdades indemostrables*. ¿Son cuestionables los principios científicos matemáticos? Para Ovalle, incluso más que cuestionables éstos se basarían en la *fe y el dogmatismo*, al igual que las creencias católicas. En suma, Ovalle plantea que si otras verdades de todo orden para mantenerse sustentan la intolerancia, este mismo principio debe aplicarse y regir a la fe de la Iglesia. En conclusión, se percibe claramente el temor del presbítero al ataque de las ideas, filosofías, y principios materialistas a la intolerancia católica y a toda la institución religiosa, frente a lo cual planteó que el catolicismo es la única verdad y el correcto camino a seguir.

---

<sup>225</sup> Ovalle, *Anales* (FE), 1853, p.308

Hemos ahondado en el tema de la intolerancia porque fue uno de los aspectos que más sacudió no sólo a la Iglesia, sino a gran parte de la política e intelectualidad decimonónica chilena. Con la progresiva expansión de la secularización, la Iglesia tuvo que adaptarse, a pesar suyo, a políticas que iban en contra de la intolerancia. El caso más llamativo es la problemática que surgió con las escuelas y los criterios para definir las como públicas o privadas. El estudio de Sol Serrano es una excelente investigación que demuestra a las escuelas como instituciones que marcaron límites movibles entre las esferas públicas y privadas. Con la progresiva secularización, se buscó la admisión del laicismo a los espacios públicos, aunque en un inicio la Constitución en su artículo 5° prohibía el ejercicio público de cualquier otra religión que no fuese la católica. Sin embargo, el Estado tuvo que darle una nueva visión a este artículo, pues la inmigración extranjera se hacía necesaria para el país con el fin de colonizar tierras desiertas y así importar nuevas ideas agrícolas e industriales. Estos inmigrantes necesitaban profesar su propia religión, generalmente protestante. Ellos aspiraban a mantener iglesias que fueran acordes a su religión. No obstante, la Constitución prohibía el ejercicio de este credo en lugares públicos como son las iglesias y escuelas... ¿el Estado chileno iba a sacrificar la inmigración extranjera y todos los beneficios “civilizadores” que ella traía por mantener una religión oficial? La respuesta es clara, el Estado siguió siendo profundamente católico, siempre y cuando el catolicismo no impidiera la colonización, el desarrollo y la productividad del país.

Con el fin de no ir en contra de la ley, específicamente en contra del artículo 5°, se barajaron dos criterios importantes de las esferas público-privada: los conservadores se mantuvieron en el criterio de publicidad, es decir, una escuela es pública cuando van varios integrantes de distintas familias a un establecimiento, y es privada cuando la educación se mantiene en el espacio doméstico, en donde existe total libertad de conciencia<sup>226</sup>. Para los liberales el criterio se tranzó en la propiedad; la escuela pública era aquella financiada por el Estado y la privada financiada por capitales particulares. Por lo

---

<sup>226</sup> Los conservadores no podían admitir la tolerancia religiosa, pues pensaban que ella traería desorden social e inestabilidad política. Por esto no aceptaban que los protestantes tuvieran un templo religioso propiamente tal, sino más bien que practicasen su culto en el espacio doméstico; pensamiento que se refleja en la siguiente frase de Echeñique: “No hai, pues, un principio sólido en el que pueda apoyarse la necesidad de la tolerancia de cultos en nuestro suelo. En Chile no predomina otra religión que la católica, i a ella pertenecen todos los chilenos, i éstos solo han de ser los que manifiesten su culto público. De suerte que ¿para quiénes se pueden establecer otros templos que no sean católicos? ¿para los extranjeros protestantes? ¿qué necesidad tienen éstos de acudir al templo? No tienen en sus casas la biblia? ¿no creen que les pertenece a ellos el derecho de interpretarla? ¿Necesitan para implorar a Dios de la boca de un ministro? En un sistema fundado en el individualismo ¿qué falta hace que medien hombres entre Dios i él? Su casa debe ser su templo, como su razón es su sacerdote”. Echeñique, José Francisco, “Disertación sobre el artículo 5° de la Constitución, que trata de la religión del Estado, presentada ante la Facultad de Leyes para obtener el grado de Licenciado en dicha facultad”, en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1849, p.185



tanto, aquellos inmigrantes que fundaban sus propias escuelas con sus propios recursos eran consideradas “privadas” y se permitía, por ende, la profesión de cualquier religión. La visión de los liberales triunfó en la ley debatida en 1865, la cual profesó que las escuelas protestantes debían tener una “fachada privada” para no contradecir el artículo 5° de la Constitución. En definitiva, venció el criterio de propiedad esgrimido por los liberales. Con los años la inmigración extranjera se hizo aún más necesaria y los indiferentistas religiosos aumentaban, no se les podía marginar de la educación estatal. Por esto se dictó el decreto de 1873 que eximió a aquellos alumnos de la enseñanza religiosa cuando sus padres así lo quisieran. Con esto, los conservadores y la Iglesia quedaron aún más atrás respecto a sus anhelos en pro de un país con una homogeneidad espiritual religiosa. Para Sol Serrano se trata de una pugna ideológica entre liberales y conservadores que difieren en cuanto al espacio público y privado surgido a raíz de la escuela.

“En el debate sobre las escuelas es posible ver que la movible definición de los límites entre lo público y lo privado era una lucha ideológica y política que dependía en buena medida de qué sector dominara el espacio público estatal. Como señalamos anteriormente los liberales querían fijar la propiedad como criterio de definición del carácter de la escuela; en cambio, los conservadores querían trazar las fronteras de acuerdo con la sociabilidad”<sup>227</sup>.

Con el ascenso de los liberales en 1861, la moderada secularización que se había desarrollado en Chile, comienza a golpear con mayor ímpetu. Creemos importante incluir las ideas de Sol Serrano para demostrar que la intolerancia de la Iglesia y de los católicos fue desprestigiándose con el tiempo, pues hasta el mismo Estado se abocaba por una educación más laica. Las nuevas ideas eran, en su mayoría, contrarias a las posturas eclesiásticas, en cuanto a la intolerancia, elemento que, en la época, la Iglesia no estuvo dispuesta a trazar. Las filosofías y saberes racionalistas no apegados a la religión también fueron teniendo más adhesión en Chile, pero para el período que estamos trabajando aún priman los pensamientos de Ovalle, Guzmán y Orrego.

---

<sup>227</sup> Serrano, Sol, “La escuela chilena y la definición de lo público”, Proyecto financiado por el Fondecyt, Ediciones Universidad Católica, Santiago, p.361

La intolerancia de los conservadores hacia las filosofías ilustradas que iban en contra de la doctrina cristiana llegó a tal punto que refutaron las colosales ideas planteadas por grandes filósofos alemanes, franceses e ingleses. Es el caso del presbítero ya citado Montes<sup>228</sup> y de Ramón Briceño, un hombre laico, pero profundamente conservador que se apegó férreamente a las doctrinas postuladas por la Iglesia. Briceño perteneció a la Facultad de Filosofías y Humanidades y es uno de los grandes ejemplos que el rechazo hacia la filosofía racionalista no venía sólo por parte de los eclesiásticos, sino también por el gran contingente tradicionalista y conservador-laico existente en el país. Para Briceño tanto las doctrinas ilustradas racionalistas como también la filosofía de la antigua Grecia se basan en el Panteísmo, es decir, el hombre, la naturaleza, el universo y Dios están dentro de una misma sustancia y no son más que un todo unido. Para el intelectual esto es una aberración puesto que la Divinidad no puede ser lo mismo que el hombre y la naturaleza, ya que es superior y los seres humanos son parte de su creación.

“En segundo lugar, el Panteísmo no es ménos contrario a la sana filosofía. Si buscamos lo que pueda haber de comun en los varios **sistemas panteístas**, hallaremos que, bajo un lenguaje distinto, **todos parten de un mismo principio; i que este principio fundamental del Panteísmo es completamente falso, a saber, la identidad de la sustancia. Segun él, no existe mas que una sola sustancia, cuyos atributos son el mundo i el hombre.** Que con Hegel se le llame *la razon absoluta*; que con Schelling se la denomine *lo meramente absoluto o el ser*; que con Fichte se la represente como *el yo*; i en fin, que con Spinoza se la dé el nombre de *sustancia infinita*; siempre se afirma el mismo principio, i no hai mas que diferencias nominales. El estudio de los neoplatónicos, de los griegos i de los orientales, **nos conduce al mismo resultado: en todos ellos no hallamos mas que una sola sustancia**”<sup>229</sup>.

En pocas palabras lo que hace Briceño es refutar todas la filosofías que han surgido desde la antigüedad, lógicamente menos la escolástica medieval, con el fin de poner en primer escalón a las teorías y doctrinas cristianas. Las rechazó, porque según su visión, todas conllevan a la identidad de la

---

<sup>228</sup> “Fichte, Schelling i Hejel léjos de desarrollar la Filosofía relijiosa han participado del nuevo movimiento filosófico impreso en las ciencias por Kant. Sus teorías frecuentemente inaccesibles a la razon comun, son las fórmulas de un riguroso panteismo que rechaza o altera las nociones jeneralmente recibidas sobre Dios, la creacion del mundo, la existencia del orden moral i de la vida futura”. Montes, *Anales* (FE), 1857, p.127

<sup>229</sup> Briceño, Ramón, “Filosofía. Consideraciones sobre el Panteísmo y su refutación, y por consiguiente de los sistemas de Spinoza y Hegel. Comunicación a la Facultad de Filosofía y Humanidades por su secretario”, en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1860, p.459. El subrayado es nuestro.

sustancia, es decir no hay separación entre el mundo, el hombre y Dios, puesto que todos son un mismo elemento. Para Briceño este principio no es más que un absurdo, pues si existiera esta relación de dependencia tan estrecha con Dios y el hombre, ninguno poseería personalidad, inteligencia y pensamientos propios; se caería en el relativismo y no se sabría ya qué es bien y mal moral. En suma, creer en la identidad de la sustancia es, para el intelectual, destruir a Dios<sup>230</sup>. Briceño no fue capaz de abrirse a filosofías que contradijesen la teoría cristiana. Se atemorizó a que los alumnos se deslumbrasen con las doctrinas de Descartes, Hegel, Kant, Spinoza, etc. Intentó, en lo posible, liderar el intelectualismo conservador para que no penetrasen en las mentes de los jóvenes las ideas ilustradas liberales. Atreviéndonos a interpretar el pensamiento de Feliú Cruz, diría que una vez más la cultura oficial frenó el surgimiento de filosofías propias en el país, o al menos impidió la existencia de un real bagaje filosófico en los intelectuales nacionales. El catolicismo chileno era tan profundo que no sólo permeó el ámbito social y político, también se imbuyó en la cultura, especialmente en la oficial; tratando siempre de mantener su poderío y alejar aquellos saberes que atentaban contra las doctrinas cristianas. Con el tiempo, la situación lógicamente fue cambiando y ni siquiera la Iglesia pudo impedir la progresiva secularización, pero en las primeras dos décadas de creación de la Universidad de Chile, - 40' y 50' - es impresionante ver, a través de los Anales, como hubo una fuerte lucha interna para mantener la unión de ciencia y fe propuesta por Bello y rechazar cualquier conocimiento que no se apegara a este principio. Briceño es un ejemplo de ello, fue excesivamente católico y refuta toda doctrina filosófica que se contraponga con esta religión. Llegó al límite del fanatismo pues se encargó de destruir filosofías de grandes sabios y pensadores de la humanidad. Se ve claramente el gran sustrato católico chileno; permeó tan profundamente en la mente de los hombres que difícilmente podemos sacarlos de sus esquemas dogmáticos.

---

<sup>230</sup> “Por último, **el Panteísmo no es menos funesto en sus consecuencias, que absurdo en sí mismo i en su principio**. Si no existe mas que una sola sustancia; si todo es idéntico; i en fin, **si el hombre es Dios; ya no hai entre ellos relaciones de autoridad i de dependencia**: la Relijion, que está fundada en estas relaciones, es una quimera: **ya no hai para el hombre ni bien ni mal moral**, ni leyes que le obliguen, ni responsabilidad por sus actos, ni premios ni castigos, ni diferencia alguna entre la virtud i el vicio (...). **Pero negar a Dios la intelijencia, la voluntad, la libertad, i en una palabra la personalidad e individualidad ¿no es destruirlo?** El Panteísmo en realidad, **no es pues, mas que ateísmo** en unas ocasiones, *politeísmo* en otras, i en todas un *cúmulo de absurdos*, enjendrado bajo el velo de un lenguaje oscuro i de una terminología inintelijible. **Es una contradiccion palpable, no solo con la fé, sino tambien la razon i con la lójica, cuyos principios destruye por completo;...**” Briceño, *Anales* (FE), 1860, p. 460. El subrayado es nuestro.

En toda filosofía, para Briceño, la primicia y la razón última es Dios. Atacó a todos los filósofos que no pudieron descubrir esta “verdad”. Su ataque comienza con Descartes, quien, según su visión, dudó de todo hasta que llegó a un hecho del que no podía dudar: su propia duda. Llegó a la teoría de la “tabla rasa” (desnudez de toda idea anterior al yo) y luego de esto comenzó a plantear diversas ideas sobre el infinito, el universo, la identidad, la sustancia, y otros. Pero, no se dio cuenta, según Briceño, de que había algo precedente al yo, y esto era Dios. Es justamente lo que el intelectual decimonónico criticó de la filosofía cartesiana. Lo correcto y el análisis lógico que debiera haberse preguntado Decartes - para Briceño- es lo siguiente: “Mi pensamiento emana de mí, i yo ¿de quién emano? La respuesta a esta pregunta lleva a Dios por el camino mas corto”<sup>231</sup>. Para Briceño, entonces, la filosofía de Descartes no es válida, pues cayó en meras abstracciones y no descubrió la verdad principal y primordial, la existencia de Dios anterior al ser y al universo. Su crítica continúa hacia Spinoza, quien pudo descubrir la existencia de un ser perfecto y absoluto anterior al hombre qué lógicamente sería Dios; pero el error del italiano recayó en la unión de identidad entre este ser perfecto y el ser humano. No los separó, los unió en una sola sustancia indivisible, creándose un Dios-Todo, sin diferencia entre el universo y los hombres. Por lo tanto Spinoza cayó en el Panteísmo, tan odiado por Briceño<sup>232</sup>. Para el intelectual Dios es una sustancia distinta del hombre, pues es infinito, perfecto y eterno. En cambio la naturaleza y los hombres no poseen estas características; por lo tanto son otro tipo de sustancia, clases distintas de “elementos”. El alma humana pasa a formar una sustancia distinta de Dios, por ende existen varias sustancias<sup>233</sup>.

---

<sup>231</sup> Ramón Briceño, *Anales* (FE), 1860, p.464

<sup>232</sup> “**Si tengo idea de la sustancia, distinta de la idea del fenómeno, la sustancia es una realidad**; por que no habiendo en el Universo mas que sustancia i fenómenos, la que no es idea de estos es idea de aquella. **Si la idea de sustancia es una realidad o un ser, ya no hai medio de evitar el Panteísmo: 1º. porque la tal idea de sustancia es un ser o una realidad: 2º. porque esta idea no es mas que de una sola sustancia: 3º. porque si no es mas que una, es infinita**, puesto que no podría ser limitada sino por otra sustancia de la cual no tengo idea alguna. **Si pues esta sustancia una es infinita, es Dios, es el Universo, es Todo; i esto es precisamente lo que espresa la palabra Panteísmo, Dios-Todo, es decir, que no hai diferencia alguna entre Dios i el Universo.**” Briceño, *Anales* (FE), 1860, p. 466. El subrayado es nuestro.

<sup>233</sup> “**Para pensar o adquirir ideas, es indispensable que el alma reciba modificaciones**, de cualquier clase que sean, i que ejercite sobre ellas sus facultades intelectuales. Luego es claro que **las ideas no son seres u objetos**, pues hai una diferencia enorme entre unas i otros, i que **el que confunde aquellas con estos cae irremisiblemente en el absurdo**. Si esto es tan cierto i demostrable, cuanto se puede demostrar una verdad de observacion, **¿qué diremos aquel otro arbitrario concepto de Spinoza, de que la sustancia no es mas que una sola? Si sustancia es, como todos sabemos, causa oculta bajo ciertas propiedades o modos de ser** (causa substans), **¿qué inconveniente hai para reconocer que nuestra alma es sustancia, que tambien lo es la materia, i que Dios es otra sustancia?**” Briceño, *Anales* (FE), 1860, p. 467. El subrayado es nuestro.

Para Briceño, al igual que para los eclesiásticos, el conocimiento humano posee un límite el cual no se debe traspasar. Si se intenta ir “más allá de las fronteras” se cae en abstracciones, absurdos y lucubraciones ilógicas. Así lo hicieron Descartes, Hegel, Spinoza, Kant, entre otros; quienes penetraron en la ontología -la ciencia de las esencias-, tratando de extraer racionales certeros. Para Briceño la ontología es una ciencia falsa. No se debe confiar solamente en la razón humana, sólo debemos ocuparla cuando ésta va unida con la fe. Sólo a la religión están reservados los misterios del hombre, la creación y el universo. Bajo su forma de pensar, la idea de llegar al absoluto directamente, como lo hicieron los filósofos ilustrados, es un error. Primero se debiera conocer lo relativo, lo finito, lo limitado, que sería el hombre; y luego intentar captar lo absoluto, lo infinito y perfecto que sería Dios. Para el intelectual esta es una ley de nuestra constitución intelectual y de pensamiento que todos los hombres debieran seguir.

“Escudriñese cuanto se quiera el caudal de nuestros conocimientos; no se hallará uno que no estribe en la relación i que pueda subsistir sin ella. ¿Qué es pues lo que hacemos para concebir lo absoluto? **No podemos emplear mas que un procedimiento, a saber: desnudarnos poco a poco de la idea de todo lo que es relativo hasta llegar a lo que no lo es:** entónces tendremos ambas ideas, i siempre por la relación en que nuestra débil vista se encuentra, esto es, **la de lo absoluto por la de lo relativo, de lo infinito por lo finito, de lo necesario por lo contingente. Es una ley de nuestra constitución intelectual i pensadora, ley imperiosa e irresistible, que a todo lo que conocemos como limitado, contingente e imperfecto, supongamos un apoyo en alguna cosa infinita, absoluta i perfecta, a que nada falte**”<sup>234</sup>.

Briceño expuso su manera de pensar como una ley, también está siendo arbitrario. Cayó en el mismo error que según él cayeron los filósofos ilustrados. Su manera de pensar y filosofar sólo debe estar en acuerdo con el catolicismo y con las capacidades de conocimientos del hombre, de lo contrario se cae en absurdas abstracciones inútiles para el pensamiento y peligrosas para la verdad revelada. Detrás de su reflexión se percibe el mismo pavor que el de los estudiantes de teología; temió que la razón y la filosofía le quitaran poder e influencia al cristianismo. Desconfió del racionalismo y poseyó un miedo infundado hacia la penetración profunda de la razón al interior de la mente humana. Al final de su artículo se percibe una especie de desilusión por la Ilustración. Si todos los filósofos ilustrados están errados, son contradictorios, no contribuyen al conocimiento... ¿entonces quién? ¿Se debe seguir

---

<sup>234</sup> Briceño, *Anales* (FE), 1860, p.470

simplemente una guía, una ley, un camino para adquirir conocimientos filosóficos y humanísticos? ¿El verdadero camino, entonces, es el planteado por el mismo Briceño en comunión con la Iglesia y los conservadores? ¿No hay nada de rescatable en los filósofos ilustrados? ¿Quién o quiénes son los sabios entonces?

“Acabemos, o no habrá término a la discusión. Es en realidad inagotable, si se considera que todas las observaciones, todos los estudios, todos los descubrimientos que tienen algunos visos de aproximación a la verdad en Filosofía, todos ellos están en abierta contradicción con esas excentricidades enormes de la ciencia, con este prurito desordenado de investigar lo que no puede ser objeto de investigación, i de percibir i explicar lo que no puede llegar a ser percibido ni explicado. Fraguando teorías seductoras, podremos quizá lisonjearnos momentáneamente de haber arrancado el secreto a la Divinidad, i pasaremos erguidos por entre fantasmas aéreos, miserable creación de nuestro orgullo; pero en realidad ¿qué sacamos de este trabajo febril i desordenado? Nada más que lo que han sacado Spinoza, Hegel i tantos otros; porque, mientras más elevado es el objeto que tomemos por punto de apoyo de nuestras fábricas temerarias, más ruidosa será su caída, i más hondo el abismo en que se sumerjan”<sup>235</sup>.

El presbítero Montes también fijó el mismo camino de Briceño como el único correcto y fidedigno para llegar a la verdad revelada, el catolicismo. Para él la filosofía sólo había llevado al hombre a dudar de la verdad revelada y a caer en un cúmulo de generalizaciones sin sentido. La escuela racionalista, por lo tanto, no había traído nada bueno; más bien había impregnado al hombre de abstracciones absurdas que lo alejan de la Divinidad. Es más, Montes expresa que el hombre no es capaz de vivir con duda. Explica que la humanidad ha nacido con todas las dudas de su existencia ya resueltas por el dogma cristiano; misterios inalcanzables para la mentalidad humana, por esto el acercamiento al racionalismo sólo trae confusiones y se aleja del verdadero camino preparado para la humanidad.

“La lucha entre la razón i la fe ha sido funesta a las ciencias religiosas i morales. La razón humana necesita un punto de apoyo para penetrar en su seno. Sin la luz de la revelación nuestra existencia en la tierra es un problema que la Filosofía no ha podido resolver. La historia del espíritu humano evidencia los estériles resultados del Racionalismo siempre que ha invadido los dominios de la fe: i en efecto ¿qué puede mostrar la escuela racionalista como obra suya? Mil sistemas incoherentes,

---

<sup>235</sup> Briceño, *Anales* (FE), 1860, p.471-472.

mil teorías extravagantes que se destruyen entre sí. En la confusión de principios, en la contradicción de las opiniones se ofrecen a nuestro espíritu no más que dos partidos: el ecepticismo o la libre vuelta a la unidad cristiana, i como el ser racional no ha sido formado para la duda, el dogma cristiano solo puede satisfacer las exigencias morales del espíritu”<sup>236</sup>.

Lo que finalmente se concluye de las palabras de Briceño y Montes es que para ellos la mayoría, sino todas las filosofías ilustradas son inútiles, pues estudian lo que no tiene objeto de investigación. Briceño expresó que están en contradicción con las excentricidades de la ciencia, pero... cuáles son las excentricidades, no las nombra, porque se refiere a la contradicción científica, tampoco lo describe claramente. El excesivo catolicismo hizo que se estrechasen las casillas mentales, pues le restó al hombre la capacidad de desarrollo mental y filosófico. Esto hace que en nuestro país la filosofía racionalista haya tenido tan poca adherencia dentro de la intelectualidad decimonónica. Los problemas fundamentales se dejaban a las creencias de la fe, el hombre sólo resolvía lo que encontraba dentro de sus límites de posibles respuestas. La reflexión, el desarrollo del pensamiento, la capacidad de lucubrar, fueron una vez más opacados por los saberes tradicionalistas.

Hemos elegido a Briceño como el representante de la intelectualidad conservadora para mostrar la excesiva influencia que poseyó la Iglesia en nuestro país en el ámbito cultural y educacional, incluso cuando se trató de la educación superior. Lógicamente sus opuestos liberales fueron Lastarria y Bilbao, como los representantes de las benignidades en la utilización de la razón y el rechazo a la influencia cultural y social de la Iglesia<sup>237</sup>. Briceño pretendió, entonces, alejarse de las filosofías ilustradas europeas, no imitaba ni plagiaba cualquier idea proveniente del Viejo Continente sin antes fiscalizarla; más bien criticó fervientemente las filosofías decimonónicas europeas con el fin de resguardar la tradicional mentalidad católica.

En el campo donde más se enfatizó la mantención de la cosmovisión católica fue en el educacional. Se intentó continuar fuertemente el lineamiento de Bello que unía la razón y la fe. La progresiva secularización que iba irrumpiendo en todo el occidente cristiano se hizo notar fuertemente, pero en Chile —en su mayoría—, se buscó frenarla a toda costa. Para esto se revisaban exhaustivamente

---

<sup>236</sup> Montes, *Anales* (FE), 1857, p.129-130

<sup>237</sup> Véase Capítulo II

los textos dados a leer en los colegios e instituciones superiores con el fin que los alumnos no se contagiasen de “extravagancias” e ideas “herejes”. También se le dio una gran importancia al ramo de religión y teología. Se frenaron las materias filosóficas que avivaban “la duda” dentro del púlpito. A pesar de este conflicto entre secularización y tradicionalismo, la educación, para la época, se entendía como una instrucción que necesariamente debía incluir la moral y la perfección del carácter. Tanto liberales como conservadores optaron por este tipo de educación que además de instruir intelectualmente, enseñaba doctrinas de ética, comportamiento moral y formación de carácter. Tanto Lastarria -como un ejemplo de la intelectualidad liberal- como Briceño -ejemplo del grupo conservador-; asumían que la educación debía encaminarse en este doble eje; formación intelectual y moral. En lo que sí diferían era en la mayor o menor enseñanza de la religión, de las filosofías ilustradas, del cientificismo y de la explotación de la razón.

La educación se transformó en el referente fundamental para civilizar a las naciones recién descolonizadas. En ella estaba puesta la fe para que los hombres de los distintos países fueran futuros ciudadanos cultos y virtuosos. Es por esto que el Estado chileno le dio una gran importancia a la educación nacional y procuró fomentarla y mejorarla a lo largo de toda la centuria. Gracias a la educación el país podía ser parte gradualmente de los escalafones civilizados, del globo modernizante y así dejar atrás la ignorancia y vicios coloniales. Tantas esperanzas se tuvo en la educación que pasó a ser una suerte de utopía, pues se pensaba que gracias a ella, en conjunto con una democracia estable, llegaría de por sí la felicidad y perfección a las diferentes naciones.

“La **educación** fue concebida como el instrumento de **perfectibilidad del hombre** en el camino a la **libertad, la felicidad y el progreso**. Ella formaría al **hombre nuevo**, ese hombre que podía hacer **tabla rasa del pasado**, suprimirlo para inventar un futuro. La ilustración era la base de la felicidad de los pueblos y del progreso de la historia; era el patrimonio de los pueblos libres y la clave misma de la libertad que no degeneraría en anarquía pues **comprendía no solo saber sino principalmente la virtud** <sup>238</sup>”.

Este tipo de enseñanza se ve reflejado en todos los textos educacionales de la época y por supuesto los Anales de la Universidad no son la excepción. Con el fin de no ser repetitivos citaremos a los más

---

<sup>238</sup> Serrano, “Universidad y Nación”, p.38. El subrayado es nuestro



importantes e influyentes. Nuevamente dentro de este campo juega un papel fundamental Ramón Briceño, quien al incorporarse a la Facultad de Humanidades leyó un poderoso discurso elogiando la memoria de Mariano Egaña como uno de los hombres más importantes en traer las luces al país y dar a los alumnos una elevada enseñanza intelectual y moral. Luego Briceño expresa que solamente poseyendo una sublime enseñanza, los chilenos aprenderán buenas costumbres, respetarán las leyes y llegarán a la felicidad. La educación, para los intelectuales decimonónicos, está necesariamente unida a la instrucción. Es decir, la primera debe ocuparse, fundamentalmente de la formación del carácter y principios católicos, mientras que la segunda de las enseñanzas intelectuales. Tanto educación como instrucción van completamente unidas y no se entiende una buena y correcta formación si falta alguno de estos dos elementos. En definitiva, la instrucción intelectual, en palabras de Enrique Cood, “no menos que la disciplina, la moral i la religión, son ramos esenciales de la educación”<sup>239</sup>. Así pensó Briceño, pues cuando habló de educación la consideró íntimamente unida a la instrucción; y “en esa virtud entiendo por ella el arte de modificar, de cultivar y de instruir a los niños desde su más tierna infancia...”<sup>240</sup>. La educación ligada a la instrucción se entiende como la capacidad de transformación cultural, moral y de carácter. Idea también expuesta por Bello en su discurso inaugural<sup>241</sup>. Tanto Briceño como el rector de la Universidad, en conjunto con la mayoría de los intelectuales, poseyeron las mismas ideas acerca de la educación: debe ser virtuosa, sólo así los hombres se alejan de los vicios; una ciencia, fe, virtud y moral; ayuda a la mantención del orden y a la estabilidad de los Estados; de los hombres educados nacen los futuros políticos de Chile; a través de la enseñanza se aprende a respetar la ley de la naturaleza que es la ley de Dios; y por último, ésta entrega conocimientos útiles y racionales.

Juan Bello, apoyó a su padre al respecto y elogia en su discurso a Ventura Cousiño por haber sido un hombre que cumple con los requisitos necesarios para entregar una correcta educación intelectual y moral. Los elogios a predecesores son muy comunes dentro de los Anales, pues aquellos hombres a quienes se alaba son un ejemplo de vida para la juventud, y ese ejemplo se debe mantener siempre presente a través del recuerdo de su memoria y acciones desarrolladas. Para Juan Bello, Cousiño fue un

---

<sup>239</sup> Cood, Enrique, “Discurso de incorporación a la Universidad de Chile, como miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Sobre los defectos del plan de estudios vigentes en la Facultad de Humanidades”, en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1857, p.155

<sup>240</sup> Briceño, Ramón, “Discurso de incorporación a la Universidad de Chile como miembro de la Facultad de Humanidades”, en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1846, p.91

<sup>241</sup> Véase Capítulo II

ejemplo de hombre en entregar una instrucción profundamente unida a la virtud y a sentimientos de bondad.

“Ideas de moralidad i de virtud, rasgos nobles y loables, impulsos de delicadeza i decoro personal, eran tópicos de sus lecciones todos los días, tanto como los ejercicios diarios de traducción i de memoria a que se destinaba la clase. Junto con instruir queria educar al alumno, despertar en su tierno corazon instintos generosos, hacerle perceptible i amable todo el mérito y grandeza de una bella accion, e infundirle sentimientos de pundonor i dignidad. –¿I qué educacion mas provechosa i necesaria que esta?”<sup>242</sup> .

Es este tipo de educación, para los intelectuales decimonónicos, la que lleva a la felicidad, al progreso, al desarrollo de las buenas costumbres y de las buenas leyes. Las naciones sólo así podrán tener prosperidad material. Se entiende que los bienes materiales por sí solos no traen la felicidad si es que no hay una fuerte base de virtud, una bondadosa educación y buenas costumbres. Para Briceño la prosperidad económica es solamente un bien pasajero. Lo importante es la estabilidad duradera que lo da la formación de las buenas costumbres, inculcadas a través de la educación; y no sólo cualquier educación sino que una preocupada de la moral, la religión y el ámbito intelectual<sup>243</sup>. La institución encargada de llevar esta obra educacional a su auge es la Universidad, como superintendencia de educación, pero en especial la Facultad de Filosofía y Humanidades, como la autoridad responsable de entregar a la nación entera los preceptos y objetivos que debía poseer la educación en Chile.

---

<sup>242</sup> Bello, Juan, “Discurso pronunciado al incorporarse a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, en elogio de su predecesor Ventura Cousiño”, en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1853, p. 403

<sup>243</sup> “**Tal es la influencia de las buenas costumbres sobre las leyes.** De este manantial secreto i profundo **nace la felicidad pública**; i en la oscuridad de las casas particulares se **forman esos grandes caractéres**, esas **sublimes virtudes**, que hacen el brillo i la **dicha de las naciones**. A fuerza de obedecer como hijo, es como se aprende a obedecer como súbdito; a fuerza de mandar como padre, es como se aprende a gobernar como majistrado; a fuerza de amar a sus parientes, es como se aprende a amar a todos los ciudadanos: allí es pues donde el corazon se amolda, digámoslo así, para obrar toda la vida. **No; no es seguramente por las riquezas materiales, ni por la ciencia de puro ornato, ni por el número de los soldados, ni por los tratados de alianzas, por donde debe regularse la fuerza de un Estado, ni la felicidad de sus habitantes.** ¿Qué necesidad hai de sondear tantas profundidades? Este conocimiento es mucho mas sencillo; introduzcamos la mano en nuestros corazones, veamos si hai en ellos **buenas costumbres, que estas son seguramente los nervios del cuerpo político; lo demas solo forma su volúmen i peso.** Los padres i los hijos, los esposos i sus consortes, los amos i los criados; he aquí las verdaderas relaciones de la política, porque son su jérmen. **La mejor alianza de un pueblo, es la union de todos los ciudadanos que lo componen. Si las familias son dichosas, el Estado lo será tambien como ellas**”. Briceño, *Anales* (FE), 1846, p. 100. El subrayado es nuestro.

**“Toca pues a la Universidad de Chile, i particularmente a la Facultad de Filosofía i Humanidades, como encargada por la lei de dirigir la educacion primaria, meditar sobre un objeto de tan grande importancia i trascendencia, i proponer al Gobierno supremo cuanto crea necesario para mejorar i estender la educacion nacional, considerándola como la primera i mas abundante fuente de la pública felicidad. Porque esto i seguro, que a su zelo i sus luces no se puede ocultar, que sin educacion no hai moral pública ni privada, no hai costumbres, no hai leyes, ni pueden existir las instituciones republicanas; i que sin ciencias prácticas i conocimientos útiles, tampoco se podrá dirigir i mejorar la agricultura, la industria, el comercio, i las demas profesiones activas que nos han de enriquecer i defender. I siendo constante que la nacion mas sábia i virtuosa es siempre, en igualdad de circunstancias, la mas poderosa, la República chilena puesta por la Providencia en la situacion mas favorable, i, como dice un ilustre escritor, colocada en medio de una vejetacion frondosa i robusta, al pié de esta estupenda perspectiva que no puede inspirar sino pensamientos encumbrados como su mole, circundada de una atmósfera diáfana i serena, compuesta de una juventud perspicaz, dócil i sensible: está destinada a levantarse por medio de leyes sábias i de una instruccion sólida completa i jeneral, a recorrer una órbita brillante entre las primeras naciones de la tierra, i a dejar despues trazas luminosas de su existencia en el continente de Colon”<sup>244</sup>.**

La fe que se poseía en la educación es sorprendente, ésta era capaz de generar los más increíbles adelantos tanto materiales, culturales como de formación social y espiritual. Más aún se tenía plena fe en la educación como el elemento más importante para resguardar la estabilidad y orden en los Estados. Gracias a la instrucción se obtenían correctos ciudadanos de carácter recto y culto, incapaces de dejarse seducir por lisonjeras palabras de algún caudillo que se propusiera hacer una suerte de revolución en algún país. La grandiosa entrega innata hacia la educación, se dio tanto en conservadores como en liberales y ambos apoyaron la idea que la instrucción debía estar unida a la moral. El mismo Lastarria expresa que “la educación social, esto es, la educación que debe habilitar al individuo, como miembro de una sociedad, no puede tener otro objeto, otro propósito que la perfección moral de ese individuo, es decir, el desarrollo de todas sus facultades”<sup>245</sup>. Las facultades del hombre, por lo tanto, no son sólo las intelectuales, también caben dentro de la transformación que impone la educación a los hombres la metamorfosis del alma, la moral, el carácter, con el fin de lograr una perfección, o lo más cercano a ella, entregando siempre los preceptos de lo justo y verdadero. Para Frai Rencoret la educación debe basarse

---

<sup>244</sup> Briceño, *Anales* (FE), 1846, p.102. el subrayado es nuestro.

<sup>245</sup> Lastarria, José Victorino, “El libro de oro”, en *Miscelánea, histórica y literaria*, p.321

en la enseñanza de tres facultades del hombre: física, el cuerpo; moral, el corazón; e intelectual, el entendimiento; con el fin de conseguir un armónico bienestar. Sólo así el hombre puede aspirar a la felicidad<sup>246</sup>.

Lógicamente a la facultad moral del hombre se le dio mayor importancia en la educación decimonónica. De dónde se extraía la virtud moral fue la diferencia entre los conservadores y liberales. Para los primeros los ramos teológicos y religiosos fueron los fundamentales dentro de la instrucción primaria, secundaria y universitaria y por ende los principios de la moral. Para los segundo estos ramos debían estar supeditados a la enseñanza intelectual y entienden más bien la educación moral como la formación de carácter que no necesariamente debe llevar implícita la religión. En las primeras décadas de la Universidad triunfaron, en su mayoría los ideales tradicionalistas. El mismo Andrés Bello observó con orgullo que su doctrina de unir ciencia-fe se cumplía en la mayor parte del territorio nacional y gran parte de los profesores y decanos universitarios estaban de acuerdo con este precepto. Once años después de fundada la Universidad de Chile afirma que “el Consejo ha mirado como uno de los primeros deberes el mejoramiento de la enseñanza religiosa, i ha tenido la satisfacción de que no hayan sido ineficaces sus esfuerzos”<sup>247</sup>. Por lo tanto, existió una cultura oficial fuertemente ligada a la instrucción religiosa y a los ideales bellistas.

El gobierno además de seguir las doctrinas de Bello<sup>248</sup>, continuó fomentado fervientemente la educación religiosa, siendo ésta una de sus mayores preocupaciones. Subordinó la enseñanza filosófica que no se adecuaban a cabalidad con la doctrinas del catolicismo. Así lo expresa el Rector del Instituto

---

<sup>246</sup> Rencoret, Frai Benjamín, “Memoria leída ante la comisión examinadora de la Facultad de Teología para obtener el grado de Licenciado en dicha Facultad, cuyo tema es sobre la educación moral y religiosa”, en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1856, p.349

“Bajo tres diversos aspectos debe ser considerada la vida del hombre: física, moral e intelectual. Por consiguiente, para que pueda lograr su bienestar personal i contribuir al de sus semejantes, necesita de una triple educacion, necesidad que satisfará educando las tres facultades diversas que en él existen: el corazon, el entendimiento i el cuerpo. El corazon, en donde reside el instinto moral que inspira las acciones buenas, grandes i útiles. El entendimiento que las cordina i dirige. El cuerpo o las fuerzas físicas que las ejecuta. Todas tres facultades deben hallarse perfectamente desarrolladas i acordes, por medio de la educacion. Si no se las desarrolla i pone convenientemente en obra, jamas alcanzará el hombre su felicidad individual ni el bien de la sociedad”.

<sup>247</sup> Bello, Andrés, “Memoria presentada al Consejo de la Universidad por el Rector de la misma. Sobre la instrucción pública”, en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1854, p.11

<sup>248</sup> Esto mientras no afectaran los intereses del país. Recordemos la discusión entre lo público y lo privado desarrollada por Sol Serrano y expuesta anteriormente. La cual culminó en una enseñanza laica para los que así lo quisieran en pro de una mayor colonización. Esto demuestra la progresiva secularización tanto de gobierno como educacional. Pero para la época de 1840 y 1850 casi no se cuestionaba que toda la enseñanza nacional debía estar sometida necesariamente a una instrucción católica.

Nacional en 1848, quien preocupado por los alumnos que seguían los cursos de matemáticas sin obtener una correcta instrucción religiosa, pidió al gobierno que este ramo fuera una obligación para todos los alumnos, incluso para aquellos que seguían cursos científicos-matemáticos. Esto demuestra la excesiva importancia que tenía la religión en la educación chilena<sup>249</sup>.

El desarrollo cultural nacional y la mayor parte de sus instituciones fueron fomentadas y financiadas con capitales estatales. No ocurrió como en Inglaterra o Francia –especialmente- en que distintos gremios particulares fundaron colegios y/o universidades con capitales privados, los cuales, lógicamente, imponían una visión cultural independiente del Estado. Por lo tanto la educación a nivel nacional en aquellos países tuvo diferentes matices, visiones y perspectivas. Se crearon numerosas instituciones tanto de cultura oficial como no oficial, igualmente influyentes. En el caso de Chile, sin embargo, la mayoría de las instituciones educacionales fueron controladas y vigiladas por el Estado y la Universidad de Chile (salvo aquellas que eran de los colonos protestantes), es decir, por la cultura oficial, que intentó homogeneizar la enseñanza y omitir, dentro de lo posible, visiones contradictorias intelectuales. Se intentaba seguir una línea, un parámetro. Esta es una de las razones del porqué la historiografía tradicional le da tanta importancia al Estado como creador de la nación<sup>250</sup>. El Estado no sólo se encargó de financiar las respectivas instituciones educacionales, sino también de vigilar y controlar los conocimientos que se impartían en ellas. Así lo demuestra el mismo Bello, quien confía la revisión de los textos y materias a pasar en los establecimientos de enseñanza al gobierno más que en maestros idóneos ilustrados.

“No hai establecimiento de educacion en que mas importe la eleccion i revision de los textos. Este es un punto que no debe confiarse al juicio del Director i profesores de la Escuela, por idóneos e ilustrados que sean. La materia es bastante grave para merecer la atencion, no solo de la Facultad de Humanidades, no solo del Consejo Universitario, sino del Supremo Gobierno”<sup>251</sup>.

---

<sup>249</sup> “El Supremo Gobierno no podia mirar con indiferencia este notable defecto, i así fue que en abril de 1847 declaró que todos los alumnos del establecimientos (Instituto Nacional) debian seguir el curso de religion, i para que esta orden pudiera ser cumplida con provecho de la enseñanza, creó también nuevo profesor a mas del que ya habia en ejercicio”. Rector Instituto Nacional (Antonio Varas), “Memoria leída por el Rector del Instituto Nacional en el acto de la distribución de premios”, en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1848, p.228

<sup>250</sup> Véase Góngora, Op.Cit., Introducción.

<sup>251</sup> Bello, 1854, *Anales* (FE), p.7-8

Se posee, por lo tanto, una excesiva confianza en el gobierno con respecto a las visiones intelectuales a seguir; esto impide que surjan otros enfoques que puedan ser provechosos para una diversidad de visiones culturales. Se restringió el surgimiento de otro polo cultural. Por ende, se dio a los distintos establecimientos los parámetros de la cultura oficial. Esto es justamente a lo que aspiraba el gobierno: homogeneización tanto intelectual como cultural. Homogeneización que si bien permitió que la educación chilena caminara por una misma línea, impidió, en su mayoría, el surgimiento de distintos gremios o grupos pensantes críticos a la cultura oficial o que simplemente propusieran otra perspectiva de conocimientos. Esto no quiere decir que no los hubo. Está el caso de Lastarria, Bilbao, Máximo Arguelles (a quien veremos posteriormente) y otros, los cuales elevaron y divulgaron una cultura paralela al Estado; pero no hubo grandes instituciones educacionales (salvo por un corto período la Sociedad de la Igualdad que tuvo un fin más político), a mediados del siglo XIX que respaldaran y apoyaran una cultura no oficial y que contrariara los ideales y perspectivas entregadas por el Estado y la Universidad de Chile<sup>252</sup>. Por lo tanto, se intentó buscar una homogeneización en la educación nacional; no sólo intelectual, sino también moral, espiritual y religiosa.

“Los medios podrian en hora buena ser diferentes; pero la doctrina i las impresiones relijiosas i morales, que recibieran los niños, serian en el fondo siempre las mismas. **¡Qué uniformidad de doctrina, de ideas i de sentimientos no habria entónces desde un punto al otro de Chile!** Animadas de un mismo espíritu todas las clases de la sociedad, formarian propiamente una sola familia, i la República entera seria, por decirlo así, como un solo hombre. Aquí teneis, pues, esa educacion nacional de que tanto se ha hablado, i la única digna de este nombre, porque solo ella puede producir la prosperidad de la nacion”<sup>253</sup>.

No se entiende para esta época la riqueza de la diversidad, como lo está planteando hoy en día la cultura del bicentenario. Se pretendía hacer de Chile un país homogéneo cuando desde su formación ha sido heterogéneo. El mismo Manuel Montt, durante su presidencia, urgió al Congreso para que aprobase una ley que permitiera aún mayor unidad y homogeneidad del régimen educacional. Una similar preparación para los profesores en conjunto con materias equivalentes en cada establecimiento y una misma línea de conocimientos.

---

<sup>252</sup> Véase Capítulo II

<sup>253</sup> Briceño, *Anales* (FE), 1846, p.93. El subrayado es nuestro.

“No obstante la libertad con que el Congreso se ha prestado a suministrar auxilios a este ramo del servicio público, es mui sensible la falta de una lei que de unidad i réjimen estable a la instrucción; que la provea de fondos, libres de contingencias eventuales, i que asegurando el porvenir de los maestros, les dé la suficiente confianza para consagrarse con decisión a sus penosas tareas. Pende ante vosotros un proyecto de lei que consulta estos objetos, i os recomiendo su mas pronta consideracion”<sup>254</sup>.

El grupo liberal existente en Chile no estaba totalmente de acuerdo que la educación fuera llevada solamente por el Estado; puesto que las directrices de conocimiento eran por lo general retrógradas, excesivamente gradualista y con un fuerte contingente tradicional y religioso. Una vez más Lastarria representa la voz de los disidentes. Expresó que en Estados Unidos, país al igual que Chile recientemente descolonizado, se podía percibir ya a la educación poseer una esfera propia, un desarrollo particular y, en parte, independiente de los lineamientos estatales. Esta es la aspiración a la cual debiera llegar Chile. Sólo así la educación podrá tener un real progreso, libre de las trabas estatales, burocráticas y de los pensamientos retrógrados. La educación, por lo tanto, para Lastarria, no debiera ser un rol del Estado.

“Mas tarde sucederá lo mismo entre nosotros (como en Estados Unidos es un negocio de la sociedad y no del Estado): hoi la educación es un negocio del Estado i casi no puede existir sin la ayuda poderosa de éste. Más tarde se constituirá en una esfera propia, i entonces deberá su vida i su desarrollo a la actividad social, i no a la accion del Estado, la cual quedará limitada a facilitarle las condiciones necesarias a su independenciam i progreso: entonces vendrá la organización especial de la educación i las contribuciones especiales i sociales para su sostén”<sup>255</sup>.

A pesar de las aspiraciones de Lastarria por forjar instituciones educacionales, los progresos fueron pocos a mediados del siglo XIX. Los colegios particulares, de distintos gremios y aquellos que entregaban conocimientos diferentes a los impuestos por el Estado surgieron con fuerza a fines de siglo y durante el siglo XX. Lo que sí fue un ideal común, aunque minoritariamente cumplido, fue el hacer de la enseñanza una educación popular. Se anhelaba que todo o la mayoría del pueblo se beneficiara de las bondades que traía la educación. Sólo gracias a ello se podía civilizar y moralizar el país. El mismo

---

<sup>254</sup> Montt, Manuel, “Del discurso del Presidente de la República en la apertura de las sesiones del Congreso Nacional el 1° de julio del presente año”, en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1858, p.250

<sup>255</sup> Lastarria, José Victorino, “El libro de oro”, en *Miscelánea, histórica y literaria*, Tomo II, p.319-320

Bello expresó este ideal en su discurso inaugural y luego lo vuelve a reiterar numerosas veces. Ya para 1854 observó que el crecimiento de la población no era proporcional al número de escuelas para acoger a la cantidad de hombres y mujeres en edad de estudiar. Ese es uno de los principales defectos que quiso corregir, pues si no la barbarie aumentaría al igual que las costumbres viciosas. El grupo selecto instruido disminuiría en proporción a la población nacional y el trabajo realizado por décadas para lograr tener un país culto e inteligente no habría dado, entonces, los resultados esperados.

“La educacion de nuevas escuelas por los medios que han Estado en accion hasta ahora no puede seguir el movimiento de la población, que se desarrolla en una progresión jeométrica. Si no apelamos a otros medios, será cada año menor la razon entre el número de alumnos primarios i el número de los habitantes. La clase que participa de la instrucción elemental será cada año una fraccion menor de la nacion; i a nadie se ocultará todo lo que habría de ominoso i desconsolador en esta incontestable deduccion de los datos numéricos, si no nos apresurásemos a dotar de recursos mas adecuados la educación nacional. Tenemos a la vista el ejemplo de otros paisés; una moderada contribución a los vecindarios, ensayada al principio, si se quiere, en los departamentos mas poblados i ricos, i extendida gradualmente a los otros, es el arbitrio único para proveer una necesidad cada día mas imperiosa. Sin eso, la barbarie iria cada año extendiendo su imperio sobre una porcion mas considerable del cuerpo social. La mejora de la enseñanza en ciertos ramos, el adelantamiento de la instrucción colegial i científica, no compensarían jamas, en la balanza del bienestar comun, los males inherentes a este incremento relativo de las clases condenadas a una carencia completa de toda cultura intelectual i moral. Si nos figuramos un círculo cuyas dimensiones creciesen continuamente, i en que un segmento iluminado brillase cada vez con una luz mas viva, pero a pesar de su incremento absoluto, formase una parte progresivamente mas pequeña de la superficie total, podremos representarnos la marcha de las luces en Chile según sus actuales tendencias. ¿I que orden de cosas puede haber mas opuesta al espíritu de las instituciones que nos rijen?”<sup>256</sup>.

---

<sup>256</sup> Bello, *Anales* (FE), 1854, p.6



La fe en la educación como el elemento más acorde e importante para promover la perfección y formar rectos ciudadanos, hizo que la mayoría de los intelectuales decimonónicos aspiraran a una educación popular, aunque en la práctica estuvo lejos de conseguirse. Generalmente la educación -especialmente la secundaria y la universitaria- siguió siendo un lujo elitista. La enseñanza intelectual y moral también reemplazó la ignorancia que envolvía el período colonial, el cual se consideraba lleno de supersticiones, fanatismo y vicios. Es una razón más por la cual el gobierno y la elite decimonónica creyó tanto en la educación, incluso en aquella que adoctrinaba a las clases bajas. Pero una cosa es un anhelo y otra lo que se lleva a la práctica. En el discurso la mayoría de la elite político-intelectual aspiraba a la educación popular con el fin de hacer del país una nación culta y en miras a la civilización. Para Florian Lobeck, catedrático de la Facultad de Filosofía y Humanidades, hay dos elementos esenciales que fortificar en una nación: el comercio, la industria y todos los bienes productivos y materiales; y en segundo lugar, la inteligencia, el culto a las artes, humanidades y ciencias, la preparación del carácter y la moral. El primer elemento lo llama sistema muscular, al segundo el sistema nervioso. Para él, es este último el que requiere con más urgencia su fomento y práctica, puesto que así se fortificará la fuerza material. Para fomentar el sistema nervioso nacional se debe acudir a la educación de todas las clases de la sociedad.

“Esta necesidad de fortificar el sistema nervioso es mucho mayor en pueblos que como Chile tienen que compensar todavía su falta de fuerza material, comunicando un temple más poderosos a las almas, ennobleciéndolas por medio de una educación perfecta, difundida en todas las clases de la sociedad. Así lo comprendieron los jenerosos próceres de la Independencia, quienes después de haber prodigado su preciosa sangre en los campos de batalla, trataron de afianzar sólidamente su conquista redimiendo a sus compatriotas de la opresión infame ejercida sobre la inteligencia por la ignorancia, la superstición i el fanatismo, única herencia del funesto coloniaje”<sup>257</sup>.

A pesar que varios intelectuales y políticos, al menos en el discurso, propusieron el fomento de la educación popular, hubo algunos que se atrevieron a contrariar este sistema. La mayoría que no estaba de acuerdo guardaba silencio. Sin embargo, una minoría habló y uno de sus representantes es Enrique Cood, también catedrático de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Él no poseía la excesiva fe en la

---

<sup>257</sup> Lobeck, Justino Florian, “Boletín de instrucción pública. Discurso del miembro de la Facultad de Humanidades, pronunciado en la repartición de premios de uno de los Colegios de esta capital”, en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1866, p.307

educación como sus homólogos; más bien explicó que ella no puede curar todos los males de la sociedad y las mejoras muchas veces deben provenir de otro ámbito. Lo envolvió un gran temor debido a las grandes y rápidas transformaciones por las que había pasado el país desde su Independencia, a pesar que en la práctica siguió casi intacta la devoción religiosa y una política autoritaria. Fue un hombre sumamente tradicionalista que buscó insertar en el presente parte del pasado o, más bien, no dejó pasar costumbres y visiones del pretérito. Afirmó que no se respetaban las tradiciones. Le asustó la voragine moderna, pero por sobre todo educar a las clases populares.

“Desde los albores de nuestra rejeneracion política, en medio del estruendo mismo de las armas, se miró la difusion de los conocimientos útiles como una de las atenciones preferentes del Estado, i se reconoció sin dificultad que la instruccion del pueblo, su adelantamiento moral e intelectual eran la única base en que era dable afianzar las nacientes instituciones i asegurar el porvenir de la República. Si es justo tributar a las benéficas ideas que este movimiento orijinó el aplauso que merecen, no me será dado determinar hasta que punto se convirtieron en una preocupación quizás exagerada. Operóse una reaccion tan rápida i violenta contra el antiguo órden de cosas, que se le atribuyeron todo el atraso, toda la pobreza, toda la miseria, i en una palabra todos los males que aquejaban a las colonias españolas (...). Sin desconocer que el progreso intelectual de los pueblos es una de las primeras condiciones de la vida, preciso es confesar que en esta materia como en muchas otras, las convicciones sinceras i los buenos deseos suelen llevarnos a un extremo que no justifican ni las verdaderas exigencias de la sociedad ni los resultados de la experiencia. La educacion popular no es una panacea para todas las enfermedades sociales, ni es justo ni conveniente sacrificar a ella de un modo absoluto las demas necesidades públicas”<sup>258</sup>.

Podríamos suponer que miró como injusto la visión que tanto el chileno como el latinoamericano se hicieron de la Madre Patria luego de la emancipación, atribuyéndole a la España todos los males y vicios presentes en la sociedad del momento. Si bien reconoció la necesidad de la educación del pueblo, también afirmó que la importancia dada era completamente exagerada, para él los mayores esfuerzos del Estado debieran ir primero en pro del progreso material y otras necesidades públicas y luego reforzar el ámbito educacional en ciertas clases de la sociedad. Para Cood la educación popular no es una solución para las enfermedades sociales y por lo tanto no se le debe atribuir la importancia que se le estaba dando en la época. Más bien, este intelectual temió educar a las clases bajas por miedo a que se

---

<sup>258</sup> Cood, *Anales* (FE), 1866, p.148-149

sublevasen y/o causasen disturbios y así el orden portaliano imperante se volviera un caos. La clase media y proletaria al cultivarse y conocer sus derechos y las ideas de igualdad y soberanía podían exigirle al Estado y a la misma sociedad una equivalencia de trato y ciudadanía con la elite y los ricos propietarios. Este es el gran temor que se deduce al leer el discurso de Cood. Observó, como muchos, con disgusto los acontecimientos franceses iniciados en 1789 y temió que la baja clase pueda recrear una suerte de esta lucha que pueda amenazar al *establishment* si son educados y se le entregan doctrinas “peligrosas” para la mantención del orden social.

“La instruccion primaria, la instruccion de las clases inferiores de la sociedad está a la órden del dia. Prontos a atribuirle la importancia que merece como indispensable al mas ínfimo de los ciudadanos, como indispensable a todos para el conocimiento de sus derecho y cumplimiento de sus deberes, ¿podremos sin embargo negar que existen sobre este punto ideas exajeradas, ideas que pueden conducirnos como a otros países a consecuencias deplorables? No abogemos porque se pongan trabas al cultivo de la intelijencia, a la difusion de las luces entre la jente proletaria: léjos de nosotros semejante pensamiento. ¿Pero será mucho pedir que se mediten con calma las útiles lecciones que nos suministra la experiencia, el mejor de los maestros, i que como propagadores de la enseñanza primaria no cerremos los ojos a peligros que no son ménos serios que reales i positivos?”<sup>259</sup>.

Por esto Cood aspiró a una educación diferenciada según a la clase a la cual se pertenezca. Es decir, el hijo de un obrero debe aprender el oficio de su padre. Un artesano de clase media debe enseñarle su arte a sus sucesores. Los hijos de hombres ilustrados universitarios deben seguir el mismo camino. Para Cood sólo así se podrá tener una sociedad en orden, equilibrada y sin falta de mano de obra ni de intelectuales. El ascenso de clase a través de la educación no fue uno de los ideales a los que aspiró este intelectual. Más bien pretendió mantener a un gran porcentaje como obreros y mano de obra que son imprescindibles para la producción del país. Sólo así se obtienen los dos ejes por los cuales debiera marchar una república en formación: progreso intelectual de una elite y progreso material que necesariamente requiere de numerosos trabajadores. Si las clases populares llegasen a saberse capaces de ejercer otros oficios o profesiones se encontrarían en disgusto con su situación social y harían lo posible por ascender, intentando romper los lazos clasistas de nacimiento. En definitiva para Cood, la sociedad requiere de todas las clases y por lo tanto no se deben hacer hombres de estudio cuando no

---

<sup>259</sup> Cood, *Anales* (FE), 1866, p.149

proviene de aquel ambiente. Pareciera que su deseo es continuar con una sociedad estacionaria y profundamente jerárquica en donde sólo una elite tiene derecho a la educación intelectual.

“El mal que indico no es imaginario ni puramente especulativo. Haciendo descender la instrucción sin discernimiento i con excesiva liberalidad hasta las clases inferiores, ella inspirará a los jóvenes que la reciben disgusto por su estado, desprecio por sus iguales i el envalecimiento de una superioridad engañosa, que les hará mirar con tedio el trabajo manual, el servicio doméstico, i aun el ejercicio de aquellas artes honrosas, pero humildes, que nos proporcionan la satisfacción de las primeras necesidades de la vida. Solo las almas pacientes i dotadas de un valor moral que pocos hombres poseen, son capaces de sustraerse al influjo de tales sentimientos”<sup>260</sup>.

La propuesta educacional de Cood expresa que no debiera existir una educación gratuita para todos. Cada uno debe estudiar según lo que corresponde a su clase y su posición social. Dicta que la educación primaria debiera ser una preocupación del Estado y financiada por éste, puesto que es necesario mantener a todas las clases de la sociedad con conocimientos básicos. Pero explica que la educación secundaria no la debe costear el Estado a toda la población, pues gasta grandes capitales que debieran ir a la financiación de la producción material del país. La educación secundaria para un hijo de artesano no le será útil porque su dedicación futura serán los trabajos manuales y por lo tanto no le servirán los conocimientos aprendidos en la secundaria y será un dinero inútilmente gastado. Por lo tanto, la “clase media que desea dar a sus hijos la educación correspondiente a la posición que van a ocupar en la sociedad deben hacer el sacrificio que ahora se impone el Estado”<sup>261</sup>. Es decir, ellos mismos debieran pagar una educación a sus hijos según el oficio que a futuro ejercerán y así el Estado estaría más libre del gran gasto a nivel educacional. Este es justamente el mal que recalcó Cood del plan de estudios vigentes: no hay una educación especializada para las distintas clases sociales, pues la educación está enfocada hacia las carreras científicas, humanísticas o literarias profundizadas en la Universidad. Pero no se enseñan artesanías, manualidades u carpintería a aquellos hombres que pertenecen a esa determinada clase.

---

<sup>260</sup> Cood, *Anales* (FE), 1866, p.150

<sup>261</sup> Cood, *Anales* (FE), 1866, p.151

“La educación que se da en los Colegios i Liceos no llena sino imperfectamente su objeto: no se adapta a las circunstancias i formas de la sociedad; no hai por consiguiente una instrucción general acomodada a todas las situaciones de la vida. El plan de estudios se dirige unicamente a preparar a los jóvenes para alguna carrera científica o literaria”<sup>262</sup>.

Lógicamente con la propuesta educacional de Cood, el ascenso de clases sociales dentro de una determinada sociedad, en este caso habla de la chilena, es casi imposible. Se mantiene el *statu quo*. El plan propuesto exige que siempre se debe estar en la misma posición social sin movilidad de clases. Lógicamente se trata de un pensamiento profundamente retrógrado, tradicionalista y de un gran temor a la educación del bajo pueblo. Seguramente muchos homólogos de Cood pensaban en su interior lo mismo, teniendo en mente la Revolución Francesa, pero muy pocos se atrevieron hacerlo público en una época en donde el Estado y la elite intelectual, especialmente la liberal, buscaban la ilustración y civilización del país a toda costa. Y el principal objetivo para lograr esto era la fe que se poseía en la educación no tan sólo de una elite, sino popular. Lógicamente los liberales y gran parte de la elite no opinaban lo mismo que Codo. Todos ellos se abocaron a la formación de una red educacional que al menos intentara llegar al bajo pueblo con el fin de civilizarlo y moralizarlo. Es el caso de Manuel Salustio Fernández, catedrático de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas. Para Fernández la diferenciación de clases sociales frenan el progreso cultural y material del país. Por esto apoyó la igualdad educacional con el fin de que no haya distinciones de los hombres en una determinada sociedad.

“Trabajando en la misma escuela i en el mismo taller el hijo del artesano al lado del hijo del rico propietario o del empleado de mas alta jerarquia, sometidos todos los alumnos a un solo i único réjimen, sin distinciones de ningun jénero durante la época del aprendizaje, parece natural que en poco tiempo desaparecería esa caprichosa repugnancia, que tanto se opone al progreso de las artes i que coarta sin duda la marcha próspera i gloriosa de la República”<sup>263</sup>.

Para Fernández sólo la igualdad educacional y cultural entre los hombres de la nación puede asegurar la prosperidad y bienestar del país. Sólo así se logra la verdadera moralización del pueblo y éste

---

<sup>262</sup> Cood, *Anales* (FE), 1866, p.151

<sup>263</sup> Fernández, Manuel Salustio, “Matemáticas. Memoria sobre la necesidad y medios de fomentar en Chile el estudio de las ciencias físico-matemáticas aplicadas a la industria y al arte”, en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1854, p. 208

resplandece de virtudes. Creyó que se deben satisfacer las necesidades educacionales, materiales y civiles del bajo pueblo; pues éstas son justas y legítimas. Hacia ese camino debe entregarse la nación y el Estado, independiente de los sacrificios que requiera<sup>264</sup>. Un pensamiento muy similar al de Fernández, aunque incluso más radical, es el expuesto por Máximo Arguelles, catedrático de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Para este intelectual las excesivas diferencias que existen entre ricos y pobres son también un estorbo para el desenvolvimiento progresista del país. Explicó que sólo la educación popular basada en la virtud y moralidad va a permitir *que el más pequeño pueda crecer sin estorbo hasta llegar a la altura del más elevado*. No se trata de una utopía socialista, dice Arguelles, tan en boga durante el siglo. Más bien se trata de dar oportunidad a todo el pueblo para el acceso de un correcto bienestar tanto material como cultural<sup>265</sup>. Afirmó que en Chile no existía una real democracia, primero porque aún había grandes rasgos de autoritarismo en las instituciones estatales; pero por sobretodo porque no se había logrado una real educación popular en el país y sin ella no se puede hablar de una república democrática.

“Así como la educación de un individuo debe propender a formar su carácter i proveer su inteligencia de los conocimientos necesarios para el ejercicio de la profesion o industria a que este individuo se dedica; **así tambien la educación de un pueblo debe proponerse por objeto infundir en él el carácter que la forma de gobierno adoptada requiera.** (...), si los preceptos de esta **constitucion no hubieran de encarnarse por decirlo así, en el corazon del pueblo para modelar su carácter i morijerar sus hábitos i costumbres. Miéntras esto no suceda, la república en Chile no será sino una farsa, tanto mas difícil de sostener cuanto mayor incompatibilidad haya entre el carácter del pueblo i las instituciones democráticas (...).** Bajo este punto de vista la realizacion de la república supone por antecedente necesario la

---

<sup>264</sup> “Téngase en cuenta que la moralidad del pueblo, la consolidación de nuestras nacientes instituciones i el afianzamiento de la tranquilidad pública están, como hemos visto, interesados en la propagacion de los medios de tener empleadas a las clases numerosas i de satisfacer sus justas i lejítimas aspiraciones de valer mas de algun día; i que delante de estas preciosísimas ventajas, no hai jénero de sacrificio que no debeieran hacer los llamados a rejir los destinos de la nacion”. Fernández, *Anales* (FE), 1854, p.208.

<sup>265</sup> “No queremos la desenfrenada libertad del socialismo; queremos solo la equitativa distribucion de la porcion de libertad compatible con la estabilidad del órden público. Para que todos seamos iguales no queremos humillar al mas alto hasta que quede al nivel del mas pequeño: queremos, por el contrario, que el mas pequeño pueda crecer sin estorbo hasta llegar a la altura del mas elevado. No aspiramos a una ilusoria fraternidad; deseamos solo que desaparezcan tanto de las costumbres como de la aplicacion de las leyes distinciones i preferencias odiosas, a propósito solo para poner en choque diferentes secciones de la sociedad”.p. 387. Arguelles, Máximo, “Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Necesidad de la educación popular en Chile, objeto que ésta debe proponerse y principios a que debe sujetarse su organización general” , en *Anales de la Universidad de Chile* (FE), 1853, p.385

**educacion popular** debidamente sistemada i sostenida por leyes civiles i políticas congruentes. La educacion popular será por lo mismo la antorcha a cuya luz examinaremos las cuestiones arriba enunciadas<sup>266</sup>.

Desde el punto de vista de Arguelles, Chile de mediados del siglo XIX continuaba siendo una *farsa*, una República que no es tal; puesto que la educación popular, la moralización del pueblo y una real democracia no existían aún en la nación. Tampoco creyó que el camino adoptado era el correcto para llegar a ese fin. Opinó que la educación se concentraba sólo en una elite y la gran mayoría de la población continuaba ignorante e infesta de vicios. Criticó fuertemente la red educacional impuesta en el país, argumentando que ésta no había hecho nada a favor de la instrucción popular y al ser la educación sólo un beneficio elitista, el pueblo cae en una mayor desmoralización; puesto que se ensanchan las diferencias de clases tanto sociales como culturales<sup>267</sup>. Los partidos políticos y la clase dirigente gobernaban preocupados de sus propios intereses, sin mirar las reales necesidades que urgen al país. Además, al ser la mayoría del pueblo ignorante muchas veces “compran” los convincentes y lisonjeros discursos de los líderes políticos, quienes hablan de igualdad y majestuosas reformas sólo como un modo de ganar votos. Las masas al ser iletradas y no tener los suficientes conocimientos caen en las seductoras palabras de sus líderes. Los derechos y elementos fundamentales que caracterizan a una república democrática como son, la soberanía nacional, el derecho a voto de todos sus habitantes, la igualdad ante la ley, similares oportunidades educacionales, etc., no estaban presentes en Chile y para Arguelles, por lo tanto, no se había construido mucho desde la Independencia. Para él la nación seguía transitando con una fuerte herencia española que no era capaz de dejar atrás. Lo que es peor aún, era una suerte de mentira pues se decía ser un país progresista y democrático, pero en la práctica hay muy poco de lo que se muestra en la superficie. Las clases bajas seguían viviendo a merced de la alta, continuaban sumidas en la ignorancia y la soberanía popular parecía ser un mito en esta república que se decía ser una de las mejores de Latinoamérica.

---

<sup>266</sup> Arguelles, *Anales* (FE), 1853, p.385. El subrayado es nuestro.

<sup>267</sup> “En efecto ¿qué ha hecho a favor de la instrucción del pueblo? (...). El único resultado obtenido es que hayan aprendido a leer i escribir un reducido número de individuos (...). Si como no se puede dudar, solo son los medios de conseguir este fin ¿qué se ha hecho pues a favor de la instrucción popular? Nada, absolutamente nada, ménos que nada todavía; pues que por falta de elementos i de una conveniente direccion ha convertido el pueblo este medio en instrumento de su propia desmoralizacion”. Arguelles, *Anales* (FE), 1853, p. 387

**“Reconozcamos pues el hecho: la gran mayoría del pueblo es ignorante i sin hábitos de moralidad; por efecto de una i otra causa vive a merced de la clase mas ilustrada i rica de la sociedad, i en esta prevalece manifiestamente el interes personal sobre el interes público; la soberanía nacional es una mercancía cuyo uso se remata periódicamente en pública subasta i el mejor postor o el que tenga arbitrios mas eficaces que hacer valer a su favor, puede contar con la seguridad de que le será adjudicada, sin que obste para ello el sufragio de la mayoría de los ciudadanos hábiles para votar; la igualdad ante la lei i los demas principios que fundamentalmente constituyen la república; la república misma, hace tiempo a que esperan los felices tiempos en que les sea lícito sentar el pié en el terreno de la realidad. Ni puede ser de otra manera, desde que nada se ha hecho a favor de la instruccion del pueblo, nada por su moralidad; i si algunos progresos se notan en la vida material, estos son mas bien obra del comercio i de la inmigracion extranjera, que no resultados de trabajos estudiosamente preparados por nuestra parte”<sup>268</sup>.**

Estas fuertes críticas planteadas por Arguelles deben haber despertado la ira de más de algunos de los catedráticos y políticos presentes en la Universidad de Chile en el momento de la lectura de su discurso. Sin embargo, no tenemos datos de una respuesta enfática contra las palabras del intelectual. Es más, el mismo hijo del rector de la Universidad, Juan Bello tuvo una opinión similar a la de Arguelles, aunque su crítica también es fuerte no fue tan ácida ni radical. Para J. Bello uno de los mayores males de la educación es que varios de los conocimientos ilustrados no se entregan al alumno y si lo hacen es solamente una suerte de memorización. Para él lo importante era el desarrollo del pensamiento, la evolución de la mente, la autonomía del hombre para indagar y lograr un verdadero gusto por el aprendizaje y los saberes. Eso en Chile no se recreaba porque simplemente se entregaban ciertos conocimientos basados en la memoria sin permitir a los alumnos desenvolver su propia capacidad de pensamiento e indagación. Hay otros hombres que proponen lo mismo que J. Bello como Bilbao, Lastarria y también otros personajes que se daban cuenta de estos males. Pero – según la visión de Argüelles- nadie hacía nada por enmendarlos y si se hacía algo, eran pequeñas modificaciones que no mejoraban ni levantaban el sistema educacional de raíz<sup>269</sup>. J. Bello enfatizó su ataque hacia la

---

<sup>268</sup> Arguelles, *Anales*, 1853, p. 387. El subrayado es nuestro.

<sup>269</sup> “Los arbitrios que, en nuestra humilde opinión, debieran tocarse para acudir al mal con la eficacia que demanda, aunque mui obvios i hacederos, no se han propuesto ni ensayado hasta el presente. No forman un sistema dado, un conjunto de medios, una combinacion ideológica cualquiera: son mas bien pequeñas modificaciones, enmiendas i adiciones al régimen establecido, especialmente por lo que atañe a la instruccion elemental”. Juan Bello, *Anales* (FE), 1853, p.406.



instrucción primaria, la cual, según su opinión, no entregaba más que hábitos de obediencia y sumisión hacia los superiores. No se encargaba verdaderamente de emancipar y cultivar el intelecto, de entregar reales hábitos de moralidad y de formación de carácter; sino que los alumnos sentían temor hacia los maestros educacionales y gente mayor. Esta educación restrictiva -basada en una suerte de castigo- con la entrega de sólo algunos conocimientos ilustrados de real utilidad, no hace más que un cambio superficial en los pupilos de primera edad. La real formación de carácter y una correcta instrucción aún no se encontraba en las aulas de los establecimientos educacionales chilenos. A J. Bello este método de instrucción le pareció lleno de *torpezas vergonzosas*.

“La educación que hoy reciben los niños en nuestros colejos es sobremanera deficiente: hábitos de obediencia i sumisión a cierto orden material, i alguna urbanidad i decencia exteriores, es cuanto adquieren a este respecto, i en cambio de esta pequeña pulimentacion, obrada solo en la corteza de su ser, ¡cuántos resabios disgustantes, cuántos instintos de insubordinación o malevolencia, cuánto envilecimiento no se comunican a su carácter, si de suyo no es excelente! ¿De cuántas torpezas vergonzosas no recibe quizás la primera iniciación?”<sup>270</sup>.

Uno de los mayores puntos en común entre Arguelles y J. Bello es la ineficiencia de la educación sacerdotal. Más aún, creen que el exceso de clases de religión -ya sea en los colegios como en la Universidad- frena el progreso intelectual y cultural de los alumnos y por consiguiente del país. Incluso Arguelles afirmó que la Iglesia y los sacerdotes no han podido moralizar al pueblo, puesto que aquella era profundamente ideologizada y elevó la bandera de lucha en contiendas políticas cuando este conflicto no debiera ser de su incumbencia. Era una Iglesia que a la hora de luchar por mantener ciertos ideales tradicionalistas pierde el valor humano y se enfrenta casi de igual a igual como lo hacen los civiles. Por esto para Arguelles la institución católica y sus sacerdotes no habían podido demostrar una verdadera moral al pueblo; es más lo llevaban a enfrentamientos políticos y retardaban la penetración de las luces por su mentalidad profundamente retrógrada y conservadora. Para demostrar la responsabilidad y competencia que había tenido la Iglesia en cuestiones políticas, Arguelles relató la lucha que estalló el 20 de abril de 1851 entre el gobierno, es decir los conservadores, que lógicamente eran apoyados por los católicos; contra la *Sociedad de la Igualdad* en conjunto con un poderoso grupo liberal. No entendió a los hombres que se dicen ser católicos, pero que a su vez provocaron un

---

<sup>270</sup> Juan Bello, Anales (FE), 1853, p.404

enfrentamiento sangriento en contra de sus iguales y que a la mañana siguiente se golpeaban el pecho dentro de la Iglesia. Otra fuerte crítica hecha a la institución religiosa son sus lujos, pomposidad ceremonial y todo aquel material que la institución utilizaba para hacer llegar a los fieles la palabra de Dios, cuando ésta simplemente encuentra el verdadero culto a la Divinidad en el *corazón del hombre*. En definitiva, la Iglesia no había podido moralizar al pueblo y se necesitaba de otra institución o elemento que lo hiciera. Esto era la educación popular, presidida por maestros idóneos y que se aventurasen a una completa iluminación de la nueva cultura ilustrada sin poner frenos en su propagación.

“¿Qué se ha hecho a favor de la moralización del pueblo? Entramos a un terreno cuyo dominio en todo país católico pertenece mas propiamente al sacerdocio; i siendo tantas las instituciones relijiosas que hai en Chile, siendo tan numerosos i acatado el sacerdocio, ¿no era de esperar que la moral del evangelio hubiera hechado raices mui profundas en el corazon del pueblo? (...). ¿Nada significa este hecho? **¡Los mismos hombres que postrados de hinojos veneraban la Cruz del Redentor del mundo, sin detenerse a sacudir el polvo de sus rodillas corren veloces a empuñar las armas para cruzarlas en lucha fratricida! ¿Cómo esplicar esta nueva i monstruosa aberracion? (...). El sacerdote chileno animado del mas laudable celo por el culto de Dios i de sus Santos despliega toda la actividad i magnificencia de que es capaz en solemnes festividades relijiosas i parece no advertir que el verdadero culto, el culto mas grato a Dios está en el corazon del hombre. El sacerdote chileno mui celoso de todo lo que dice relacion al culto i a la fé, no lo es cuanto conviene respecto de la moral evanjélica: olvida a veces que la abnegacion, el desinteres i el ejercicio de la caridad son mas elocuentes i edificantes que los mas elocuentes panejiricos i las mas pomposas i solemnes festividades relijiosas.** Nos complacemos en reconocer en la iglesia de Chile venerables sacerdotes, completos dechados de virtud i caridad evanjélica; pero desgraciadamente no son muchos los que se afanan por imitar tan perfectos modelos, i aun no ha faltado alguno que con el crucifijo en la mano haya invocado el nombre de Dios para santificar las iniquidades de la mas desastrosa revolucion que jamas haya experimentado Chile”<sup>271</sup>.

---

<sup>271</sup> Arguelles, *Anales* (FE), 1853, p. 388-389. El subrayado es nuestro.

Para J. Bello la educación sacerdotal tampoco era algo de digna admiración para la formación del carácter y la necesaria moralización de un pueblo recientemente descolonizado. Argumentó que los sacerdotes y una educación excesivamente religiosa enseñan una moral distante, no la moral práctica que sirve para el diario vivir y para la formación de un hombre correcto. En definitiva, se trata de una educación en base a la fe que va al “más allá” y que se puede adquirir en la Iglesia, pero para la enseñanza del carácter se necesita una instrucción que privilegie la virtud que debe lograr un hombre en el diario vivir, en los valores cotidianos. Es cierto que la educación religiosa hace a los hombres buenos católicos y correctos fieles espirituales, pero no los ayuda a hacerse hombres fuertes para los numerosos avatares que depara la vida, el trabajo y el desenvolvimiento con sabiduría dentro de sus pares. En definitiva, J. Bello intentó demostrar la ineptitud del ministerio sacerdotal para los fines educacionales.

“Se creyó mas tarde atacarlo con acierto, i curar de raiz la dolencia, encargando a eclesiásticos la vijilancia i economía internas del Instituto; i lo que se consiguió tan solo con esto, fue ofrecer por mucho tiempo a la expectación pública, i demostrar de un modo inconcuso, la incompatibilidad e ineptitud del ministerio sacerdotal i de las personas que lo ejercen, para aquella delicad i minuciosa tarea. I en efecto ¿quién ménos a propósito que un eclesiástico para dar al joven consejos útiles, preceptos de aplicación en los trabajos i dificultades de la vida? (...). Sus palabras vienen como del cielo (sacerdotes), i tanto como de la tierra, distan de obrara la morigeración del niño i su robustecimiento en la moral práctica, en aquella moral indulgente que no rechaza las exigencias inocentes del mundo. Le hacen relijioso, creyente, cristiano; pero nada mas”<sup>272</sup>.

Para J. Bello el ministerio sacerdotal no va acorde con el tiempo, no van a la par con las enseñanzas ilustradas estalladas durante los últimos dos siglos, tan necesarias para la instrucción del intelecto. Por esto para el intelectual existieron dos posibilidades de desarrollo humano cuando se está bajo la educación monástica: o se vuelven tan religiosos y fieles a la altura de un sacerdote o se quedan con conocimientos superficiales que no van acordes a los tiempos que se viven; puesto que la educación religiosa se basa en verdades metafísicas, no comprobables; no acude a la investigación y la comprobación de teorías que requieren un elevado carácter intelectual.

---

<sup>272</sup> Juan Bello, *Anales* (FE), 1853, p. 405-406

“Porqué, una de dos; o venera i ataca rendidamente la investidura sacerdotal de su preceptor, se modela en todo por él, i acaba por ajustar sus procedimientos a reglas i prácticas, de un rigorismo antisocial, que lo apartan demasiado del siglo; o en fuerza de la malignidad de su índole, o de faltas de un superior, cobra ojeriza i desprecio a un tiempo, a la persona de este i al sagrado carácter que inviste, en cuyo caso, no se habrá aprovechado ni siquiera el primero i mas sagrado objeto, del especial resorte i aptitud de la institución clerical. En el extremo de esta forzosa disyuntiva, la institución clerical falsea i exagera la educacion, en un sentido mas monástico que social; en el otro, si bien a su pesar, la extravía miserablemente. Ambos resultados no son de perseguirse, i ménos de imponerse compulsivamente en la planta de la enseñanza jeneral que dá el Estado”<sup>273</sup>.

Para J. Bello y Arguelles la educación debe, lógicamente, conjugarse con la virtud. Pero ésta no tiene necesariamente que venir de la religión, sino más bien basarse en los conocimientos útiles y en los saberes ilustrados. La educación sacerdotal no hace más que entorpecer y frenar el desenvolvimiento intelectual y el desarrollo de la razón y el pensar humano.

En conclusión, todos los artículos de los Anales filosóficos y educacionales nos muestran la constante lucha entre fe y razón, entre tradición y progreso. La sociedad chilena decimonónica zigzagueó toda la centuria en borde a estos dos ejes: cuánta modernización y cuánta tradición. La educación fue un referente fundamental para demostrar el triunfo de uno de los dos preceptos. La razón se anhelaba y se aspiraba a desarrollarla, pero siempre que no atacara o contradijera la doctrina católica. Esto nos demuestra que se estaba en una sociedad profundamente conservadora, que la religión era un referente imprescindible para la vida cotidiana y que se creía en ella como dotadora de virtud y bondad. Este excesivo tradicionalismo impidió la fuerte penetración de las ideas liberales y ayudó al gobierno y a la Universidad a continuar con sus perspectivas de un cambio lento y gradual. Pero con el correr del tiempo se observa ya un creciente contingente de hombres que abogaban por la separación de la Iglesia y el Estado, una educación laica y la penetración de ideas liberales a pesar que éstas estuvieran en contra de la religión. En definitiva, una vez más se está en la encrucijada entre seguir las tradiciones heredadas de la Madre Patria o saltar definitivamente hacia los albores dictados por la modernidad.

---

<sup>273</sup> Juan Bello, *Anales* (FE), 1853, p.406

El sello identitario que marcó los inicios de la Universidad de Chile fue la unión entre ciencia y religión impuesta por Bello, como lo revisamos en el II Capítulo. No sólo la mayoría del contingente intelectual se encargó de consagrar este ideal, algunos incluso lo hicieron de forma más radical. Es el caso de los estudiantes de teología, presbíteros y sacerdotes (Montes, Ovalle, Valdivieso, Rencoret, etc.), quienes en sus discursos denuncian las fatalidades de la razón pura y las benignidades de la religión y la fe. La intelectualidad laica conservadora también enfatizó los preceptos de la Facultad de Teología. Uno de los personajes más importantes en refutar con ahínco los males de las filosofías modernas fue Ramón Briceño. En este personaje se concentra el anhelo de parte de una sociedad por conservar firmemente parámetros tradicionales. En su discurso sobre el Panteísmo (1860) es impresionante observar el temor que se posee frente a las filosofías ilustradas por miedo a desarraigar el sustrato de creencias católicas. Miedo –al fin y al cabo- de una posible mutación de toda una cosmovisión de mundo profundamente tradicionalista. Tanto así, que Briceño no sólo ensalza la religión y la fe como los vectores del conocimiento; también desprestigia a eminentes filósofos europeos. Briceño; hombre reflejo de un foco conservador que intenta “frenar” los “desfrenos” del mundo moderno.

En los Anales FE hay menos artículos que nos permiten hablar de un “desorden” al orden establecido, en conceptos de Jocelyn-Holt. Sin embargo, igualmente se encuentran autores que provocan pequeñas fisuras e irrupciones al interior de la visión tradicional. Uno de los más llamativos es el ensayo de Argüelles (1853) sobre la educación, en donde no sólo critica las excesivas trabas impuestas por la cultura oficial a los saberes ilustrados; también desprestigia la educación eclesiástica como inútil, ignorante y no apta para instruir al pueblo. Argüelles –creemos- es uno de los autores de los Anales FE más cercanos a Bilbao en cuanto a las concepciones sobre “una revolución educacional y de creencias” al interior de la sociedad. Sin duda, Bilbao llegó aún más lejos y creó una institución capacitada para educar al pueblo en sus derechos e intereses, eliminando el sustrato mental hispano-católico. La *Sociedad de la Igualdad* –revisada brevemente en el II Capítulo- “desordenó” intespestivamente los consensos establecidos por la sociedad tradicional.

Volviendo al tema central de los Anales FE, se deslinda de ellos que la Iglesia va perdiendo gradualmente su tarea como protagonista de la educación y sobre todo como el referente mayor del conocimiento. No sólo Argüelles, Bilbao, J. Bello y Lastarria, entre otros, desprestigian a la institución católica en su papel de educadora; también algunos intelectuales más moderados se muestran

entusiastas con la preparación educacional por parte de maestros idóneos e imbuidos en referentes más ilustrados, racionalistas y científicos. Es el caso de Andrés Bello, quien a pesar de cuidar las creencias tradicionales, se encargó de “culturizar” el país y traer nuevos saberes a la nación austral. Se trata – simplemente- del progresivo proceso de secularización intelectual del cual habla Sol Serrano.

La educación popular fue un arma fundamental para civilizar, combatir la ignorancia, ensalzar la virtud republicana y -bajo algunos pensamientos- disminuir las diferencias sociales (especialmente Fernández y Argüelles). Este ideal se consagra en la mayor parte de la elite intelectual, independiente de su posición ideológica (lógicamente hay excepciones como la de Enrique Cood). A pesar que la educación popular fue un anhelo común, no hubo un real consenso de cómo llevarla a cabo; si seguir dando énfasis al conocimiento revelado o decididamente buscar la verdad demostrada; si continuar caminando por las sendas de la religión o abrirse hacia la aventura filosófica. Tanto Lastarria como Bilbao, Lobeck, Juan Bello y Argüelles, poseyeron una mayor confianza en el hombre, sus capacidades y potencialidades. Ansiaron dejar atrás la herencia española y sumarse con ímpetu a los nuevos parámetros ilustrados. Foco cultural con caracteres opositores que reflejan la existencia de una constante lucha y pugna intelectual.

La cultura oficial buscó la construcción de una identidad cultural a nivel de país en base a una homogeneización de conocimientos y saberes. Su preocupación fundamental fue utilizar ciertas directrices delimitadas, una línea de pensamiento que permeara a la mayor parte de los ciudadanos y los que estaban próximos a serlo. Recurrió nuevamente, bajo el concepto de Therborn, a una autoselección deliberada de ciertos elementos, en este caso un intento de síntesis entre tradición y conocimientos ilustrados, que dotaran de un sentido de pertenencia nacional. Sin embargo, ya vemos asomarse un contingente de saberes no acordes con las propuestas oficialistas; nuevamente se produce pugna, debate, contradicciones; al igual que en el campo historiográfico. Esto refleja una identidad cultural zigzagueante, conflictiva, frágil, plagada de restricciones y diferentes puntos de vista. Si bien este proceso de evolución cultural “belicosa” fue en un sentido positivo, pues incentivó la discusión y desarrollo cultural, impidiendo el estancamiento en una suerte de *statu quo*; también tiene su lado negativo, pues las fuertes restricciones impuestas por la oficialidad -especialmente la Iglesia- impidieron un desarrollo natural de evolución cultural, es decir, se limitó –en parte- la emancipación mental. Se restringió la capacidad de reflexión, de autopensarse y replantearse en el mundo de un modo

filosófico y ya no “revelado”. En definitiva, una vez más, una identidad cultural en constante construcción y reconstrucción en donde nuevos elementos luchan por incorporarse a las estructuras mentales chilenas, pero que van a tener que pasar por un largo trayecto y sufrir numerosas discusiones y derrotas para que lentamente pase a ser parte de la cultura-nación. Es los Anales FE en donde se refleja con claridad la transición intelectual y mental que sufrió la atmósfera cultural decimonónica desde parámetros tradicionalistas hacia otros más modernos.

## Anales literarios

### El intento por forjar una identidad literaria nacional y americana

Dentro de los Anales literarios la preocupación principal fue la fundación de una literatura original tanto en el ámbito nacional como americano. Si bien la mayoría de los discursos apuntan a la construcción de una identidad literaria como una aspiración común entre los intelectuales decimonónicos, también se percibe la dicotomía entre tradición y reforma. Esta división dentro del campo literario se consagró, especialmente, en la enseñanza del latín. El grupo más conservador sostenía que el latín era la “lengua madre”, la base de la mayoría de las lenguas occidentales; además de ser el idioma oficial de la Iglesia Católica y, por ende, de muchos de sus intelectuales. Por estas razones se preocupó de fomentar el estudio del latín, tanto en la enseñanza primaria, como en la secundaria. Por otra parte el grupo más liberal trató al latín como una lengua “añeja”, que si bien dotaba de sabiduría, es anacrónica, pues no va a la par con los tiempos en que se vivían. Aducieron que es una lengua para “anticuarios”, pero no para el ciudadano moderno. Por esto prefirieron fomentar el estudio del idioma patrio en conjunto con una o dos lenguas europeas.

Lógicamente aquellos que defendían con más ahínco la enseñanza del latín fue el clero apoyado por la Facultad de Teología y Ciencias Sagradas de la Universidad de Chile. Es el caso del canónigo Joaquín Larraín Gandarillas, quien explicó que “es preferible en la alta educación intelectual la lengua y literatura latina a las lenguas y literaturas de las naciones modernas: 1º porque el latín es una lengua fija, 2º porque es una lengua madre, y 3º porque es una lengua clásica”<sup>274</sup>. Para Larraín su primera aserveración consiste en que el latín ha pasado por múltiples revoluciones políticas, religiosas y sociales, manteniéndose intacta a través del tiempo; por esto llamó al latín como una *lengua fija*. El segundo punto se refiere a que del latín han nacido los idiomas de Europa occidental, por esto merece un especial estudio como lengua originaria; es decir como *lengua madre*. En último término, Larraín expuso que el latín es una *lengua clásica* y “ninguna de las modernas puede entrar en competencia con ella”<sup>275</sup>, puesto que es la única que tiene experiencia y un largo recorrido a través del tiempo. El laico

---

<sup>274</sup> Larraín Gandarillas, Joaquín, “Literatura Latina. La importancia del estudio de la lengua y literatura latina se desprende de su doble necesidad para la alta educación intelectual y para la cumplida instrucción de la juventud en muchos ramos del saber; conviene por lo tanto conservar este estudio en los colegios de la república. Discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades”, en *Anales de la Universidad de Chile* (L), 1863, p.626

<sup>275</sup> Larraín Gandarillas, *Anales* (L), 1863, p.635



Justo Florian Lobeck apoyó los fundamentos del clérigo, y advirtió que el progreso y la civilización no pueden olvidar las huellas del pasado, la historia y por lo tanto las lenguas originarias como es el caso del latín. Sin el estudio de este idioma la educación de la juventud no llegaría a una real elevación intelectual<sup>276</sup>.

Se generó un álgido debate sobre la utilidad del latín, pues varios de los catedráticos de la Universidad cuestionaban su utilidad de praxis en los tiempos modernos, donde otros idiomas protagonizaban la cultura ilustrada. Es el caso de Benjamín Vicuña Mackena, quien expresó que “la inutilidad completa del estudio obligatorio del latín es tan generalmente reconocida que no necesita casi demostrarse<sup>277</sup>”. Las palabras de este intelectual fueron profundamente cuestionadas por Lobeck y Larraín. Otro importante catedrático partidario de la abolición del latín como ramo de enseñanza obligatoria fue Gregorio Víctor Amunátegui, quien expuso que el latín se trataba más bien de una lengua muerta que si bien permitía la erudición, no es indispensable para la comprensión de la cultura moderna e ilustrada, es anacrónica.

“¿No es inconcebible que se exija todavía hoi dia un examen de latin para incorporarse en las escuelas politécnicas i militares? ¡Latin en el siglo XIX para aprender a construir fortalezas o navíos de guerra! ¡Latín para aprender a lanzar balas, o para aplicar a las artes las ciencias físicas i matemáticas!”<sup>278</sup>.

Pareciera ser que para Amunátegui es un absurdo la enseñanza del latín, pues no responde a las exigencias de la época. Para este intelectual la preocupación mayor debía estar en la correcta enseñanza del idioma patrio, que para la época adolecía de grandes desacuerdos gramaticales y de estructuras lingüísticas. Había una heterogeneidad en la escritura del español y los intelectuales decimonónicos aspiraban a lograr una uniformidad lingüística en todo el continente americano. Por lo demás, en la sociedad decimonónica primaba el analfabetismo y aquellos que dominaban la escritura del español, poseían, generalmente, grandes faltas ortográficas y gramaticales. Por esta razón Amunátegui consideró

---

<sup>276</sup> Véase Lobeck, Justo Florián, “Historia Litteratum Romanarum brevis enaratio. Fundamentos del voto acerca del latín”, en *Anales de la Universidad de Chile* (L), 1865, p.486,487,488

<sup>277</sup> Lobeck, Justo Florián, *Anales* (L), 1865, p.494

<sup>278</sup> Amunátegui, Gregorio Víctor, “Discurso leído en su incorporación solemne en la Universidad de Chile como miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Inutilidad de la enseñanza del latín”, en *Anales de la Universidad de Chile* (L), 1857, p.123

como fin primordial focalizar las energías en el estudio correcto del idioma patrio. El latín toma un orden secundario, pues si bien tenía un poderoso valor histórico, para el intelectual se trataba de una lengua en extinción; de utilidad únicamente para los “anticuarios”, pero no para los ciudadanos modernos ni para el desarrollo científico-intelectual.

“El latín ha continuado en ser una lengua admirable, órgano de una gran literatura, que ha ejercido una influencia incontestable o inmensa sobre los progresos de la civilización; pero de lengua universal de los sabios de todas especies, se ha convertido en una lengua muerta de mérito puramente literario e histórico. En la actualidad, el latín conduce a la erudición, pero no a la ciencia. Es indispensable para los anticuarios, pero no para los ciudadanos ilustrados e industrioses de una república moderna. El hombre que en el día solo leyera libros escritos en latín se habría quedado muy atrás del punto a que ha llegado la humanidad; sus nociones sobre la naturaleza, la sociedad i Dios, serían sumamente imperfectas”<sup>279</sup>.

Diego Barros Arana es otro importante intelectual que cuestiona a Vicuña Mackena y Amunátegui, pues para él -en su calidad de historiador- era indispensable la enseñanza del latín con el fin de penetrar en las fuentes originales de largos períodos históricos. En su defensa del latín, redactada en conjunto con Larraín Gandarillas, expuso que sin un correcto dominio del latín es imposible llegar a formar buenos literatos e intelectuales, pues este idioma posee estructuras de pensamiento y recursos literarios que permiten una poderosa profundidad y belleza literaria, difícil de encontrar en los idiomas modernos.

“Esta fuera de duda que el estudio del latín es indispensable para adquirir buenos conocimientos de filología i de gramática; pero no es ménos necesario para formarse un gusto literario que casi no es posible alcanzar en la escritura de los escritores modernos. Por penoso que parezca el trabajo de interpretación de los autores latinos, él induce a los jóvenes a pensar no solo en la estructura de las frases sino en los recursos con que cuenta el escritor para engalanar los pensamientos, en la lógica con que los encadena i en las bellezas con que da lucidez i realce a su estilo. El conocimiento de la lengua latina no solo forma gramáticos, sino que constituye un elemento indispensable para adquirir

---

<sup>279</sup> Amunátegui, Gregorio Víctor, *Anales* (L), 1857, p.124

un criterio fijo en materias literarias. Sería un absurdo suponer un literato, en la verdadera extensión de la palabra, sin un conocimiento regular del idioma latino<sup>280</sup>.

Este debate acerca de la utilidad del latín es una muestra más de la interrogante si continuar con la tradición o impulsar con más énfasis la reforma y los parámetros modernos. El latín representaba el pasado, un idioma de una poderosa raigambre histórica, la tradición; y al mismo tiempo una lengua anacrónica que no era indispensable para el desarrollo científico e intelectual de la modernidad. Nuevamente vemos al interior de los Anales la discusión que refleja la dicotomía entre tradición y reforma. Se trata más bien de un período de transición en donde se probaban, se ensayaban y se proponían nuevos preceptos y estructuras con el fin de conservar o definitivamente innovar.

Si bien dentro de los Anales literarios estuvo presente un permanente debate que impulsó opiniones disímiles, lo más importante de destacar dentro de sus memorias es un anhelo común de los intelectuales decimonónicos. Su aspiración fundamental fue hacer de Chile y el resto de América un continente con pensamientos y una cultura propia. La literatura fue el referente fundamental de búsqueda de originalidad y apropiación cultural. El discurso proclamado por Lastarria en 1842 en la inauguración de la *Sociedad Literaria*, fue el primer intento teórico chileno por forjar en nuestro país una literatura verdaderamente nacional y con un fuerte componente autóctono, que diera cuenta de la realidad y costumbres de la sociedad. Esta línea impulsada por Lastarria siguió vigente dentro de la mentalidad de los intelectuales de la época. Es por esto, que los mayores premios otorgados por la Universidad a trabajos literarios se dieron a aquellos que cumplían los requisitos de mostrar particularidades de Chile; ya fueran naturales, físicas, pero especialmente histórico-sociales. Se anhelaba lograr una emancipación también cultural de la Madre Patria y para ello era indispensable poseer una literatura original y característica del territorio en que se habitaba. Se repudió la imitación pura de los parámetros europeos, lo que se necesitaba era una literatura nacional que reflejara las costumbres y mentalidad del acontecer chileno. En esta parte de la investigación nos centraremos en revisar analíticamente estos discursos y anhelos expuestos en los Anales, no en las producciones literarias en sí mismas.

---

<sup>280</sup> Larraín Gandarillas, Joaquín y Diego Barros Arana, “Informe de los señores Larraín Gandarillas y Barros Arana. Fundamentos del voto acerca del latín”, en *Anales de la Universidad de Chile* (L), 1865, p.479

Se caminaba hacia la búsqueda de una literatura nacional, pero dentro de un cuadro más grande aún. Es decir, se aspiraba al forjamiento de una literatura americana, independiente y original con respecto a los otros continentes. Dentro de la misma América debían, lógicamente, existir ciertos matices que diferenciaban a un país de otro; pero la idea era presentar a nivel continental una cultura literaria que diera cuenta de las particularidades del continente, su historia común, su grandiosa flora y fauna, y las distintas culturas y costumbres que se relacionaban en un mismo territorio. Igual que en el ideal político -traducido en el esfuerzo por fortalecer los Congresos Americanos-, se buscó una suerte de americanismo. La creación de una literatura americana que diera cuenta de la riqueza y valor que poseía el “Nuevo Mundo”.

En el caso chileno, los esfuerzos concretos por crear una literatura nacional no fueron muy numerosos, sobretodo en lo que respecta a la novela; la cual estuvo muy por debajo -en cuanto a su producción- de la poesía. Uno de los representantes más importantes de la novela costumbrista chilena decimonónica fue Alberto Blest Gana; primero con *Aritmética en el amor* y luego con *Martín Rivas*. En ambas novelas podemos apreciar las tradiciones de la sociedad de la época; sus características, mentalidad y anhelos. Son un fiel cuadro social y cultural de la atmósfera decimonónica; junto con representar el tenso ambiente político entre conservadores y liberales.

Se buscaba ante todo la originalidad. Para Miguel Luis Amunátegui era el fin y la meta a la cual deberían aspirar todas las literaturas americanas. No obstante, también reconocía que era un camino difícil de cumplir. América estuvo sometida a la voluntad de la monarquía española por más de tres siglos, período durante el cual la Ilustración no penetró en nuestro territorio y casi no hubo una suerte de literatura americana, salvo algunas crónicas escritas bajo el punto de vista europeo. Para Amunátegui, Chile, como el resto de los países americanos, estaba viviendo -durante mediados del siglo XIX- una época de búsqueda, de ensayos y constante perfeccionamiento. La sociedad chilena no podía volverse culta de la noche a la mañana, por lo tanto necesitaba y debía imitar la Ilustración europea, el cultivo de la razón y la apertura hacia los nuevos conocimientos. Por esto para el intelectual era necesario mirar como referente a Europa, intentando no generar una copia cultural servilista, pero sí era imprescindible tenerla como ejemplo, como meta, si se quiere para -luego de cultivar los conocimientos útiles e ilustrados-, pasar a crear una verdadera literatura y cultura nacional y original. Para Amunátegui esta etapa de imitación hacia una civilización más adelantada y desarrollada era un período inevitable,

necesario y que se ha dado en todas las culturas de la humanidad a través de la historia. En definitiva, Amunátegui trató de justificar la copia americana hacia el Viejo Continente como un deber y un primer paso para forjar luego una cultura propia y original.

“La experiencia de todos los siglos i de todos los países prueba que ninguna literatura ha nacido, sino bajo el patrocinio i a la sombra de otras mas adelantadas. Este hecho no tiene nada de extraordinario, porque el arte de escribir es un arte como cualquier otro. Así como el que desea ser pintor, está obligado a llevarse por largos años copiando servilmente los cuadros i estatuas ajenas; así el que aspira a ser escritor, por disposiciones naturales de que está dotado, necesita imitar no ménos servilmente, ántes de que le sea permitido crear a su vez. Lo que sucede con el individuo, sucede con los pueblos. Limitacion es la condicion de su desarrollo literario, la palanea que los mueve, el estímulo que hace fructificar su jenio. Antes de elaborar concepciones propias, ántes de revestir sus pensamientos con un estilo que le sea particular, comienza por tomarles a las naciones que les sirven de maestros no solo las ideas, sino hasta las palabras. Desde luego solo extractan i traducen; en seguida plajian el fondo, pero no calcan la forma: piden prestado el pensamiento, pero no las expresiones. Llegados a este punto, con tal de que contengan algun jermen de vida, de simples copistas se convierten en fundadores de escuela. La imitacion desenvuelve i anima los elementos de orijinalidad que toda sociedad organizada entraña en sí misma, i enjendra una literatura que se distingue por caractéres especiales de aquellas que han contribuido a su nacimiento”<sup>281</sup>.

Para Amunátegui el primer estímulo que debe adquirir un pueblo que recién despierta a la producción cultural es la facultad de imitación y cultivo de conocimientos ajenos. Ese es el primer pilar, la base, la estructura que debe servir de soporte para la futura creación propia. No es, por lo tanto, un elemento degenerativo lo que hacía la cultura americana durante la época, es más bien una imitación benéfica que luego servirá para la construcción propia de la cultura continental. Es un deber y una necesidad, por consiguiente, empaparse de los nuevos conocimientos ilustrados surgidos en Europa, para luego apropiarlos y criticarlos. Los saberes ajenos debían penetrar en la mentalidad americana con el fin de hacerlos propios y así llenarlos de las características particulares del territorio, de las costumbres y de las creencias de la sociedad hispanoamericana. Primero se debe vencer la profunda ignorancia, luego de

---

<sup>281</sup> Amunátegui, Miguel Luis, “Discurso de recepción sobre si podrá haber una literatura original americana pronunciado en la Facultad de Filosofía y Humanidades”, en *Anales de la Universidad de Chile*, 1852, p.461

ese triunfo se puede dar el siguiente paso: la creación de una literatura y cultura original, propia y nacional.

Amunátegui expresó que el continente americano debía pasar por dos etapas antes de llegar a un desenvolvimiento literario enteramente original. El primer período se dio durante el coloniaje y los primeros años de lucha por la Independencia, en donde todo se plagiaba servilmente, la cultura, política, costumbres, instituciones, etc. Es decir, tanto el fondo como la forma. El segundo período es en el que vivían las sociedades hispanas a mediados del siglo XIX, en donde se proyectó una imitación favorable que se traduce más bien en el cultivo de conocimientos ilustrados con el fin de desterrar la profunda ignorancia arraigada en la mayor parte del continente. Se copia el fondo, pero no la forma. El tercer período sería el triunfo de la originalidad, la formación de una cultura propiamente americana que nada tendría que envidiar a la del Viejo Mundo, puesto que el valor de las riquezas y costumbres americanas expresadas en la literatura sería inmenso y produciría un gran desarrollo cultural original y con ciertas peculiaridades irrepetibles en cualquier otra parte del globo. Es en esta etapa donde surge una forma y un fondo completamente original. Es a esta última fase a la cual deberían aspirar y trabajar todos los americanos. Ese es el fin, ese es el último peldaño, el último suspiro. No obstante, en el período en que vivía Amunátegui la meta no se vislumbraba con tanta claridad, la imitación aún era un poderoso e imponente recurso cultural y la originalidad transitaba en tinieblas, si no es, por la oscuridad. El intelectual se pregunta entonces, ... ¿de dónde debe provenir la fuente de nuestra originalidad si en el momento todo lo que se hace es una mera imitación?

“Si esta no existe (fuente de originalidad) ni en el coloniaje, que es una época sin espontaneidad i sin vida, ni en la guerra de la independencia, cuyo impulso no ha nacido de entre nosotros, sino que nos ha venido de otra parte, es manifiesto que tampoco existe en el presente. Nuestra sociabilidad es un trasunto de la sociabilidad europea, que nos esforzamos por hacer lo mas exacto posible. Ni nuestra religion ni nuestras instituciones, ni nuestra lengua, ni nuestras costumbres, ni nuestras preocupaciones son indíjenas (...). Nuestra vida no es una vida propia; vivimos con la vida de los europeos. Estudiamos los problemas que ellos proponen; admitimos las soluciones que les dan; experimentamos las agitaciones que ellos sufren; seguimos todos sus movimientos. Ciencias, artes, industria, nada es nuestro, todo es suyo. Esto es lójica, esto es fatal. Somos niños que apenas sabemos deletrear la cartilla de la civilizacion, miéntras que ellos la han profundizado i la han

esperimentado (...). Cualquiera que sea la razón, lo cierto es que en la actualidad no hacemos más que imitar”<sup>282</sup>.

La preocupación por encontrar “algo propio”, una identidad nacional se percibe en el recorrido de todas las memorias, discursos y libros escritos por los intelectuales decimonónicos y los Anales de la Universidad de Chile reflejan esta problemática con suma claridad. Pareciera ser una necesidad imperante y no sólo en el campo intelectual, también en el político-legislativo y social. Es una muestra, en definitiva, de lo que se presenta en el primer capítulo por Therborn y Larraín; una nación no está cabalmente constituida sino cuando posee una identidad, una relación con sus iguales, una suerte de comunión cultural, política y social, más allá del ámbito territorial. Es esta complicada correspondencia identitaria la que aspiraba forjar la elite político-intelectual de la época. En Chile no se desarrolló, mayoritariamente, una identidad nacional espontánea, es más bien una creación, fundamentalmente, “desde arriba”, desde una parte de la clase dirigente que luchó fervientemente por separarse del Viejo Continente y resaltar el valor propio del territorio americano, de su habitantes, costumbre, creencias, etc. Desde esta perspectiva debemos entender el discurso de Lastarria en 1842, el de Amunátegui de 1852 y otros que veremos posteriormente, especialmente los pronunciados por los hermanos Blest Gana. Es cierto que en la práctica no surgió una gran producción literaria que pudiera dar cuenta del desenvolvimiento completo de la tercera etapa, la originalidad, a la que se refiere Amunátegui, pero se hicieron intentos y algunos muy importantes y llenos de valor cultural como son las novelas de Alberto Blest Gana, las poesías y obras educacionales de Andrés Bello, los tratados de Lastarria, entre otros. Estos ensayos comenzaron a generar un sentido de pertenencia, del cual nos habla Therborn; es decir, de sentimientos o más bien de sensaciones que se dirigen al alma y a aquella parte subjetiva del ser humano que permite el desarrollo de la nacionalidad y de sentimientos que admiten la identificación con sus pares. No le quitamos importancia a los discursos pronunciados por los intelectuales decimonónicos que apelan a la necesaria creación de “algo propio”, de una cultura americana, rechazando la copia servilista. Son teorías, es cierto, pero se necesitaban las palabras, las ideas, los símbolos, la teoría. Se necesitaba esta potencia para desenvolver y desarrollar la acción. Lógicamente estamos hablando de una elite, esto es innegable, pero alguien debía partir por la construcción de “un ser nacional”.

---

<sup>282</sup> Amunátegui, *Anales*, 1852, p.463. El paréntesis es nuestro.

Siguiendo con el discurso de Amunátegui, éste intenta buscar las fuentes de dónde podemos desenterrar la anhelada originalidad cultural. El pasado histórico, aunque importante para la creación de una literatura nacional, no es determinante en el caso americano; puesto que se vivió bajo una fuerte ignorancia por más de tres siglos y un poderoso plagio hacia la Madre Patria en casi todas las formas de existir. Por otra parte, las sangrientas guerras de independencia tampoco dotaron de una fuente de donde se pudiera extraer un fuerte contingente de originalidad para la escritura literaria, ya que para Amunátegui es una lucha más entre conquistadores y conquistados como se ha dado en muchos otros territorios y en América importantes particularidades<sup>283</sup>. El desarrollo económico y el bienestar material tampoco son factores que determinan la producción de una literatura original. Para ejemplificar esta idea, el intelectual pone como muestra a Estados Unidos, país vanguardista en América en cuanto al desarrollo de su economía y civilización. A pesar de esta grandiosidad en términos materiales y políticos, el país del norte tampoco tuvo dentro de sus filas muchos intelectuales que hayan podido desenvolver una producción literaria original, propia y que reflejase los sentimientos del país<sup>284</sup>. Si estos tres elementos: la historia, las luchas por la independencia y el desarrollo de la civilización; lógicamente influyen en el desarrollo de una literatura original, pero no la determinan..., ¿qué aspectos podrían ser una fuente real y profunda para develar la originalidad cultural? Para Amunátegui son la contemplación de la naturaleza y el desenvolvimiento del alma humana.

“Ciertamente sería muy poco razonable que los antecedentes históricos de un pueblo no influyen sobre su literatura (...). Nadie negará tampoco que costumbres i creencias especiales imprimen a la obra del espíritu cierta fisonomía particular, que no permite confundirlas con otras. ¿Pero son esas las únicas fuentes de orijinalidad? ¿I la contemplacion de la naturaleza? ¿I el estudio del alma humana? ¿Se atreverá alguien a pretender que no lo sean? Si nuestra historia i nuestra sociabilidad

---

<sup>283</sup> “La revolucion de la independencia es para las letras casi tan insignificante, como el coloniaje mismo. Es una lucha gloriosa, en la cual no faltan los hechos heroicos, los sacrificios, los ejemplos de abnegacion i aun de magnanimidad; pero es una guerra como tantas otras que han sostenido los pueblos oprimidos contra aquellos que los tiranizaban. No tiene nada de particular ni de exclusivamente suyo (...). La guerra de América no tiene ninguna orijinalidad. Sus caudillos mas conspicuos se habian educado en Europa, disciplinaban sus tropas a la europea i combatian a la europea (...). No se divisa, pues, en ella principio alguno de donde pudiera nacer con el tiempo una literatura que se diferenciase de las literaturas del antiguo continente. Es un remedo de muchas otras revoluciones de independencia, i nada mas”. Amunátegui, *Anales* (L), 1852, p. 462-463

<sup>284</sup> “Ahora bien, esa nacion poderosa, que se trata de igual a igual con las primeras potencias del orbe, no presente un solo escritor que pueda competir ni aun con los muchos de segunda clase con que cuenta la Europa (...). Si la América inglesa, a pesar del prodijioso desarrollo de su civilizacion, es tan pobre de escritores, ¿cómo i cuándo las antiguas colonias españolas, que por su atraso son la antítesis de aquella, tendrán una literatura cualquiera, i mucho ménos una literatura orijinal? Escusado parece advertir que es negativa la respuesta que dan a esta cuestion”. Amunátegui, *Anales* (L), 1852, p. 464



actual no son favorables al desarrollo de las letras, no veo porque los autores americanos no habrían de sacar de esas otras dos fuentes los elementos que necesitasen”<sup>285</sup>.

Guillermo Blest Gana es otro importante literato decimonónico que apeló al alma humana y al conocimiento profundo de la razón y evolución del hombre como grandes fuentes de originalidad. Explicó que la mera descripción de la naturaleza hacía a la literatura monótona y fastidiosa; para evitar ese error se deben incluir las vivencias, características y sociabilidad del hombre americano.

“Que los críticos recomienden a los poetas el estudio i el sentimiento de la naturaleza, no solo me parece justo, sino natural, necesario i juntamente oportuno; pero que se diga que nuestra poesía debe buscar su originalidad en la descripción, abandonando la sociedad, el hombre i el alma humana, es decir, todo lo que aspira, piensa, siente, rie i llora, sus legítimas i naturales fuentes, es, a mi juicio, pretender que nunca salga de un círculo reducido en el que, al cabo de poco tiempo se haría tan insípida, monótona i fastidiosa, como llegó a serlo por la rebuscada bastarda i pueril inspiración de los Batilos, Dalmiros i otros zagales”<sup>286</sup>.

Tanto los hermanos Blest Gana como Amunátegui dieron un estímulo a los intelectuales decimonónicos y a aquellos que querían aventurarse en el mar de la escritura. Tanto Chile como el resto de América sí podían aspirar a la originalidad, sí podían alcanzar tan preciada meta a lo largo del tiempo si se trabaja con esmero por combatir la ignorancia y el analfabetismo. Educando al pueblo, haciéndolo partícipe de la civilización, la modernidad y los saberes ilustrados se llegaría a ser un país culto y, por lo tanto, una nación capaz de producir una sublime literatura y una valiosa cultura. América no estaba destinada al fracaso, no tenía porqué continuar con la mera imitación, era sólo un etapa de instrucción y cultivo para luego ascender a la originalidad cultural. América podía lograrlo, pero debía recorrer un gran camino en donde se adhirieran y aprehendieran los conocimientos útiles e ilustrados que permiten el desarrollo de la mente y el desenvolvimiento del pensar. Solamente a través de un estudio riguroso se podía llegar a la meta, a la producción de una cultura propia, única y exclusiva. Por lo tanto, la tarea no era rechazar los saberes del Viejo Continente, sino más bien adecuarlos a las vivencias del nuevo, criticarlos,

---

<sup>285</sup> Amunátegui, *Anales* (L), 1852, p. 464

<sup>286</sup> Blest Gana, Guillermo, “Algunas reflexiones sobre el Estado actual de la poesía y sus tendencias en la América española. Discurso pronunciado en su incorporación en la facultad de humanidades”, en *Anales de la Universidad de Chile* (L), 1863, p. 599-600

transformarlos, pero aprendeherlos al fin y al cabo para ascender al carro de la civilización y la modernidad.

“Si lo que he dicho es verdadero, como me parece, creo que nada impide que los americanos compitan un día en las letras con los europeos, i que estas no tienen entre nosotros otro enemigo que la ignorancia. Propáguense las ciencias; foméntese el estudio de los libros de ultramar; i las producciones indíjenas no se harán aguardar. El hombre, como las naciones, no se proporciona pan para su inteligencia, sino con el sudor de su rostro. No es ni nuestro pasado ni nuestro presente lo que pone trabas al desarrollo literario; es la nulidad de nuestros conocimientos. Cuando los americanos conozcan a fondo las literaturas del viejo continente, entonces les llegará el turno de crear a su vez. El exámen de los modelos despierta las facultades embotadas, estimula el talento i le impide permanecer en la inaccion. Los que deseen que la literatura se aclimate entre nosotros, deben trabajar en ese sentido”<sup>287</sup>.

El examen de los conocimientos europeos, no era sólo necesario para Amunátegui, sino para todos los intelectuales decimonónicos que aspiraban a cultivar al pueblo. Sólo a través de su estudio se llegaría a la verdadera originalidad. Es la misma opinión que expresó Guillermo Blest Gana en 1863. Explicó que para producir una profunda poesía con matices de originalidad se debía aprender a pensar, juzgar y criticar antes de aventurarse en la atmósfera poética; pues no sólo la inspiración hace al poeta, sino también los conocimientos y la adquisición de diversos saberes; imprescindibles para un correcto desenvolvimiento cultural.

“Cuando el estudio haya robustecido nuestras fuerzas intelectuales; cuando hayamos aprendido a pensar, a juzgar, a observar, i a darnos cuenta de todo esto con lógica i claridad; cuando hayamos conseguido espresar lo que sentimos i pensamos; cuando nuestras sociedades dejen de mirar al poeta como un ser inútil, bueno, cuando mas, para decir cosas bonitas, al oido de las hijas de Eva; cuando, en fin, a fuerza de lejítma inspiracion, de ciencia i de trabajo, hayamos alcanzado a crear una poesía verdaderamente orijinal i americana, que será el eco i espresión de las ideas, sentimientos i necesidades del alma de nuestra sociedad, vereis cuán hermosas i verdaderas descripciones de nuestra naturaleza os dan nuestros poetas. Vereis que porque tenemos una literatura propia podemos presentaros tambien cuadros orijinales, en lo que la diferencia con los de las otras partes del globo, no consistirá solo en poner ombúes i canelos en lugar de encinas i olmos,

---

<sup>287</sup> Amunátegui, *Anales* (L), 1852, p. 466

sino en las emociones que al contemplarlos habrán despertado en el ánimo del poeta i las que experimentaréis vosotros mismos leyendo sus estrofas (...). Si los ingenios no escasean en la América; lo que nos falta para guiar la inspiracion, que por sí sola no basta para producir obras dignas de memoria, lo que nos falta, digo, para elevarnos en alas del númen a las rejiones de lo verdadero i de lo bello, es el estudio, la constancia i el trabajo”<sup>288</sup>.

La constancia y el trabajo, el amor por el estudio y el conocimiento, la capacidad de juicio y examen, eran, entonces, los elementos que llevarían a la consecución de una literatura americana original. Blest Gana hace un recorrido por las tendencias de la poesía americana desde la Independencia; en el cual distinguió ciertas etapas que la motivaron. La primera se dio dentro de las luchas por la emancipación política, período en el cual la poesía fue un canto de ánimo moral para los patriotas y un himno que aclamaba los triunfos y lamentaba las derrotas. Sin embargo, este brote poético en medio de los cañones no tuvo una buena acogida, puesto que la mayoría de la población era sumamente ignorante y no fue capaz de apreciar las bondades de la poesía<sup>289</sup>. Una vez que un grupo minoritario de intelectuales logró captar la importancia y sublimidad de la poesía luego de la Independencia, éstos extrapolaron hasta América las luchas entre clásicos y románticos que se estaban dando en el Viejo Continente. Sin embargo, para Blest Gana no hay duda que fue la segunda escuela la que primó entre los primeros poetas americanos, puesto que pensaban que la inspiración bastaba para crear obras poéticas de importante valor<sup>290</sup>. Gracias a la motivación del romanticismo comenzaron a surgir numerosos poetas americanos que se encargaron de expresar los sentimientos y los dolores del alma. Era una poesía que apelaba más a la inspiración que a un real conocimiento de los saberes ilustrados. Blest Gana llama a esta poesía *llorona* y *satánica*; que unidas forman la poesía *campanuda*. Para Alberto Blest Gana, hermano de Guillermo, esta poesía “llorona” fue uno de los elementos que también influyó en la falta de originalidad, puesto que la poesía sentimental no es un Estado normal del hombre y este tipo poético era tan abundante en todo el globo que difícilmente podía llegar a ser original; no apelaba a las costumbres

---

<sup>288</sup> Guillermo Blest Gana, *Anales* (L), 1863, p.600

<sup>289</sup> “La poesía hispano-americana, nacida en medio del fragor del combate, al estampido del cañon de la gloriosa guerra de nuestra independencia, sin cultivo, sin arte, brotó espontáneamente como las flores, pero como las flores silvestres que el rayo de un sol que abraza hace nacer en medio de los arenales de un desierto. El terreno no estaba preparado, ni para producirla, ni para comprenderla ni apreciarla; faltaban el estudio i los ejemplos; sobaban la ignorancia i el mal gusto”. Guillermo Blest Gana, *Anales*, 1863, p. 594

<sup>290</sup> “Pero en América, la nueva escuela triunfó sin combatir (la romántica). Que así sucediese nada tiene de extraño; lo raro habría sido lo contrario, porque entre nosotros se creyó que para ocupar un lugar distinguido en las filas de la nueva secta literaria, bastaban la inspiracion i las naturales dotes, prendas que, sobre todo en los primeros años de la juventud, quizás a nadie niega la vanidad humana”. Guillermo Blest Gana, *Anales* (L), 1863, p. 596. El paréntesis es nuestro.

de la sociedad y a las particularidades de las creencias; más bien a estados y sensaciones del hombre que las puede sentir en cualquier lugar del mundo<sup>291</sup>. A pesar que los americanos extrapolaron la discusión de las escuelas clásicas y románticas hacia el continente, nunca se dio tal cual en las nuevas naciones y comenzaron a llenar sus trabajos poéticos con características propias del lugar habitado. Por esto para Blest Gana (Guillermo) no se dio una mera copia servil de las directrices literarias europeas.

“Por fortuna nuestra, i de los que la cultivan en el dia, la poesía americana fué poco a poco removiendo los obstáculos que se oponian a su marcha; i luchando con el exclusivismo de los preceptistas, el mal gusto de los unos, la ignorancia de los otros, i la indiferencia de los mas, ha sabido abrirse camino que la llevarán, a no dudarlo, al descubrimiento de ricos manantiales de ideas i de imágenes nuevas, en cuanto la novedad cabe en las obras humanas. Los poetas modernos, sin pretender ser clásicos ni románticos, divisiones arbitrarias en cuya existencia no creen, lo que tratan de ser es poetas, buscando, no es este o aquel ideal de convencion, sino lo bello”<sup>292</sup>.

Al igual que Amunátegui, Guillermo Blest Gana fue optimista en cuanto al futuro de la literatura americana, especialmente en el campo de la poesía. América poseía todos los elementos que se estimaban necesarios para una sublime y original poesía, sólo faltaba trabajo, estudio, constancia y perseverancia en el campo intelectual y en la adquisición de saberes. Lo importante de rescatar en esta discusión es que la mayoría de los intelectuales desean fervientemente la culminación cultural americana en una producción propia y exclusiva, independiente de Europa. Este sentimiento se percibe en la mayoría de la elite, por esto intentan reforzarlo a través de la educación y los discursos que llaman la atención sobre la importancia de crear una literatura nacional y así evitar devorar la cultura europea sin antes poner un necesario filtro examinador y revisionista. Todos percibieron que la imitación hacia el Viejo Continente no es, en ningún caso, menor; y por esto era tan necesaria la creación de una cultura nacional. Para Alberto Blest Gana era imprescindible llegar a esta meta, pero observa una dificultad

---

<sup>291</sup> “La poesía chilena ha sido hasta hoi esencialmente sentimental: ha buscado su principal inspiracion en los dolores del alma, que, si es cierto que abundan en la tierra, no constituyen el Estado normal del hombre; ha vertido demasiadas lágrimas para que la espresión de una melancolía perenne pueda conmovier; ha tocado con demasiada frecuencia las fibras del corazon para que haya podido conservar la esquisita sensibilidad de sus sentimientos. (...), fácil es concebir su falta de orijinalidad, ...”. Blest Gana, Alberto, “Literatura chilena. Algunas consideraciones sobre ella. Discurso pronunciado en su incorporación a la Facultad de Humanidades”, en *Anales de la Universidad de Chile*, 1861, p.87

<sup>292</sup> Guillermo Blest Gana, *Anales (L)*, 1863, p. 597-598

enorme para alcanzarla, puesto que la mayoría de nuestras instituciones políticas, sociales y culturales se basaban en elaboraciones europeas y muchas veces sin un correcto juicio ni examen. La ignorancia del continente americano era también un fuerte factor que impedía el crecimiento de la literatura; junto con una época en que el materialismo y la producción económica pareciera ser más importante que la cultural.

“Chile, como así mismo las demas naciones de la América Meridional, recibe el producto de los progresos del viejo mundo, sin haber contribuido por su parte, fuera de mui raros ejemplos, al incesante trabajo de los antiguos pueblos en la obra de la civilizacion. Artes, Literatura, Comercio, Industria: todo nos viene elaborado ya de Europa; todo se aclimata entre nosotros, casi sin modificacion, a medida que nuestras necesidades se aumentan; todo satisface tambien esas necesidades i estrecha el campo en que pudiera explayarse la actividad nacional. Si a esta poderosa circunstancia, agregamos lo improductivo de las tareas literarias en una época que se distingue por el materialismo; la falta de estímulo que hasta el dia han encontrado las Letras; lo reducido de la parte ilustrada de nuestra poblacion, i el desaliento, finalmente, que infunde al escritor la perspectiva de encontrar mas críticos para sus obras, por ignorancia intolerantes, que jueces equitativos por sus luces i competencia, se vendrá en cuenta con facilidad de los escasos frutos que ha rendido hasta el presente la Literatura Nacional”<sup>293</sup>.

A pesar de los *escasos frutos que ha rendido la literatura nacional*, Alberto Blest Gana se muestra optimista frente al futuro cultural que deparaba la literatura chilena. Explicó que ésta puede llegar a ser original y para ello la sociedad estaba siguiendo el camino correcto, debido al gran énfasis que se le daba a la educación nacional. En la época no se buscaba la especialidad del conocimiento en una determinada materia como es el caso del mundo de hoy; más bien lo que hacía culto y de inteligencia superior a un hombre era el abarcar la totalidad de conocimientos. Es decir, para que un escritor fuera bueno, no debía saber solamente de literatura, sino de historia, geografía y hasta ciencias físico-matemáticas, con el fin de conjugar los saberes y crear lazos entre las diferentes ramas del conocimiento. Una vez que existieran hombres verdaderamente cultos, se podría crear una real literatura nacional y por lo tanto original. Para Alberto Blest Gana estos hombres recién estaban dando a conocerse en Chile y a salir del lóbrego anonimato. Blest Gana se preguntó cuál es el mejor tipo de novela que podría darse en Chile para la creación de una literatura nacional, y estimó que ella, sin duda,

---

<sup>293</sup> Alberto Blest Gana, *Anales*, 1861, p.81

era la costumbrista; puesto que refleja los cuadros y relaciones sociales, las creencias y costumbres del pueblo, las típicas personalidades de una sociedad y los vicios y virtudes que afectan a una determinada nación. Aparte de tener un fin de entretenimiento y cultivo de las letras, para Blest Gana la novela va más allá de ello; pues ésta intenta entregar a la sociedad un mejoramiento y una regeneración tanto moral, espiritual, como social. Es la misma opinión que sostenía Lastarria; la literatura no sólo debe ayudar al progresivo desarrollo cultural de la sociedad, sino también hacer patente los defectos y cualidades de un pueblo a fin de regenerar las taras y potenciar las virtudes.

“Las obras que, sin descuidar la forma, ni atropellar el buen gusto dirijan sus esfuerzos a satisfacer las necesidades de esta gran mayoría de toda población, serán sin duda las que más auge obtengan i también más duradera fama. Para llenar las condiciones que enunciamos, sin disputa la novela de costumbres es la más adecuada. Por la pintura de cuadros sociales llamará la atención de todos los lectores; por sus observaciones i la filosofía de su estudio, adquirirá las simpatías de los pensadores i por las combinaciones infinitas que caben en su extenso cuadro, despertará el interés de los numerosos amigos del movimiento i de la intriga. Su influencia en el mejoramiento social es al propio tiempo más directa también que la que los otros géneros de novela pueden ejercer, puesto que en su esfera se discuten los más vivos intereses sociales; que el escritor puede combatir los vicios de su época con el vivo colorido que resalta en el diseño de cuadros de actualidad i encominar por medio de otros de igual naturaleza, las virtudes cuya imagen importa siempre presentar al lector en contraposición de las flaquezas humanas”<sup>294</sup>.

Es por lo tanto una necesidad imperiosa que la literatura se preocupe por la gradual civilización de la sociedad y que ayude a reformarla y empaparla de virtudes y bondades morales. También es esencial que las letras, al igual que la historia, se preocupen de rescatar algún suceso histórico o hechos del pasado que ayuden a forjar un sentido de pertenencia dentro de los habitantes de un territorio. Es decir, una comunión con sus pares que aluda a las vivencias de un pasado y de una historia común. Es por esto que en 1860 –año del primer concurso literario universitario- los requisitos del certamen fueron la escritura de una novela que representara un cuadro de costumbres chilenas o personajes típicamente nacionales. Esto refleja el anhelo que los intelectuales decimonónicos poseían de forjar una identidad cultural nacional. Creían que a través de representaciones nacionales que resaltasen las particularidades chilenas o rescatasen el pasado, se ayudaría al surgimiento y forjamiento de una producción cultural

---

<sup>294</sup> Alberto Blest Gana, *Anales* (L), 1861, p.90

propia del país, e independiente del Viejo Continente. En definitiva, una literatura y cultura chilena. La obra ganadora en el concurso de 1860 fue la de Alberto Blest Gana llamada *Aritmética en el amor* porque -entre otros aspectos- trazó escenas y cuadros típicamente chilenos. Reflejó la esencia de la sociedad, sus características y peculiaridades. Los personajes eran hombres que realmente se podían encontrar en la época. Por esto, para la comisión examinadora -además del excelente estilo literario trazado por el autor- el cuadro de símbolos e imágenes chilenas le da un gran valor a la novela y refleja la atmósfera social, cultural, y política de mediados del siglo XIX.

“El gran mérito de esta composición es el ser completamente chilena. Los diversos lances de la fábula son sucesos que pasan efectivamente entre nosotros. Hemos presenciado, o hemos oído, cosas análogas. Los personajes son chilenos, i se parecen mucho a las personas a quienes conocemos, a quienes estrechamos la mano, con quienes conversamos”.<sup>295</sup>

Para Lastarria y Amunátegui –jueces del certamen– la novela de Blest Gana posee un gran valor literario y a la vez moral. Es decir, el lector a través de la lectura de la obra debe enfrentarse a los vicios, defectos y virtudes de la sociedad en que habita. Se le hace pensar, criticar, juzgar y abrir los ojos ante una realidad en la cual está inserto. Blest Gana no sólo dejó una lección moral, sino que desenvuelve pensamientos y sentimientos que hacen odioso al ser humano. Para el literato una de las mayores falencias del hombre es el egoísmo desenfrenado, representado en aquellos individuos que priorizan las riquezas, el poder y el bienestar material. *Aritmética en el amor* nos entrega una moraleja además de un rico cuadro de costumbres típicamente chilenas. Es una de las obras iniciales que dan cuenta realmente de la esencia de la sociedad del país austral y las relaciones cultivadas entre el pueblo y los hombres hacia las distintas instituciones políticas y culturales.

---

<sup>295</sup> Lastarria, José Victorino y Miguel Luis Amunátegui, “Novela de don Alberto Blest Gana titulada *Aritmética en el amor*, a la cual la Facultad de Humanidades adjudicó el premio de la ley. Informe de la comisión encargada de juzgar éste y demás trabajos presentados al certamen de la Facultad”, en *Anales de la Universidad de Chile*, 1860, p. 1004

“El autor de la novela *La Aritmética en el amor* ha escrito su obra, no para hacer pinturas literarias simplemente, sino para desenvolver un pensamiento. Lo que él ha querido reproducir i hacer odioso reproduciéndolo, es ese egoismo desenfrenado que ahoga en tantas personas todo sentimiento honrado, que ofusca en ellas la voz de la conciencia, que justifica a sus ojos el empleo de toda especie de medios para llegar a la riqueza i al poder, que hace para ellas la pobreza, mas espantosa que el crimen i que la infamia, que convierte el cálculo aritmético en regla de la vida. Nos complacemos en decirlo: el autor ha conseguido plenamente su objeto; ha hecho resaltar la fealdad del egoismo i la belleza de la virtud, haciendo pasar delante de sus lectores un cierto número de personajes que simbolizan la degradacion o la elevacion moral”<sup>296</sup>.

Los personajes expuestos en la novela de Alberto Blest Gana son ejemplos de virtud y degradación. Son muestras a seguir y a rechazar. Esto es justamente lo que se buscaba en la novela decimonónica; dar lecciones morales para que así la sociedad se empapase de ellos y la literatura pudiese ser una buena ayuda para la reformación y civilización de la sociedad. La educación, como vimos, aspiraba al mismo fin, la literatura no se quedó atrás y buscó a través de narraciones ficticias episodios versosímiles que reflejasen moralejas y lecciones de ética al pueblo chileno. La moral fue un elemento en el que la elite puso todas sus fuerzas para un correcto desarrollo. Se pensaba que la mayoría del pueblo era ignorante y poseía numerosos vicios y defectos producto -en su mayoría- de la herencia colonial y la escasez de conocimientos ilustrados. Había que cultivar al pueblo, había que ilustrarlo y capacitarlo. La educación fue un elemento fundamental para ello, pero la literatura también efectuó una poderosa tarea para cumplir ese ansiada y utópica meta.

Los Anales literarios, en conclusión, reflejan los anhelos y deseos de una elite intelectual, pero que pretendía y ansiaba propagar sus ambiciones –el desarrollo de una cultura propia y única- al nivel de país. Dentro de las aspiraciones culturales más importantes se encontraba la construcción de una literatura nacional en conjunto con el rechazo acérrimo a la copia servilista hacia Europa. Sabemos que el desarrollo de una verdadera y completa originalidad literaria no se logró fielmente, siguieron calando fuertemente los paradigmas, dogmas, ideologías y sensaciones provenientes del Viejo Continente; muchas de ellas imitadas sin un necesario filtro y/o juicio. Pero el deseo estaba, las pretensiones se

---

<sup>296</sup> Lastarria y Amunátegui, *Anales* (L), 1860, p. 1004-1005



perseguían y los anhelos se buscaban. Es decir, las ambiciones por forjar una literatura propia y original nunca se aplacaron, más bien fueron avivándose con el tiempo y tomando mayor forma una vez que aparecían novelas, poesías, ensayos o alguna otra obra que diera cuenta y representara la realidad chilena. La obra literaria podía despertar odios o pasiones, pero sacudía al lector y reflejaba, en menor o mayor grado, la sociabilidad imperante en el país austral.

Puede ser que el objetivo último no se haya logrado en plenitud; el desarrollo de una literatura netamente chilena, netamente original. Si hubo ejemplos, pero no podemos hablar del grueso de la literatura chilena decimonónica como un campo de creación propia y verdaderamente nacional. Se dieron los primeros pasos, se inició la discusión, se comenzaron los ensayos y borradores, algunos terminarían por llegar a la meta; otros nunca consiguieron escapar de la sábana ajena. Los conocimientos exógenos estuvieron siempre presentes. Se debía mirar al “hermano mayor”, pero con criterio, cautela y crítica; aquellos que lo hicieron de esa forma y lograron apropiarse con creatividad los saberes extranjeros, imponiéndoles una fuerte cuota de particularidad endógena, se acercaron o lograron la creación de obras chilenas, desarrollaron una literatura propia. Es el caso del reconocido Alberto Blest Gana. Otros simplemente cayeron en el servilismo, creyendo que reemplazando personajes europeos por americanos sin una buena elaboración y continuando el formato y fondo ajeno, significaba la creación de una literatura nacional. Para la realización de una literatura verdaderamente propia y original se necesitó penetrar en el alma americana, en los sentimientos que la empapaban, en las sensaciones que percibía, en el hábitat que la rodeaba, en los deseos que la inspiraban. Aquel intelectual que lograba esa profundidad e inteligencia perceptiva podía comenzar a vanagloriarse de estar comenzando a desarrollar una literatura exclusivamente chilena y/o americana.

Si bien los frutos no fueron numerosos, el deseo de crear una cultura propia fue asombroso, especialmente entre los intelectuales y políticos liberales. Es el reflejo de una identidad cultural frágil, que busca encontrar fervientemente su esencia por un camino lleno de espinas. Todos estos discursos citados nos demuestran aquel ferviente anhelo, y una proyección a futuro también es un componente importante de la identidad nacional. El sociólogo Jorge Larraín explica que la identidad de un país no sólo responde a la pregunta ¿qué somos?, sino también a aquella que se refiere al futuro, ¿qué queremos ser?<sup>297</sup>. Esto es justamente lo que se revela en las palabras de los hombres decimonónicos, una

---

<sup>297</sup> Véase I Capítulo

proyección a futuro, un plan a seguir, una camino por el cual se debía avanzar. Y este camino era la creación de una literatura propia, chilena y ojalá plenamente original, que se valore y lea tanto como la europea. Los deseos también son parte de la identidad nacional y el anhelo, por lo tanto, de producir una literatura única y exclusiva también fue parte y sigue siendo de nuestra esencia y ser nacional. En definitiva, al buscar los intelectuales decimonónicos -al menos en el discurso- la construcción de una literatura eminentemente nacional, no es más que el reflejo de un poderoso elemento identitario ya expuesto por Therborn y Larraín: diferenciarse de “otros”, para formar un “nosotros”.

La elite intelectual chilena, por lo tanto, además de intentar lograr una emancipación cultural a nivel nacional -como el resto de los países latinoamericanos-, aspiró a la formación de una identidad a nivel continental. Esta suerte de americanismo no se representó sólo en el ámbito cultural-literario; también se desenvuelve en el campo político-estratégico, como lo veremos a continuación. El americanismo se propagó por todas las naciones latinoamericanas y su idea fundamental era hacer de América un territorio independiente, valioso, moderno, progresista y distinto al del Viejo Mundo. Las características particulares que poseía no eran desdeñables: su naturaleza, sus mezclas étnicas y su reciente formación de nuevas naciones-estados; dieron pie para que se pusiera una gran fe en el nuevo territorio. Se proyectaron numerosas utopías y se anhelaba hacer de América un ejemplo para el resto del mundo. Bajo esa línea trabajaron los americanistas más célebres que en el caso chileno se reflejan en personajes como Bello, Lastarria y Bilbao. Casi todos sus discursos y obras culturales, además de abarcar a Chile en una primera instancia, se proyectan en la totalidad del continente; con el fin de forjar una cultura común, un pensamiento sistematizado y homogéneo que diera unión al Nuevo Mundo. A nuestro juicio fueron tres ejes fundamentales que marcaron este americanismo. En un primer lugar se desarrolla el tema de la autenticidad e inautenticidad, del plagio y la aplicación crítica, de la copia y la creación; dicotomía presente también en el campo literario, como se refleja en los discursos de los Amunátegui y los Blest Gana. En el fondo, cuánta aplicación de las creencias del Viejo Continente y cuánta creación propia. A principios del siglo XX, Francisco Miró Quezada plantea esta problemática en términos políticos-filosóficos con la teoría centro-periferia, tan común a mediados de ese mismo siglo bajo términos económicos.

“En todas sus manifestaciones culturales Latinoamérica sigue esta desviación que va de la periferia al centro. Y durante todo el proceso, vemos presentarse el mismo fenómeno: Una cierta inautenticidad inicial en la asimilación y manejo de la subordinación occidental, seguido de un esfuerzo por sobrepasarla en una autenticidad progresivamente más creativa”<sup>298</sup>.

Las palabras de Miró aciertan en el proceso que vivió nuestro continente desde su Independencia. Se consagró como una periferia reproductora de lo europeo, es decir, del centro. Pero al mismo tiempo existe una lucha por sacar a relucir las creaciones propias, una lucha al fin y al cabo por lograr una autenticidad y una emancipación cultural y espiritual de la que habla tan sublimemente Bilbao en *Sociabilidad Chilena*. Se trata, en fin, de pasar del modelo de reproducción cultural, explicado por Bernardo Subercaseaux, al modelo de apropiación. Es decir, la copia ya no estaba exenta de crítica y las teorías del Viejo Continente se examinan y juzgan, con el fin de lograr una aplicación más adecuada a las características del Nuevo Mundo. Si alguna vez nuestro continente dejó de ser periferia para transformarse en centro lo dudamos enfáticamente, pero lo que sí podemos afirmar es que la intensa lucha que libraron muchos intelectuales decimonónicos por lograr una autenticidad se ve reflejada en los numerosos discursos y proyectos culturales. Un claro ejemplo de ello son las memorias expuestas en los Anales de la Universidad de Chile. Cuánto permearon estas propuestas o esta lucha interna dentro del pueblo es otra interrogante abierta. Sin embargo, sabemos que esta disputa por lograr algo propio se dio en mayor medida dentro de una elite cultural interesada en fundar un americanismo al mismo tiempo que de construir una imagen identitaria nacional. Se necesitaba urgentemente de una autoafirmación, de proyectar un cuadro a nivel de país que trazara los lineamientos de una identidad cultural propia, particular y distinta a la del resto. Una diferenciación para con los “otros”, como explica Todorov. Si triunfó o no esta batalla constante por afirmar una autenticidad es una interrogante que hasta el día de hoy genera polémica; pero que si hubo lucha, la hubo. Ahora, esta identidad cultural fue frágil, débil y heterogénea, pues no identificó a la mayor parte del pueblo como pretendió la elite decimonónica. Es una construcción identitaria compleja y tímida, pues se intentaba imitar con ardor el centro del mundo, a Europa, donde se encontraba la modernidad y la civilización; pero al mismo tiempo se quería formar una imagen propia, tanto del continente americano como de los países que lo habitan. He ahí en dónde radica su fragilidad en esta dicotomía entre copia y creación, entre imitación de la modernidad europea o la construcción de una modernidad

---

<sup>298</sup> Miró Quezada, Francisco, “El impacto de la metafísica en la ideología latinoamericana”, en Leopoldo Zea, *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*, (México: Fondo de Cultura Económica 1995), Tomo I, p.133

propia; pero los parámetros ya estaban y se debían seguir, empezar de cero parecía un esfuerzo absurdo. Creemos firmemente, al igual que Jorge Larraín, que tanto Latinoamérica como poseen una trayectoria propia hacia la modernidad<sup>299</sup>. Fue heredada, es cierto, su origen no se encuentra en el continente. Sin embargo, Latinoamérica la aplicó de una manera distinta, haciéndola propia y particular. No se puede hablar de un símil proceso modernizador entre el Viejo y Nuevo Mundo. Es al interior de esta particularidad en donde se inserta la identidad latinoamericana, en este centro complejo, frágil y quebradizo. Latinoamérica, en su mayoría, siente y cree que su identidad fue impuesta, que no les pertenece, que la modernidad adquirida no es parte de su historia. Por esto en siglo XX surgieron tantos movimientos (hispanismos, indigenismos, etc.) que buscaron destruir el proceso modernizador. Todos estos movimientos no hacen más que reclamar y gritar por la construcción de lo “propio”, problemática que como vimos está inserta desde nuestra Independencia, y es una lucha que lo más probable sea de nunca acabar.

Un segundo eje que caracterizó al americanismo decimonónico fue el deseo de unión, de crear una relativa homogeneidad tanto política, cultural como estratégica. Se creía que así el continente iba a estar mejor capacitado para enfrentar futuras agresiones militares o de otra índole; sólo así se podía fortalecer y elevarse a un mayor rango. Siguiendo la convocatoria de Bolívar para reunir un Congreso Americano en Panamá, varios políticos e intelectuales aspiraron a continuar con esta tradición. Una junta continental no era mirada tan sólo como una prosperidad para el futuro, también era vista como una cura, un remedio a los males que en ese momento afligían al continente.

“E aquí, señores, la situación i espíritu qe an excitado constantemente a los pueblos de Sud-América desde el principio de su emancipacion a ablar de la convocacion de un congreso jeneral o continental: i a fé señores qe los pueblos de Sud-América no se equivocan cuando llevan su vista a este médio curativo de sus padecimientos. Una enfermedad social los aflije. Este echo es real. Las

---

<sup>299</sup> “En oposición a estas teorías absolutistas que presentan a la modernidad y a la identidad como fenómenos mutuamente excluyentes en Chile, quiero mostrar su continuidad e imbrincación. El mismo proceso histórico de construcción de identidad, es, desde la Independencia, un proceso de construcción de la modernidad. Es cierto que la modernidad nace en Europa, pero Europa no monopoliza su trayectoria. Precisamente por ser un fenómeno globalizante, es activa y no pasivamente incorporada, adaptada y recontextualizada en Chile en las más variadas dimensiones institucionales y valóricas. Que en estos mismos procesos institucionales y valóricos hay diferencias importantes con Europa, no cabe duda. Chile tiene una manera específica de estar en la modernidad. Por eso nuestra modernidad no es exactamente la misma modernidad europea; es una mezcla, es híbrida, es fruto de un proceso de mediación que tiene su propia trayectoria; no es ni puramente endógena ni puramente impuesta; algunos la han llamado subordinada o periférica”. Larraín, Op.Cit., p.78.

naciones no están sujetas a esas dolencias nerviosas que a veces acen sentir males que no existen. Los pueblos ambicionan salir de este Estado i a fé, señores, que tienen razon. Ellos se fijan en la necesidad de una gran junta medical, de un congreso organizador continental, como en uno de los medios de arribar al fin deseado, i es mi creencia, señores, que tampoco se equivocan en este punto»<sup>300</sup>.

Alberdi pensaba que la reunión de un Congreso Americano era una verdadera cura para las dolencias que soportaba el continente. Sólo la unión, la exposición de los puntos de vista, el caminar por una senda similar, podían ayudar a los países del continente a elevarse y alcanzar una prosperidad común. Bello fue de una opinión similar, por esto siempre intentó educar a través de sus proyectos, libros e instituciones no solamente a Chile, sino a todo Latinoamérica. He ahí su preocupación por la uniformidad de la lengua española y su temor por el surgimiento de un sinnúmero de dialectos luego de la Independencia, como ocurrió en Europa luego del derrumbamiento del Imperio Romano<sup>301</sup>. La religión y la lengua son los dos elementos primordiales para conciliar una unión y éstos se encontraban en Latinoamérica, por lo tanto eran la base para una futura comunión política y cultural. El mismo Lastarria también consagró gran parte de sus escritos a la unión americana. Uno de sus ensayos más esclarecentes frente al tema es *La América*, en donde expone las brutalidades de las monarquías europeas, alaba las incipientes democracias americanas y las bondades del continente. Su objetivo principal era justamente dar a conocer América al resto del mundo y abogar por la unión de las repúblicas americanas<sup>302</sup>.

---

<sup>300</sup> Alberdi, Juan Bautista, “Sobre la conveniencia y objetos de un Congreso General Americano”, en *Anales de la Universidad de Chile* (L), 1843, p.297

<sup>301</sup> Véase II Capítulo

<sup>302</sup> “Yo me fatigo y me vuelvo catorce en todo sentido por popularizar nuestra causa. Escribo hasta por los codos, y estoy imprimiendo en un folleto la primera parte de mi obra *La América*; porque trata de la situación política de Europa y de América y viene de molde en las circunstancias. La publicaré, aunque arda Troya, **porque el objeto primordial de mi misión es abogar por el interés común americano y por la unión de las repúblicas**. Debo, pues, combatir de todos modos la política contraria que sostiene este gobierno, aunque me echen a palos, y debo sublevarle en contra la opinión”. Lastarria, José Victorino, *Carta a Miguel Luis Amunátegui*, Buenos Aires, Octubre 28 de 1865, en Miguel Luis Amunátegui, *Archivo Epistolar*, p.173. El subrayado es nuestro.

Las numerosas propuestas de Congresos Americanos, ya sea de Alberdi, Bilbao, Lastarria u otros, tienen el fin de unir política, cultural y moralmente a América. Fijar límites territoriales, consolidar la paz, obtener una homogeneidad legislativa, destruir aduanas al interior del continente con el fin de facilitar la comunicación y la unión comercial, entre los objetivos más importantes. Sin embargo, hay otro elemento primordial que inspira hacer una realidad todos los anteriores: el miedo que ya se empezó a sentir por la expansión colonialista de los Estados Unidos. Es acá donde radica nuestro tercer eje de análisis. Ya hacia mediados de siglo numerosos intelectuales latinoamericanos avizoraron el peligro que representaba el país del norte frente a las repúblicas del sur, este sentimiento no se va acallar y, aún más, se inicia la clásica contraposición entre valores anglosajones y latinos que a fines de siglo van a sistematizar autores modernistas como José Enrique Rodó y Rubén Darío en la tradicional contraposición entre Ariel y Calibán<sup>303</sup>.

Ya en 1855 Juan Manuel Carrasco Albano, perteneciente a la Facultad de Leyes de la Universidad de Chile, expone la urgente necesidad de unir las repúblicas latinoamericanas por el peligro expansionista que presenta Estados Unidos. Recreó los valores de ambas razas -sajona y latina-, como contrapuestos, pues la primera es más compacta, unida y sólida; mientras que la segunda aún vivía en la fragilidad, la pobreza y la incertidumbre. Por lo tanto, la situación de debilidad de la raza latina se debía revertir si es que no se quiere caer en los tentáculos del monstruo nortino. Es más, expone que si no se logra una unión de los sucesores de España -mestizos e indígenas- la raza latina podría llegar a desaparecer. Pareciera un temor infundado, pero no lo es tanto cuando ya se ven California y Texas caer bajo el dominio de los Estados Unidos.

“I bien señores, esas dos razas (latina y anglosajona) se hallan en presencia. Por un lado la fuerza material, el influjo ominoso de los intereses, la fuerza moral de una civilización superior, un poder tanto mas sólido cuanto es mas compacto; i del otro estado débiles i pobres, sin union entre sí, diseminados en vastos territorios, vacilantes por sus trastornos, atrasados en su industria i su comercio, en una palabra, la raza latina vegetando —¿Cuál será el resultado del antagonismo de esas dos razas? Tejas i California nos responden elocuentemente: la raza española perecerá en

---

<sup>303</sup> Para profundizar en la contraposición Ariel-Calibán, véase G. de Mussy, Luis, “El ‘Boa Magntizador’, ‘Calibán’ y ‘Ariel’ como alguna de las caras que cotejó la Identidad Latinoamericana durante le segunda mitad del siglo XIX”, King’s Collage London, 2002

América, si permanece en el *statu quo*. Mientras la anglo-sajona toma mayor vigor i crecimiento. De aquí, señores, la necesidad del Congreso Jeneral Sud-americano”<sup>304</sup>.

Las poderosas palabras de Albano ya hablan de un antagonismo entre las dos razas, ya expresan una fuerte contraposición entre creencias, costumbres y ambiciones; lógicamente dada en mayor parte por la historia que a ambas les tocó vivir y la marca personal de sus antecesores. Afirmó que la raza latina aún vivía en la vegetación, como en los días coloniales, y para hacer frente al futuro peligro proveniente del norte debía despertar, ponerse activa y luchar por la unión del sur del continente. Sólo así se “impedirá la absorción de la raza española americana frente a las usurpaciones del coloso del norte”<sup>305</sup>. Su idea era forjar una gran nacionalidad sudamericana poderosa y respetable en todo el globo. El panameño Justo Arosemena un año más tarde pronunció ideas y palabras similares a las del chileno. Temió por la integridad de Centroamérica y las aspiraciones expansionistas de Estados Unidos, ejemplificó -al igual como Carrasco- con los ataques producidos en el norte de México y presagió que esas usurpaciones se dirigían a continuación hacia Nicaragua, Guatemala, Cuba y Panamá. También envidió la unión que ha podido lograr el imperio del norte a diferencia de las regiones del sur, más dispersas y con menos comunicación entre sí; pero el peligro debe traer como consecuencia necesaria y urgente la unión para defenderse de los *sucesores del frío Bretón*. Arosemena al igual que el chileno habló de los norteamericanos como adversarios, como antagonistas e incluso como dos razas completamente diferentes que se distribuyen en los distintos hemisferios del continente americano

“Señores: Hace más de veinte años que el **águila del Norte** dirige su vuelo hacia las regiones ecuatoriales. No contenta ya con haber pasado sobre una gran parte del territorio mexicano, lanza su atrevida mirada mucho más acá. Cuba y Nicaragua son, al parecer, sus presas del momento, para facilitar la **usurpación de sus comarcas intermedias**, y consumir sus vastos planes de conquista un día no muy remoto (...). Nosotros, los hijos de España, sucesores de ella en el inmenso patrimonio que arrancó a la barbarie, pudimos y debimos imitar la conducta **de nuestros**

---

<sup>304</sup> Carrasco Albano, Juan Manuel, “Necesidad y objeto de un Congreso Sudamericano”, en *Anales de la Universidad de Chile* (L), 1855, p.78-79

<sup>305</sup> “Pasaré a enumerar los principales objetos que debe proponerse el Congreso Jeneral. Todos deben derivar de la causa que hace sentir su necesidad: **impedir la absorción de la raza española en América**. Así el objeto primordial será conectar los medios de defensa necesarios para impedir las sucesivas **usurpaciones del coloso norte americano**; (...), constituir en suma **una nacionalidad sud-americana**, que nos dé a nosotros mismos la confianza en nuestras fuerzas e inspire a las demás naciones el respeto por una robusta i compacta sección de la humanidad”. Carrasco Albano, *Anales* (L), 1855, p.79. El subrayado es nuestro.

**adversarios**, dueños del Norte y **sucesores del frío Bretón**. Lo que el cálculo hizo por la Confederación del Norte, el tiempo, la experiencia y el peligro deben hacer por la Confederación del Sur. **Parece que la Providencia hubiese creado las dos porciones de este continente para repartirse entre dos grandes pueblos, dos grandes razas y dos grandes civilizaciones**, separadas por un istmo estrecho, y destinadas a vivir en paz, cambiando sus ideas, sus virtudes, sus productos y sus adelantos”<sup>306</sup>.

Sin duda, uno de los mayores representantes chilenos de esta dicotomía entre norte y sur a mediados del siglo XIX, de esta futurización del peligro que representan los Estados Unidos, fue Francisco Bilbao. El mismo año que el panameño, Bilbao llamó a la unión continental, a la identificación de un alma y pensamiento común entre las repúblicas latinoamericanas, a la consagración de una unidad y asociación basada en la libertad. Bilbao previó el peligro que representó el imperio norteamericano, sus aspiraciones expansionistas y las fuertes ansias de dominación inculcadas en la política estadounidense. Denomina a este país *Boa Magnetizador*, pues sus brazos están preparados y militarizados para conquistar cualquier parte de Centroamérica, como ya lo hizo con el norte de México. Los países tropicales debían estar unidos frente a las amenazas que representa este *Boa Magnético* que se desliza sigilosamente, desenvolviendo sus *anillos tortuosos* en algún país debilitado y presa fácil de caza<sup>307</sup>. Bilbao fue además uno de los precursores en iniciar una incipiente sistematización de la dualidad entre los valores latinos y sajones. Esta división entre la poesía y la producción, la belleza y el materialismo, la solidaridad y el capitalismo, son las caracterizaciones que le impone al territorio del sur y norte, respectivamente. El chileno saca a relucir los valores de la raza del sur, adulándola por su capacidad poética, por sus intereses más solidarios que utilitarios y por la entrega hacia el arte, la belleza y el entorno. Pero por sobretodo rescata la humanidad presente en el sur del continente al respetar y dejar con vida a la mayor parte de las tribus y poblaciones prehispánicas, mientras que los Estados Unidos se dedicó a exterminarlas y destruir su hábitat. Bilbao

---

<sup>306</sup> Arosemena, Justo, “Discurso pronunciado en julio de 1856 contra la expansión colonialista de los Estados Unidos”, en Leopoldo Zea, *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*, Tomo II, p.349-350

<sup>307</sup> “La Rusia está muy lejos, los Estados Unidos extienden su dominación cada día en esa partida de caza que han emprendido hacia el sur. **Ya vemos caer fragmentos de América en las mandíbulas sajonas del boa magnetizador, que desenvuelve sus anillos tortuosos.** Ayer Texas, después el norte de México y el Pacífico saludan a un nuevo amo. Hoy las guerrillas avanzadas despiertan el Istmo, y vemos a Panamá, esa futura Constantinopla de la América, vacilar suspendida, mecer su destino en el abismo y preguntar: ¿seré del Sur, seré del Norte?”. Bilbao, Francisco, *Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas*, discurso pronunciado en París, 1856, en Leopoldo Zea, Op.Cit., Tomo I, p.56. El subrayado es nuestro.



es un hombre que se siente orgulloso de sus ancestros territoriales, ya en *Sociabilidad Chilena* saca a relucir las bondades, valentías y heroísmos del indio americano. Siendo un hombre profundamente místico, destaca la espiritualidad que existe en los latinos, a diferencia de los sajones. Los primeros se preocupan más de la belleza de espíritu, de la formación del carácter, de la generosidad y de la capacidad de asombro; mientras que los segundos le dedican mayor importancia a la industria, a la producción comercial, al auge del capitalismo. Esto hace que sean egoístas, individualistas y materialistas. Esta poderosa separación de valores expuesta por Bilbao paulatinamente comenzó a permear gran parte del americanismo presente en el continente.

“Hemos tenido que despertar a las masas a riesgo de ser sofocados con la fatalidad de su peso, para iniciarlas en la vida nueva dándoles la soberanía del sufragio. Hemos hecho desaparecer la esclavitud de todas las Repúblicas del Sur, nosotros los pobres, y vosotros los felices y los ricos no lo habéis hecho; hemos incorporado e incorporamos a las razas primitivas, formando en el Perú la casi totalidad de la nación, porque las creemos nuestra sangre y nuestra carne, y vosotros las extermináis jesuíticamente. Vive en nuestras regiones algo de esa antigua humanidad y hospitalidad divinas; en nuestros pechos hay espacio para el amor al género humano. No hemos perdido la tradición de la espiritualidad del destino del hombre. Creemos y amamos todo lo que une; preferimos lo social a lo individual, la belleza a la riqueza, la justicia al poder, el arte al comercio, la poesía a la industria, la filosofía a los textos, el espíritu puro al cálculo, el deber al interés. Somos de aquellos que creemos ver en el arte, en el entusiasmo por lo bello, independientemente de sus resultados, y en la filosofía, los resplandores del bien soberano. No vemos en la tierra, ni en los goces de la tierra, el fin definitivo del hombre; y el negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentran en nosotros el respeto que se debe al título y a la dignidad del ser humano”<sup>308</sup>.

Bilbao relató a mediados de siglos lo que después se va a transformar en un pensamiento sistemático en los autores modernistas como Darío y Rodó. Los sucesores del *frío Bretón*, el *Águila del Norte*, el *Boa Magnetizador* se va a transformar en *Calibán*, aquel monstruo detestable, dominado por la ambición el odio, el individualismo y el egoísmo. Mientras que la raza latina capaz de ver la hermosura en el arte, y capaz de preferir lo *social a lo individual, la belleza a la riqueza*, será *Ariel*; aquel espíritu sublime que trabaja en base al carácter, al espíritu y las virtudes del género humano, subordinando la producción de riquezas.

---

<sup>308</sup> Bilbao, Op.Cit., p. 60

El americanismo, en definitiva, es una constante cultural durante todo el siglo XIX. Es una variable persistente en la retórica, discursos y proyecciones de los intelectuales de todos los países hispanoamericanos. La “unión hace la fuerza”, la integridad, el camino común y bajo ese lema se convocaron numerosos congresos americanos y uniones de distinto tipo entre las diferentes naciones del continente. Por esto al hablar de la identidad cultural chilena decimonónica es indispensable insertarla dentro del contexto global inmediato. Si bien el gobierno chileno no tuvo grandes iniciativas por forjar un panamericanismo debido a los caudillismos, revoluciones y caos imperante en la mayor parte de los gobiernos hispanoamericanos a diferencia del “orden” logrado en Chile; el círculo cultural del país lo veía como un elemento sumamente necesario para un crecimiento común a escala continental en los ámbitos político, social, económico y cultural.

Tanto la cultura oficial como aquella paralela al Estado insistieron en la unión del continente sudamericano con el fin de destacarlo, resaltarlo y elevarlo a un mayor grado civilizatorio con respecto de los otros continentes. La Europa estaba sumida bajo monarquías absolutistas que no hacían más que reprimir la libertad y cohartar los derechos del hombre que un siglo antes había proclamado la Revolución Francesa. África estaba habitada, en su mayoría por tribus semi-nómades y colonizada por países extranjeros que oprimían la libertad de sus habitantes. Estados Unidos era el único centro a imitar; su democracia, libertad, organización y unión eran dignos de elogiar y ocupar como un referente a seguir. Sin embargo, ya se veía venir el peligro que representaba esta futura potencia mundial y los intelectuales decimonónicos lo supieron prever. Con el tiempo más que adular la actividad política y económica de esta nación, se desprestigió y los hombres letrados se encargaron de difundir los afanes expansionistas, y los caracteres individualistas, egoístas y materialistas que habían traído la admirable industrialización y producción capitalista.

América del sur se quería destacar frente a los otros, nuevamente haciendo referencia a las palabras de Todorov, “los otros” eran Europa y América del Norte, principalmente; y así forjar un “nosotros” unido, destacable y que llevara las riendas de la civilización en su seno. Esta unión –traducida en identidad- se debía dar tanto en el campo literario-cultural como en el político-estratégico. La fe en el nuevo continente era admirable y se pretendía hacer de él un ejemplo para el resto del mundo. Por esto si

hablamos de identidad cultural chilena es indispensable remontarnos a este poderoso americanismo, que si bien en la práctica está lejos de consagrarse, al menos en el discurso se observan los afanes y pretensiones de hacer un continente unido, con una proyección común y un largo camino por recorrer; ojalá con similares patrones y parámetros en miras hacia la modernidad y la construcción democrática de las nuevas naciones-estados.

Los Anales literarios –en su generalidad- muestran deseos comunes, perspectivas y proyecciones similares de gran parte de la intelectualidad decimonónica, independiente del bando ideológico. Si bien en sus artículos también se encuentra la clásica dicotomía entre tradición y reforma, el ideal que prima es “comunitario”. La discusión acerca de la abolición del latín llevada a cabo por aquellos que rechazaban la eliminación de la lengua tradicional de los ramos fundamentales de estudio (Barros Arana, Larraín, Lobeck) y aquellos que urgían por su eliminación (Amunátegui, Vicuña Mackena); pareciera tener menos protagonismo que el anhelo común por forjar una identidad literaria nacional y americana.

Los Anales L enfatizan un vértice común presente en todos los Anales y en la mentalidad de la elite decimonónica: la construcción de una cultura propia, nacional y elevada. En los Anales H encontramos estas ideas –especialmente- en los recurrentes llamados de la Universidad para la realización de concursos históricos con el fin de rescatar el pasado nacional. Este tipo de producción cultural –bajo el concepto de Therborn y como lo expusimos generalmente- de por sí genera sentido de pertenencia entre los habitantes de la nación –al menos entre aquellos que tenían acceso a este tipo de producciones-, pues surge una identificación por un pretérito e historia común. De los artículos históricos se desprende un constante llamado hacia la construcción de un “ser nacional”, independiente del método historiográfico a utilizar.

Los anhelos de una creación cultural propia también se percibe con nitidez en los Anales FE. En ellos hay un impulso constante por forjar una “educación nacional” que reflejase la mentalidad e intelectualidad propia del antiguo Chile. Idea consagrada en el discurso de apertura de la Universidad de Chile por Bello, como se expuso en el II Capítulo.

Tanto en los Anales H, FE y L se recalca la necesidad de adecuar conocimientos europeos y no reproducirlos en su pureza sin antes juzgarlos y examinarlos. He ahí parte de la crítica que le hace Bello a Lastarria y Chacón por acaparar filosofías de la historia europeas antes de pasar por el proceso de recopilación de hechos del pasado nacional, elemento fundamental para los historiadores narrativos. Parte de esta “dialéctica” también se extiende a los Anales FE, en donde el grupo más conservador critica la llegada de conocimientos y saberes exógenos a un país donde primaba el sustrato hispano-católico. En los Anales L más que críticas de un bando a otro –como lo dijimos anteriormente- existe un anhelo común por forjar una literatura propia y original. Ideal cultural presente durante toda la centuria que –al final de cuentas- se traduce en creación y producción identitaria.

En su totalidad la elite aspiró a forjar una cultura propia, particular y nacional. En el discurso se percibe claramente este anhelo. Se necesitó del impulso de la palabra, de la teoría. Los caminos para forjar una identidad cultural nacional fueron los que causaron pugna y debate. Algunos acudían –en mayor grado- al rescate del pasado tradicional y a una gradual liberalización; otros pretendían lograr una progresiva despañolización y una “ilustración americana” más radical y rupturista. Antagonismo político-cultural que, sin duda, es una constante que marca el período en cuestión.

## Bibliografía III Capítulo

### **Anales 1843-1863**

- Véase Anexo N°1

### **Libros**

- Amunátegui, Miguel Luis, *Archivo Epistolar* (Santiago: Prensas de la Universidad de Chile, 1942)
- Barros Arana, Diego, *Historia General de Chile*, (Santiago: Editorial Universitaria, DIBAM, 2000), Tomo I
- Cruz, Manuel, *Filosofía de la Historia* (Barcelona: Editorial Piados, 1996)
- Feliú Cruz, Guillermo, *Barros Arana y el método analítico en la historia* ( Santiago: Editorial Nacimiento, 1934)
- Fuenzalida Grandón, Alejandro, *Lastarria y su tiempo* (Santiago: Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, 1911), Tomos I y II
- Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Editorial Universitaria, 1998)
- Lastarria, José Victorino, *Miscelánea, histórica y literaria* (Valparaíso: Imprenta de la Patria, 1868), Tomos I, II y III
- Martí, José, *Por nuestra América* (La Habana: Editorial José Martí, 2003)
- Subercaseaux, Bernardo, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, (Santiago: Editorial Universitaria, 1998), Tomo I
- Woll, Allen, *A Functional Past. The Uses of History in Nineteenth Century Chile* (Louisiana: Baton Rouge State University Press, 1982)
- Leopoldo Zea, *Fuentes de la Cultura Latinoamericana* ( México: Fondo de Cultura Económica, 1995) Tomos I y II

### **Artículos**

- Bello, Andrés, “Modo de escribir la historia”, en *Textos sobre la conciencia histórica de Andrés Bello*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
- G. de Mussy, Luis, “El “Boa Magntizador”, “Calibán” y “Ariel” como alguna de las caras que cotejó la Identidad Latinoamericana durante le segunda mitad del siglo XIX”, King’s Collage London, 2002
- Sanhueza, Jorge “Los “Anales de la Universidad de Chile” en la Historia”, en *Anales de la Universidad de Chile*, sexta serie, N°1, septiembre, 1995
- Serrano, Sol, “La escuela chilena y la definición de lo público”, Proyecto financiado por el Fondecyt, Ediciones Universidad Católica, Santiago Chile

- Subercaseaux, Bernardo, “La apropiación cultural en el pensamiento y la cultura de América Latina”, Centro de Estudios Públicos (CEP), Chile, Número 30, 1988

## **Conclusión**

### La conflictiva construcción de la identidad cultural chilena a la luz de los Anales de la Universidad de Chile

La construcción de la identidad chilena desde su independencia representa numerosas dificultades y conflictos. Es una identidad que se impone, fundamentalmente, “desde arriba”, la cual intentó trazar una nueva imagen del territorio habitado, como nación autónoma, que anteriormente era dominado por la ignorancia y la arbitrariedad. Desde O’Higgins comenzó un intento desesperado por forjar un país políticamente independiente y culturalmente distinto que en un primer momento se reflejó en la creación de numerosos símbolos patrios. Durante los gobiernos conservadores se continuó dándole un fuerte énfasis a la educación que se avivó con la creación de la Universidad de Chile en 1843 y la llegada de numerosos extranjeros decididos a derramar “las luces” en nuestro país.

Sin embargo, este proceso de “culturización” no fue fácil; de partida porque fue imposible que los nuevos conocimientos llegaran a todos los habitantes, lo cual derrumba el anhelo de Bello en pos de una educación nacional; al mismo tiempo en el interior de este proceso se dieron numerosos conflictos y asperezas. Las mismas pugnas y la potencia que gradualmente comenzó a adquirir la cultura paralela a la oficial forjaron un camino identitario de compleja construcción, heterogéneo y con elementos disímiles en su interior. En el fondo de todas estas discusiones se encontraba la clásica interrogante que caracteriza a la cultura del Chile durante el inicio y mediados del siglo XIX: ¿Respetamos las tradiciones hispanas, el autoritarismo y el catolicismo o imitamos más de cerca el camino trazado por la “nueva Europa”? ¿Cuánta tradición, cuánta ruptura?; y en palabras de Jocelyn-Holt ¿Cuánto “orden” y cuánta tolerancia al “desorden”? Si bien los conservadores se guiaron por la primera directriz y los liberales por la segunda, las cosas no fueron tan blanco y negro. Se produjo una conjunción de ambos elementos ya sea en mayores o menores grados. Debemos reconocer que hubo muchos matices que ayudaron a la configuración de una identidad cultural; a lo mejor frágil, pero identidad al fin y al cabo. Uno de estos matices más claros e influyentes es la propuesta bellista de incorporar los conocimientos ilustrados, de buscar un desarrollo a nivel país, de intentar encontrar una suerte de sello identitario; pero sin dejar a un lado el pasado hispano y las características que imponía el orden portaliano. Por otra parte, los más radicales como Bilbao y Lastarria asumían una postura más rupturista, sobre todo el

primero; anhelando el despliegue de la emancipación chilena ya no sólo en la política sino en todo ámbito socio-cultural.

La identidad cultural chilena se construyó bajo un conflictivo proceso en donde se debatieron múltiples caminos, visiones e ideales a seguir. Si bien la cultura oficial intentó generar una suerte de autoestablecimiento cultural uniforme seleccionando diversos elementos para incorporar en la cultura-nación y omitiendo otros; es erróneo concebir un triunfo totalizador. Vemos como a lo largo de la centuria se generan poderosos debates que le restan importancias a muchos de los parámetros culturales impuestos por el oficialismo. Si hablamos de la elite chilena como un todo, omitiendo la clásica distinción entre liberales y conservadores, también se puede decir que se autoseleccionaron elementos con el fin de crear una imagen cultural del país que reflejase la civilización, modernización, orden y progreso. Algunos de estos ideales quedaron simplemente en eso, en ideales, en un imaginario colectivo o por lo menos, empaparon sólo a una elite y el resto del pueblo logró poca o nula identificación con ellos. Éste pueblo sentía que se desvalorizaba lo propio en pos de la modernización extranjera; recurrente denuncia de los intelectuales del Centenario. Esta identidad impuesta “desde arriba” tropezó con la autoimagen que tenía el pueblo de sí mismo.

Es cierto que hubo plagio, afrancesamiento, servilismo copista e imitación instantánea, pero se caminaba por un sendero incierto. Tampoco iba a tratarse de partir desde cero obviando los avances del Viejo Continente. Se debió construir una nación con todo lo que conlleva esta compleja edificación; lo cual se torna aún más difícil cuando se trata de un territorio que estuvo por más de tres siglos colonizado y repentinamente se abre a un mundo en donde los valores tradicionales comienzan a replantearse y a ceder frente a nuevos dogmas. Es en este sentido en donde se debe rescatar el rol de gran parte de la elite cultural de principios y mediados del siglo XIX, pues al menos intentaron en teoría construir un imaginario nacional, una suerte de sello identitario chileno. De alguien, desde algún sector, se debía impulsar esta necesaria e imprescindible iniciativa que finalmente estructura las identidades nacionales al interior de un país, y así no quedar -en el caso hispanoamericano-, con una mera identidad heredada. Europeísmo hubo y mucho, pero no por eso se deben desvalorizar los discursos que hacían referencia a la construcción de algo “propio” –como expresaron las palabras de Bello, Lastarria, Amunátegui y Blest Gana, entre otros-, ya sea en literatura, historia, arte, educación, etc. Justamente es desde estos discursos de donde nace la acción o al menos surge una especie de



pensamiento colectivo en pos de la formación de lo “propio”; ya sea respetando valores antiguos, creando elementos nuevos o adecuando a las características nacionales dispositivos provenientes del extranjero. Que varios intelectuales tenían conciencia de este importantísimo proceso a desarrollarse, se refleja en los Anales de la Universidad de Chile.

Se buscó una diferenciación cultural de la nación ya sea para con el resto de América, pero especialmente con el Viejo Mundo. Sólo diferenciándose de los “otros”, como explican Therborn y Larraín, se podía lograr una identificación con los pares de la nación, un reconocimiento a nivel país. Para Jorge Larraín las categorías socio-culturales compartidas es uno de los determinantes más poderosos de la identidad nacional, pues en ellas se refleja la construcción del sí mismo. La elite cultural decimonónica intentó empapar a la nación de ciertos valores, costumbres e ideas que permitieran generar un sentido de pertenencia al interior del territorio chileno. En palabras de Benedict Anderson, la oligarquía intelectual decimonónica, es decir una *clase social en particular*, luchó por la creación de ciertos *artefactos culturales* que dieran una suerte de nacionalismo al “nuevo Chile”.

Los Anales de la Universidad de Chile reflejan claramente las directrices de la identidad impuesta “desde arriba”, pues aquellos que escribieron en sus páginas pertenecían a una elite político-intelectual. Los Anales revelan pugnas y disyuntivas culturales que se dieron al interior de la oligarquía decimonónica. La discusión de fondo es nuevamente cuánta tradición y cuánta modernización. Sobre todo cuánta primacía de la fe y cuánta primacía de la razón; interrogante, debate y discusión que marca los lineamientos de la construcción identitaria cultural del siglo XIX. Vemos surgir estas luchas intelectuales en los Anales historiográficos con la propuesta de la historia oficial por forjar la escritura de un pasado histórico en base a hechos y dándole suma importancia a la Divinidad. Es el caso de Andrés Bello, quien en su texto “*Modo de escribir la historia*”, le entrega –casi en exclusividad- la capacidad de juicio y síntesis del pasado a la Providencia. En contraposición, la historiografía más liberal pretendía basarse en el análisis y le entregaba valor casi exclusivo al hombre como ser forjador de su propio destino. Razonamiento expuesto en la primera memoria histórica publicada en los Anales “*Sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*” de Lastarria, quien ensalza la labor del hombre como ser consiente y capacitado para forjar su propia ventura. Por lo tanto, la concepción historiográfica no sólo devela los distintos modos de escribir historia, también delata las diferentes cosmovisiones de mundo que se recreaban en la atmósfera

decimonónica. Por una parte se encuentra el grupo mayoritario, seguidores de Bello, quienes creían en el poder de la Divinidad para el devenir del hombre y la humanidad; es el caso de Diego José Benavente, Antonio García Reyes y Claudio Gay, entre otros. Contingente que representa el fuerte catolicismo imperante. Apelaban a una historia sin juicios, pues muchas veces el hombre tergiversa la verdad y no posee la capacidad para aprehender en su totalidad el pasado de las sociedades; razón por la cual los juicios se debían dejar sólo en manos de Dios.

Ahora, más allá de la disyuntiva sobre la construcción del destino del hombre; el grupo más tradicionalista sostuvo que en países mayoritariamente ignorantes como era el caso de Chile, se necesitaba primero imbuirse de un poderoso bagaje cultural y en el caso de la historia recopilar la mayor cantidad de hechos para luego dedicarse, o más bien elevarse, a las filosofías de la historia. Las opiniones más relevantes acerca de esta afirmación provienen de figuras como Claudio Gay y Diego Barros Arana. En primer lugar, el polaco expresó en su carta a Manuel Montt que la historia americana debe lograr un gran avance antes de imbuirse en *brillantes y seductoras teorías*. Por su parte, Barros Arana es de una tendencia similar, pues para el historiador es indispensable cierta preparación intelectual antes de combinar *vagas generalizaciones*.

Los historiadores narrativos no sostuvieron, en su mayoría, –a diferencia de intelectuales como Lastarria y Santa María– la creencia en leyes progresistas que llevarían a la humanidad al progreso y a la civilización. Más bien se consagraron a un devenir de la historia zigzagueante en donde el destino está en manos de la Providencia. Es una cosmovisión, en suma, que conjugó las tradiciones hispanas con los saberes ilustrados, pues se basaron en aquellos intelectuales de las luces que no contradijeran las verdades del catolicismo. Estudiaron bajo un método inductivo, de lo particular (hechos), a lo general (ciertas causas y conclusiones). Sistema que careció de un correcto pensar y repensar el pretérito de las naciones –siguiendo la tendencia expuesta por Feliú Cruz–; por esto hablamos de una identidad cultural frágil y de múltiples restricciones intelectuales.

A pesar que los grupos que conforman la historia narrativa (Bello, Gay y seguidores) y filosófica (Lastarria, Chacón y seguidores) parecen claramente separados; se puede observar un puente entre ambas. La figura clave del período que coqueteó con ambos métodos fue Miguel Luis Amunátegui, quien refleja no sólo una transición en el modo de escribir la historia; también representa un progresivo

cambio en las concepciones que se poseían sobre el hombre, sus capacidades y la abstracción de su pasado. En su artículo *“La Reconquista española”* dejó claro que su visión historiográfica era narrativa y preocupada casi exclusivamente de los hechos. Años más tarde, en *“Historia, algo sobre el modo de escribirla”* y en su *“Introducción a la memoria histórica”* se rescatan juicios sobre la historia y sobre los personajes involucrados en ella. Afirmó que el objeto de la historia no es una exposición inanimada de hechos y fechas, y le da suma importancia a la escritura del pasado con el fin de dejar lecciones para el futuro. Todas estas aseveraciones están consignadas en la visión lastarriana; razón por la cual se puede considerar el pensamiento de Amunátegui como un vaso comunicante historiográfico entre las visiones narrativas y filosóficas, así como también una transición al interior de la cosmovisión cultural imperante en el período.

Aquel grupo minoritario liderado por Lastarria apelaba a las filosofías de la historia surgidas en Europa. Intelectuales que muchas veces les costó desprenderse de la sábana ajena por la utilización de métodos foráneos, pero que desde un inicio intentaron –algunos sólo en teoría– adecuar estas lucubraciones extranjeras a las particularidades propias del país. Envueltos en el antropocentrismo, sostuvieron que el hombre es capaz de forjar su propio destino, sin mayor injerencia de la Divinidad. Es el caso de Lastarria y Santa María. Este último no sólo confiaba en la capacidad del hombre para enjuiciar su pasado histórico; también creía en la potencialidad del ser humano para gobernarse bajo un régimen más democrático (según lo que se desprende en sus discursos de los Anales). He ahí su alabanza a las filosofías liberales ilustradas que ayudaron al desencadenamiento de la Revolución Francesa. Este grupo más liberal representa, por lo tanto, los progresivos aires de democratización y secularización del Chile decimonónico. Estos intelectuales hacedores de una historiografía más liberal rechazaron el objetivismo puro como imposible de consagrar en un relato histórico, pues la historia está hecha por hombres y el ser humano es subjetivo de por sí en el modo de apreciar su pasado, presente y futuro. Uno de los artículos más llamativos en demostrar la inevitable parcialidad existente en la historiografía es *“¿Qué cosa es la historia?”* de Gustave Courcelle-Seneuil. El francés explicó que el hombre siempre ve con diferentes colores su existencia y vivencias; por lo tanto, con una mayor gama de colores verá el pasado de una sociedad. En definitiva, el subjetivismo siempre estará presente en un texto histórico.

Los intelectuales liderados por Lastarria creían en el poder de la razón humana para resolver ciertos misterios que anteriormente estaban sólo reservados a la verdad revelada; hombre capacitado para emitir juicios y análisis que se consagraban en la escritura histórica. Absorbidos por la continua ley del progreso, sostuvieron que la humanidad tiene las herramientas para perfeccionarse y civilizarse a través de la voluntad y la educación liberal que permite adquirir virtud, formación de carácter y un poderoso bagaje intelectual. Aspiraron a una mayor democracia, atacando constantemente el autoritarismo impuesto por los conservadores. Intentaron –al menos en el papel- llevar a cabo una revolución intelectual que consagraría la emancipación política.

Los diferentes métodos historiográficos, por lo tanto, no sólo muestran distintas repercusiones intelectuales; también proyectan disímiles cosmovisiones socio-políticas, culturales y religiosas. Diferentes visiones que se debaten y luchan por consagrarse. Discusión presente durante toda la centuria decimonónica plasmada en los Anales de la Universidad de Chile; he ahí el valor de esta revista. He ahí la riqueza de esta fuente que nos devela las problemáticas y aspiraciones más importantes que se barajaron durante la época y que pasaron a ser parte del camino de construcción de la identidad cultural chilena.

En los Anales filosófico-educacionales también se proyectan las diferentes cosmovisiones de mundo, nuevamente apelando a cuánta apropiación de los nuevos saberes y a cuánta importancia se le seguía dando a la tradición. El discurso de inauguración de la Universidad de Chile por Andrés Bello consagra las aspiraciones de gran parte de la elite intelectual por hacer de la transición en Chile desde un país ignorante hacia uno más elevado culturalmente de un modo gradual. El grupo más conservador se abrió a los nuevos saberes ilustrados siempre que éstos no atacasen un pilar fundamental de la sociedad como lo era la religión. He ahí su célebre método de unión entre fe y razón. Sin embargo, el minoritario grupo liberal no compartió gran parte de las ideas del rector, pues pensaban que se restringían en demasía los conocimientos ilustrados. Por otra parte, el contingente liberal criticaba el exceso de religión en la educación, pues ésta no entregaba las directrices para la formación de un correcto ciudadano y descuidaba los conocimientos de la era moderna. Los dos artículos más lúcidos en hacer esta denuncia son los de Juan Bello y Máximo Argüelles. Ambos postularon la urgente necesidad de una educación popular para moralizar y civilizar al pueblo. No obstante, esta educación debía estar basada en las luces, en conocimientos filosóficos y científicos; no en la religión. Afirmaron

que la Iglesia y el sacerdocio no habían sido competentes en entregar una correcta educación, pues estaban profundamente ideologizados e imbuidos en un fanatismo pernicioso para el desarrollo del intelecto y la razón humana. Rechazaron la educación sacerdotal por ineficiente, tradicionalista, retrógrada, prohibitiva y anacrónica.

El protagonismo de la lucha cultural-educativa se dio entre aquellos eclesiásticos y conservadores que atacaron los “horrores de la razón” y ensalzaron la fe como principio de todas las cosas y el ser; en contraposición a los intelectuales liberales que defendían la supremacía de la filosofía y la razón. Dentro de los primeros –tradicionalistas- se encuentran eclesiásticos como Guzmán, Montes, Orrego, Ovalle y el antiguo arzobispo de Santiago Rafael Valentín Valdivieso, entre otros. En todos sus artículos se percibe un gran temor por la atmósfera de “los nuevos tiempos”, por la primacía de la razón, de la filosofía y del hombre, en desmedro de la religión y el conocimiento basado en la escolástica. Con el fin de frenar el desenvolvimiento de la razón pura, atacaron y desprestigiaron aquellas filosofías que no contaban con el respaldo de la fe. Explicaron que cualquier conocimiento que utilizase meramente la razón llegará a territorios oscuros, inciertos, nebulosos y superficiales. No sólo la escuela sacerdotal se encargó de atacar el purismo racional, también lo hicieron los laicos y el consiguiente grupo conservador. Uno de los escritores de los Anales más importantes en tratar esta materia fue Ramón Briceño, sobretodo en su artículo en donde objeta el Panteísmo y a las filosofías de Hegel y Spinoza, principalmente. En aquel texto Briceño atacó y desprestigió toda filosofía que amenazase el dogma católico, y al mismo tiempo, se encargó de reafirmar la creencia cristiana. Objeta pensamientos de grandes filósofos con el fin de mostrar el “correcto” camino a la juventud. A través de la lectura de su artículo también se percibe el profundo temor hacia los saberes ilustrados y la amenaza que ellos generaron como destructores de la cosmovisión de mundo católica.

La educación fue un referente fundamental para civilizar al país, más allá de los adelantos materiales. La elite, en su mayoría, se consagró a fomentar y desplegar la educación nacional. Las diferencias se sostuvieron a la hora de programar las materias y los textos. Unos defendían la educación sacerdotal y/o con un fuerte componente religioso, otros –en cambio- postulaban a las ideas ilustradas liberales como base del conocimiento.

En los Anales literarios -más allá de la discusión por la abolición del latín, que refleja la constante dicotomía entre tradición y reforma-, se despierta un tipo diferente de lucha, no hay dos visiones contrapuestas claramente fijas. Más bien existió un anhelo común por forjar una literatura nacional, original y propia del país. Se buscó forjar una identidad cultural, especialmente en el ámbito literario. Una literatura que diera cuenta de las particularidades del territorio habitado y las características propias de la sociedad; elemento que diferenciaría a la cultura chilena “de los otros”. No sólo se habló a nivel nacional, también se buscó proyectar una imagen a nivel continental. En los discursos de Amunátegui y Blest Gana está consagrado el ferviente deseo por hacer de América un continente con una cultura propia, diferente, autónoma y original que se traduciría en los textos y ensayos literarios. Aquellos escritos debían encaminarse a resaltar la personalidad y singularidad de la sociedad americana y nacional con el fin de construir un bagaje cultural chileno y americano. Progresivamente los escritores del Nuevo Mundo debían desligarse de los dispositivos culturales de Europa, con el fin de fundar una identidad cultural propia y particular. Por esto Alberto Blest Gana pregona en sus libros y discursos de los Anales, la novela costumbrista como uno de los géneros literarios más adecuados para resaltar la originalidad, pues a través de este género se consigue estudiar exhaustivamente la sociedad. El americanismo no empapó solamente el ámbito cultural, también se buscó, se hicieron los primeros ensayos, se intentó forjar una unión continental que fortaleciera a América e hiciera frente a un enemigo común; ya sea cualquier invasión extranjera o los peligros que representaba EE.UU., que tempranamente avizoraron intelectuales como Bilbao, Carrasco y Alberdi.

En definitiva, la relectura analítica de los Anales de la Universidad de Chile permiten – comprobando nuestra segunda hipótesis- descifrar los lineamientos más importantes que marcaron la identidad cultural chilena. Los Anales, además de dar cuenta del progreso educacional y científico del país, reflejan –casi en su totalidad- la atmósfera cultural decimonónica. Todas aquellas pugnas, debates, anhelos, fracasos y luchas que se generaron para crear una imagen de Chile, una identidad nacional. Al menos dentro de una elite, se hizo fundamental proyectar un retrato del nuevo país, un perfil que reflejara los progresos obtenidos en todo ámbito. A esta labor se consagraron los Anales de la Universidad; razón por la cual es una fuente de inmenso valor.

Los Anales muestran una identidad basada en una construcción conflictiva y sumamente compleja,

donde los vaivenes del mundo moderno llaman a saltar hacia las nuevas ideas, pero algunos prefieren conservar ciertas tradiciones. Es una identidad cultural inmersa en pugnas y debates que reflejan la mutación hacia parámetros más liberales de cosmovisión política y socio-cultural. Más allá de los dos frentes –cultura conservadora y liberal- en constante pugna, los Anales muestran una sociedad en transición (incluso el modo de escritura nos muestra un idioma que se reformula constantemente). Una sociedad que todavía descansaba en pilares como el tradicionalismo, autoritarismo y catolicismo, pero que empezaba a coquetear lentamente con los parámetros de una cultura moderna ilustrada. Una sociedad, en definitiva, inmersa en el medio de dos polos opuestos y que lucha por construir una identidad cultural como país independiente en la vorágine que representaba el desprendimiento del pasado y el progresivo almacenamiento de los nuevos dispositivos culturales y las modernas cosmovisiones de mundo.

Volviendo a nuestra primera hipótesis –planteada en la introducción- se deduce que luego de todo el material revisado, la cultura liberal emergente amenazó los consensos bases de la sociedad tradicional; autoritarismo, orden y catolicismo. Tanto Lastarria como Bilbao –figuras representativas del foco liberal- produjeron una suerte de “desorden” e “irrupción” al interior del “orden” impuesto por el estado y las concepciones tradicionales de la mentalidad del período. El primero lo hizo de un modo más gradual, haciendo exigencias que pocas veces fueron escuchadas, criticando y derramando ideales liberales contestatarios al gobierno. Bilbao amenazó la sociedad tradicional de un modo bastante más radical que su homólogo. No sólo atacó a través de la cultura, también creó instituciones político-sociales que se encargaron de “sacudir” las cosmovisiones de mundo de la sociedad chilena.. Ambos intelectuales –en conjunto con sus seguidores- alteraron la homogeneidad cultural que pretendió entregar la cultura oficial. Lastarria a través de su crítica a las ideas historiográfica expuestas por el restor, las objeciones hacia el método y desarrollo de la educación y la excesiva influencia del catolicismo que para el intelectual frenaba el desarrollo y elevación mental. Bilbao, además de amenazar la homogeneización cultural publicando poderosas críticas hacia la sociedad y la elite como en su artículo *Sociabilidad Chilena*; creó instancias de reuniones político-culturales como lo fue la *Sociedad de la Igualdad*, la cual permitió un aumento del contingente contestatario al gobierno. Si bien el reducido grupo liberal se convirtió en una amenaza, finalmente podemos concluir que el “jaque” en que

puso la cultura liberal al gobierno conservador, fue simplemente eso; no un “jaque mate”; pues tanto el gobierno como la cultura oficialista fueron incorporando progresivamente las ideas liberales que exigía con mayor radicalidad el grupo liberal y las ideas modernas provenientes de Europa. Finalmente el Estado se convierte en uno de los protagonistas de la modernización y la liberalización. Más bien, las amenazas que hizo sentir el bando liberal al gobierno y la cultura oficial, se traducen en un constante debate; reflejo de la pugna que cruza todo el siglo XIX: cuánta tradición, cuánta incorporación de fe en las luces, o más bien, cómo modernizar el país en base a parámetros exógenos sin perder “lo propio”.

Hoy en día y a un paso del bicentenario es una tarea y un deber replantearse nuestra identidad y por los vaivenes que ha sufrido durante el siglo XX, sus cambios, perspectivas, las nuevas visiones y aquellas que ya son parte solo de los libros de historia. Claro que ahora los dilemas son aún más complejos, pues ya no estamos hablando de la construcción de una identidad propiamente nacional o si se quiere continental. Con lo extendida de la globalización hoy en día las preguntas serían: cuánto nos queda de lo propio en esta vorágine por seguir la modernidad actual, cuánto reafirmamos nuestras creencias y cuán poderosa puede ser una amenaza cultural extranjera para fortalecer la identidad cultural nacional.

“Una mirada somera a los contenidos intelectuales de los encuentros permite observar que en el Chile de hoy existe una diversidad de lenguajes para hablar sobre identidad e historia, no obstante, la mayoría confluye en la noción de “construcción” de las experiencias y los discursos sobre el sí mismo, y en que los conceptos fijos y unívocos no sirven para comprender la compleja dinámica de los procesos de constitución de las identidades personales y sociales”

Sonia Montecinos  
Antropóloga



## Bibliografía General

### **Libros**

- Akhtar, Salman, *Broken Structures, Severe Personality Disorders and Their Treatment* (United States: Library of Congress, 1992)
- Amunátegui, Miguel Luis, *Archivo epistolar* (Santiago: Prensas de la Universidad de Chile, 1942), Tomo I
- Amunátegui, Domingo, *El progreso intelectual y político de Chile* (Santiago: Editorial Nascimento, 1936)
- Andreson, Benedict, *Comunidades imaginadas* (Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica, 2000)
- Ariño, Antonio, *Sociología de la cultura. La constitución simbólica de la sociedad* (Barcelona: Editorial Ariel, 2000)
- Aristóteles, *Metafísica* (Madrid: Editorial Espasa, 2000)
- Barros Arana, Diego, *Historia General de Chile*, (Santiago: Editorial Universitaria, DIBAM, 2000), Tomo I
- Bello Andrés, Diego Barros Arana, Juvenal Hernández, Jaime Lavados Montes, *La Universidad de Chile 1842-1992. Cuatro textos de su historia*, (Santiago: Editorial Universitaria, 1993)
- Blest Gana, Alberto, *Martín Rivas* (Santiago: Colección Biblioteca de Oro del Estudiante, Editorial Lord Cochrane, Revista VEA, 1987)
- Bonilla Bejarano, Neissy, *Identidad* (Colombia: Editorial Norma, 1995)
- Cabero, Alberto, *Chile y los chilenos* (Santiago: Editorial Lyceum, 1948)
- Cruz, Manuel, *Filosofía de la Historia* (Barcelona: Editorial Piados, 1996)
- Donoso, Armando, *El pensamiento vivo de Francisco Bilbao* (Santiago: Editorial Nascimento, 1940)
- Duby, George, *Diálogos sobre historia, Conversaciones con Guy Lardreau* (Madrid, 1988)
- Donoso, Armando, *El pensamiento vivo de Francisco Bilbao* (Santiago: Editorial Nascimento, 1940)
- Edwards Vives, Alberto, *La fronda aristocrática en Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 2001)
- Feliú Cruz, Guillermo, *Barros Arana y el método analítico en la historia* ( Santiago: Editorial Nascimento, 1934)
- Foucault, Michel, *La arqueología del saber* (Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2001)
- Fuenzalida Grandón, Alejandro, *Lastarria y su tiempo* (Santiago: Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, 1911), Tomos I y II
- Gazmuri, Cristián, *El 48` chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos* (Santiago: Editorial Universitaria, 1999)
- Gazmuri, Cristián (editor), *La Revolución Francesa y Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 1990)
- Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Editorial Universitaria, 1998)

- Godoy, Hernán, *El carácter chileno* (Santiago: Editorial Universitaria, 1981)
- Guerrero Yoacham, Cristián (Presidente Comisión), *VII Jornadas Nacionales de cultura. Identidad Nacional* (Santiago: Editorial Universitaria, Universidad de Chile, 1983)
- Hegel, *Ciencia de la Lógica* (Buenos Aires: Ediciones Solar, 1968)
- Hobsbawm, Eric, *Sobre la historia* (Barcelona: Editorial Crítica, 2002)
- Huneeus Gana, Jorge, *Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile* (Santiago: Biblioteca de Escritores de Chile, 1910)
- Jaksic, Iván, *Andrés Bello: La pasión por el orden* (Santiago: Editorial Universitaria, 2001)
- Jocelyn-Holt, Alfredo, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica* (Santiago: Editorial Planeta/Ariel, 1999)
- Jocelyn-Holt, Alfredo, *La Independencia de Chile. Tradición, modernización y mito* (Santiago: Editorial Planeta, 2001)
- Jocelyn-Holt, Alfredo, *Historia General de Chile. Tomo I: El retorno de los dioses* (Buenos Aires: Editorial Planeta, 2000)
- Larraín, Jorge, *Identidad Chilena*, (Santiago: Editorial LOM, 2001)
- Lastarria, José Victorino, *Recuerdos Literarios* (Santiago: Ediciones LOM, 2001)
- Lastarria, José Victorino, *Miscelánea, histórica y literaria* (Valparaíso: Imprenta de la Patria, 1868), Tomos I, II y III
- Lavados Montes, Jaime, *La Universidad de Chile en el desarrollo nacional* (Santiago: Editorial Universitaria, 1993)
- Locke, John, *Essay Concerning on Human Undertanding* (London: George Routledge, 1948)
- Martí, José, *Por nuestra América* (La Habana: Editorial José Martí, 2003)
- Mizón, Luis, *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena* (Santiago: Editorial Universitaria, 2001)
- Montecino, Sonia (compiladora), *Revisitando Chile, identidades mitos e historias* (Santiago: Colección Cuadernos Bicentenario, 2003)
- Pinilla, Norberto, *La generación chilena de 1842* (Santiago: Editorial Manuel Barros Borgoña, 1942)
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile. Tomo I: Estado, legitimidad, ciudadanía* (Santiago: LOM ediciones, 1999)
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile. Tomo II: Actores, identidad y movimiento* (Santiago: LOM ediciones, 1999)
- Serrano, Sol, *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX* (Santiago: Editorial Universitaria, 1994)

- Silva Galdames, Óscar (Director Comité Editorial), *Historia de la mentalidades. Homenaje a George Duby* (Santiago: Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2000)
- Stuken, Ana María, *La seducción de un orden* (Santiago: Ediciones Universidad Católica, 2000)
- Subercaseaux, Bernardo, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 1997), Tomo I
- Varios autores (recopilación), *¿Hay patria que defender?* (Santiago: Centro de Estudios para el desarrollo, CED, 2000)
- Villalobos, Sergio, *Origen y ascenso de la burguesía chilena* (Santiago: Editorial Universitaria, 1998)
- Woll, Allen, *A Functional Past. The Uses of History in Nineteenth Century Chile* (Louisiana: Baton Rouge State University Press, 1982)
- Zea, Leopoldo, *Fuentes de la Cultura Latinoamericana* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995) Tomos I y II
- Zapiola, José, *La Sociedad de la Igualdad y sus enemigos* (Santiago: Biblioteca de Autores Chilenos, 1902)

#### **Artículos**

- Bello, Andrés, “Modo de escribir la historia”, en *Textos sobre la conciencia histórica de Andrés Bello*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
- De Mussy G., Luis, “El “Boa Magntizador”, “Calibán” y “Ariel” como alguna de las caras que cotejó la Identidad Latinoamericana durante le segunda mitad del siglo XIX”, King’s Collage London, 2002
- Dhase, Fernando, “Las identidades culturales: Algunas aclaraciones conceptuales”, Centro Estudios Públicos (CEP), N°69, 1991
- Fontain Aldunate, Arturo, “Andrés Bello, formador de la opinión pública”, Centro de Estudios Públicos (CEP), N°8, 1982
- Hall, Stuart, “Estudios Culturales: Dos paradigmas”, Revista *Causas y Azares*, N°1, 1994
- Heidegger, Martin, “El principio de identidad”, Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS, 2004, p.2.
- Jocelyn-Holt, Alfredo, “El liberalismo moderado chileno, siglo XIX”, Centro de Estudios Públicos (CEP), N°69, 1998
- Larraín, Jorge, “La trayectoria latinoamericana a modernidad”, Centro de Estudios Públicos (CEP), N°66, 1997
- Larraín, Jorge, “La identidad latinoamericana: teoría e historia”, Centro de Estudios Públicos (CEP), N°55, 1994
- Munich, Susana, “Nietzsche, Latinoamérica y la afirmación de lo propio”, Centro de Estudios Públicos (CEP), N°20, 1985
- Padilla, Leonel, “Cultura e identidad”, Tercer Congreso Nacional de Filosofía, Colegio Santo Tomás, Guatemala, octubre 2002

- Sanhueza, Jorge “Los “Anales de la Universidad de Chile” en la Historia”, en *Anales de la Universidad de Chile*, sexta serie, N°1, septiembre, 1995
- Serrano, Sol, “La escuela chilena y la definición de lo público”, Proyecto financiado por el Fondecyt, Ediciones Universidad Católica, Santiago Chile
- Squella, Agustín, “Andrés Bello: ideas sobre el orden y la libertad”, Centro de Estudios Públicos (CEP), N°11, 1983
- Subercaseaux, Bernardo, “La apropiación cultural en el pensamiento y la cultura de América Latina”, Centro de Estudios Públicos (CEP), Chile, Número 30, 1988
- Subercaseaux, Bernardo, “Caminos interferidos: de lo político a lo cultural. Reflexiones sobre la identidad nacional”, en Centro de Estudios Públicos (CEP) N°73, 1999
- Therborn, Góran, “Identidades nacionales y otras entidades”, Revista de Sociología, Universidad de Chile, Departamento de Sociología, N°11-12, 1997-1998
- Trocello, María Gloria, “Identidad colectiva: ¿Esencia o discurso? Una confusión peligrosa”, Universidad Nacional de San Luis
- Tugendhat, “Identidad: personal, nacional y universal”, en *Persona y Sociedad*, Vol. X





